
ERYA
LAURA CAMPOS
LA ULTIMA LUNA
matchstories

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Cita

Primera parte

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11

Segunda parte

12
13

14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25

Tercera parte

26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40

41
42
43

Cuarte parte

44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56

Quinta parte

57
58
59
60
61
62
63
64
65

66
Epílogo
Agradecimientos

Créditos

LA ÚLTIMA LUNA

ERYA

LAURA CAMPOS

matchstories

Para Lau, por amar lo que creamos
y por mantener a raya al impostor
cuando más lo necesitamos. Gracias.

Para Ignacio y Fran, por vuestra paciencia.
Por ser hogar, refugio e impulso en cada
aventura.

La luna cayó.
Y con ella lo hizo la civilización.
Ahora una mitad se congela bajo una noche sin fin.
La otra se consume bajo un sol implacable.
Entre el fuego y el hielo, la única zona habitable: un amanecer eterno, donde la luz nunca es completa y la sombra nunca descansa.



Primera parte

Primera norma del Reglamento
de los Saqueadores Lunares:
No confíes en lo que ves.

La percepción falla. El entorno engaña.
La misión no admite dudas.

1



Nil

> Cuando el meteorito impactó sobre la luna y esta se precipitó fragmentada sobre el planeta Tierra, los efectos fueron devastadores. No solo desapareció el ciclo de la noche o el día, sino que toda la civilización se sacudió. Anomalías meteorológicas como tormentas impredecibles, vientos huracanados, erupciones volcánicas donde antes no había volcanes, etc. La energía desapareció por completo y hubo una gran crisis alimentaria. Con ello llegaron las enfermedades y el ochenta por ciento de la población humana murió en los primeros años.
>
> Fragmento del libro *Selestara: El mundo tras la caída de la luna*

La imagen parpadea en la pantalla. El hielo se extiende como una herida blanca enmarcada por el visor. Los saqueadores avanzan en fila, metódicos, silenciosos. Solo rutina bajo la noche eterna.

—Equipo Nébula. Cabo 21 al habla. Setenta y dos grados bajo cero, clima estable. Sin viento. Nos acercamos al punto designado para la extracción.

Las figuras destellan bajo las luces fantasmagóricas del fragmento de luna suspendido en el cielo. Mortecinos, recortando las sombras,

continúan su avance.

—Estamos cerca de la cordillera de los Vientos Silentes. Los comunicadores podrían fallar. No os separéis. —Una breve pausa en la que se escuchan las interferencias propias de la zona—. Creo que hay algo en el hielo...

La voz se amortigua. La pantalla se distorsiona. El cabo da un paso. Luego otro. Un tercero.

Pero, esta vez, no hay sonido. La imagen se corta abruptamente y un brillo persiste en el borde de la pantalla en el preciso instante en que se queda en negro. Atisbo un grito que resuena en mis oídos durante unos minutos.

La clase se queda en silencio. Ninguno de mis compañeros saqueadores se mueve y el sonido más fuerte del aula parece ser mi propia respiración. Parpadeo un par de veces, acostumbrándome a la luz pálida de la sala. El teniente Stravic nos repasa uno a uno, dejando que el vacío se asiente entre nosotros.

Las ideas en mi cabeza son como un zumbido sin tregua. Las preguntas se agolpan dentro de mí. No es la primera vez que las grabaciones que nos ponen en la academia tienen un final abrupto o una distorsión extraña. Lo he hablado alguna vez con mis compañeros, pero no le dan importancia, no la misma que yo.

Sin embargo, esta vez ha habido un grito y no entiendo por qué nadie está preguntando por ello. Miro a mi alrededor. El teniente camina por la estancia, rompiendo la tensión que él mismo ha dejado que se instaure en la sala, y me señala con un gesto rápido de la mano.

—Saqueador Dilar, ¿primera norma del Reglamento de los Saqueadores Lunares?

Contesto de forma automática, pero ahora sí, mi cerebro va a mil por hora y dejo de prestar atención.

«No confíes en lo que ves. La percepción falla. El entorno engaña...». ¿También los vídeos? ¿En ellos también puede haber verdades ocultas? ¿O es lo que quieren que pensemos?

He memorizado el código hasta tal punto que ahora forma parte de mí. Puede ser mi salvación cuando las condiciones extremas me devoren en las expediciones. Todavía no me creo que ya soy, oficialmente, un saqueador lunar.

—No te separes del grupo. *La unidad es supervivencia. No hay protocolo de rescate*. —La voz de Oryonse se alza a mi espalda nombrando la segunda norma.

El teniente asiente.

—El cabo 21 nunca regresó.

Como mi hermano. Como tantos que se pierden en el hielo y se convierten en silencio.

—¿Qué ha sido el grito que se ha oído en la grabación? —inquiero despacio.

El ojo marrón del teniente Stravic se detiene unos instantes de más en mí como si fuera capaz de leer en mi interior y yo le mantengo la mirada alzando la barbilla. Por su expresión no sé si también lo ha escuchado y quiere ocultarlo o solo piensa que soy un loco con ideas conspiranoicas.

—¿Un grito, saqueador Dilar?

Saqueador Dilar; de verdad que no me acostumbro a ser eso ahora. Un saqueador lunar. Como lo fue Vik antes de perder la vida ahí fuera.

«¿Rompió alguna de las normas dejándose llevar por los peligros gélidos del Desierto Polar?».

—Cuando la grabación se ha cortado de repente.

—La grabación no se ha cortado de repente —asegura con firmeza el teniente Stravic.

—¿Es que nadie más lo ha oído? —pregunto, alzando la voz.

Oryonse carraspea a mi espalda y da un puntapié a mi silla. Quiere que me calle, pero no pienso hacerlo.

—Saqueador Dilar. Es suficiente. Si necesita estudiar más las grabaciones, es libre de hacerlo fuera de la clase. Puede que necesite descansar un poco antes para... aclarar la mente. —Hace una pausa muy larga en la que evita mi mirada y sospecho que es a propósito—. ¿Alguien más quiere hacer alguna aportación?

Aprieto los labios, frustrado. Nadie habla. Echo una ojeada rápida a Coral y Mía, que son de mi equipo, pero la segunda me dedica una mirada prepotente y en cuanto a la primera baja la mirada a tiempo para que no pueda descifrar lo que dicen sus ojos verdes. Puede que para ellos sea más fácil ignorar estos detalles; pero no para mí. Mi hermano murió y todavía busco respuestas. Lo hago desde el día que un general vino a informarnos de su muerte... y de nuestro «traslado» a nuestro antiguo hogar. El mismo día que mi futuro se hizo añicos. Me preparaba para abrir la primera biblioteca de Hespéria, pero en ese momento supe que mi camino era convertirme en saqueador lunar para salvar a mi familia. Volver al núcleo sería volver a despertar la enfermedad de mi madre. Y solo siendo saqueador podríamos permitirnos vivir en el quinto anillo y tener acceso a la medicación que ella necesita.

No pude permitir que eso pasara, como tampoco he podido aceptar la muerte de Vik sin más. Y ese grito... esas grabaciones... Sé que hay algo más.

El teniente Stravic se pasea entre nosotros con las manos a la espalda, evaluándonos.

—Equipos de expedición. Ya —ordena. Nos colocamos en nuestras formaciones habituales tan rápido como nos han entrenado—. Ejercicio de contención. —Activa la pantalla holográfica. Dos siluetas

monstruosas parpadean sobre el aire—. Una del Ígneo. Otra del Polar.

Un murmullo recorre la sala. El calor casi se siente cuando aparece la criatura del sur: un amasijo de placas rojizas que desprenden un brillo que recuerda al metal al rojo vivo. Me arde la piel solo de mirarla.

La bestia del norte, en cambio, parece absorber la luz. Sus extremidades largas y afiladas se mueven con una lentitud engañosa, parece que espere el momento exacto para atacar desde la oscuridad.

—Recordad lo básico —continúa Stravic—. Ígneo: calor, combustión, ataque directo. Polar: frío, sigilo, ceguera.

Mi equipo se pone manos a la obra. A mi lado, Kadeth repasa el mapa con los labios apretados; no necesita hacerlo, pero todos lo hacemos. Después de tantos años memorizando cada calle de Hespéria y cada grieta de Selestara, es casi un reflejo. Oryonse propone una ruta de flanqueo, Coral calcula los tiempos, yo evalúo los puntos ciegos. El resto de grupos aún discuten mientras nosotros ya estamos simulando la contención.

Cuando terminamos, Stravic asiente sin decir nada, lo que en él equivale a un elogio.

—Ejercicio completado. Clase terminada.

Nos dirigimos a la siguiente sala, repasando el ejercicio mentalmente, buscando cómo mejorar.

Horas después, el grito del vídeo sigue en mis oídos y el frío en mi pecho. Pero el mundo sigue moviéndose y yo con él. El profesor da por finalizada la última clase del día, dándome cierto respiro. Necesito aire. Algo que me aleje de la pérdida de Vik. De mi imaginación descontrolada a causa de mis sospechas. ¿Nos han contado toda la verdad sobre la desaparición de mi hermano? ¿O

escucho gritos donde no los hay porque necesito algo que me explique qué le pasó? ¿Y si existe la posibilidad de que... siga vivo?

2



Nil

> El mundo dejó de parecerse a lo que era. Los mapas se reescribieron y la gente empezó a llamar a la tierra rota «Selestara»: la estrella que sobrevivió a su propia luna.
> Cinco potencias mundiales se alzaron: Kyberia, Indarka, Amazora, Iberion y Nevrast. Solo las tres últimas permanecen en la actualidad, y de ellas depende el equilibrio de Selestara.
>
> Fragmento del libro *Selestara: El mundo tras la caída de la luna*

–¿Te vienes a tomar algo? —pregunta Oryonse mientras bajamos en el ascensor junto con otros estudiantes que también hacen planes.

Consulto mi ordenador de muñeca, apenas son las seis de la tarde.

—Claro. Aviso a Alveron. ¿Donde siempre?

—Donde siempre.

El cielo cambia de tono sobre nuestras cabezas cuando salimos al exterior y el viento nos golpea con fuerza. Estamos en el quinto anillo. Uno de los más elevados de la ciudad. Hespéria, la ciudad del fragmento, se construyó sobre un pedazo de la luna, que está en lo

más hondo del núcleo y aporta energía para toda la población. La ciudad se organizó en forma de anillos, y cuanto más poder adquisitivo tienes, más alto puedes vivir. Así, el quinto anillo pertenece a los ricachones y el núcleo a la gente sin apenas recursos. Hay un sexto anillo, pero nadie vive allí. Es la parte superior del cráter, por lo que los vientos son fuertes y solo hay en él laboratorios y algunos complejos de gran importancia.

Los edificios altos llenan de luces y sombras la calle desierta del quinto anillo. La aurora, que va cambiando del verde al azul por el cambio de estación, se refleja en los edificios acristalados, aportando una gama de colores fríos que me hacen detenerme unos instantes a mirar hacia las nubes que empiezan a cubrirnos. Avanzo junto a mi amigo hacia el tren que recorre los anillos de la ciudad y desciende hacia el núcleo. El barrio más pobre, el que cuenta con más restricciones de energía y también el lugar en el que está el mejor *pub* de la ciudad. O, al menos, es el tugurio menos apestoso de la zona.

Subimos en uno de los vagones tras presentar nuestras credenciales al guardia, que las escanea con un movimiento rutinario y nos deja pasar. Los trenes interurbanos recorren cada anillo de forma concéntrica y la última parada de cada uno conecta con el siguiente. Es allí donde se establecen los controles, con centinelas que se encargan de que nadie sin autorización acceda.

Cada trayecto dura unos quince minutos, así que nos espera casi una hora y media recorriendo los anillos. A medida que dejamos atrás los barrios más ricos, las luces se van volviendo más tenues. Es irónico que el núcleo, que se construyó precisamente sobre el fragmento, sea el más oscuro. El más pobre y el menos favorecido. Allí donde el viento apenas tiene fuerza, pero la humedad es constante.

Siento una punzada al recordar que ahí se encontraba mi primer hogar.

—No entiendo por qué no podemos ir en el deslizador, como el resto de los saqueadores —se queja Oryonse, arrugando la nariz.

Estamos entrando en el transporte del cuarto anillo, el centinela apenas nos mira, pero detiene a una pareja que va detrás de nosotros. El aparato emite un pitido y los detienen. Las multas por infringir los permisos son elevadas, me compadezco de ellos, pero las normas son muy claras.

—Tiksi y Agar no tienen autorización para ello —le recuerdo.

Tiksi, novia de la adolescencia de Oryonse —y ahora solo amigos —, se unirá a nosotros en una parada intermedia de este anillo, pues es profesora de infantil y el cuarto anillo es el lugar en el que se establecen los archivos, las universidades, los colegios y los hospitales.

Sin embargo, el tren es tan grande que no nos encontramos a la chica hasta que no pasamos el control hacia el tercer anillo. Hay más centinelas aquí, pues en este anillo están las casas de los pijos de segunda y es la hora del cambio de turno, así que coincidimos con muchos trabajadores antes de poder subirnos al siguiente tren.

El fastidio de Oryonse es evidente y no le culpo. El deslizador es directo, un pequeño transporte que atraviesa la ciudad a toda velocidad, con capacidad para unas seis personas como mucho, sin paradas ni controles, pero solo podemos usarlo unos pocos: saqueadores, comisionados y ricachones.

—¿Qué os apostáis a que Alveron llega tarde pese a no moverse del núcleo? —dice Tiksi dando un codazo suave a mi amigo.

—Una ronda de lunís a que hoy por vez primera es puntual — apuesto por Alveron, a sabiendas de que voy a perder.

—¡Hecho! —se anima Oryonse.

—Cómo se nota dónde está el dinero —se burla Tiksi haciéndome una pedorreta.

Abro mi última conversación con Alveron en mi ordenador de muñeca y le escribo para que se dé prisa.

—¡Eh, nada de trampas! —exclama mi compañero, dándome una palmada en el hombro.

A medida que recorremos el tercer anillo, el tren se va quedando más vacío y en el segundo anillo, cuando monta Agar tras una larga jornada en un instituto dietético, se empieza a notar más el cambio entre distritos. Seguimos descendiendo por la ciudad hasta llegar a nuestro destino.

Sigo a mis amigos y bajo del tren a toda prisa, quedando a merced de la llovizna incesante del núcleo. Extiendo la mano y la humedad característica se me pega como una segunda piel. Mis pulmones se quejan al tener que hacer un esfuerzo mayor para llenarse de oxígeno en un ambiente tan pesado.

A mi alrededor el olor se vuelve más fuerte. Mugre y moho ácido, en una amalgama que me hace recordar el sabor terroso y amargo de la sopa de musgo que se cocina aquí a diario. Los edificios, tan diferentes a los que he dejado atrás, nos rodean, aislándonos de los vientos fuertes de los anillos superiores. Pequeños, de no más de cuatro pisos y todos oscuros por las humedades; pegados entre sí, sin luces parpadeantes y devorados por una ciudad que se alza como un circo romano sobre ellos. Desde aquí se ve a la perfección la torre del ayuntamiento y los edificios de los anillos superiores parecen incluso más altos.

Es sobrecogedor. Tanto que contengo un estremecimiento mientras me acerco a mi objetivo. Un edificio de mal aspecto, sin ventana alguna. Cuando atravesamos las puertas, como siempre que entramos aquí, me asombro con la belleza del lugar.

Las estrellas siempre me han fascinado. Solo he tenido oportunidad de verlas al cruzar la frontera entre el cinturón y el Desierto Polar en los simulacros que hicimos durante la instrucción en una zona segura. Y no tuve tiempo de contemplarlas.

Sobre mi cabeza, también está la luna. Completa, como si nunca hubiera impactado contra la Tierra y cambiado el mundo.

En los primeros años de la academia nos enseñaron cómo era antes el planeta, cómo vivía la gente.

—Es necesario —decían—, para comprender el pasado y no repetir los mismos fallos.

En la pantalla del aula aparecían avenidas cubiertas de cristal, reflejando un sol que nunca he sentido sobre la piel. La profesora decía que así eran todas las ciudades. Yo miraba las imágenes: ciudades extendiéndose más allá de la franja habitable; los recursos eran equitativos, no existía la pobreza; tampoco las guerras. El sol se ocultaba en atardeceres que parecen irreales, dando paso a la oscuridad, a la luna y a las estrellas. Me costaba creer que aquel mundo fuera real. Eso se terminó cuando una parte quedó sumida en el hielo y la otra en el fuego. Las poblaciones tuvieron que volver a construirse en la franja habitable. Tuvimos que aprender a vivir de otro modo. Con un nuevo calendario, nuevos horarios que permitieran el descanso, la eficiencia energética y la supervivencia controlada. Sin embargo, las potencias que surgieron tenían objetivos diferentes. Nevrast conquistó Indarka y Kyberia, alegando que ellos no gestionaban bien sus recursos y ello podría causar escasez a nivel mundial. Pero Nevrast sigue queriendo ampliar su territorio, mientras que Amazora e Iberion mantienen buenas relaciones y buscan juntos una energía limpia y duradera para toda la humanidad.

Cuando estuve estudiando estas primeras lecciones, Alveron compartió conmigo cierta información que pude ver con mis propios ojos.

—Mira esto —susurró mi amigo, ampliando la imagen.

En la grabación, un niño escarbaba en una montaña de basura. Detrás, edificios idénticos a los de nuestras lecciones cuando estudiábamos los años antes de la caída.

—Pero dijeron que no había pobreza —murmuré.

—Y tampoco guerras...

Eso me llevó a preguntarme, ¿hasta qué punto nos cuentan toda la verdad? ¿Qué nos ocultan? Y mi mente vuelve a viajar a las grabaciones...

Disfruto unos minutos más observando ese falso techo que simula el cielo nocturno mientras terminan de llegar mis amigos. Desde que pasé las pruebas de los saqueadores lunares, apenas he tenido tiempo de divertirme: tras años de estudios y simulacros, por fin soy saqueador. Aún recuerdo el dolor que sentí cuando me gradué. Dejé mi sueño de montar una biblioteca, donde volvería a dar vida en papel a historias con nuevas portadas para que la belleza no estuviera solo en el interior, para luchar por el hogar que merecíamos y también por mi hermano. No solo para honrarle, sino para esclarecer su muerte. No estaba preparado ni física, ni mentalmente. Cambié los libros por pesas y por los códigos de los saqueadores. Y cada flexión era un recordatorio de que mi sueño había muerto junto a mi hermano.

—¡Siempre el último! —grita Oryonse, dando por terminada mi divagación. Bajo la mirada y veo a Alveron, que como era de esperar ha llegado el último, a pesar de que vive a apenas dos manzanas—. La próxima vez no te reservamos sitio.

—¿No miras tu ordenador de muñeca o qué? —le recrimino.

—¿Ordena... qué? —pregunta Agar entrecerrando los ojos.

—Así es como nuestro amigo le llama a la Unidad Táctil de Proyección. —Oryonse hace un gesto de cabeza en mi dirección.

—¿Es un ordenador de muñeca o no?

Alveron me rodea los hombros y me palmea el pecho.

—Claro que lo es. En el fondo, eres el único que lo llama por lo que es en realidad, aunque deberías modernizarte. Dada tu posición como saqueador lunar, no deberías ir por ahí poniéndole nombres de mercadillo a la tecnología. Es como si a las pistolas lunares las llamaras «linternasbrillibrilliasesinas». —Pongo los ojos en blanco ante las palabras de mi amigo—. A ver, repite conmigo: UTP.

—Ordenador de muñeca —digo vocalizando mucho igual que ha hecho él con las siglas.

Antes de que pueda responder me voy a la barra a por cinco vasos llenos de un líquido turquesa brillante, la bebida típica de Noche Estrellada, el local de moda en el núcleo. La camarera me dedica una de sus sensuales sonrisas y sirve lo que le he pedido contoneando las caderas.

—Hacía tiempo que no venías a verme.

Se ha acercado tanto a mí para que pueda escucharla que sus labios me rozan la oreja. Le dedico una sonrisa ladeada mientras cojo tres de los vasos.

—Ya llevo yo los demás.

Sale de detrás de la barra asegurándose de que mis ojos no se pierdan el profundo escote de su espalda. Tras dejar todo sobre la mesa, pone una mano sobre la mía. Me limito a darle las gracias y cojo uno de los vasos.

—¿Otra pobre desgraciada que ha caído ante tus dudosos encantos? —Alveron alza una ceja, mirándome.

—Lo dices como si tuviera detrás de mí a media Hespéria.

Alveron se pone a enumerar nombres que me resultan familiares, pero dejo de escucharle a la quinta —que, además, creo que se ha inventado—. Me llevo la copa a los labios sin compartir el brindis con los demás, que se quejan de mi impaciencia.

—Hacía semanas que no tomaba esta mierda.

Me relamo con gusto antes de dar otro sorbo.

—Es lunís, Nil. ¿Tanto te cuesta hablar bien? —me pregunta Tiksi.

—¿Cómo dijiste que se llamaba originalmente? —inquiero ignorándola deliberadamente.

Alveron se revuelve el pelo y se mira las uñas haciéndose el interesante.

—Anís. Aunque no se hace igual, pero según he leído el sabor es bastante parecido.

Se hace el silencio, tan solo roto por la música que suena de fondo. En Noche Estrellada no solo recrean el firmamento con sus astros, sino también épocas pasadas: bebidas, música que se ha podido recuperar e incluso historias reescritas por aquellos que las leyeron y quisieron darles vida para las futuras generaciones —y que yo iba a llevar a mi biblioteca—. Así, en Noche Estrellada hay libros que no se pueden ver en otro lugar.

—¿Cuándo son las próximas pruebas para saqueador lunar? —pregunta Tiksi, cambiando de tema.

—¿Por qué? ¿Es que quieres unirte a nosotros? —Oryonse levanta las cejas repetidas veces.

—Ni loca. Anoche mi hermano nos confesó que le gustaría entrar en la academia... —Suelta un suspiro—. No lo esperábamos.

Ser saqueador lunar está muy bien valorado por la sociedad, pero es muy peligroso, las familias no siempre lo aprueban. Como mi madre.

—Creo que este año no las harán hasta marzo —respondo.

—¿En serio? —La joven sonríe—. ¡Bien! Luksi cumple los dieciocho en abril.

—¿No puedes presentarte si cumples los dieciocho el mismo año de las pruebas?

Mientras Oryonse contesta con una negativa, intercambio una mirada cómplice con Alveron, pues yo me presenté a las pruebas sin haberlos cumplido, cortesía de mi pirata informático favorito, que cambió mi mes de nacimiento. Así, aunque nací en noviembre, oficialmente lo hice en febrero. Algo que mis padres desconocen por el momento y espero que así siga siendo.

Bebo hasta terminar el lunís y voy a por otra copa. Nadie me pide otra ronda, todavía les queda la mitad. Cuando regreso, aunque apenas han pasado unos pocos minutos, la conversación ha dado un giro de ciento ochenta grados, pues están hablando de los laboratorios y los experimentos de bioingeniería lunar de Lizara, la hija del alto comisionado de Iberion. Pongo los ojos en blanco al escuchar las teorías conspiranoicas de Agar.

—¿Acaso hay pruebas de lo que hacen en esos laboratorios?

—Cada semana —Alveron recalca ambas palabras con retintín— comparten un informe detallado en el que se pueden constatar los datos. Además de vídeos donde tú mismo puedes ver lo que hacen.

—Todo menos a Lizara Raven —apunta Agar.

—Es que la hija del Alto Comisionado no tiene contacto con el exterior por seguridad. Solo unos pocos la han visto en persona —dice Tiksi.

—¿Y si no existe? Arno nos oculta información, ¿no os habéis parado a pensarlo?

Todos ríen salvo Tiksi, que le reprende por no tratar al Alto Comisionado con respeto. Yo me limito a beber, pues mi opinión no se aleja tanto de la de mi amigo. Y esto me lleva a preguntarme,

¿quién es Lizara Raven además de una científica reputada y la hija del Alto Comisionado de Iberion? ¿Existirá acaso...? Sacudo la cabeza.

—La mantiene oculta por Nevrast. —Miramos a Alveron—. Es obvio, ¿no? Ya ha pasado antes con Eubea Landina, la antecesora de Arno Raven. Nevrast se aprovechó de la información pública sobre su familia para amenazarla y acabar con ella.

—¿Y por qué no sale en ninguna grabación de eventos públicos? —pregunto.

—Los vídeos se pueden manipular. Así la protege y nos oculta lo que no quiere que sepamos —insiste Agar, alentado por mi intervención.

—Eres un paranoico. ¿Qué podría querer ocultarnos el Alto Comisionado? Te recuerdo que fue Arno Raven quien trajo la energía al núcleo.

Cuando fue nombrado Alto Comisionado, una de las primeras medidas de Arno Raven fue, como dice Tiksi, traer aquí algo de la energía de la que gozaban el resto de anillos —pues en el núcleo no había entonces—, junto con unos horarios para que todos tuvieran acceso diario a ella.

—Los vídeos se pueden manipular —repito, todavía sumido en mis pensamientos.

Agar se inclina hacia mí, como si esperara que confirmara sus sospechas.

Yo solo pienso en el vídeo de antes, el que vimos en el seminario. En ese corte. En ese grito. En la reacción del teniente Stravic. Y en lo que podría significar.

—Oh, no. ¿Tú también? —Tiksi resopla con desesperación.

—¿Eh? No, no. Es que... ¿Cómo se podría ver que un vídeo ha sido manipulado? —Me dirijo exclusivamente a Alveron.

—No siempre se aprecia a simple vista, pero a veces hay pistas como cortes repentinos, sonidos que no forman parte de las imágenes, algún efecto visual que no debería estar ahí... Sin embargo, no es tan fácil de detectar, ya te lo digo.

—¿Por qué lo preguntas? —inquiere Agar con ojos sedientos de alimentar sus ideas.

—En los vídeos de misiones que nos han puesto hoy... —Miro a Oryonse—. ¿No te has fijado en el último? Ha terminado de una forma rara, no sé. No me ha parecido normal. Ha habido un corte repentino y un sonido que «no formaba parte de las imágenes» —repito las palabras del informático.

Se hace el silencio entre ellos, todos miramos a Oryonse con expectación.

—Sí, yo también me he fijado. No lo he pensado en ese momento, pero... si lo que dice Alveron es cierto... Sí parecía un vídeo manipulado —sentencia mi compañero.

—Y no es la primera vez —me animo—. Todos hemos visto en más de una ocasión cortes donde no debería haberlos. Sonidos extraños y...

—Para el carro —Oryonse me pone una mano en el antebrazo—, hay muchas razones para manipular un vídeo, no tiene por qué ser fruto de una conspiración. El Gobierno quiere protegernos.

—¿De la verdad? —insisto.

—La vida no es en blanco y negro, tío. Puede haber una muerte sangrienta, un...

Suelto una carcajada irónica.

—Claro. Ahora quieren proteger a los saqueadores de un poco de sangre. Abre los ojos, Oryonse.

—No, Nil, tú eres el que tiene que abrirlos. Tienes que dejar de hacer... eso.

Agar se ha adelantado hacia mí, expectante, y el resto de mis amigos nos evalúan con interés.

—Tú también lo has visto —me encaro con mi compañero.

Este sopesa su respuesta. Casi puedo ver la lucha dentro de su cabeza y solo esa duda me da la respuesta: claro que lo ha visto.

—Recuerda la primera norma del reglamento, Nil —me susurra.

—Mi hermano...

—Murió. Como tantos otros saqueadores. No sobrevivirás si sigues obsesionado con eso.

Quiero responder, pero me he quedado sin habla. Si mi propio compañero no va a aceptar lo que se oculta en el reglamento, en las expediciones o en lo que sea que haya en las zonas extremas, tendré que seguir solo con esto.

Alveron no pierde detalle de lo que decimos. Y, si alguien puede ayudarme a averiguar la verdad de las misiones, es el pirata informático más hábil de Hespéria: mi mejor amigo.

3



Izz

> El mundo dejó de girar y, con ello, la zona habitable quedó reducida a una franja. Para proteger a la población, hay que mantener bajo control a las bestias del Desierto Polar y el Desierto Ígneo. ¿Cómo han mutado tan deprisa los animales para adaptarse a las condiciones extremas?
> ¿Son animales de verdad? ¿O la caída del satélite trajo algo desconocido consigo?
>
> Informe clasificado del Proyecto Selene 563901G

Las luces parpadeantes del laboratorio dibujan formas fantasmales a mi alrededor. Aprieto los labios mientras obligo a mis piernas a avanzar a través de la penumbra. No hay sonidos en torno a mí, así que mis pasos retumban en mis oídos como pequeñas explosiones.

No hay nadie. Solo yo. Y, al otro lado, mi objetivo.

La sala huele a antiséptico, a lejía y a productos químicos que se entremezclan con mi perfume. El siseo de una de las cámaras me hace dar un respingo. Respiro hondo. Soy invisible, gracias al ángulo muerto que he creado solo para este momento, y que llevo semanas estudiando.

No puedo ser vista. Trago saliva y mis pasos vuelven a resonar en mi cabeza, ahora con el martilleo de mi corazón en el pecho. Rítmico. Fuerte y claro.

Sin embargo, mis piernas siguen avanzando hacia la puerta metálica que se alza como un coloso al final de la sala alargada. A medida que me acerco, las mesas con tubos de ensayo, matraces y otros utensilios se van espaciando, dando paso a unos escritorios con ordenadores holográficos y, después, a una extensión iluminada apenas por la luz roja de emergencia que reluce sobre la puerta de hierro.

La oscuridad me engulle. Me fundo con ella y respiro hondo. No estoy a salvo de las garras de Arno. Debo tener muy presentes los ángulos muertos de cada una de las cámaras que hay a mi alrededor, mas la oscuridad me hace sentir segura. Como una capa de invisibilidad. Es irreal, porque son cámaras de visión nocturna. Y, a pesar de ello, encuentro el valor para lo que estoy a punto de hacer.

Trago saliva y cambio de posición a toda prisa. Alcanzo la puerta en apenas unos segundos. Me arden las manos y a la vez siento un frío como ninguno ascender por mi columna.

La puerta de hierro activa sus protecciones y una voz robótica dice unas palabras que ahora mismo no puedo entender. Suena como un zumbido, eclipsada por la ansiedad que se ha adueñado de mí.

Este es el momento crucial.

Miro atrás, a las sombras. Nada. Silencio y la voz robótica que reclama mi presencia.

Saco del bolsillo del pantalón la tarjeta con el código que me dará el acceso. Una punzada de culpabilidad se apodera de mí al recordar cómo la he conseguido. Espero poder devolverla antes de que la doctora Quina la eche en falta.

La puerta emite un clic y se abre, dando paso a una antesala cuadrada y estrecha que tiene al final otra puerta metálica.

Protocolo.

Zonas protegidas por su alta exposición a la sustancia lunar.

O para ocultar los secretos que el Alto Comisionado de Iberion no quiere mostrar al mundo.

Su juego.

Sus juguetes.

Trago saliva mientras la segunda puerta se abre ante mí.

Antes de continuar, consulto mi UTP de pulsera. Me indica que son las cinco y trece de la madrugada. Con el dedo índice navego por la pequeña pantalla táctil y proyecto ante mis ojos el lugar en el que estoy. El holograma me muestra el pequeño mapa y trago saliva. Voy por el camino correcto. La siguiente puerta debería mostrarme... ¿qué? Con un movimiento de la otra mano, hago avanzar el holograma y la veo. Nyelith. Una saqueadora lunar que no debería estar aquí... Que deseo que no esté aquí, porque entonces querría decir que...

Respiro hondo y apago el holograma del UTP que vuelve a mostrar la hora como un reloj de pulsera normal, con la peculiaridad de que, a diferencia de ellos, la pantalla de los UTP se extiende de forma ovalada a lo largo del antebrazo.

Una información que me llegó por error y pensé que no podía ser real. Nyelith acudió al laboratorio para ser evaluada tras su exposición a los fragmentos del Desierto Ígneo. Algo rutinario que no debería haber traído ninguna anomalía, sin embargo... Tuvo que acudir en varias ocasiones y coincidimos. Así fue como la conocí. Hasta que un día... Fue propuesta para el Proyecto Selene.

Me estremezco.

Ahora saldré de dudas. Atravieso la siguiente puerta y el aroma que me recibe tiene muy poco que ver con el que he dejado atrás. Una mezcla de amoníaco y mineral, casi como la sangre, pero sin su dulzor.

Un largo pasillo de habitaciones acristaladas. Un silencio casi antinatural, solo roto por mi corazón desbocado. Giro la cabeza a mi derecha. Hay alguien en la primera habitación. O algo. Un monstruo, un animal mutado objeto de estudio de estos laboratorios para entender los efectos de los fragmentos lunares en los seres vivos del planeta. Me quedo mirando al felino, cuyos ojos anaranjados me atraviesan con suspicacia. Doy un paso más hacia el cristal. El animal abre la boca y doy un traspiés hacia atrás cuando una llamarada impacta a unos centímetros de mí. La luna transparente absorbe el calor de las fauces de fuego con un parpadeo.

Sigo avanzando y junto a mí los diferentes animales se suceden uno tras otro hasta que me detengo a unos pasos del cristal con el número ocho. Me da miedo mirar, pues lo que vea será determinante. Vuelvo a coger aire y expulsarlo con lentitud, armándome de valor.

Un ser bípedo de piel grisácea se yergue al verme y se acerca hasta el cristal. Puedo observar algunas heridas donde su piel se abre y humea. No es una buena señal. Tengo que alzar la cabeza para mirarle a los ojos. Durante unos segundos que se me hacen eternos, nos observamos, me pierdo en esos ojos tan característicos que conozco bien: uno azul y uno marrón. Por un momento, creo que me ha reconocido también. Coloco una mano enguantada en el cristal y pienso que va a hacer lo mismo, pero lo que hace es soltar un fuerte rugido que no alcanzo a escuchar por la insonorización de su celda.

Me alejo hasta que mi espalda choca con el cristal de la celda que está frente a la ocho. Me giro y lo que hallan mis ojos es un hombre o lo que queda de él...

—Por favor...

No llego a escuchar estas palabras, pero sí leo lo que una vez fueron sus labios. Tiene la piel resquebrajada y humeante, como si estuviera ardiendo por dentro. Golpeo el cristal en un intento de ayudarle, sin embargo, la humanidad que hace unos segundos habitaba en sus ojos ha dado paso a una fiereza más propia de un animal que de un ser humano.

—Entonces, es cierto... —musito volviendo a encontrarme con la mirada bicolor de mi amiga tras el cristal número ocho.

Nyelith, la saqueadora lunar, ahora es un monstruo sin ningún atisbo de raciocinio. Lo que quiere decir que Arno ha atravesado una línea infranqueable con el Proyecto Selene.

La verdad me golpea con fuerza. Sí. Nyelith está aquí. Solo que ya no es ella.

4



Nil

> Las auroras ahora marcan el paso de las estaciones y su cambio de color en la zona habitable es un proceso que ha inspirado creencias de todo tipo. Así, durante el invierno brilla una aurora azul oscuro y celeste. En primavera, una púrpura y plata. En verano, una dorada y rosa pálido. Y en otoño, una verde y naranja. Solo una noche se oscurecen y el cielo recuerda a las antiguas noches: el 30 de octubre, coincidiendo con el día en que se rememora la caída de la luna.
> La noche y el día desaparecieron. Para mantener el calendario de doce meses se alargaron los días a veintiocho horas. Cambiando la estructura del sueño y también las franjas de trabajo.
> La energía es escasa y su producción depende de los fragmentos, por ello, todo ciudadano solo dispone de un número de horas al día de agua y energía. Excederse acarrea sanciones y multas.
>
> Fragmento del libro *Selestara: El mundo tras la caída de la luna*

Dejo mi casa atrás, y tras recorrer una calle amplia custodiada por centinelas, me dirijo a la puerta que separa el quinto anillo, mi mundo —el que nos dio mi hermano y yo conservé—, del resto de distritos y del núcleo, donde vive Alveron y el que alberga parte de

mi pasado; mi infancia, parte de la adolescencia. Un pasado al que no quiero volver, pero que siempre me recuerda lo que tuve que hacer para no regresar allí. Camino sin preocupación, con mi uniforme de saqueador lunar. Tengo que ir a la academia más tarde, pero me aprovecho de los privilegios de ser quien soy ahora para tomar el deslizador.

Me salto la entrada al tren interurbano y subo unas escaleras que conectan con la vía del deslizador. Este llegará en unos minutos. Desde aquí observo el movimiento del tren interurbano, que a esta hora va lleno hasta los topes.

Al otro lado de los accesos, un chico intenta cruzar al cuarto anillo.

—Acceso restringido —dice el centinela sin mirarle siquiera.

La máquina se ilumina con un tono rojo. El chico protesta, pidiendo que le dejen pasar que su hermana está en el hospital. El centinela se mantiene firme y al poco aparecen otros dos que se llevan de ahí al muchacho. Nadie puede acceder a los anillos más altos. Tampoco se puede ir libremente a los más pobres. Es una cuestión de seguridad y de orden. Hay que prevenir el contrabando de energía, de sustancias ilegales, el caos que traería que todos pudiéramos movernos con libertad entre los anillos.

Enseño mis credenciales al mismo centinela, que me mira con indiferencia, como un robot, y me deja pasar con un gesto. Me compadezco de mi padre, que tiene que pasar un proceso mucho más largo para atravesar los anillos en el tren y llegar a su puesto de trabajo, en el primer anillo, pues es operario energético y sus funciones son mantener la línea eléctrica en funcionamiento. Tiene que renovar semanalmente las credenciales de su ordenador de muñeca, donde se muestra su lugar de trabajo y el horario para justificar sus desplazamientos.

Subo al deslizador, que comparto con un centinela, un magistrado —a juzgar por su traje— y un par de saqueadores. Me siento en un sillón cómodo para pasar los próximos veinte minutos descendiendo hacia el núcleo de Hespéria.

El cielo reluce con tonos verdes apagados, que se van sustituyendo por el azul que llegará en noviembre. Podría ser un espectáculo maravilloso si no tuviera la mente en el cumpleaños de mi hermano. O, más bien, en el recordatorio de que jamás voy a volver a verle... Porque murió.

Para cuando llego, mi estómago es una bola de nervios y anticipación. Es la última parada y soy el único del transporte que queda en él. Me bajo y respiro hondo.

Dirijo mis pasos por los adoquines polvorientos conteniendo las lágrimas. A mi alrededor los edificios, aunque no son tan altos como en mi anillo, me rodean como colosos y pronto una neblina húmeda oculta la luz fantasmagórica de la aurora.

Me gusta visitar el barrio en el que crecí. Recordar la fábrica en la que trabajaba mamá y los horarios estrictos de la energía. Las duchas cortas compartiendo espacio con mi hermano mayor y mi padre gritando que íbamos a consumir los litros diarios. Las risas. El hogar. La mirada traviesa de Vik y cómo mi corazón estallaba de admiración con cada una de sus acciones.

Y eso siguió así. Cuando entró en la academia. Cuando se convirtió en saqueador. Cuando se convirtió en un héroe.

Un aguijón se clava en mi pecho al pensar en mi madre. Ella nunca quiso que yo siguiera sus pasos, todavía la oigo decir a menudo que los héroes mueren y ella no quiere heroísmo, sino una familia.

Conservar al hijo que le queda.

No me hace falta mirar el reloj para saber que estamos entrando en la segunda franja de trabajo del día. Hace años los días eran más cortos y me pregunto cómo aprovechaba la gente del antiguo mundo —el que tenía día y noche— el tiempo. Veinticuatro horas no son veintiocho. Los trabajadores se dirigen a las fábricas de mala muerte del núcleo y yo los observo en silencio. Algunos me saludan con respeto, otros prefieren ignorarme. No me importa en absoluto.

Mis ojos se detienen en el bloque apagado que alberga la escuela del núcleo —la gente de aquí no puede permitirse llevar a sus hijos a la escuela del cuarto anillo, como otros niños privilegiados—. Junto al bloque hay un patio solitario, pero de pronto me doy cuenta de que hay algo más. Algo que no debería estar ahí o... alguien.

¿Es un centinela?

Aprieto la mandíbula y mis pies dan un paso tras otro para cruzar la calle. El tren interurbano emite un pitido cuando el viento que levanta a su alrededor me empuja a mi objetivo.

Allí, a tan solo unos metros de mí, está él. El corazón me da un vuelco. No puede ser, porque él... ¿no fue destinado a otro lugar?

Me detengo. No por miedo, sino por algo más profundo. Él está ahí. O alguien que se le parece demasiado. Hay algo en su postura, en la forma en que gira la cabeza que me hace pensar en Vik.

El aire se espesa. El mundo parece contener la respiración.

—¿Drevan?

Mi voz se apaga por una alarma que suena tan fuerte que tengo el impulso de taparme los oídos, pero mi cuerpo, formado para ser un saqueador, actúa por sí mismo. Mi mano va al arma que reposa en mi cinturón y mis ojos buscan alrededor qué ha provocado la alarma.

No veo ningún altercado ni nadie alterando el orden público. Recuerdo la única vez que nos llamaron desde que soy saqueador:

un fallo en el tren, provocado por los rebeldes, desató el pánico. Corrí junto a otros que no estábamos de misión abriendo puertas y guiando pasajeros mientras los centinelas llegaban y se ocupaban de los culpables. Los rebeldes son competencia de los centinelas, pero es deber de todos proteger a la población. Incluso nosotros, los saqueadores, recibimos informes sobre sus movimientos. No es nuestro trabajo perseguirlos, pero si hace falta, debemos intervenir.

No hay nada que indique que hay rebeldes en esta zona, aunque no debo confiarme. Drevan sigue ahí, pero no le reconozco. Porque su uniforme de centinela le hace un clon perfecto del resto de centinelas que se despliegan a mi alrededor. No entiendo nada.

Y entonces escucho el rugido rasgado, los pasos y... Los disparos se suceden uno tras otro en dirección a la bestia que grita alterando el mundo a su alrededor. No he visto un monstruo como ese jamás, aunque puedo reconocer elementos comunes en las criaturas del Desierto Ígneo que hemos estudiado en zoología. Bípeda, con la carne roja y humeante que parece estar en llamas. Hay algo particular en ella, más allá de que no la reconozca del manual. Se mueve a una velocidad extrema, tanto que las balas no la alcanzan, y, por un momento, siento sus ojos clavados en mí.

Uno marrón y otro azul. Imposible y extraño. Como todo en esa monstruosidad.

Esa cosa no debería estar aquí.

Los nervios me devoran. Es la primera vez que voy a enfrentarme a una bestia. Sí, me he enfrentado a monstruos en los simulacros, pero siempre he contado con el apoyo de mi equipo, con la sensación de sentirme arropado. Sin contar con el hecho de que conocía a la perfección la teoría sobre la criatura que tenía frente a mí. Trago saliva. No conozco los puntos débiles de este monstruo —si es que los tiene—, pero me concentro en buscarlos. Su piel me

recuerda a los pirófagos. Aunque estos son como un enorme escarabajo cuyo caparazón está resquebrajado, las grietas son similares. Y disparar a los pirófagos entre ellas les causa mucho daño. Tal vez...

La determinación se convierte en fuego y saco mi arma a tiempo para lanzar un disparo que se disipa como los anteriores y ruedo a un lado, intentando esquivar el envite del monstruo, pero este nunca llega.

Su garra atraviesa el pecho de un centinela sin esfuerzo, como si se tratase de una figura de mantequilla y no de un hombre de carne y hueso. No es Drevan. Pero eso no evita que la bilis se me acumule en la garganta durante unos instantes. El cuerpo cae desplomado y la bestia arremete contra su siguiente objetivo, que es un trabajador paralizado en un extremo de la calle. No puedo permitir que se cargue a otro inocente. Tengo que parar a este bicharraco del infierno. Apunto a varios puntos de su cuerpo y disparo una y otra vez. No con intención de dañarlo, sino de llamar su atención.

—¡Eh, tú! ¡Saco de...!

La bestia se vuelve hacia mí y ahora sí veo la altura del monstruo. Quizá mida dos metros y medio y alterna correr a cuatro patas con incorporarse como una persona, mientras se dirige hacia mí. Sea como sea, tiene un exoesqueleto que la protege de las balas. No es una armadura, sino que... Vuelvo a disparar y lo veo claro: las balas se desvanecen antes de alcanzarla.

He conseguido mi objetivo, el civil está a salvo. Saco el cuchillo lunar y lo mantengo en alto mientras el monstruo acorta la distancia entre nosotros. Un chirrido nos alerta a los dos cuando un tren interurbano intenta frenar. Todo sucede ante mis ojos a cámara lenta. El tren a punto de arrollar a la bestia. En un instante todo cambia. El monstruo alza una mano para detener el impacto y el

tren descarrila con violencia a su espalda, arrasando con todo lo que encuentra.

La bestia de ojos dispares salta sobre el tren y el hierro se hunde bajo su cuerpo. Los centinelas la rodean, ¿por qué no dejan de disparar si es inútil? Solo enfurecen a la criatura y esta lanza un zarpazo certero contra varios centinelas que caen con los cuerpos en ángulos imposibles. Me cuesta darme cuenta de que no es que sean imposibles, sino que de un solo gesto ha desmembrado a la mayoría.

Corro hacia Drevan sin dudar mientras él intenta ponerse en pie. El monstruo no nos presta atención. Centrado en un nuevo equipo que ha venido a abatirle. Centinelas nuevos, con equipos más sofisticados y cañones iónicos.

Otro equipo se está ocupando de los civiles, como veo por el rabillo del ojo, mientras arrastro a Drevan que tose a mis pies.

—Drevan, soy yo, Nil.

Sus ojos siguen empañados, como en otro lugar. O está en *shock* o de verdad no me escucha. No me reconoce.

Se rasca la barbilla, como solía hacer cuando estaba nervioso. ¿Está fingiendo no reconocerme por alguna razón en concreto? ¿Quiere borrar de su pasado a mi hermano? ¿O hay algo más? Algo que no me atrevo siquiera a pensar.

—¡Disparad! —La voz firme suena en todo el barrio.

No es una orden del oficial, sino que es el propio Alto Comisionado de Iberion.

La electricidad zumba a nuestro alrededor. Escasas horas de energía que inundan el barrio y que llegan justo a tiempo. Una parte de mí me dice que tal vez no es una casualidad. Sea como sea, algo más que esa luz propia de la actividad ilumina la calle, cegándome. Cierro los ojos y cubro con mi cuerpo el del novio de mi hermano mientras el mundo brilla tanto que me duele. A esto sigue un sonido

punzante que me quema los oídos. Todavía me pitan cuando el mundo vuelve a apagarse y, esta vez, el monstruo lo hace con él.

El centinela se incorpora deprisa.

—Drevan, ¿qué demonios era eso?

—Aquí cabo Alfa treinta y tres. —Su voz suena tan hueca que me estremezco.

—Soy yo, Nil, tu cuñado.

—El objetivo ha sido eliminado.

—¡Drevan!

Al fin, se quita el casco. La niebla se ha disipado de su mirada, pero no lo suficiente porque me mira frunciendo el ceño, en una expresión muy suya. Los recuerdos me duelen, los siento como brasas en el pecho, pero es su indiferencia lo que hace que el dolor suba como una bola hacia mi garganta y me arda en los ojos.

—Soy Nil.

—Bien, saqueador Nil, vuelve a tu puesto.

Atisbo un brillo en sus ojos que me da esperanza, pero dura solo un segundo, porque después de eso se cubre el rostro con el casco y acude con el resto de centinelas a recoger los restos de la criatura.

La observo con detenimiento, y sé que es algo que no deberíamos haber visto por la forma eficiente en la que todos trabajan. Un monstruo que no está en el manual. Piel dura, rostro informe, extremidades demasiado largas y una columna que se curva sobre sí misma dándole un aspecto siniestro e inhumano. No puedo despegar los ojos de los del monstruo. Marrón y azul. Dotados de una comprensión que, a pesar de no albergar vida, me hacen pensar que no es solo una bestia, sino que en algún momento... ¿pudo tener conciencia?

Me sacudo ese pensamiento tan rápido como puedo y trago saliva, asumiendo la posición delicada en la que estoy. Tengo que irme.

Pero antes, busco a Drevan. No le encuentro. Perfectamente mimetizado con el resto de centinelas. Nunca los había visto tan parecidos y tan... distantes.

Me rasco el pecho donde tengo el tatuaje que me hice igual que el de Vik.

Me voy. Dejo atrás el monstruo imposible, a los centinelas iguales y el recuerdo de mi hermano y Drevan bromeando a tan solo unos metros de donde estoy, en el parque donde me lo presentó. Y me parte el corazón, porque un día quiso a mi hermano como yo, y el sentimiento de pérdida debería habernos unido.

Quizá Drevan no murió, pero el sistema le enterró en vida. Y, con él, mi hermano ha muerto un poco más.

5



Izz

> Fueron cinco las ciudades principales que se alzaron tras la reconstrucción del mundo, aunque solo tres las que quedaron en pie: Hespéria, la ciudad del fragmento, en Iberion, la antigua España; Zarya, la ciudad de la aurora, en Nevrast, en la antigua Rusia; Varae, la ciudad de los fundamentos, en Amazora, en el antiguo Brasil. Cada una se convirtió en la capital de su nación.
> Hespéria, fundada sobre un fragmento, se convirtió en un símbolo de grandeza. Construida sobre un cráter en forma de circo romano. Sobrecogedora en tamaño, comunicada directamente con las zonas extremas por los deslizadores.
>
> Fragmento del libro *Selestara: El mundo tras la caída de la luna*

Escucho a un grupo de centinelas confirmar que Nyelith ha sido abatida. Algo inunda mi interior, una mezcla entre tristeza y una emoción que no sé definir. Se extiende hasta el punto de dificultarme la respiración. Me llevo una mano al pecho en un intento de ahogar lo que siento. Inspiro hondo e intento pensar con claridad. Esto ha sido lo mejor para ella. Tal vez soltarla no haya sido la mejor de las ideas, pero verla convertida en algo tan aterrador a merced de experimentos inhumanos... Aprieto los puños hasta que

los nudillos se me tiñen de blanco. No soy consciente de que estoy haciendo lo mismo con la mandíbula hasta que noto el dolor en la boca. Decidí liberarla para darle una oportunidad de escapar, y al mismo tiempo me daba una distracción para salir del laboratorio y colarme en la agenda personal y oficial de Arno. Sin embargo, no calculé bien las consecuencias. Y ahora está muerta por mi culpa.

Algo cálido se desliza por mi mejilla y apenas soy consciente de que es una lágrima. La acojo en mi dedo índice y la observo mientras se pierde en mi piel. La risa de Nyelith retumba en mis oídos y me arrodillo, incapaz de avanzar. Los recuerdos me invaden sin compasión y tengo que cerrar los ojos con fuerza como si con ello pudiera alejarlos.

Tardo unos minutos en recuperar el control y volver a visualizar mi objetivo. Robar la agenda de Arno ha sido, en cierto modo, esclarecedor. Ya conocía muchas de sus citas, pero he encontrado movimientos planificados que realiza a diario y que me vendrán bien para lo que tengo en mente: robar todos los informes relacionados con el Proyecto Selene y los fragmentos lunares. Experimentos, nuevas tecnologías que no han salido a la luz, localizaciones secretas y, quizás, información que ahora mismo ignoro. Todo ello bien oculto en el despacho del Alto Comisionado, un lugar de difícil acceso salvo para unos pocos.

Sé bien cómo hacerlo, pero tenía que estudiar el cuándo. No es tan fácil burlar la seguridad de Arno por mucho que tengas acceso a su despacho. Tiene todo bien controlado, no hay nada que se le escape.

O casi nada.

En unos minutos saldrá a visitar un lugar que en su agenda aparece con las iniciales LP. No he logrado descifrar lo que significan, sin embargo, ahora mismo no me importa. Este destino y otro

llamado LI aparecen de forma regular en su día a día. Los visita en un espacio de hora y algo. No sé si están en Hespéria o fuera de la ciudad, cerca de las fronteras. Lo único que sé con certeza es que están dentro de los límites de Iberion, ya que para ir a Amazora o Nevrast necesitaría más tiempo, por muy rápido que sea el transporte que utilice. La tecnología de los deslizadores es de primera calidad y es muy posible que pueda llegar al Desierto Polar y al Desierto Ígneo en ese tiempo. Este pensamiento me hace estremecer. ¿Sería posible que...? El pensamiento es como un fogonazo y me obligo a respirar con normalidad porque solo es una corazonada. ¿Podría ser laboratorio polar y laboratorio ígneo? ¿Es posible que haya creado laboratorios secretos que nadie conoce salvo él y, tal vez, unos pocos? ¿Y, de ser así, qué necesitaría ocultar Arno en las zonas más peligrosas del planeta?

Tengo que estar preparada. Tanto si sale bien el plan como si sale mal. He estudiado todas las posibles variables y he planificado hasta el más mínimo detalle, con más de una vía de escape por si alguna me falla.

Me cuelgo la mochila del hombro con todo lo necesario. Activo el temporizador de mi UTP, soy muy consciente del tiempo que tengo, sin embargo, prefiero no correr riesgos.

Me muerdo el labio. Solo tendré esta oportunidad, así que respiro hondo, me trago el miedo que acecha desde mi vientre y me dirijo hacia mi objetivo. El ayuntamiento está repleto de actividad, sin embargo, nadie me presta atención e intento mantener la cabeza alta.

Arno no está, me lo tengo que repetir varias veces para acallar el pulso que repiquetea con fuerza contra mi pecho. La recepcionista me saluda con calidez y me meto en el ascensor a toda prisa.

Por un instante siento la tentación de mirar a la cámara fijamente. A Arno. Retándole. Mas no lo hago. Aprieto la carpeta que llevo entre mis brazos como si solo fuera una trabajadora con ganas de terminar mi larga jornada.

El ascensor se detiene con un pitido ante un largo pasillo, donde un centinela está patrullando. Sus botas resuenan sobre el suelo de mármol. Nuestras miradas se cruzan y contengo la respiración. No hay duda de que está bien entrenado, como parte del cuerpo de seguridad creado por el Alto Comisionado para proteger Iberion. Cada movimiento calculado, su uniforme impecable y la forma en la que inspecciona el pasillo hablan de años de disciplina. Además, son parte del Proyecto Selene; su mirada no solo protege a la gente, sino que ha sido entrenada para ocultar los secretos de Arno.

Suelto todo el aire que he estado conteniendo cuando él pasa de largo ignorándome. Llego a una bifurcación y simulo ir a la derecha, pero cuando el centinela desaparece por una esquina tomo el pasillo de la izquierda. Al fondo hay unas puertas con un aparato de seguridad que va a analizar mi rostro. Un segundo. Dos. Tres pitidos y el escrutinio se repite.

Aprieto los dientes mientras las lucecitas recorren mi rostro y, finalmente, la puerta se abre. De nuevo, contengo la respiración, temerosa de que el sistema detecte mi ansiedad.

Las puertas se cierran a mi espalda y, ahora sí, me permito respirar con toda la normalidad de la que soy capaz.

El despacho del Alto Comisionado de Iberion es tan impersonal que me hace sentir incómoda. No hay rastro de decoración, cuadros o cualquier cosa que pueda hacer pensar que el mandatario tiene sentimientos. No. Aquí entre estas paredes se respira ambición. Poder.

Camino hacia la mesa con decisión. Activo el botón del escritorio y ante mí se despliega una pantalla holográfica que conecto sin apenas pensarlo con un código numérico que he repetido cientos de veces en mi cabeza.

Ahora repito lo mismo en mi UTP y empieza la descarga.

Cuarenta y cuatro minutos. ¿Cuarenta y cuatro minutos? ¿Qué clase de información guarda Arno?

Mi estómago da un vuelco. Sea lo que sea necesito hacerme con ella.

El temporizador indica que tengo cincuenta y cinco minutos. Lo que me deja un margen de apenas diez minutos para salir pitando de aquí.

Mientras la descarga sigue abro uno de los cajones auxiliares del escritorio. Tengo la esperanza de encontrar algo íntimo, una cara de Arno desconocida, pero allí solo hay papeles. Y esto se repite en todos los cajones hasta que, al intentar abrir el último, se encalla.

Está cerrado.

—¿Qué ocultas, Arno?

Mi voz suena grave, lenta y monocorde. Sonrío para mis adentros y saco un manojo de llaves. Pruebo varias sin éxito. Nyelith acude a mi memoria. Y mis dedos van a la horquilla que llevo en el pelo desde que me enseñó lo poderoso que puede ser este pequeño hierro ornamentado.

El cajón no cede a la primera, tampoco a la segunda. No es hasta el sexto intento, cuando estoy a punto de rendirme, que el cajón cede.

«Gracias, Nyelith», sonrío.

No hay nada.

Está vacío.

A excepción de un disco holográfico de visualización. Su forma circular, con el núcleo translúcido y el borde metálico con la espiral luminosa, enciende mis alarmas... y también mi curiosidad. No puedo robarlo así como así, algo dentro de mí intuye que puede ser incluso una trampa. Aunque, ¿cómo podría serlo?

Sé lo que tengo que hacer. Lo cojo con nerviosismo y me dirijo a la estantería que hay en un extremo de la sala. Vuelvo la vista un instante hacia la interfaz de descarga de mi UTP. Veintinueve minutos.

—Vamos allá.

Me acerco a la estantería donde reposa un reproductor de discos holográficos y lo abro para meterlo y así poder ver lo que contiene. La pantalla se despliega ante mis ojos emitiendo un leve zumbido.

No. Algo me detiene.

El temporizador indica que todavía faltan veintisiete minutos. Si es una trampa, tendría que salir de aquí pitando, y quiero que se copie el máximo posible de información. Así que me limito a esperar con la bandeja abierta.

El disco tiembla entre mis dedos sudorosos mientras los minutos pasan.

Tan despacio que resultan dolorosos. Desesperantes.

Y el miedo me devora.

Casi me pregunto si el tiempo está pasando en realidad o se ha detenido. Paseo por la estancia mientras espero sin mirar nada en concreto. Lo que me interesa ya tiene mi atención.

Mis ojos se posan en una foto. La única de todo el despacho. «Arno Raven y Brais Narcea», reza la inscripción en el marco. Cojo la foto y ladeo la cabeza. Ambos sonrientes y con unos años menos. Brais le rodea los hombros en un abrazo y se advierte un brillo de emoción en sus ojos añil. Era su mentor y su mano derecha. Arno,

orgulloso, vestido con elegancia tras haber tomado su nuevo cargo como dirigente de Iberion. Suspiro y la dejo en su sitio, tal y como estaba, con la mirada de ambos puesta sobre mí.

Juzgándome por lo que estoy haciendo.

6



Nil

> La energía que fluye desde el fragmento no es constante ni completamente estable. Requiere calibración diaria, y su distribución está regulada por los administradores de flujo, técnicos entrenados para interpretar las variaciones del pulso lunar.
> La manipulación de la energía está restringida. Toda desviación energética, incluso mínima, puede provocar un desajuste en los anillos circundantes y, con ello, una caída del suministro en las zonas altas.
>
> Fragmento del libro *Hespéria, la ciudad del fragmento*

La academia me recibe con su silencio, interrumpido por la voz de un maestro en un aula anexa, donde está dando clase a unos alumnos de primer o segundo año. Al otro lado los aspirantes a saqueadores lunares escuchan con atención. Reconozco en sus miradas el ansia de ser héroes, el miedo de no ser suficiente o la presión de ser, en ese momento, el sustento de la familia.

Un pensamiento ácido corroe mi conciencia al preguntarme cuántos de ellos sobrevivirán. Cuántos de ellos se convertirán algún

día en mis compañeros o si yo mismo llegaré a vivir más allá de las expediciones.

O si, por el contrario...

¿Acabaré convertido en un robot a las órdenes del Gobierno de Iberion como Drevan?

Sigo caminando con decisión hacia el despacho de mi instructor principal durante estos últimos años. He venido por una razón muy clara: quiero ver más vídeos, estudiarlos en profundidad e intentar descubrir qué ocultan.

Llamo a la puerta, aunque sé que el teniente Stravic me espera. Al segundo toque de mis nudillos oigo la orden para entrar. La puerta se cierra detrás de mí. Stravic está sentado al otro lado de la mesa, con la expresión adusta que esperaba. Sin embargo, su mirada está sobre un panel holográfico que ocupa toda la parte derecha de la sala. Se da prisa por apagarlo, pero logro ver varias imágenes que creo que son cámaras de seguridad. Reconozco partes de la ciudad, pero otros lugares no me suenan.

Me observa con suspicacia, como intentando deducir si he llegado a ver algo que no debería. Algunas arrugas surcan su rostro y un ojo de cristal, muy bien disimulado, me habla de una experiencia que no sé si quiero vivir.

—Saqueador Dilar.

—Teniente Stravic.

—¿No debería estar disfrutando sus días libres antes de que sea destinado a una misión?

—No me resulta nada fácil disfrutar, señor —digo intentando que mi voz no suene teñida de amargura.

—Es un poco joven para hablar así, saqueador —responde bajando la mirada a unos papeles que dudo que esté leyendo de verdad—. La mente tiende a anticipar más de lo que ocurre en

realidad, no lo olvide. Disfrute ahora. No sabemos qué pasará mañana.

Asiento. Tiene razón, pero hay algo en su tono que me hace preguntarme hasta qué punto conozco al teniente. ¿Qué habrá tenido que pasar?

Sus labios se estiran en una mueca que pretende ser una sonrisa, que le devuelvo no porque me parezca nada divertida esta situación. ¿Cómo podría disfrutar sabiendo que después...?

Trago saliva.

Podría morir ahí fuera.

Cosa que es muy cierta. Puedo morir, independientemente de dónde me toque. Las condiciones son extremas. Si me toca el Desierto Polar, la noche me envolverá y el hielo me congelará, y si soy destinado al Desierto Ígneo, el día eterno me quemará y arderé bajo el sol abrasador. Desvío la vista, fugaz como un suspiro, a la luz verde que ilumina el cielo y regresa a los ojos gélidos del teniente.

—Me gustaría estudiar las misiones de mis predecesores.

Stravic me evalúa unos instantes en que su mirada se ensombrece. Las cejas parecen espesarse cuando casi se unen sobre el puente prominente de su nariz. Me estudia en silencio.

—¿Otra vez con eso? No busque fantasmas donde no los hay. Ya le dije en clase que los informes no siempre son lo que esperamos.

—No se trata de eso —miento, y veo una chispa de diversión en su ojo sano que dura apenas un instante.

—Entiendo —dice finalmente—. La curiosidad es útil, siempre que no se obsesione.

Por un momento pienso que me va a decir que no. Sin embargo, tras lanzarme una última mirada asiente en silencio. ¿Aprobando mi iniciativa?

Se acerca a mí, enciende su UTP y lo conecta con el mío, que emite un pitido antes de volver a ocultar la imagen del holograma.

—Tiene permiso para entrar en el Registro Confidencial. Estudie con calma lo que necesite.

—Gracias, teniente.

Estoy a punto de salir cuando el carraspeo de mi superior me detiene.

—Dilar.

Su voz tiene una calidez que me sorprende, aunque cuando me vuelvo hacia él veo la misma frialdad de siempre. Él es mi teniente. Mi superior, y no deja que lo olvide.

—Si insiste en revisar los informes del año ochenta y nueve... —hace una pausa, buscando las palabras exactas—, podrá encontrarlos en la sección siete del departamento Selesta. Estantería cinco.

—¿Del ochenta y nueve? —repito despacio.

—Sí —responde con neutralidad—. Aunque ya le advierto que los informes de esa época son poco fiables.

Es el año en que mi hermano... Guardo silencio y carraspeo. Quiero preguntarle a qué se refiere, pues, aunque su voz es firme, detecto algo en ella que no sé descifrar.

—Gracias, señor.

—Y recuerde lo que dije en clase: no todo lo que uno cree haber visto es lo que realmente ocurrió. Bajo la última luna, siga adelante.

Atisbo un amago de sonrisa, que se esfuma tan rápido como me ha parecido verla.

Salgo antes de que mi rostro denote alguna emoción más.

Ha sido más fácil de lo que esperaba. Tenía preparado todo un discurso para convencerle, y no me ha hecho falta. Repaso una y otra vez mi corta visita al teniente y vuelvo a visualizar esas

imágenes que estaba viendo cuando llegué. ¿Qué otras funciones puede tener además de ser instructor?

Dirijo mis pasos rápidos hacia el deslizador que me llevará al cuarto anillo en unos minutos. Hago el trayecto solo y miro a través de la ventana. Los edificios se suceden mientras descendemos. Dejamos atrás unos perfectos para dar paso a otros más bajos, bien trabajados, pero más clásicos. Esta zona tiene un aspecto envejecido y bonito que invita a pasear entre sus calles y perderse entre libros. Si es que eso fuera una opción. En este momento dejamos atrás un bloque con grandes puertas en un arco de piedra. Me rasco el pecho, melancólico. Recuerdo el tiempo y el esfuerzo que me costó ahorrar el dinero necesario haciendo trabajos esporádicos en el núcleo, limpiando el musgo que crece sin control en las zonas más oscuras del barrio. Es el local en el que pretendía montar mi biblioteca y dar a otros la oportunidad de dejarse envolver por una buena historia. Porque leer es viajar lejos. Leer es como entrar en un lugar donde las reglas cambian cada dos pasos, pero al menos nadie intenta cortarte la cabeza.

El conductor me avisa de que ya hemos llegado, paso mi ordenador de muñeca por el terminal de pago y me bajo. El archivo no está lejos. Las puertas las custodian dos centinelas. Cuando empecé mi instrucción me pregunté por qué. No tardé mucho en saber de la existencia del Registro Confidencial, una parte del archivo que está restringida para casi todo el mundo. Los centinelas apenas me prestan atención cuando cruzo las puertas y siento el impulso de suspirar de alivio. Como si estuviera a punto de hacer algo ilegal.

«Tienes el permiso de tu instructor», me obligo a decirme.

Voy directamente a la zona restringida. El archivero encargado de tal lugar me mira de arriba abajo con una expresión de desdén, sin

embargo, cuando levanto el brazo para acercar mi ordenador de muñeca al lector y se enciende una luz verde concediéndome el acceso, se torna en una expresión de asombro.

—Puedes consultar lo que quieras, saqueador, pero está prohibido —hace hincapié en esta palabra— sacar ningún archivo del Registro Confidencial.

Lo dice sin mirarme. Me atrevería a decir que mi presencia le ha molestado, no sé si por perturbar su aburrido trabajo, en el que seguro que lo más emocionante es jugar en su ordenador de muñeca, o porque no aprueba que me hayan dado permiso para estar aquí.

Me interno a través del arco. A mi espalda vuelve a activarse la red láser de seguridad que me ha permitido la entrada, con una luz azul verdosa casi fantasmal. Recorro estanterías que se alzan a mi alrededor, llenas de discos holográficos ordenados a la perfección por año, luego por secciones y finalmente por estanterías.

Ochenta y uno.

Ochenta y dos.

Ochenta y tres.

Acelero el paso antes de que la curiosidad me haga detenerme donde no debo.

Ochenta y nueve.

Busco la sección siete y termino frente a la estantería cinco. Aquí está. Saco el disco con cuidado y lo sostengo ante mis ojos con el corazón latiéndome a mil por hora. Mis pasos resuenan en el pasillo que desemboca en la sala de visualización, donde hay varios reproductores holográficos. Inserto el disco en uno de ellos. El aire frente a mí se ilumina y las primeras imágenes empiezan a desplegarse.

La expedición en la que desapareció Vik. Me siento frente a ellas y observo con atención. Sin embargo, enseguida me doy cuenta de que, por mucho que me concentre en ello, lo único que mis ojos ven es a mi hermano, siguiendo sus movimientos. Necesitaría más tiempo para estudiar bien este informe, pero el acceso es solo para hoy. Y no puedo sacarlo, salvo que...

Me aclaro la garganta y miro a mi alrededor. Alveron instaló en mi ordenador de muñeca una aplicación para poder copiar información sin dejar huella. Se conecta a reproductores holográficos, y si alguien que no sea yo trata de acceder, se borra sin dejar rastro. Nunca la he usado, me la enseñó en la época de los últimos exámenes por el agobio que llevaba encima.

Quizás...

Lo hago rápido. No pienso. Solo actúo. Los minutos que tarda en hacerse la copia se me hacen eternos. El sudor resbala por mi frente. En cuanto termino, lo dejo todo como estaba, me limpio con la manga y salgo apresuradamente. Cuando llego al arco, ralentizo el paso para no parecer sospechoso. El archivero me mira de reojo y, aunque parece que apenas me presta atención, sé que me está analizando por si me llevo algo. En otras circunstancias, me pararía a preguntarme cómo controlan que nadie saque un disco holográfico de aquí.

Cojo otro deslizador que me lleva hasta el núcleo. Cuando al fin llego a la calle de Alveron, todavía tengo la respiración agitada como si hubiera venido corriendo. Paro, me permito unos segundos para recuperar el aliento y llamo a su timbre, una antigualla que no necesita de electricidad para funcionar, imprescindible especialmente en las zonas que tienen limitaciones de energía por horas.

—Sube.

La voz de mi amigo me provoca un respingo. Subo hasta el cuarto piso a pie y encuentro la puerta de su departamento abierta. Entro sin llamar y me quedo en lo que hace de vestíbulo y salón, donde hay una pantalla holográfica encendida. Alzo una ceja, pues aquí ahora mismo no tienen horario de energía.

—Ya sabes que yo tengo un pase especial —me explica entrando en la estancia con una caja llena de piezas de ordenador que no entiendo.

—¿Ahora se llama así tu *hackeo* ilegal de energía? —le pico con una sonrisa burlona.

—No seas tiquismiquis. —Agita la mano mientras saca objetos de la caja que coloca de forma desordenada sobre una mesa en la que tiene su ordenador—. Lo importante es que gracias a mí subsisten muchas familias.

Ahí tiene razón. A veces desvía «accidentalmente» la energía que roba a otros hogares que la necesitan. Es algo tan mínimo y poco llamativo que todavía —que sepamos— no ha llamado la atención de los controladores energéticos. Yo no entiendo cómo, pero él lo tiene todo controlado.

Me acerco a la mesa y observo sus movimientos. Me llama la atención algo que no encaja entre esas cosas electrónicas. Cojo un anillo con una piedra azul zafiro.

—¿Te vas a declarar a alguien y no me has dicho nada?

—¡Ten mucho cuidado! —Del susto casi se me cae la joya, provocando que Alveron se ponga las manos en la cabeza—. No es un anillo corriente, es una cámara.

Me acerco el pequeño objeto a los ojos.

—¿Esto? ¿Una cámara? —Frunzo el ceño mientras él hace un gesto para que mire la pantalla encendida a mi espalda. Veo mi cara girada. Miro la joya y de nuevo la pantalla—. Brutal. Pero ¿para qué

quieres una cámara tan pequeña y... en un anillo? ¿No será para espiar a alguien? —Alzo las cejas repetidas veces.

Me arrebata la joya y me pregunta:

—¿A qué has venido?

—Ah, sí. Necesito que me ayudes con este informe... —Le muestro el archivo copiado—. Es de la expedición de mi hermano... Quiero saber si ha sido manipulado.

—¿Lo has robado? —Antes de que pueda replicar, me da una palmada en la espalda—. ¡Qué orgulloso estoy de ti! Pero... ¿cómo has tenido acceso al Registro Confidencial?

—El teniente Stravic —desvío la mirada— me ha dado permiso. Y me ha dicho dónde encontrar este archivo.

—Ya. No me extraña.

—¿Qué quieres decir?

—¿No sabes quién es?

Hago memoria. Me suena haber escuchado algo sobre él, pero apenas presté atención, ya que fue cuando decidí presentarme a las pruebas de saqueador y tuve una preparación intensa. Sé que antes era magistrado, uno de los más altos cargos de Iberion. Tenía que ver con la defensa de la nación.

—Su hija murió en la misma expedición en la que desapareció... —Alveron evita mencionar a Vik. Sabe que para mí sigue siendo algo delicado—. Poco después, fue destituido de su cargo y relegado a dirigir en persona algunas de las misiones en los desiertos, y posteriormente ascendió a instructor de saqueadores. Nadie sabe qué pasó, pero he escuchado que empezó a cuestionar al Alto Comisionado.

—Lo dudo mucho. Cuando insinué que había algo raro en la grabación casi me come delante de toda la clase como un verdugo ártico.

«Y, sin embargo, te ha dado acceso al Registro Confidencial». Pienso en lo que me acaba de contar mi amigo. ¿Por eso el teniente me ha ayudado? ¿Quiere que yo descubra lo que él no pudo?

—¿No te estarás montando una película como Agar? Seguro que no está manipulado. A veces, en las grabaciones hay interferencias.

—No, Alveron, sé lo que vi. No eran interferencias.

—Bueno, a veces se hacen cortes. No os van a mostrar expediciones que duran horas y horas. Sería una pérdida de tiempo. Solo dejan lo importante.

—¿Vas a ayudarme o no? No entiendo por qué estás dándole tantas vueltas.

—Aunque yo sea el mejor *hacker* de Selestara, los archivos restringidos del Gobierno utilizan un cortafuegos que puede delatarme.

—¡Venga ya! ¿Y no te pillan con todo este despliegue de luz en medio del núcleo? —suelto exasperado—. Solo quiero que compruebes si este está manipulado y por qué.

Alveron se revuelve el pelo en un gesto muy suyo y deja escapar el aire entre los labios. Antes de que asienta sé que va a ceder.

—Espero que no tengamos que arrepentirnos de esto.

Copia el archivo y este tarda apenas unos minutos en pasar de un dispositivo a otro. Juntos lo visualizamos entero en completo silencio.

Ahí está. Solo puedo mirar a Vik. Sus gestos, sus movimientos precisos... Hasta que Alveron detiene el vídeo.

—Querido amigo... Yo no veo nada.

—Espera un momento, vuelve atrás y ve más despacio —le pido, y lleva el vídeo hacia atrás y detiene la imagen—. Mira este clip, aquí aparecen cinco saqueadores. Y justo en el siguiente —hace avanzar el holograma con un movimiento de mano— solo quedan cuatro.

Están en la misma posición. —Deja que el vídeo siga su curso, mostrando la lucha contra una manada de devoradores del silencio —. El caos que hay inmediatamente después impide apreciar este detalle.

Antes de que Alveron pueda replicar, mi ordenador de muñeca emite una vibración y aparece la palabra EMERGENCIA en letras brillantes. Se me convoca con premura a la base de los saqueadores. La sangre se me hiela en las venas y miro alrededor, como si alguien pudiera ver nuestro crimen.

—Vete —me insta Alveron.

Salgo a toda prisa de su casa, temiendo que la geolocalización o cualquier sistema de seguridad revele lo que acabamos de hacer. Lo que, tal vez, estuviéramos a punto de descubrir. Lo que tal vez dé la razón a Agar sobre los secretos del Gobierno.

Aprieto los dientes con frustración por no haber podido terminar la investigación con Alveron. Porque sé que hay más, estoy seguro de ello. Lo que acabamos de ver lo confirma.

¿Qué es lo que no quieren que sepamos?

7



Izz

> Los fragmentos contienen sustancias que transforman los cuerpos orgánicos. Se está comprobando en los laboratorios que, además, dependiendo de la procedencia del fragmento, tienen mayor o menor interés orgánico. El polvo lunar que contiene voltraxita y teraluc es de especial interés. Los primeros experimentos responden bien al suero lunar creado a partir de estas sustancias, pero hay que estabilizar la mezcla para no perder su humanidad en el proceso.
>
> Informe clasificado del Proyecto Selene 98367H

El sudor me resbala por la columna. Recordándome que queda un minuto de descarga y nueve, según marca el temporizador, para averiguar qué contiene el disco de Arno, dejar el despacho como está y salir de aquí lo más deprisa posible.

Durante este tiempo he pensado mucho en llevarme el disco y arriesgarme, mas no puedo hacer eso. También guardarlo donde lo he encontrado, cerrar el cajón y salir pitando con mi UTP lleno de información que tendré que estudiar.

Sin embargo, la curiosidad es un hueso difícil de roer y el aparato me quema entre los dedos. Apenas emite un pitido mi UTP, los

archivos se guardan en su memoria. Introduzco el disco holográfico en la bandeja del reproductor y espero.

No he cerrado los ojos mientras el holograma me envuelve y se traga el despacho entero, pero no me atrevo a mirar alrededor cuando el mundo se vuelve negro y tengo la amarga sensación de haber caído en un truco tan evidente que... Pero no.

Es una reproducción holográfica.

En el laboratorio.

Un peso muy diferente al de los nervios cae como una losa en mi vientre cuando veo ante mí una prueba que se atraganta en mis labios. Que estalla en mi pecho y me hace negar despacio con la cabeza.

Frente a mí está Arno, pero no es... No es la imagen a la que estoy acostumbrada. En realidad, no es la imagen a la que nadie está acostumbrado.

Se le marcan las venas oscuras al otro lado de la piel, también esta se transforma, reluce en forma de escamas. Y el rostro, con unos ojos inyectados en sangre que no parecen los suyos o, más bien, carecen por completo de humanidad. Dura apenas unos segundos. Luego la figura se disuelve y me vuelvo a quedar sola en el despacho.

Sé lo que es. Extraigo el disco holográfico con violencia. El temporizador marca cinco minutos. A toda prisa dejo el disco donde estaba y cierro el cajón, apago el reproductor holográfico e intento acallar la voz que grita en mi cabeza.

Arno experimenta consigo mismo.

El Alto Comisionado de Iberion...

Trago saliva.

Porque no tengo tiempo. Arno no tardará en volver.

Y ahora que sé que lo que oculta es más de lo que podría haber imaginado no puedo quedarme de brazos cruzados. Necesito moverme, respirar fuera de estas cuatro paredes.

Salgo a toda prisa, como he entrado, intentando parecer tranquila. Las cosas parecen tranquilas fuera, en el pasillo impoluto que me recibe o en el silencio que percibo estático a mi alrededor, mas el vello de mi nuca se eriza y un estremecimiento me recorre la columna. Trago saliva, tratando de controlar los nervios y me dirijo con total soltura hacia el ascensor.

El temporizador termina y me imagino a Arno entrando en el despacho o, con suerte, en la vivienda que se alza en lo alto del edificio. Puedo imaginarle quitándose el traje manchado de polvo lunar y... Acude a mí su rostro cubierto de venas oscuras. La inyección entrando en su sistema y cambiándole por completo.

Salgo del alcance de las cámaras, adentrándome en una estancia en penumbra. En un despacho que estará vacío varias horas por lo que he podido estudiar. Apoyo las manos sobre el respaldo de una silla mientras trato de controlar el temblor que me recorre el cuerpo. No puedo apenas respirar, es poco el oxígeno que logro inhalar en comparación con el que me demandan mis pulmones. Aprieto los ojos y lo visualizo: un tablero de ajedrez con las fichas preparadas. Comienza la partida. Primer movimiento. El contrincante responde. Así, las jugadas se van sucediendo una tras otra en mi cabeza hasta que logro respirar con normalidad y me permito abrir los ojos.

La sala sigue sumida en las sombras que proyecta la aurora boreal. No enciendo las luces, no las necesito, aunque sí activo mi UTP. Necesito comprobar si los archivos que he robado siguen aquí. Si no ha sido una alucinación y de verdad he conseguido mi objetivo.

Las carpetas se abren, flotantes y diligentes frente a mis ojos. Archivos del laboratorio, del Desierto Polar, también del Desierto

Ígneo, pero es el primero el que atrae mi atención en el primer mapa que abro, pues hay varias ubicaciones marcadas con una estrella. Reconozco fragmentos lunares en dos de ellas, pero... la tercera...

¿Un laboratorio?

Mis sospechas se confirman. Arno ha construido laboratorios secretos. Y tras lo que he visto antes... Si incluso ha usado el Proyecto Selene consigo mismo, ¿qué más nos está ocultando? ¿Hasta dónde es capaz de llegar?

Tengo que salir de aquí. La información que llevo conmigo puede destruirme.

Suenan las alarmas. Tan fuerte que doy un respingo y golpeo sin querer un ordenador holográfico que se activa a mi espalda. Cuando me vuelvo veo mi propio rostro en grande, observándome. La chica que me devuelve la mirada lleva el pelo oscuro enmarcándole el rostro y los ojos plateados reflejan una seguridad de la que ahora carezco. Doy un paso hacia atrás cuando me fijo en las letras que acompañan la imagen.

Es una orden de búsqueda y captura.

«Viva o muerta».

8



Nil

> La supervivencia en las zonas extremas es inviable, por ello las ciudades y poblaciones se establecen en la franja habitable.
> Mantener a la población alejada de las zonas extremas es la prioridad. Para ello se tuvo que crear un sistema de protección para las ciudades. También una serie de advertencias que todo el mundo debe conocer. Temperaturas extremas. Calor abrasador o frío mortal. Noche eterna o día sin fin. Pero, sobre todo ello, la población debe conocer el riesgo extremo de toparse con los monstruos que hay más allá de las fronteras.
> Solo el personal autorizado es enviado, bajo estricta preparación, a por los minerales, fragmentos lunares o demás muestras, para su estudio en la zona segura.
> Incumplir el reglamento puede acarrear la muerte o una condena perpetua en Soldrak, la prisión de Selestara.
>
> Fragmento del libro *Selestara: El mundo tras la caída de la luna*

Atravieso los anillos en silencio, con las palabras de Alveron aún en mi mente. ¿Qué significa la manipulación de los vídeos? ¿Simple protocolo o un engaño a gran escala?

No dejo de pensar en Vik. En sus movimientos. La precisión de sus acciones y...

Mi ordenador de muñeca sigue vibrando por lo urgente de la situación.

Aprieto los labios. A través de un mensaje holográfico, el teniente Stravic nos recalca la importancia de llegar a la academia cuanto antes dada la gravedad de los hechos.

El pulso se me acelera y la garganta se me seca de repente. ¿Será porque he robado los archivos de las expediciones? ¿O por el incidente con el monstruo que tal vez no debería haber visto? Me obligo a tragarme el nudo que me atraviesa la garganta. Tengo que mantener la calma, puede ser cualquier otra cosa. Pienso en mis padres, en nuestra casa, en las medicinas de mamá. No pude permitir que lo perdieran y tampoco permitiré ahora que por mi culpa...

Acelero el paso. Sea lo que sea tendré que asumirlo, así que cuando entro en la academia un frío me recorre los músculos y cala en mis huesos. El sabor del miedo es amargo y arde en mi pecho como un veneno.

Oryonse también está aquí y me examina con gravedad. No pronuncia palabra, pero el resto de los compañeros están tan inquietos como nosotros.

Un sudor frío me recorre la espalda. ¿Y si me estoy metiendo en la boca del lobo? Van a detenerme. Robar información es un delito penado. ¿Y si han rastreado a Alveron? Me planteo no acercarme al reconocimiento facial. El absurdo pensamiento de huir me mantiene estático durante unos segundos. ¿Huir adónde? La ciudad está controlada y las zonas extremas no son una opción, aunque tuviera el traje de saqueador lunar. Y si lo consiguiera, el Gobierno me buscaría.

O torturaría a mi familia para encontrarme.

Esto último termina con mis dudas y avanzo con la barbilla alzada.

El pequeño dron reconoce mi rostro e imagino mi nombre en la lista de los presentes del ordenador de muñeca de nuestro superior.

Un comandante al que no conozco entra con paso rápido y nos evalúa uno a uno. Se sitúa en el centro de la sala y tras un gesto rápido en el holograma que reposa sobre su muñeca el mapa de Hespéria nos envuelve. Me lo sé de memoria, todos nos lo sabemos. Es nuestro deber conocer cada rincón de Iberion. Veo un lugar marcado y suelto el aire que había contenido en los pulmones al ver que está en el sexto anillo, el de los laboratorios.

—Hemos sido convocados para la búsqueda de una rebelde.

Mueve el dedo y el holograma de una figura femenina ocupa el centro de la estancia. No muy alta, de pelo oscuro y ojos rasgados se mueve rápida en unos pasillos. Lleva un traje blanco e impoluto, propio de los trabajadores del laboratorio.

Exhalo con fuerza, aliviado, y tomo aire despacio cuando veo la mirada que me dedica un compañero que hay a mi derecha. Pongo mi expresión más neutra, y deseo que mi suspiro se interprete como sorpresa.

—Ha robado información de gran valor para Iberion y para el Alto Comisionado. —La palabra *robar* me produce un escalofrío que logro contener. Frunzo el ceño e intercambio una rápida mirada con Oryonse, que está muy atento, ignorando el bullicio de ideas que arden en mi mente—. Tenemos que atraparla antes de que logre compartir esa información con Nevrast.

La mención a la nación enemiga me recuerda la tensa situación que mantenemos con ella. Desde que arrasara las otras dos potencias, no ha dejado de repetir «debemos unificar». «Unificar». Así llaman a invadir el territorio que aún queda habitable en

Selestara. Nevrast aprovecha el más mínimo detalle para ir contra Iberion o Amazora. Las noticias de las últimas semanas vuelven a mi mente: mapas proyectados en rojo, analistas discutiendo sobre el nuevo yacimiento de agua subterránea al sur de Amazora, justo en la frontera de lo que una vez fue Indarka. Nevrast la reclamó para sí, pero Amazora también. Y mientras que Amazora proponía soluciones diplomáticas, Nevrast no ha dado su brazo a torcer. Es un conflicto que todavía no se ha resuelto.

—Cada grupo será destinado a un sector con la misión de atrapar a la sospechosa. La orden es entregarla viva o muerta.

El comandante empieza a organizar los grupos, que se van yendo a su misión a la orden de su superior. Espero, en silencio, con la espalda recta y los ojos fijos en el holograma que sigue ante nuestros ojos.

—Equipo Centauri —el mío—, Punto Delta del Sexto Anillo. Sector norte.

Asiento, trago saliva. Oryonse se sitúa a mi lado, pues es mi compañero de expediciones. Seguimos a las otras tres parejas que forman nuestros grupos y nos dirigimos a la zona asignada sin apenas hablar.

Nos ha tocado un lugar cercano a este anillo, así que el recorrido es breve y, a medida que nos alejamos de la academia, las palabras nos brotan con facilidad.

—¿Una rebelde? ¿Qué clase de información clasificada creéis que habrá robado? —pregunta Kai, por delante de nosotros.

—¿Esto no es competencia de los centinelas? No entiendo por qué tenemos que hacer su trabajo —se queja Mía sin dejar de avanzar.

Mía suele ser una tocapelotas de manual, pero en este caso tengo que darle la razón, aunque me guardo de compartirlo con los demás.

—Eso no importa. Es una rebelde. Dentro de Hespéria —dice Coral, la chica que camina a su lado, con los ojos muy abiertos.

—Céntrense, saqueadores. Tienen órdenes muy claras. —La voz del teniente Stravic resuena en nuestros comunicadores y parece bastante cabreado.

La puerta se abre y ante nosotros queda el anillo exterior. La parte más externa de la ciudad, donde únicamente están los laboratorios y las estaciones que llevan a las zonas extremas o a las otras naciones en cada uno de los puntos cardinales. Los demás se separan de nosotros, cada uno tomando la dirección que le corresponde. La nuestra en concreto queda muy cerca de la estación del norte, y a simple vista está desierta. No hay muchos lugares donde alguien podría esconderse.

Avanzamos atentos, en la formación que nos han enseñado, aunque teniendo en cuenta que no estamos en ninguna de las zonas extremas y que aquí hay ciudadanos que proteger. Pero no estamos solos, pues los centinelas avanzan también de forma ordenada en diferentes direcciones.

Ya estamos cerca de la estación y nos desplegamos en abanico. Algunos llevan las armas ya preparadas, yo mantengo la mano en la pistola lunar, alerta.

Por el rabillo del ojo veo una sombra. Giro con rapidez la cabeza al tiempo que escucho el grito de Oryonse:

—¡Ahí está!

—¡Vamos! —le sigue Coral.

A su orden me lanzo a la persecución por donde la he visto desaparecer. Voy el primero. Acelero todo lo que puedo para no perderla. Ha girado una esquina hacia una calle que, si no recuerdo mal, no tiene salida.

«Está atrapada», pienso.

Saco el arma. Aunque no tenga intención de usarla, pese a nuestras órdenes, será más persuasiva para detenerla.

—¡Ya la tenemos! —dice Oryonse a través del intercomunicador.

—Recuerden —responde el teniente Stravic en el comunicador—: no la maten si no es necesario.

—¡Kai, a mi derecha! ¡Oryonse, no te separes de mí!

Doblo la esquina y camino despacio, a la espera de que Coral me indique. Ahí está la rebelde. No hay salida. Está de espaldas, tanteando el muro que la separa del cinturón exterior.

—Nil, ¿dónde narices estás?

Me detengo en seco y miro a uno y otro lado de mí. Luego detrás.

Estoy solo. Todo el rato les he estado escuchando por el intercomunicador, y no me había dado cuenta; creía que estábamos yendo en la misma dirección.

—¿Dónde mierdas estáis vosotros? Soy yo quien tiene atrapada a la rebelde. ¡Venid cuanto antes!

—Pero ¿qué dices, Nil? —me replica Oryonse—. La tenemos justo delante.

Clavo los ojos en la persona que he estado persiguiendo. Al escucharme, se gira y me mira, evaluándome. Es la misma que nos han mostrado. Pelo recogido en una trenza, ojos rasgados, barbilla afilada y, ahora, ropa oscura que se ajusta a sus curvas. Me sorprende encontrarme a alguien más joven que yo.

—¡Soy yo quien la tiene delante, joder!

La rebelde hace amago de dirigirse a mí y la apunto con el arma lunar.

—No te muevas —ordeno con voz grave—. Estás detenida.

—¡Alto! ¡Estás detenida! —La voz de Kai en el intercomunicador me confunde.

—Las manos sobre la cabeza y avanza hacia mí lentamente. —Yo también me acerco a ella. Escucho a Coral dar una orden parecida. ¿A quién demonios estarán deteniendo? Se han equivocado y me han dejado solo—. Ni se te ocurra hacer ninguna locura.

—Pero ¿qué coj...? —La voz de Kai se congela.

—¡Se ha volatilizado!

—¿Dónde está?

—¡Equipo Centauri! ¿Qué está pasando? —Stravic suena autoritario al otro lado de la línea.

La rebelde está ya a unos pasos de mí. Trato de concentrarme en ella, pero no puedo evitar distraerme con lo que escucho por el intercomunicador.

—¡Ha desaparecido, señor!

—¿Cómo que ha desaparecido? ¿La han perdido?

—¡Se ha desvanecido ante nuestros ojos, señor!

A esta distancia ya logro ver su color de ojos: plateados. Y aunque esperaría ver sorpresa o rendición, lo que aprecio en ellos es..., ¿cómo explicarlo? Inhumanidad. Solo espero que no haga una locura, no me gustaría acabar con su vida.

—Quedas detenida en nombre del Alto Comisionado. —Ladea la cabeza y sonríe.

Estiro la mano, rodeo su muñeca y suelto un jadeo cuando la textura arenosa me hace cosquillas en los dedos.

La rebelde se deshace en una nube de polvo plateado, que me mancha la piel y se me queda pegado. Es tan fino y delicado como una caricia.

—Pero... ¿qué...?

9



Izz

> Lo único que nos separa de las zonas extremas es el cinturón que rodea Hespéria. Kilómetros de tierra yerma, sin embargo, en los últimos ciclos se han observado anomalías persistentes en la zona. Distorsiones en la señal y presencia de criaturas no registradas.
> Se han reportado muertes en centinelas de mantenimiento. Clasificadas. No deben constar en los registros oficiales si queremos evitar el pánico generalizado.
> La naturaleza de estas incidencias sugiere una migración temporal de fenómenos propios del Desierto Polar y del Desierto Ígneo. Se desconoce el motivo. Se recomienda no interactuar con mutaciones no identificadas.
>
> Informe clasificado del Proyecto Selene 0082Y

Espero que mis reflejos tengan a los centinelas bien entretenidos durante el tiempo que necesito para llegar hasta las unidades rápidas de transporte, parecidas a los deslizadores, pero con un sistema diferente. Mientras que los deslizadores son conducidos por personal especializado y tienen una capacidad para seis personas —puedes compartirlos o no según tu nivel adquisitivo—, las unidades rápidas de transporte están automatizadas, con el destino ya programado y su capacidad es de ocho o nueve personas.

Haber hecho uso de mi poder no ha sido lo más acertado, mas al ver el despliegue que ha ordenado Arno contra mí, no he tenido más remedio que crear una distracción, y los reflejos eran la mejor opción. Tenía contemplada esta posibilidad, aunque no a tanto nivel. Debe de estar muy preocupado por lo que he robado y... que pueda mostrarlo al resto del mundo.

Atravieso a paso ligero las calles que forman los edificios reflectantes de esta parte de la ciudad, principalmente laboratorios que no conozco de primera mano. Las avenidas son amplias, por lo que pocos lugares hay donde pueda esconderme. Quienes me buscan me reconocerán al momento, Arno ya les ha mostrado una imagen mía.

He tenido que dar un rodeo para separarme de mis reflejos, y así atraer a los saqueadores lejos de la estación de unidades rápidas de transporte que conecta Hespéria con la zona norte del cinturón y con el Desierto Polar como destino.

Cuando estoy a punto de alcanzar la estación del norte, lo siento: los reflejos ya no están. Maldigo para mis adentros. Eso quiere decir que cuento con menos tiempo del que había pensado al crearlos. Creía que los saqueadores perderían unos preciosos minutos persiguiendo a al menos uno de ellos y luego se centrarían en el otro, pero seguramente los han visto al mismo tiempo —algo que, por otro lado, no me beneficia—, por lo que, si los han tocado o les han disparado, que es lo más probable, habrán desaparecido.

El transporte está a tan solo unos metros, tan cerca que si acelero el paso lo suficiente... Pero me contengo. Soy una ciudadana normal, no una sospechosa huyendo de la ciudad.

El problema es que sí lo soy, me recuerdo. El pulso se me acelera y, con él, también lo hacen los pasos que doy, cada vez más largos,

camino del vehículo que me llevará fuera del alcance de Arno y de toda civilización.

Aprieto los dientes cuando subo al transporte, la entrada se activa con un código. Hago memoria y repaso mis conversaciones con Nyelith. Solo los empleados del Gobierno y los saqueadores lunares tienen un código que pueden emplear para activar las unidades rápidas. Recuerdo bien el de mi amiga porque era la fecha de... ¿qué?

—Por todas las auroras, ¿cómo era?

¡Su cumpleaños y su nombre!

Fallo la primera vez por los nervios y mascullo una maldición mientras escucho algo a mi espalda.

—¡Alto ahí!

Una voz grave con un tono imperativo se me clava y el miedo me araña la espalda. No me vuelvo, sino que marco el código otra vez. El sonido del seguro de un arma lunar suena atronador en este silencio y se une al zumbido de mis oídos. La puerta se abre, entro sin mirar atrás y sé que el guardia está corriendo, pero no llega a disparar.

No tengo tiempo, así que me dirijo al panel de control. Solo hay un destino, así que es sencillo que el aparato se ponga en marcha. La puerta activa el seguro y la voz robótica me indica que el destino es el Desierto Polar.

Solo entonces me atrevo a mirar al otro lado de la ventanilla, donde un saqueador lunar me observa estupefacto.

El cabello oscuro está revuelto cayéndole sobre la frente, quizá demasiado largo para formar parte del grupo de saqueadores. No tendrá más de veinticinco o veintiséis años. Nuestros ojos se cruzan y veo algo en su mirada, de un azul tan oscuro que resulta hipnótico, que me hace ponerme en alerta.

Reconocimiento.

Sabe que ha dado con su objetivo.

Se queda frente a mí, con la pistola lunar medio en alto sin llegar a apuntarme. Si no nos separara un cristal reforzado, con tan solo alargar la mano podría atraparme. Me sorprende que sea un saqueador lunar y no un centinela. Ahora entiendo por qué la distracción de los reflejos no ha surtido el efecto que esperaba. Ningún centinela hubiera roto jamás la formación para perseguir a un segundo objetivo. Así están entrenados.

Sigo perdida en esa mirada que me tiene atrapada. Sin apartar sus ojos de mí, da un paso más y extiende la mano libre. Contengo la respiración. Va a abrir la unidad de transporte.

—No quiero hacerte daño.

Estas palabras no hacen sino confundirme.

«Viva o muerta». Esta fue la orden de Arno. Mas este saqueador ni siquiera ha llegado a disparar, pudiendo haberlo hecho.

Me alejo un paso endureciendo la mirada. Me está engañando para que baje las defensas, a pesar de que todo en él me indica que es sincero.

«No. Es un saqueador lunar al servicio del Alto Comisionado. Entrenados para acabar con las mutaciones. Y, ahora, también conmigo».

La puerta emite un breve aviso de que va a abrirse. Empieza a hacerlo y yo reacciono lo más rápido que me permiten mis piernas; me dirijo al panel de control y examino los mandos hasta dar con el que creo —y espero— que es el que necesito ahora.

—¡No!

Un nuevo sonido me indica que la puerta vuelve a cerrarse con rapidez. En este momento el transporte sale disparado, deslizándose en el aire y provocando una ola que le lanza hacia atrás.

Sigo mirando su silueta, minúscula en la distancia, cuando otros saqueadores se le unen.

No basta con huir. No basta con resistir. Para acabar con Arno, tengo que mostrar quién es. Y para eso necesito llegar al laboratorio polar.

10



Nil

> El cuerpo de los saqueadores lunares fue concebido como un cuerpo especializado en las zonas extremas. Su entrenamiento es duro, su supervivencia cuestionable. Por ello, el Gobierno premia a los valientes que entren en el cuerpo, dándoles un nuevo hogar a ellos y a sus familias, acorde con su nueva posición. Para mantenerlo solo deben seguir el código y, por supuesto, conservar la vida.
> El edificio que alberga la Academia de Saqueadores tiene varias plantas destinadas tanto a simulacros de misiones como a las viviendas de los instructores.
>
> Fragmento del libro *Selestara: El mundo tras la caída de la luna*

–¡MIERDA! ¡Estaba ahí! ¡Era ella! —grito, dejándome llevar por la frustración.

Y esos ojos plateados se clavan en mi conciencia, mientras escucho llegar a mi equipo. El transporte ya está muy lejos y recibimos la orden de regresar a la base.

—Nil... —Oryonse me toca el brazo.

Me tenso al instante. Esto no debería estar sucediendo así. Ella debería estar aquí, apresada y de camino al ayuntamiento donde la espera el Alto Comisionado. Antes de que nos dirijamos a la base, sé bien que esto no ha hecho más que empezar. ¿Cómo ha conseguido un código de transporte? Solo los miembros autorizados poseemos uno. Los que tenemos permiso para acceder a las zonas extremas, lo que quiere decir que ha robado también esa información.

Y yo no he sido capaz de dispararle. Era mi única misión. Detenerla. Viva o muerta. La he tenido a unos centímetros y solo me he quedado mirándola como un imbécil. Debería haber reaccionado más deprisa. ¿Qué me ha pasado? Soy un buen saqueador, nunca he dudado en los simulacros. Pero es que esto no era un simulacro, ni un monstruo al que eliminar, sino una persona. No he sido entrenado para matar personas.

Tomamos el camino hacia la academia y vuelvo a mirar al horizonte, allá donde la aurora se funde con la oscuridad del Desierto Polar. Me estremezco y una mezcla de curiosidad malsana y culpabilidad me recorre la columna.

—Vamos, tío. —Coral se sitúa al otro lado.

—¿Cómo pudo clonarse o... lo que sea que hiciera? Nadie puede estar en dos sitios a la vez... ¿no? —La voz de mi amigo se apaga.

No sabe cómo llamar al espejismo que hemos visto. Me llevo la mano al rostro, todavía hay un rastro de polvo grisáceo entre mis dedos. Aprieto los labios, sin comprender. ¿Qué clase de truco o tecnología ha usado la rebelde para hacer copias de sí misma y que estas desaparezcan al contacto?

El camino hacia el objetivo es monótono y voy en modo automático, pues no dejo de repasar en mi mente el momento en que se ha convertido en polvo ante mis ojos. Había algo diferente en

la que estaba en el transporte y no me cabe duda de que era la original. Signifique lo que signifique eso.

El teniente Stravic nos recibe en una sala en la que ya están los demás equipos. Los rostros a nuestro alrededor son severos. Veo ceños fruncidos, labios apretados y también miradas llenas de confusión. Cuando la puerta se abre a nuestra espalda, ahogo un grito y algunos más se extienden como una ola entre el resto de saqueadores.

Entran dos centinelas uniformados, tras ellos va el Alto Comisionado de Iberion y, cerrando la comitiva, otros guardias más altos; no puedo verles el rostro, pues llevan el traje completo, con el casco incluido. Que él esté aquí significa que he subestimado la magnitud de este asunto.

—Saqueadores, estamos ante una situación de alerta máxima. Muchos de vosotros todavía no habéis tenido la oportunidad de realizar vuestra primera misión, pero os necesito a todos. —Una pausa en la que nos mira a todos, o eso parece, porque somos demasiados. Pero, yo al menos, sí siento su mirada imperativa en mí —. Este no es el tipo de misión para el que se os prepara, ya que cuenta con más riesgos de los habituales. Una rebelde ha conseguido infiltrarse en los laboratorios y ha robado información de gran valor para Iberion, además de pruebas secretas que no conviene que salgan a la luz *todavía*. Ello supondría dar en bandeja una ventaja a Amazora y Nevrast.

«¿Amazora? ¿Qué oculta que no quiere que nuestro propio aliado sepa?», me pregunto.

Sus ojos oscuros nos estudian, de algún modo me recuerda a un depredador, con esa mirada inquisitiva y algo más siniestro en lo que no me atrevo a indagar... *todavía*.

—Según vuestros informes, sabemos que ha huido al Desierto Polar. Lo que desconocemos son sus intenciones, por qué ha tomado esa dirección, si tiene previsto verse allí con los demás rebeldes o tiene un objetivo secreto. Y esto —levanta un dedo para hacer énfasis en sus palabras— es lo que la hace todavía más peligrosa. Además de haber logrado burlar nuestra seguridad. Por ello, esta misión tiene más riesgo que aquellas para las que estáis preparados.

»Saldréis de inmediato. —Otra pausa en la que nos mira con la cabeza alta y un brillo ensombrecedor—. Sois la esperanza de Hespéria —me llama la atención que no diga «Iberion»—, nuestro orgullo. El grupo que traiga a la rebelde será recompensado con creces. —Una última pausa—. Bajo la última luna, seguid adelante.

Después del discurso que no da lugar a un solo cuchicheo, aunque sí a miradas entre nosotros, nos organiza en grupos. Los que ya formamos.

Somos el último equipo en ser destinado y se nos da, ya que es un momento de máxima urgencia, una hora para despedirnos, prepararnos y acudir a la estación del norte desde la que saldrán nuestros transportes. Ni un minuto más.

Por eso y porque necesito moverme para asimilar todo lo que está pasando, voy al exterior y camino a grandes zancadas junto a mis compañeros hacia la zona de las viviendas: la que alberga mi casa. Son edificios de siete plantas con una casa por piso. La mía se encuentra en un tercero. Con todo lo necesario y algún que otro lujo dada nuestra posición, como por ejemplo tener dos baños, un balcón y una cocina y un salón independientes. A diferencia de lo que teníamos en el núcleo.

Cuando atravieso la puerta, gracias a la identificación automática de mi ordenador de muñeca, siento un ligero mareo. ¿Esto está pasando de verdad?

El reconocimiento facial se activa y la puerta de mi casa se abre con un clic seco. En el salón oigo a mis padres hablar, la luz de la aurora lo embarga todo y también el zumbido de algunos electrodomésticos. Aquí tenemos un servicio mínimo permanente de electricidad que nos mantiene en unas condiciones de vida muy por encima de las de anillos inferiores. Me estremezco. No puedo morir ahí fuera.

No pueden volver ahí.

Y ahí está de nuevo. La culpa. Si la hubiera detenido cuando debía no estaríamos en esta situación. No puedo volver a fallar. Ser como Vik.

Aunque Vik, supuestamente, perdió la vida ahí fuera, me recuerdo con una sensación amarga en la boca del estómago, aunque... ¿Y si no fue así?

Me rasco el pecho; no soy Agar, ni creo en teorías conspiratorias, pero la semilla de esperanza ya está sembrada en mi cabeza.

Cuando entro al fin en el salón, veo en sus expresiones temerosas que ya sospechan. Y no es de extrañar, la televisión muestra un holograma rápido de los últimos acontecimientos. No se muestra el rostro de la rebelde, sino unas imágenes precarias del robo. De su huida por la ciudad.

Mis padres saben, antes de que yo lo diga, que ha llegado el momento de dejar que el único hijo que les queda se adentre en el lugar que ya les quitó al mayor.

—Mamá... —Me dirijo primero a ella, porque desde que todo esto empezó siempre se ha mostrado enfadada por mi decisión.

No la culpo. Pero ella tampoco puede culparme por querer protegerlos.

—Nil. —Su voz no se rompe, pero los ojos se le llenan de lágrimas.

Papá se incorpora y me abraza. No hay palabras, pero no es necesario. Siento su calor, el olor de su perfume fuerte, el que se pone para trabajar. Al abrazo se une mi madre que nos envuelve y, ahora sí, deja escapar un sollozo que contiene enseguida.

—Me tengo que ir —pronuncio en voz alta.

Es la única forma de creerme que esto es así. Ella asiente, contiene otro sollozo y me hace un gesto para que espere ahí. Lo hago.

—Hagas lo que hagas... —dice con voz queda.

—Volveré.

Me dirijo a mi habitación. Solo tengo que cambiarme el uniforme por otro limpio. Está hecho con un tejido especial, elaborado a partir de sustancias extraídas de los fragmentos lunares, que nos protege de las condiciones extremas de los desiertos.

Mientras me subo la cremallera me detengo unos instantes frente al espejo. El tatuaje está en mi piel desde que mi hermano se fue. La V y la N entrelazadas formando un tribal que rodea el símbolo del infinito. Dentro de él, el número once. El mes y el día en el que ambos nacimos con seis años de diferencia. Vik lo dibujó y se lo tatuó cuando yo era demasiado pequeño para entender por qué alguien querría hacerse eso.

Mamá llama a la puerta y termino de subir la cremallera. Le tiemblan las manos, pero no duda cuando toma la mía entre las suyas. La emoción me embarga. No quiero pensarlo, pero las ideas acuden como un torrente: ¿y si esta es la última vez que la veo?

Me toma la mano y me pone un colgante sobre la palma. Un entramado de cobre, cristales de luna y plata. Cada uno de los eslabones contiene una gema de un color diferente. Hay cuatro. Uno por cada aurora. Lo reconozco de inmediato; a mi hermano le regaló

una pulsera igual. Los dos formaban un juego de joyería apreciado por mi madre.

—No es necesario que... —empiezo.

—No es un regalo, Nil.

Las palabras mueren en mis labios. Ella coge aire, buscando las fuerzas que le fallan. Papá está en el pasillo, conteniendo el aliento, mientras nos mira expectante.

—Es un préstamo —aclara. La última vocal suena ahogada, pues su voz se rompe, aunque contiene a tiempo el llanto.

Quiero decirle que puede llorar, pero ambos sabemos que si lo hace yo también lo haré. Y esto no es una despedida. Al menos no una para siempre.

—Gracias, mamá, te lo traeré de nuevo.

Y mi promesa me sabe a mentira. A incertidumbre, porque... ¿puedo afirmar que estoy preparado para lo que hay ahí fuera?

Mi ordenador de muñeca emite una vibración y me avisa de que tengo que salir ya hacia la estación. Mis padres me siguen y por un momento el tiempo parece detenerse.

—Bajo la última luna, sigue adelante —susurra mi padre.

No quiero alargar este momento; tampoco es que pueda. Dudo, pero regreso a darles un abrazo antes de darles la espalda y dirigirme a la puerta.

Estoy cruzando el pasillo de la entrada, con la vista nublada, cuando me doy de bruces con alguien.

—¡Nil!

Alveron. No me sorprende que haya entrado en el edificio, en absoluto, lo que me sorprende es la urgencia en su voz.

—Me voy, Alveron —le digo bajando la voz.

Papá y mamá nos observan desde el umbral de la puerta, conteniendo todas las emociones que sin duda los están ahogando.

Mi amigo los saluda con su sonrisa afable, pero es fría y apenas estira los labios. Me sigue al exterior.

—Tengo que hablar contigo.

—Tendrá que esperar.

La alarma vuelve a sonar en mi muñeca. No tengo tiempo. Alveron abre y cierra la boca varias veces antes de sostenerme del brazo.

—Tengo una misión urgente. —Se detiene y me giro para mirarle —. Tenemos que perseguir a la rebelde... —Suspiro.

—Lo sé.

Me pregunto cómo lo sabe, pero continúo caminando, no puedo seguir entreteniéndome.

—Cuando vuelva, iré a verte. —Hago un gesto de despedida con la mano y le dedico una sonrisa que no llega a mis ojos.

—Nil... —Me agarra del brazo, deteniéndome, y coloca algo en mi mano. Se trata de la cámara en forma de anillo. Mira a nuestro alrededor y me susurra—: Si te pasa algo raro ahí fuera tendremos pruebas. Esta vez no mostrarán un vídeo manipulado.

—Saqueador Dilar. —Una voz grave y potente retumba a nuestra espalda y ahoga la voz de Alveron.

La geolocalización. Estoy tardando demasiado y han enviado al centinela más cercano, que avanza hacia mí sin mirar a mi familia, ni a mi amigo. Solo acorta la distancia entre ambos, como si se tratara de un robot. Me doy prisa por guardar el anillo con disimulo en uno de los bolsillos del uniforme.

—Saqueador Dilar, tiene que acompañarme ya.

Me vuelvo hacia Alveron.

—Bajo la última luna, sigue adelante —se despide mi amigo.

No añade nada más y yo tampoco puedo hacerlo, pues el centinela no espera, me sujeta del brazo y tira de mí. Las palabras del *hacker* se me clavan. Miro atrás una última vez, a mis padres,

que me observan desde el balcón del salón; a mi amigo, con la urgencia impregnada en sus ojos, queriéndome decir más, pero sin tiempo para hacerlo.

Les doy la espalda y camino junto al centinela a toda prisa.

No quiero que ninguno de ellos vea mis dudas. Porque el Desierto Polar es letal y no estoy seguro de saber qué voy a encontrarme en él, en medio de la noche eterna y rodeado de hielo silencioso.

11



Izz

> Los primeros individuos mutados no responden ante las órdenes, solo al dolor. Se perciben rastros de su vida pasada en algunos gestos o respuestas químicas. Fuera de eso son bestias poderosas, capaces de abatir a un hombre en un abrir y cerrar de ojos.
> Resisten a las balas, mas no a los láseres lunares.
> Hay que aumentar la dosis de teraluc en la mezcla para mantener la mente intacta.
>
> Informe clasificado del Proyecto Selene 843210L

El silencio, como el frío que se extiende ante mí, es como un manto. La niebla se eleva en volutas: antinatural, salvaje, como esta noche perenne y el hielo que cruje bajo mis pies. Avanzo despacio.

Me he alejado de la estación donde me ha dejado la unidad rápida todo lo deprisa que he podido, enfundada en este traje de saqueador antiguo, pues es lo único que he encontrado en el transporte. No podría sobrevivir sin él. Las temperaturas son extremas, aunque aquí dentro no lo parezca.

Miro al cielo, sobre mi cabeza, el manto de estrellas, tal y como lo he estudiado, se extiende por todo el firmamento. Aquí no hay auroras, ni luces que parpadean. No hay absolutamente nada.

Me estremezco, porque sé que es un engaño. Es mucho lo que oculta esta oscuridad y miro las brumas de mi alrededor con inquietud porque, en realidad, este lugar está lleno de monstruos. De peligros que acechan entre las sombras. Sin embargo, también está lo que necesito para terminar con el imperio de Arno, antes de que él me encuentre.

No tardarán en llegar las primeras expediciones, y los saqueadores son expertos. Conocen el terreno y saben cómo enfrentarse a lo que me rodea. Y vienen a cazarme. Puedo sentirlo en el aire que se va volviendo más denso a mi alrededor. Lucha contra mi presencia o quizá es solo una sensación.

Me obligo a respirar hondo. Una. Dos. Tres veces. El casco se empaña a medida que se condensa el aire y doy un paso tras otro sobre la capa bajo mis pies. Antiguamente aquí había océano, uno que separaba a Iberion de otros países, que cayeron cuando lo hizo la luna.

Y en algún punto de esta masa de hielo está mi objetivo: el laboratorio polar. Antinatural. Es la única palabra que se me ocurre para un edificio que se alza en medio de la nada. O, más bien, en el centro de una oscuridad helada como nunca habría podido imaginar.

Levanto la muñeca y selecciono el mapa de Arno en el UTP. Se abre ante mí un holograma con un mapa que podría ser como otro cualquiera, si no fuera por unas marcas que hay en ciertos lugares, tanto del Desierto Polar como del Desierto Ígneo. Aumento la zona del primero y lo estudio durante unos segundos. Levanto los ojos hacia las estrellas. Localizo el norte para situarme, vuelvo a mirar el mapa y me dirijo en dirección este. Salvo la marca en forma de triángulo con las iniciales LP, no hay nada que indique que hay un edificio en esa zona.

Paro antes de continuar. Si los saqueadores ven mis huellas podrán seguirme con demasiada facilidad. Y ellos saben mejor que yo cómo moverse por aquí. Giro sobre mis talones para llevarme una grata pero estremecedora sorpresa: han desaparecido. Como si nunca hubiera pisado por ahí. Trago saliva y continúo. No es algo de lo que deba preocuparme... por el momento. Tampoco sé cómo funciona este entorno, podría haber cualquier tipo de explicación lógica.

Estoy tan concentrada tratando de no salirme de la dirección que debo seguir, que apenas me doy cuenta de que ha empezado a nevar. Los copos son finos, resbalan por el cristal del casco convirtiéndose en hilos de agua. Además, hay un leve resplandor: un fragmento de luna suspendido a unos metros, flotando. Tan pequeño que no creo ni que supere mi altura. Me lo quedo mirando embobada un buen rato. Su belleza aterradora me hipnotiza. Aprieto los dientes y me obligo a continuar durante minutos que se me antojan horas. O tal vez lleve caminando horas. He perdido la noción del tiempo y, aunque mire mi UTP, no sé si lo que me muestra es real o aquí el tiempo funciona diferente.

No, debe de ser una sensación mía. A medida que me acerco veo una cerca consumida por el hielo. La llanura tras las puertas de hierro, salpicada de lápidas pertenecientes a otro tiempo y, más allá, los panteones. Recorro el lugar conteniendo el aliento, sintiéndome observada por las estatuas de ángeles, que advierto como sombras cubiertas de escarcha. El miedo a las criaturas que deambulan por aquí hace que me tiemble el pulso y el corazón se me suba a la garganta. La tensión por la huida que todavía tensa mis músculos me persigue, pues todavía no ha terminado. La incertidumbre ante lo que aún me queda por hacer.

Según el mapa del UTP el laboratorio polar está aquí. En medio de este cementerio. No lo percibo a simple vista. Está muy bien camuflado con el entorno. Activo el holograma mientras trago saliva, temerosa de las sombras que me rodean.

Sigo avanzando y me fijo en una estructura que me llama la atención, pues es diferente al resto de panteones que nos rodean. La mayoría tienen formas cuadradas, con estatuas rodeando sus puertas. Sin embargo, el que atrae mi atención tiene una forma circular. No la hubiera visto de no haberme fijado, mas ahora tengo claro que en su interior está el laboratorio.

Entonces, siento una mirada clavada en mí y una alarma silenciosa se activa en mi interior. Mi corazón se salta un latido y la sangre se me hiela en las venas. Una corriente me recorre la columna con una rabia inusitada. Doy un paso atrás y trago saliva, intentando en vano que la bola de ansiedad que se ha instalado en mi garganta baje y me deje respirar con normalidad.

Lucho contra la imaginación, que se empeña en proyectar sombras difusas en medio de la semioscuridad.

Quiero caminar, que mis pies hagan crujir el hielo, pero solo consigo quedarme estática como una estatua, mirando con los ojos muy abiertos lo que tengo frente a mí.

No. No es solo que el laboratorio polar se oculte en el centro de un cementerio congelado, es que está protegido.

Hay algo en la noche. Entre la oscuridad. No es alguien. No puede serlo. Porque esta presencia es ominosa y, de algún modo, siento que me percibe como yo a ella. Como si formásemos parte de la misma energía. O eso me grita mi mente o el instinto de supervivencia, no estoy segura.

He venido aquí sin arma alguna.

—Porque yo soy el arma —me recuerdo preparándome para enfrentarme a lo que quiera que sea.

He estudiado el tipo de criaturas que habitan el Desierto Polar. Sin embargo, no sé cómo enfrentarme a ellas, y menos ahora. No estoy preparada para lo que tengo ante mis ojos.

Algo que no está en los libros, ni en los informes de saqueadores; algo que hace que me pregunte: si esto es lo que protege el laboratorio polar, ¿qué hay en su interior que Arno quiere ocultar?



Segunda parte

Segunda norma del Reglamento de los Saqueadores Lunares: No te separes del grupo.

La unidad es supervivencia.
No hay protocolo de rescate.

12



Nil

> Los devoradores de silencio, como los antiguos lobos, pero sin ojos ni orejas, perciben el mundo a su alrededor a través de las vibraciones en el suelo y la respiración de sus presas. Su mordida causa congelación instantánea debido a la temperatura de sus fauces, que absorben calor en lugar de producirlo.
>
> Fragmento del *Manual del Saqueador Lunar*

Las horas pasan tan despacio que dudo de si llevamos solo tres días o más de una semana atravesando el paisaje de hielo. Por muchos simulacros que haya hecho, ninguna de esas zonas puede compararse con lo que ven mis ojos. El cielo tiene la escasa claridad propia de la noche y da la sensación de que nos engulle más y más a cada paso que damos. Quizá se deba a las nubes opacas que llevan tapando el cielo unas horas y nos han sumido en la penumbra. Nuestras luces, que forman parte del equipo, iluminan unos metros escasos a nuestro alrededor, lo que nos permite reconocer la zona.

Nos adentramos en lo que, una vez, pudo ser un bosque. Ya no queda nada de árboles altos. La vegetación que ha logrado sobrevivir se arrastra. Tallos oscuros, gruesos y flexibles se extienden sobre el suelo congelado, como los tentáculos de un pulpo tratando de atraparnos. Sus hojas son duras y están cubiertas de una capa cerosa que repele la escarcha. Parece más un cementerio que un bosque. Vienen a mi cabeza algunas de las muchas historias que he leído, donde los protagonistas se alarmaban si, de repente, el bosque se quedaba en silencio. Aquí no se escucha nada; lo que nos pondrá en alerta será oír cualquier sonido, por pequeño que sea.

Resulta sobrecogedor. Hemos visto fotos, hemos hecho misiones ficticias dentro de hologramas, pero en el fondo sabes que nada es real. No como ahora. Si no fuera por el entrenamiento al que nos someten, me sentiría pequeño, indefenso.

—Esto es una pasada —dice la voz de Mía en el comunicador.

—Es acojonante. Acojonante y precioso —respondo de inmediato, contemplando el lugar que nos rodea.

—Tened cuidado, no perdáis la concentración. Las áreas boscosas están habitadas por verdugos árticos —indica Oryonse con voz firme.

Me llevo una mano al pecho. El colgante de mi madre está sobre él, lo he dejado por fuera porque he puesto ahí el anillo de Alveron, de modo que todo lo que me pase quede registrado, quiera el Gobierno o no.

Oryonse va delante y nos movemos en triángulo, en una formación específica. Conocemos el terreno, pero no lo hemos explorado nunca y el hielo puede ser traicionero. No hemos encontrado señales de la rebelde ni de vida en general, y viendo lo que me rodea no me extraña.

Nuestros ordenadores de muñeca se iluminan a la vez y el comunicador emite una vibración que resuena en nuestros cascos antes de sintonizarse por completo. Hemos observado que las comunicaciones en el Desierto Polar funcionan algo peor que en la civilización.

—Equipo Centauri. —La voz de nuestro superior suena algo distorsionada.

—Aquí equipo Centauri —contesta Oryonse.

—Hemos perdido contacto con el equipo Casiopea.

El silencio que sigue a esa afirmación es pesado y cae sobre nosotros como una losa, pero ninguno se atreve a respirar apenas. Lo primero que pienso es que nos enviarán a una misión de rescate, algo que no es de nuestra competencia y que queda prohibido por el Reglamento.

—Siento escuchar eso. Sin embargo, el reglamento...

—Ya sé lo que dice el reglamento, saqueador. —El teniente Stravic es cortante—. Estaban siguiendo el rastro de la rebelde hasta que se rompió la conexión. Vosotros sois el equipo más cercano, así que ocuparéis su posición.

—Entendido, señor.

—Os paso las coordenadas ahora mismo. Os envío la señal a vuestros UTP.

—Recibido, teniente. Nos dirigimos a la posición indicada.

—Buena suerte, equipo Centauri. Bajo la última luna, seguid adelante.

La comunicación se corta al instante y pasan apenas unos segundos antes de que los dispositivos emitan una vibración y sobre nuestros brazaletes se eleven los hologramas del mapa. En él destaca un punto hacia el que nos guía el minimapa.

Me mantengo en mi lugar y seguimos caminando en formación, dejando atrás el siniestro bosque. ¿Qué le habrá pasado al equipo Casiopea? Miro en derredor a medida que avanzamos, a la espera de tener que sacar mi arma y enfrentarme a alguna monstruosidad como las que hemos estudiado en la academia.

—¿Creéis que lucharemos contra algún monstruo? —La voz de Coral suena en el canal del equipo.

—Por nuestro bien espero que no —responde Lorién, nuestro asistente médico, a mi espalda.

—Pues confío en tener ocasión de ver a un carroñero de cristal. —Mía, siempre intentando destacar.

—Puede estar bien si queremos palmarla jóvenes —continúo yo.

Ella sacude la cabeza con altivez dispuesta a darme una respuesta y Oryonse nos manda callar. Se detiene y todos con él. Somos un equipo preparado.

El punto marcado está a tan solo unos metros, aunque no es eso lo que nos ha hecho detener. No hay ni rastro del equipo Casiopea, pero sí algo inusual aquí. Una neblina que no debería estar nos envuelve mientras nuestras botas dejan un rastro en la nieve dura. Como si hubiéramos invocado a alguna maldita bestia, siento a nuestro alrededor unos ojos.

No. Más allá de eso. El radar muestra actividad. Detecta movimiento cerca de nosotros. Me preparo, llevando una mano a la pistola lunar y otra al sable.

—Formación de combate. Mucho cuidado con los gatillos fáciles. —Oryonse habla despacio.

Nos acercamos los unos a los otros, dejando el mínimo espacio entre nuestros cuerpos, y contemplo el paisaje oscuro, ahora envuelto en niebla, que nos rodea.

Apenas tengo tiempo de respirar cuando el primer monstruo se abalanza sobre nosotros y actúo por inercia, saco el sable lunar y le atravieso el cuerpo con el corazón a punto de salirme por la boca por la adrenalina. Jadeo, giro sobre mí mismo y mi arma se encuentra con otro de esos monstruos.

Ahora, a la luz, le veo mejor y reconozco las fauces que rodean el arma y esquivan mi ataque. Los dientes afilados, relucientes, reflectantes. El rostro sin ojos, los orificios donde deberían estar sus orejas y el cuerpo cubierto de una espesa capa de pelo agrisado. Las garras son poderosas y chasquean contra el hielo cuando en un intento por zafarme de él lo tiro al suelo.

Vuelve a lanzarse sobre mí y ambos resbalamos por el hielo, alejándonos del equipo. Tengo que evitar que me muerda. La mordida de los devoradores de silencio es de lo más peligroso en el Desierto Polar.

Lucho, consigo evitar el mordisco y aprovecho el hielo bajo mi espalda para deslizarme y alejarme. Me incorporo, apunto y disparo. La bala lunar atraviesa el espacio que nos separa y le vuela la cabeza. Un gruñido sordo me alerta de la cercanía de otro, que salta en mi dirección. Su cuerpo está a punto de caer sobre mí cuando una bala lo atraviesa y estalla. El animal jadea una sola vez antes de caer a un lado. Sin detenerme a mirar quién ha disparado, giro sobre mí mismo en busca de más devoradores. No hay peligro cerca de mí, pero sigo escuchando rugidos, gritos y órdenes.

Camino hacia mi salvador cuando, de forma inesperada, otro devorador emerge de las sombras y clava sus fauces en la pierna del chico que alcanza la luz de mi traje y al que reconozco con horror: Oryonse.

Mi disparo le da al último devorador, pero cuando mi amigo y yo nos miramos, ambos sabemos que es demasiado tarde.

No pienso permitirlo. Corro hacia él, tiro con rabia el cuerpo de la criatura lejos y nuestro equipo se nos une. Oryonse grita.

Hay que hacer algo. La mordedura de un devorador de silencio causa una congelación tan severa que la gangrena se extenderá si no la paramos. Y todos sabemos que solo hay un modo de hacerlo.

Es Lorién el que toma el control y nos hace un gesto a mí y a Mía. No perdemos tiempo, tumbamos a Oryonse, y Coral, con la ayuda de Kadeth, sostiene por los hombros a nuestro líder que niega con frenesí.

—No, no, no. Parad, no lo hagáis.

—Agarradle fuerte.

Son las únicas palabras de Lorién antes de que saque el filo plateado de un cuchillo láser. El médico sostiene con firmeza la parte afectada y, a pesar de que hasta ahora solo ha trabajado con maniquíes, no vacila. Le pongo una mano en el hombro a Oryonse y escucho la respiración pesada de Mía a mi lado. Esta se mezcla con mis latidos, con los gritos de mi amigo y, después, con el chasquido del hueso bajo la daga quirúrgica.

Después de eso, silencio.

Oryonse se ha desmayado.

Un jadeo que no reconozco como mío.

Lorién sutura y yo no puedo parar de mirar el muñón. La pierna cercenada a mi lado, bajo el traje desgarrado y manchado de sangre oscura por la coagulación.

Coral llora y las arcadas de Kadeth me revuelven el estómago. Aparte de Lorién, que sigue trabajando con precisión, solo Mía mantiene la compostura sosteniendo la mano de Oryonse.

Apenas hay sangre, lo que hace que la visión sea incluso más antinatural. Sin embargo, nuestro médico actúa deprisa. Cose y restaura esa parte del traje.

Nos tomamos unos instantes para sentarnos a su alrededor y recuperar la respiración. Yo, por lo menos, he estado conteniéndola y ni siquiera me había dado cuenta hasta que mis pulmones se han quejado.

Mis ojos se extienden hacia el horizonte, aunque no sean capaces de ver nada más que algunas estrellas. ¿O son ojos vigilándonos?

El desierto es implacable. Hemos sobrevivido a los devoradores de silencio, pero ¿a qué más tendremos que enfrentarnos antes de dar con la rebelde... si es que sigue con vida?

13



Izz

> Sin una mutación controlada, los individuos entran en un estado de crecimiento monstruoso. Pierden por completo su identidad y su aspecto pasa a ser grotesco. No hay cura, ni punto de retorno. La única posibilidad es abatirlos.
>
> Informe clasificado del Proyecto Selene 754312L

Todavía escucho el eco de sus gritos. Un equipo de saqueadores me hubiera atrapado de no ser porque ha aparecido un monstruo enorme y han tenido que centrarse en él. Otra criatura que no sale en los manuales. Los soldados se han desplegado bien y por un momento me he sentido a salvo, al creer que tenían controlada la situación, hasta que ha empezado la masacre. No he podido hacer nada por ellos, tan solo sobrevivir, y casi no lo cuento. No sé si habrá quedado alguno con vida, espero que sí. Por mucho que me estén persiguiendo y estén a las órdenes de Arno, no merecían sucumbir bajo las fauces de esa bestia.

Consulto el mapa mientras aprieto un botón del casco que hace que un tubo fino se alce ante mis labios. A pesar de estar obsoleto este traje, está bien preparado. Aunque podría recordar a un traje

de astronauta, tiene ciertas diferencias. Se ajusta a la perfección al cuerpo gracias a un tejido que hace que se adapte a tu piel para regular tu temperatura. Parece fino, pero sorprendentemente cumple su función: proteger de las inclemencias externas a la par que permitir la libertad de movimientos. Tiene un tono grisáceo a diferencia de los trajes actuales de los saqueadores.

Cuenta con una especie de botella donde almacenar agua. He metido nieve y he esperado a que se derrita y alcance una temperatura aceptable. Doy tan solo un par de sorbos. Es mejor que la racione, ya que no siempre habrá nieve que pueda introducir fácilmente en la botella.

Dado que la criatura que parece custodiar el laboratorio polar me ha impedido cumplir mi primer objetivo, que era colarme en su interior, me dirigiré al segundo, mientras pienso una forma de abatirla o burlarla.

Voy en dirección noroeste hacia otro triángulo que marca un fragmento de luna marcado con MT, que significa que ese fragmento perteneció al Mar de la Tranquilidad de la luna y contiene una de las sustancias con las que Arno elabora el suero lunar. Tomo ese camino en la semioscuridad que me rodea; ya no hay nubes, y las estrellas y el resto de luna que sigue flotando en el cielo aportan una luz que me permite ver dónde pongo los pies. También la linterna del traje me ayuda a controlar los alrededores. La superficie bajo mis botas es oscura, gris y negra, como si ceniza y minerales hubieran quedado atrapados bajo capas congeladas. Me detengo fascinada y me agacho. Me quito el guante izquierdo y apoyo los dedos sobre la superficie. La piedra pulida refleja el mismo tono grisáceo que mi piel. Está helada, pero me sorprende que resulta... agradable. Me incorporo mirando en derredor con curiosidad. A veces, alguna que otra columna también oscura rompe la llanura, como si el hielo

hubiera crecido hacia arriba. A medida que avanzo da la sensación de que en cualquier momento esta negrura se abrirá bajo mis pies y me tragará, haciéndome desaparecer. Trato de evitar mirar hacia abajo.

«No va a pasar nada», me digo para infundirme ánimos.

«Lo dice la loca que se ha adentrado en el Desierto Polar sin ningún tipo de preparación y sin plan alguno».

Respiro hondo. Lo hecho hecho está. Ya no hay vuelta atrás, y tendré que lidiar con las consecuencias por mucho que me aterre. Debo hacerlo.

Consulto los informes del Alto Comisionado de los experimentos que realizó sobre sí mismo:

«... El SXPS 144 ha sido un éxito. Tras inyectarle el suero lunar creado a partir de una pequeña dosis de voltraxita y teraluc, procedentes de fragmentos lunares del Mar de la Tranquilidad y los cráteres del sur respectivamente, puedo confirmar que el sujeto SXPS 144 posee cualidades sobrehumanas en pequeña medida. El primer centinela de mi ejército de Selene».

Con un movimiento de mano, paso varios informes hasta llegar al que vi sobre él.

«Hoy probaré el suero lunar conmigo mismo. Tras una prueba realizada con éxito, he demostrado que aumentando la voltraxita y el teraluc puedo crear un ser humano con unas cualidades excepcionales, un ser humano sin rival en este nuevo mundo.

»Hoy formaré parte del Proyecto Selene y me convertiré en el sujeto SXPS 253».

Aprieto los dientes y apago el UTP, concentrándome en el camino y lo que puede acechar en él. En el fragmento lunar al que me dirijo encontraré la voltraxita que forma parte de ese suero. Yo también la necesito para revertir los efectos del Proyecto Selene. En el trayecto

hasta el Desierto Polar he podido estudiar los componentes del suero lunar, y gracias a mis conocimientos y los experimentos que Arno ha detallado en sus informes secretos he podido desarrollar lo que podría considerarse un «antídoto». Sin embargo, yo no necesito telaruc para ello, marcado también en otro fragmento lunar, a semanas de viaje de donde me encuentro, sino nexenol, un componente que se encuentra en lo que perteneció a la montaña Mons Huygens. Y esto me lo confirma el propio Alto Comisionado cuando menciona los efectos de tal componente en sus experimentos fallidos.

Yo misma he marcado en el mapa el fragmento lunar en el que encontrar el nexenol, que ahora será mi segundo objetivo.

La quietud es tal que da escalofríos. Afino el oído que por el momento solo capta mis propios pasos sobre el hielo. Este traje también está preparado para impedir el deslizamiento, aunque en algunas zonas debo tener cuidado. Supongo que lo afinaron con los años y los actuales serán perfectos.

Avanzo en silencio, preparada para lo que pueda encontrar. He repasado las criaturas que habitan en el Desierto Polar, sus puntos débiles y, aun así, no estoy segura de estar preparada para enfrentarme a alguna de ellas.

«Sin embargo, tú no eres normal», dice una vocecilla en mi interior.

Y aun así no fui capaz de hacerle frente al monstruo que custodiaba el laboratorio secreto de Arno. Pude escapar haciendo uso de los reflejos.

Después de ver a esa criatura delante del laboratorio..., ¿qué más sorpresas puede haber aquí que desconozcamos? Otro escalofrío. ¿Habrá más criaturas u otras sorpresas que Arno haya ocultado? ¿Incluso a los saqueadores? Esta pregunta me hace recordar al

grupo de saqueadores que casi me atrapa. No dejaban de gritar que no sabían qué era esa cosa.

Sacudo la cabeza en un intento por apartar las dudas. Sea cual sea la respuesta, para mí ahora es irrelevante.

Durante estos tres días he tenido la suerte de no cruzarme con ningún animal mutado agresivo, tan solo algunos herbívoros que me han ayudado a alimentarme al fijarme en qué comen. Gracias a ellos me he hecho con una buena reserva de raíces que, si bien crudas tienen un sabor demasiado amargo, me han mantenido con la energía suficiente para seguir. Sin embargo, también he tenido que racionarlas por si no logro encontrar otro alimento. Nunca he tenido tanta hambre en mi vida.

Tras un buen rato en el que no sé si han pasado minutos u horas, vuelvo a abrir el mapa holográfico. Gracias a la posición de las estrellas me he mantenido en la dirección correcta. El fragmento está cerca. Lo cierro y miro al frente sin moverme. Percibo un leve brillo que debe de pertenecerle. Estoy tentada de echar a correr para llegar cuanto antes, pero me abstengo. Debo ser precavida. Apago la linterna y avanzo guiada por ese resplandor. Mis ojos se acostumbran a la semioscuridad y el panorama que me rodea se revela de golpe, sobrecogedor. Una extensión interminable de hielo y zonas blancas que, para mí, se tiñen de gris. Nieve. Puntos de luz inmóviles salpican la distancia, algunos suspendidos a gran altura, lo que me hace sospechar que son fragmentos lunares.

Al llegar a mi destino, escucho unos pasos arrastrados. A mi alrededor no veo nada. Rodeo con sumo sigilo la roca lunar y me asomo. Ahí está. Es un carroñero de cristal. Puedo observarlo casi con claridad gracias a las placas óseas que recubren su espalda, protegiéndolo y aportando algo de luz con un brillo antinatural. Contengo el aliento, evitando cualquier sonido. Aunque los

carroñeros son seres inofensivos, pues se alimentan de cadáveres congelados, son territoriales. Si me percibe como una invasora, es probable que me ataque.

Trago saliva. Poco importa que tenga poderes. Si se percata de mi presencia estoy muerta.

Se está alejando. Solo cuando dejo de verle me atrevo a respirar de nuevo. Examino los alrededores para constatar que estoy sola. No hay otros animales ni saqueadores. Perfecto.

Enciendo la linterna y estudio el fragmento lunar. El fragmento flota ante mí, suspendido con una ligereza imposible. Su brillo lunar, tenue pero vivo, se desliza por mi visor y me obliga a acercarme un paso más. Conozco ese resplandor: lo he visto atrapado en cristal. Mas aquí..., aquí respira. Cada grieta emite un pulso suave que parece responder a mi presencia, como si reconociera algo en mí. Trago saliva mientras lo observo, dejando escapar destellos que recorren mis guantes y me obligan a contener el aliento. Nada de lo que he estudiado se parece a esto.

Ahí está. La voltraxita reacciona a la luz con tono entre plateado y rosado. Solo tengo que rascar para extraerla en forma de polvo, y en un laboratorio separarla de otros componentes que puedan caer también.

Cuando la bolsita de muestras está casi llena de la sustancia siento que un estremecimiento me recorre la columna y un frío se extiende a mis extremidades. El vello se me eriza y apenas puedo tomar una bocanada de aire antes de escuchar los pasos y guardarme la voltraxita.

He perdido un tiempo valioso para escapar, mas ahora mismo la prioridad es el componente vital para acabar con Arno.

Aprieto los labios, dirigiéndome al saqueador que se acerca a mí.

El dolor me sacude desde la nuca hasta las piernas, estas me fallan y me derrumbo sobre el hielo, mientras el mundo a mi alrededor se tambalea y oscurece.

Quiero gritar, sacudirme, dar media vuelta y enfrentarme al que me ha atacado, pero reconozco la descarga que entumece todo mi cuerpo. Ni mis capacidades pueden contra el aturdidor. Un superviviente del equipo que me perseguía me coge con fuerza y la presión de las esposas iónicas me hace daño en las muñecas.

Solo me queda esperar y contar con la suerte de que no lleguen refuerzos. O de que decida mantenerme con vida para llevarme hasta Arno.

14



Nil

> Cuando un miembro del equipo queda incapacitado, comprometiendo la misión, se debe activar el protocolo de abandono operativo. El miembro afectado debe ser informado, si las condiciones lo permiten, y se dejará constancia de las coordenadas del abandono.
> La misión continúa. El equipo restante no debe desviarse ni comprometer el objetivo por intentos de recuperación. El sacrificio, aunque lamentable, forma parte del riesgo asumido del saqueador.
>
> Fragmento del *Manual del Saqueador Lunar*

No encontramos rastros del equipo Casiopea por ninguna parte, como si nunca hubieran pasado por aquí. O, al menos, no los vemos al principio, pero, a medida que nos adentramos entre ruinas sepultadas por el hielo, nos damos cuenta de que nada está bien. Las sombras de edificios derruidos que se ciernen sobre nosotros se proyectan en el suelo como monstruos a punto de devorarnos.

—¿Cómo crees que vivía la gente? —Oryonse se detiene para coger aliento. Su respiración me llega acelerada a través del canal privado.

—Piedra, tejados inclinados..., nada de materiales fríos y líneas perfectas como lo que tenemos ahora.

Él deja escapar un sonido entre risa y quejido.

—Parece más acogedor que lo nuestro.

—Más vivo —admito—. Aunque esté hecho una mierda.

El viento nos golpea de lado y sigo avanzando, sin quitarles los ojos a esas calles estrechas que no se parecen en nada a las que hemos levantado ahora.

Los restos de luna que todavía brillan en el cielo nocturno nos dan la luz suficiente para que nuestras linternas tan solo sean un complemento con el que llegar allí donde el astro no llega. Nos adentramos más y más en lo que quizás un día fue un pueblo lleno de vida, pero ahora carece por completo de ella. Evito mirar hacia los edificios. Algunos compañeros más veteranos cuentan que en algunas viviendas hay cadáveres momificados. Sea cierto o no, prefiero no descubrirlo. Bastante impresión es recorrer las calles muertas de una población que ahora no es ni siquiera un recuerdo.

Mis compañeros están a unos pasos, recorriendo la distancia que nos separa del punto acordado. Oryonse se aprieta contra mí y a pesar del traje siento su respiración trabajosa y el esfuerzo que le supone intentar seguir el ritmo.

—Deberías dejarme atrás —me dice por un canal privado.

No es la primera vez que me lo dice durante el camino y me limito a mirarle con desaprobación, aunque no estoy seguro de que me vea bien a través de los visores del traje.

—Quietos —dice Mía, que ahora lidera el grupo.

Me detengo y dirijo la vista a lo largo de la amplia plaza en la que nos encontramos. Hay varias piedras pálidas que me resultan curiosas, pues no forman parte de las ruinas. Comprendo demasiado tarde que este es el lugar en el que se ha producido la carnicería

que ha dejado fuera de juego al equipo Casiopea. Pero no es eso lo que me alerta de que algo no está como debería. El mapa holográfico muestra un fragmento de luna a unos seiscientos metros y, además, en ese mismo punto se muestra una luz parpadeante.

—¿Creéis que esto lo ha causado la rebelde? —susurro.

No se me ocurre otra explicación. Si el equipo no está, pero se muestra en el mapa... Me aseguro de que la cámara del anillo capte todo lo que ven mis ojos.

—Eso parece, pero no se mueve.

Lo cual es sospechoso. Ha estado huyendo desde el principio. ¿Y si lo que ha acabado con nuestros compañeros...? No termino esa línea de pensamiento.

Tropiezo con una roca que no he visto y Oryonse cae con un gemido de dolor que resuena dentro de nuestros cascos. Me inclino a su lado y hago amago de ayudarle a levantarse, pero Mía se interpone entre nosotros.

—Vamos a mirar qué hay ahí, Nil.

—¿Quién te ha puesto al mando, Mía? —respondo con más brusquedad de la que pretendo.

Puedo imaginar su expresión de hastío ante mi respuesta, pero no me importa. No me gusta en absoluto su actitud.

—Venga ya, conoces el reglamento tan bien como yo.

No está hablando de su repentino liderazgo. El aire cambia entre nosotros y la tensión se palpa en mis compañeros.

—Cuanto antes lo apliquéis, mejor para todos —afirma Oyronse con amargura.

—Cállate —espeto con rabia.

—No puedo callarme. Os olvidáis de que antes yo era el líder de este grupo.

—No eras. Eres.

—Nil. —La voz de mi amigo no es amarga, no hay matices de enfado, solo cansancio. Frustración.

Aprieto los puños y Mía se toma la libertad de sujetarme de un brazo para apartarme de mi amigo. Me sacudo de su contacto sin vacilar.

—Tenemos que dejarle atrás —dice entre dientes.

—¡No!

El reglamento dice bien claro que no hay rescates, pero Oryonse todavía puede avanzar con mi ayuda. No necesita un rescate. Podremos dejarle en un lugar seguro cuando nos hagamos con la rebelde, esto es solo...

—Tiene razón.

—¿Es que os habéis vuelto todos locos? —grito, rabioso.

—Los sentimientos no pueden nublar lo realmente importante —continúa Mía, como si esto no se tratara de la vida de uno de nuestros compañeros.

—¿De verdad pensáis así? ¿Queréis dejar atrás a Oryonse? ¡Le quitamos la pierna! Paramos la congelación y...

—Le dejamos tullido —completa Lorién.

Y, aunque su tono pretende ser conciliador, suena acusador, culpable, a pesar de haberle salvado la vida.

—Y un tullido no puede seguir el ritmo de los demás —termina Oryonse.

—Podemos llevarle a un lugar seguro. Solo tenemos que...

Una risa nerviosa de Mía me hace dar un paso y sujetarla de un hombro, en claro desafío.

—Puede que esto te venga bien para destacar, pero...

El empujón que recibo me desconcierta por completo, pues no proviene de mi compañera, sino de mi amigo, que ha sacado fuerzas

de no sé dónde para incorporarse y enfrentarse a mí. Se apoya en Mía con una familiaridad que me hiere.

—No puedes pensar que...

—No, Nil, eres tú el que no puedes pensar que merece la pena posponer una misión oficial para salvar a nadie. Eso no es lo que nos enseñan.

—¡Claro que no, joder! —respiro hondo, intentando calmar mis nervios—. ¿De verdad me estás dando sermones por querer salvarte la vida?

—Yo estoy con Nil —interviene Lorién.

—Venga ya —refunfuña Kadeth—. Esto no es una votación.

—Pero sí es una decisión que tenemos que tomar —digo, envalentonado por el apoyo del médico.

—No, Nil, la única decisión que hay que tomar es si quieres quedarte atrás con él o seguir cumpliendo la misión —afirma Mía, dando un paso hacia nosotros.

Vuelvo la mirada hacia Coral, en busca de su apoyo, pero ella desvía la mirada, poniéndose de su lado.

No puedo creer lo que está pasando. ¿De verdad estamos debatiendo si dejar atrás a un compañero? ¿En qué momento nos hemos convertido en...?

—Cabo Payde. —La voz de Stravic interrumpe el curso de mis pensamientos.

—Teniente Stravic —responde Oryonse—, hemos sufrido un contratiempo.

Mi compañero le explica la situación sin obviar ningún detalle. Stravic se mantiene en silencio tanto tiempo que llego a pensar que se ha cortado la comunicación.

—El reglamento es claro al respecto —la firmeza de su voz contrasta con el susurro que llena nuestros comunicadores—, pero

no olviden que son un equipo.

¿Y eso qué quiere decir? Me sorprende su tono. La ambigüedad de sus palabras. Nuestro superior nos está dando vía libre para... ¿incumplir las normas? ¿O...? Miro a mi amigo, que parece tener las mismas dudas que yo.

—Teniente... —empieza Oryonse con voz débil.

—Cabo, está al mando durante toda la operación. Cumplan la misión y regresen a Hespéria.

—Sí, señor.

—Les he enviado a sus UTP la posición de uno de los miembros del equipo Casiopea. Está muy cerca, pero su movimiento es errático. Difícil de descifrar.

—¿Cree que es el objetivo?

Objetivo. Ni rebelde. Ni siquiera civil. *Objetivo*. La palabra me quema como fuego en las entrañas a pesar del frío que nos rodea.

—Lo desconozco, pero manténganse alerta. —Silencio al otro lado de la línea—. Otra cosa, equipo Centauri, tengan mucho cuidado.

La conexión se corta de forma abrupta, sin darme tiempo a analizar si de verdad he detectado preocupación en su tono o solo es cosa mía.

Compruebo mi ordenador de muñeca y este muestra una marca en el mapa holográfico. Como ha dicho el teniente Stravic, no se mueve como lo haría una persona. Me pongo en alerta y Oryonse nos hace un gesto para que nos mantengamos en silencio. A la espera. El punto vuelve a moverse esta vez más rápido.

No hacen falta palabras para que entendamos lo que tenemos que hacer. Nos dividimos entre las ruinas. Tras echar un último vistazo a Oryonse, que se apoya en una roca pálida, desde donde nos dirige, nos ponemos en formación triangular, rodeando al objetivo. Con las linternas apagadas, vamos afianzando nuestra posición.

Sea lo que sea no tiene adónde escapar.

Achico los ojos, con el corazón latiéndome a toda velocidad mientras acortamos la distancia. Si el ordenador de muñeca muestra su posición correctamente debería estar justo al doblar la esquina que ahora me sirve de escondite.

Un sudor frío baña mis sienes cuando salgo y veo un traje que reconozco bien. El símbolo de los saqueadores lunares. La sangre coagulada. Y el rostro huesudo del carroñero rodeando un hueso largo, probablemente una tibia. El rastreador que todos llevamos en el uniforme reluce en un colgajo del traje, pendiendo de un trozo de carne congelado.

El suelo vibra a mis pies. El carroñero lanza un gruñido grave y sale corriendo.

Y eso termina de hacer que una advertencia silenciosa se extienda por mi cuerpo, porque los carroñeros son territoriales y debería habernos atacado. ¿Qué está pasando?

Mi cuerpo se eleva en el aire y comprendo, demasiado tarde, que las rocas que nos rodeaban no eran un accidente del terreno, sino una criatura de pesadilla.

15



Izz

> Llamamos a las mutaciones pétreas colosos de hielo. Sus cuerpos han crecido de forma desproporcionada; tienen huesos hipercompactos y extremidades largas y pesadas. Se desplazan de forma lenta, pero son increíblemente resistentes y agresivos. Se sienten atraídos por la sangre humana.
>
> Informe clasificado del Proyecto Selene 02387H

Cuando mi captor es abatido por el mismo coloso de hielo que acabó no hace mucho con el resto de sus compañeros, he tenido la certeza de que tendría que librarme de las esposas iónicas con algún ingenio, pero al ver al nuevo equipo de saqueadores, he tomado la decisión de que ellos van a tener que liberarme.

No les va a quedar otra opción. Puedo enfrentarme a esta bestia, aunque la sola idea de tener que hacerlo me hace temblar de pies a cabeza.

Me he puesto a salvo junto a un edificio destruido —no sé si por el coloso o ya estaba así— en lo que años atrás debía de ser una plaza y valoro la situación.

Uno de los saqueadores ha sido eliminado por el coloso en un golpe que no habrá dejado un solo hueso sin fracturar. No saben cómo hacerle frente. Por fortuna, poseo información clasificada y la información es poder. Ese lema de Arno me hace estremecer. No me dejo arrastrar por esa línea de pensamiento y me centro en lo que tengo delante de mí: una bestia colosal formada de hielo. Tiene forma antropomorfa, pero ha crecido hasta convertirse en un gigante sobrenatural. Una mutación descontrolada que ha convertido su cuerpo en un arma viva. Un monstruo forjado por el Desierto Polar y preparado tanto para afrontar el clima como para protegerse de cualquiera que se le ponga por delante. Los ojos están hundidos en el rostro rocoso y puedo ver su sed de sangre. Va a devorarnos a todos.

Otro soldado permanece estático junto a uno que no puede moverse y enseguida comprendo por qué: le falta una pierna. Repta por el hielo y el primero, en una temeridad, le cubre. Como si pudiera hacer algo contra esta mutación.

Aprieto los dientes y muevo las muñecas en un intento desesperado por deshacerme de las esposas iónicas, pero lo único que consigo es que estas afiancen su agarre hasta hacerme daño. Estoy a punto de dirigirme a otra saqueadora cuando esta me ve y por su gesto sé que no viene precisamente a liberarme. Esquivo su acometida, y sus ojos me taladran cuando vuelve a intentar placarme.

Estupendo. Quiere cazarme. No se da cuenta de que ahora mismo las dos somos presas. Con la diferencia de que yo tengo poderes que quizá nos den un porcentaje de supervivencia.

—¿Te das cuenta de que no soy el enemigo? —grito para hacerme oír más allá del casco que nos separa.

No atiende a razones y saca una vara lunar. No puedo contener la frustración cuando avanza hacia mí. Grito, alertando del peligro, pero no es consciente del momento en que el puño embravecido de la bestia impacta contra su espalda y lanza su cuerpo a mis pies.

Me inclino frente a su rostro, es una chica algo mayor que yo, pecosa, con los ojos verdes cargados de miedo; intento apartarla del siguiente impacto de la bestia, pero otra saqueadora me empuja fuera del alcance de la chica. Siento la contusión en el costado, mas si le devuelvo el empujón es por la rabia de lo que acaba de hacer sin darse cuenta.

—¡Va a morir! —le grito.

Es tarde. El cuerpo de la primera saqueadora es ahora un amasijo sanguinolento que se coagula al instante al contacto con el aire.

—¡Liberadme y os podré ayudar! —Alzo las manos, indicando con un gesto claro lo que necesito.

—Tú te vienes conmigo. —La oigo alto y claro en mi casco.

Me pregunto cómo ha sintonizado mi canal, pese a que mi traje es un modelo anterior al suyo. Me agarra con fuerza del brazo izquierdo y sonrío. Titubea. No lo comprende. Y yo estaría en su misma situación. Retira el contacto a toda prisa, se sacude la mano y vuelve a agarrarme, cerciorándose de que lo que ha notado es cierto. Un frío antinatural que sale de mi propio brazo.

La empujo fuera del alcance de otra embestida de la bestia y ella cae de espaldas, bajo mi peso. Toma mi movimiento como un ataque, lo veo en su expresión, en el modo en que alza una mano y saca el aturdidor. Lo veo venir y, esta vez, me fundo ante sus ojos. O, más bien, dejo sobre ella una copia de mí misma.

Jadeo por el esfuerzo. Me concentro de nuevo. Siento el movimiento del coloso antes de que llegue y no me da tiempo a esquivarlo así que interpongo mi brazo izquierdo, que si bien me

protege del golpe no lo hace de la caída. Ruedo por el suelo y tardo algo más de lo normal en levantarme por tener las manos todavía esposadas. Me persigue. Y algo me dice que me siente igual que yo le siento a él. Algo en este veneno que nos llena las venas también nos conecta.

En ese momento se oye el disparo de otro saqueador. El coloso se vuelve furioso hacia él y en un abrir y cerrar de ojos lo está triturando entre sus fauces, de las que resbala la sangre a medio congelar.

Entonces veo al chico; sé que es el mismo al que vi cuando tomé el transporte. Lo sé por los movimientos certeros, por su actitud segura y por puro instinto. Está siendo temerario, arrastra al chico al que le falta una pierna, que tiene parte del traje manchado de sangre, buscando el refugio de las ruinas. Dejan una estela inconfundible.

Corro hacia él. La chica de antes se interpone en mi camino, con el arma alzada, me apunta y sé que no dudará en disparar.

Alzo las manos, aunque no tengo tiempo para esto.

—Tenemos que soltarla, Mía.

Reconozco el tono grave. La misma voz que me dijo que no quería hacerme daño.

—¿Estás loco? ¡Es la fugitiva!

—¡Necesitamos toda la ayuda posible!

Sus palabras se ahogan cuando tiene que esquivar otro golpe del monstruo que, por desgracia, alcanza al tullido. Este desaparece ante nuestros ojos. Escuchamos el rugido, los chasquidos del coloso al masticar y, ahora sí, los dos únicos saqueadores que quedan en pie se miran y se enfrentan, juntos, al rugido salpicado de sangre y saliva que profiere la bestia.

Doy un paso atrás. El rostro de esa criatura, de cerca, es grotesco. Tendones, músculos y ojos helados. Dientes que se asemejan al cristal, con un brillo iridiscente irreal manchado de granate, gris y plata.

Por alguna razón está cada vez más furioso, como si cada nueva víctima alimentara más su ira.

Y lo veo claro. Su próximo movimiento. Como si pudiera ver el futuro, aunque eso es del todo imposible..., ¿no?

Sigo el curso de mis pensamientos, confío en este nuevo instinto y doy un paso hacia delante. Hay dos posibilidades. Elijo sin dudar demasiado; al fin y al cabo, ella jamás va a liberarme, en cuanto al chico...

Le atrapo entre mis brazos y ambos caemos hacia atrás en el instante en que las fauces de la bestia chasquean en el aire al principio y, después, con la saqueadora entre sus dientes relucientes. El grito de ella me atraviesa y martillea en mi conciencia, aunque lo hace todavía más el bramido desgarrado del chico que se retuerce sobre mi cuerpo.

Le acerco más a mí, pegándole a mi pecho, nuestros cascos chocan y aprieto los dientes cuando mi cabeza se sacude con el impacto. Tomo impulso hacia atrás. Mi cuerpo y mi traje resbalan por la nieve, poniendo distancia con la bestia. Aunque no demasiada. No la suficiente, porque el coloso no va a detenerse.

—¡Libérame y puede que vivas! —grito esperando que pueda escucharme a través del cristal.

Se me queda mirando y por un momento creo que no me ha oído.

—¿Es una amenaza?

Su voz es seca. Apenas un gruñido. Me abstengo de poner los ojos en blanco y le digo:

—Es una tregua. Una salvación.

Hasta yo me doy cuenta de cómo suena, pero él deja de moverse. Los pasos de la bestia se acercan y el chico se inclina, acerca su UTP lo suficiente y las ataduras se sueltan con un clic metálico.

No pierdo el tiempo, salto, me impulso con mi brazo bueno y levanto con rabia el otro, con el codo hacia arriba, que da a uno de los ojos del coloso. Este grita, se lleva la mano al rostro y abre y cierra la boca. De ser humano estaría confundido, mas este monstruo dista mucho de serlo.

Aprovecho la duda para duplicarme. Voy hacia atrás, me inclino junto al chico, que se pone a la defensiva cuando se percata de que le he robado el cuchillo lunar. Ignoro su gesto, salto, corro y trepo torpemente por el cuerpo de la bestia. Esta se sacude, intenta golpearme y mantengo el equilibrio por pura suerte.

Llego al rostro y cambio el arma de mano. Tomo aire y le clavo el cuchillo en su otro ojo.

La adrenalina da paso al terror, que ha quedado relegado a un segundo plano mientras me enfrentaba a la bestia. Lanzo un grito que no controlo y el temblor regresa a mi cuerpo al darme cuenta de lo que he hecho. Me he enfrentado a un monstruo. No solo eso, sino que he acabado con él.

Miro el cuchillo que sostengo, que brilla con la luz azul de los fragmentos de luna de los que está hecho. Me llama la atención que los saqueadores los tengan, ya que antes se usaban en los laboratorios, pero los prohibieron porque hubo un accidente en el que un trabajador por error se cortó en el vientre. La hoja del cuchillo tiene la capacidad de desordenar las moléculas hasta el punto de que luego la piel y los tejidos no llegan a cerrarse porque han perdido la capacidad de cicatrizar. ¿Les dan armas tan peligrosas a los saqueadores? Entiendo que las lleven en las zonas extremas,

pero que también las porten cerca de personas me revuelve las tripas.

El coloso de hielo se tambalea, gruñe, y veo al saqueador echarse hacia atrás a tiempo para esquivar el corpachón de la bestia, mas no el impulso con que me lanza hacia delante, hasta caer sobre el saqueador que, por inercia, me rodea con sus brazos.

16



Nil

> Ante cualquier fenómeno que no pueda explicarse por medios técnicos o naturales, se recomienda no interactuar, no registrar y continuar la misión. En ciertas zonas de los desiertos se han reportado eventos que no corresponden a patrones conocidos. La observación prolongada puede llevar a desorientación y al fracaso de la misión.
>
> Fragmento del *Manual del Saqueador Lunar*

Me levanto despacio, entumecido, sin ser consciente de lo que acabo de presenciar. La fugitiva también lo hace a mi lado, se sacude el hielo y da un paso hacia delante.

Vuelvo la vista hacia el monstruo y caigo de rodillas. No me importa si mi traje está o no dañado y el frío penetra en su interior. Mis ojos ahora mismo solo ven el horror mientras mi respiración lucha por recuperar la normalidad, sin éxito.

Oryonse, Mía, Coral, Lorién, Kadeth... Todos. Muertos. Devorados por ese monstruo sin nombre. Esa criatura a la que no podíamos enfrentarnos.

Se supone que nos entrenan para esto. Se supone... ¿Qué ha pasado? ¿Qué...?

Apoyo las manos enguantadas, incapaz de sostenerme. Me falta el aire. Cierro los ojos y respiro hondo.

Por mucho que sepamos a qué venimos, que seamos conscientes de que esto puede pasar, no estamos preparados para ello. Yo no estaba preparado para perderlos... a todos.

Golpeo la arena helada hasta quedarme sin fuerzas. Grito hasta quedarme sin voz. Las lágrimas escapan de mí sin control. La rabia y la pena libran una batalla en mi interior.

—¡No!

No puedo alzar la vista. No quiero. Siento las manos manchadas de sangre. Esto es por mi culpa. Podría haber evitado esta carnicería. Ellos seguirían vivos. No volveré a beber lunís con Oryonse, ni a escuchar las quejas repelentes de Mía. La risa de Coral, ni a entrenar con Kadeth. Lorién no volverá a curarme un rasguño o a repetirnos que le había tocado el equipo más temerario.

No. Porque solo quedo yo en pie. No es justo.

Me rasco el pecho e intento centrarme en el objetivo. Al acordarme de ella la ira intenta tomar el control. Y, por más que me repita que no es solo culpa suya, pues si yo hubiera hecho mi trabajo no habría muerto nadie, el dolor me ciega.

Nunca llegué a cerrar la herida por la muerte de Vik y ahora se ha abierto una nueva. Aprendí a vivir con ello y sé que aprenderé también a aceptar la pérdida de mis compañeros. Pero hay heridas que tardan en sanar, y mientras lo hacen el dolor es lo único que te acompaña, recordándote lo que un día fue y ya no será jamás.

Intento secarme las lágrimas y mis manos chocan con el cristal del casco. Me quedo llorando en silencio, dedicando un último pensamiento a mi equipo.

Tras un buen rato, logro que mi respiración vuelva a la normalidad. Mi corazón con ella. La ansiedad disminuye, aunque no esa sensación que me oprime en cada latido. Cojo aire y me levanto por fin.

—Bajo la última luna, seguid adelante —me despido de mi equipo con un hilo de voz.

Recorro una última vez con la mirada la pesadilla que se extiende a mis pies y es entonces cuando la veo agachada sobre los restos que quedan de mis compañeros. Por un momento, pienso que está haciendo algún gesto de respeto hacia ellos, hasta que coge algo y se lo guarda en un bolsillo.

—¿Qué coño te crees que estás haciendo?

Me mira, todavía agachada.

—Aprovecho lo que ellos ya no van a necesitar.

Son palabras frías, de alguien sin sentimientos; aunque una vocecilla me dice que tienen lógica, la ignoro.

—Podrías tener un poco de respeto.

Se incorpora y revisa los alrededores.

—Siento lo que ha pasado, pero para sobrevivir aquí es mejor aprovechar todo lo que se pueda.

—No voy a robar las pertenencias de mi equipo para sobrevivir aquí. No estaremos demasiado tiempo en el desierto, porque voy a llevarte ante el Alto Comisionado.

—No es robar, ellos están... —Su tono es firme, pero sus palabras me hacen hervir la sangre en las venas.

—Muertos, lo sé. Eso no te da derecho a tocarlos. No permitiré que... —Aprieto los puños con frustración—. Por tu culpa estamos en esta situación.

—¿Qué?

Acorto la distancia con ella apuntándola con el dedo.

—¡Tú eres la causa de todo esto!

—¿Yo?

—¿Ves a alguien más aquí?

Me arden los ojos, pero esta vez contengo las lágrimas.

—Por si no te has dado cuenta, te he salvado la vida. He acabado con...

—¿Y qué te dio derecho a elegir mi vida por encima de la de Mía? Podías haberla salvado. ¡Podías haberlos salvado a todos!

La cojo por los hombros con violencia, tengo que bajar la cabeza para seguir manteniéndole la mirada. Logra deshacerse de mi agarre y se aleja unos pasos.

—Estaba esposada, por si no te habías dado cuenta.

—¡Porque eres una delincuente!

—Esta delincuente te ha salvado la vida. No lo olvides.

Tiene razón, por supuesto. Pero el dolor que siento es tan grande que pugna por cegarme. Levanto la cabeza hacia los restos de luna y las estrellas y la observo de nuevo.

—Encima esperarás que te dé las gracias.

—Es lo que marca el protocolo social. Uno ayuda, el otro agradece.

—El protocolo me importa una mierda. ¿Sabes qué dice *mi* protocolo? —Desenfundo la pistola lunar y saboreo con gusto su desconcierto cuando ve que apunto a su cabeza—. Viva o muerta.

—Hazlo... —Su voz se quiebra y me impide escuchar todo lo que dice.

El silencio nos envuelve. Cierro los ojos con fuerza. Los últimos acontecimientos pasan por mi mente a gran velocidad. Mis amigos devorados. El adiós a mi familia. La joven indefensa que no fui capaz de matar. ¿Sería capaz de hacerlo ahora?

Bajo el arma. Cojo aire varias veces antes de decir:

—Esto no cambia nada.

La rebelde me mira, pero no logro adivinar su expresión. Dedico un último pensamiento a mis compañeros. Unas últimas palabras que no llego a pronunciar. Por mucho que me pese, sigo teniendo una misión que cumplir. La miro con dureza.

—Estoy en deuda contigo —confieso—. Pero ello no te exime de asumir las consecuencias de tus delitos.

Suelta una carcajada sin humor.

—Delitos... —Da un giro completo sobre sus talones, estudiando el terreno a la luz de nuestras linternas—. Habrá quien lo llame así...

Ignoro sus palabras, todavía temblorosas, algo que me sorprende en una rebelde que ha burlado la seguridad de Iberion, se ha aventurado sola en el Desierto Polar y se ha cargado a un pedazo de bicho mutante.

—Vendrás conmigo. Debo llevarte ante el Alto Comisionado.

—¿Y cómo piensas hacerlo?

Suelto del cinturón las esposas iónicas y las muevo entre los dedos, manteniéndolas aposta ante su campo de visión al tiempo que me aseguro de que también recuerde que voy bien armado.

—Si no te entregas por las buenas, tendré que obligarte.

Otra carcajada, esta vez sí percibo un matiz de humor en ella.

—Entonces tendrás que obligarme.

Doy un paso hacia la rebelde, hago amago de tomarla del brazo, pero lo que hago en realidad es un barrido con la pierna, que la confunde y le hace perder el equilibrio. Aprovecho ese momento para sostenerla por la cintura y hacerla caer hacia atrás. La sujeto por el hombro y, para mi sorpresa, su mano se aferra a mi cuello. Me asombra la fuerza con la que hace que las tornas cambien y sea yo el que caiga sobre su cuerpo. En un abrir y cerrar de ojos ha rodeado mis caderas con las piernas en un movimiento tan letal

como sensual. El calor imposible se extiende por mi vientre. Aprovecho que ella no termina la llave para cogerla de las muñecas y quitármela de encima. Estoy a punto de ponerle las esposas cuando una luz me ciega. Dura apenas unos segundos, pero cuando vuelvo a ver con nitidez ella —o debería decir ellas— me rodea. Cuatro rebeldes idénticas me miran desafiantes.

Recupero la pistola lunar con la rapidez que he conseguido gracias a los entrenamientos y apunto a una de ellas.

—Ya conozco este truco. Son solo copias tuyas que desaparecen al tocarlas.

—¿Te arriesgarás?

Miro a la que tengo delante, tratando de adivinar si se trata de la auténtica o es uno de los reflejos. No hay nada que me dé ninguna pista. Me giro a la siguiente. Nada. Ni tampoco la siguiente. Doy varias vueltas girando sobre mis talones, estudiándolas. Entonces, mis ojos se clavan en una, pero mi mano apunta a mi derecha y dispara. Tal y como había previsto, mi objetivo se desvanece, mientras que la chica que tengo delante da un paso hacia atrás. Las demás también desaparecen y solo quedamos ella y yo.

—¿Has perdido el juicio? ¡Podrías haberme matado!

—Y ahora vas a venir conmigo.

La esposo antes de que se dé cuenta de lo que está pasando.

—¿Cómo te atreves, saqueadorucho insignificante? ¡No sabes lo que...!

Corto la comunicación pulsando un botón y al instante su voz se convierte en un murmullo lejano. Ella sigue gesticulando y moviendo las manos lo que le permiten las esposas. Abro el holograma de mi ordenador de muñeca mientras intento establecer comunicación con el teniente Stravic. Mi corazón se salta un latido al pensar en que

tengo que informarle de que todo el equipo, salvo yo, ha muerto. No consigo establecer contacto con la base.

—Joder, ¿y ahora qué pasa?

Lo intento de nuevo. Nada. Miro alrededor y consulto el mapa holográfico que se despliega ante mí. Como pensaba, el equipo Aquila está a tan solo unos kilómetros. Su indicador parpadea con un brillo rojo que marco como objetivo.

Un molesto y repetitivo golpeteo en el hombro me hace volverme hacia la rebelde. Su índice enguantado se detiene antes de volver a impactar sobre mi traje al ver que ha captado mi atención.

—¿Me estás escuchando?

Sigo sin poder escucharla, pero está tan cerca que veo el movimiento de sus labios vocalizar a la perfección las palabras. Sin conectar la comunicación respondo gesticulando de forma exagerada:

—No.

Resopla con frustración, pero la ignoro y tiro de ella conteniendo una carcajada.

—En marcha, destructora. Vamos a reunirnos con mis compañeros.

Esta última palabra me deja un sabor agridulce en la boca. Ella no responde, deja de forcejear, asiente con la cabeza. No esperaba tanta obediencia después del por culo que ha dado, sin embargo, no le doy vueltas, ya que mis pensamientos han regresado al equipo Centauri, que nunca más volverá a emprender una misión, como los que muerden una manzana envenenada y ya no despiertan. Es mi responsabilidad terminar la que empezamos juntos.

Me llevo la mano al pecho y compruebo que el anillo sigue ahí, siendo testigo de todo. Espero que Alveron lo esté registrando. Ocultaron lo que le pasó a Vik, ahora más que nunca tengo la

certeza de ello, pero no permitiré que oculten lo que les ha pasado a mis amigos.

Pruebo de nuevo a contactar con la base. Nada. Tendré que intentarlo más adelante. Así tendré tiempo de pensar cómo le voy a explicar al teniente todo lo que ha pasado.

—Mierda... —mascullo.

Iniciamos el camino sin decir nada más. Dejamos atrás los edificios sepultados por el hielo, el pueblo fantasma que ahora también es el cementerio en el que reposarán mis compañeros para siempre.

17



Izz

> La caída de la luna trajo efectos inesperados sobre la superficie terrestre y nuevos accidentes geográficos aparecieron. Algunos tan letales como lo son las ondas que liberan los fragmentos, otros... parecen de otro mundo.
>
> Informe clasificado del Proyecto Selene 90043K

Me he fijado en las coordenadas de su UTP y coinciden con mi siguiente objetivo. Lo primero es conseguir que me quite las esposas. Es una deliciosa coincidencia que tengamos que seguir la misma dirección. Por eso me he dejado llevar. Está claro que no puedo sobrevivir aquí sola y que él tiene mucho que enseñarme. Ya veré cómo huyo cuando llegue el momento. Y sin tener que enfrentarme a un equipo de saqueadores lunares.

Me mantiene a su lado mientras caminamos. No permite que me quede atrás y no me pierde de vista. ¿Qué les habrá contado Arno de mí? La intriga me ahoga. Mas también la rabia, que me hace respirar hondo para contenerla.

Repaso la fórmula del antídoto en mi cabeza para intentar desviar la atención de las esposas iónicas. La voltraxita, en un treinta y cinco

por ciento, estabiliza el sistema nervioso alterado por el suero lunar del Proyecto Selene. Imagino el brillo rosado del ingrediente, que reacciona a la luz. Quelante de ferrioxina, en un veinticinco por ciento, limpia los residuos en sangre y evita la mutación. También visualizo su aspecto, como de tierra húmeda, y su olor penetrante a hojas de pino. Un elemento habitual en cualquier laboratorio. Y, por último, el que no tengo y debo conseguir. Nexenol estabilizado, en un cuarenta por ciento, el que realmente apaga el suero. El más importante y el componente más inestable con el que no he llegado a trabajar. Tóxico si no se trabaja bien. Letal si me paso en las proporciones.

Solo de pensar en ello me tiemblan las manos y desvío la vista a mi brazo mutado, oculto bajo el traje.

Estoy tan sumida en mis pensamientos que no soy consciente del momento en que el terreno se hunde bajo mis pies y caigo de culo antes de resbalar pendiente abajo. Intento agarrarme a algún saliente para evitar el descenso, pero las esposas iónicas me impiden parar la caída que culmina en una postura irrisoria.

Enrojezco por completo cuando escucho la risa del saqueadorucho y la rabia es lo que me impulsa a incorporarme de la forma más digna que encuentro.

—Interesante técnica de descenso. Muy... creativa —ironiza bajando con más elegancia que yo y situándose más cerca de lo que me gustaría.

—Pues espera a ver mi técnica para ponerte en tu sitio sin despeinarme. —Alzo la barbilla, desafiante.

—¿Tú y cuántas más? Y no me valen esas gemelas de polvo.

—Me gustaría verte a ti teniendo que caminar por un lugar así con las esposas iónicas.

—Basta con que mires por dónde vas.

—¿Eres consciente de que si aparece otro coloso de hielo no voy a poder hacer nada? —Alzo las muñecas frente a su cara y el brillo de las esposas se refleja en su cristal.

—¿Tirándote al suelo?

—Te recuerdo, otra vez, que gracias a mí estás vivo.

El saqueador se queda en silencio y su mirada se pierde más allá de mí. Me muerdo el labio, sopesando mis palabras. Acaba de perder a todo su equipo y yo lo único que hago es meter el dedo en la llaga. Porque no puedo olvidar que él cree que murieron por mi culpa. Como Nyelith. Por mi culpa entró en el Proyecto Selene. Por mi culpa se convirtió en un monstruo sin atisbo de humanidad y murió.

Agacho la cabeza y sigo caminando, y él no tarda en seguirme sin añadir nada. Por un momento guardo la esperanza de que va a concederme mi petición, mas no muestra señal alguna de liberarme pronto. Tampoco insisto, dándole el tiempo que necesite. Y que yo también necesito.

Atravesamos una pequeña zona de dunas afiladas de nieve compactada. Se elevan entre nosotros como cuchillas blancas. Nos permiten avanzar sin problemas a través de la brisa nevada que ha invadido el Desierto Polar, aunque debemos tener cuidado no solo por los filos, sino por lo resbaladizas que son, como he podido comprobar de primera mano.

Por mucho que haya estudiado este lugar —todos lo hacemos desde pequeños, aunque no como lo hacen los saqueadores—, no deja de ser sorprendente y aterrador a la vez. De una belleza perturbadora. No sabes qué te vas a encontrar y eso es lo que más miedo me da.

—Me llamo Nil —rompe el silencio.

«Nil», repito en mi interior. No quería saber su nombre. No quiero compartir ningún tipo de lazo con él, basta con que ahora debamos seguir el mismo camino y tenga que soportar su compañía.

Le ignoro. Que piense que la conexión falla.

—Me llamo Nil.

Lo repite con más fuerza y mis tímpanos se quejan ante su voz grave.

—No es necesario que grites —contesto tras un carraspeo incómodo.

Silencio. Espera una respuesta que no le va a llegar.

—¿Cómo debo llamarte?

Es persistente.

—¿Arno no os dijo mi nombre?

—Siempre se refirió a ti como «la rebelde»... —Hace una pausa, supongo que tratando de recordar si en algún momento se mencionó mi nombre—. Solo eso.

—¿Y vosotros cómo me llamáis?

—Delincuente, asesina...

—¿Asesina? —Me detengo, ofendida, y le encaro—. ¿Arno os dijo que he matado?

Me estudia, confuso por mi reacción. No me muevo hasta que no vuelve a hablar:

—No, él no. Pero siendo una rebelde... Eso te consideran muchos. ¿No es lo que hacéis los rebeldes?

—Creo que no te has parado a pensar el significado de rebelión, Nil.

Continúo a grandes zancadas, dejándole bien atrás aposta, hasta que reacciona y corre tras de mí, volviendo a situarse a mi lado.

—Es ir contra la ley.

—Y ello no siempre es malo, cuando un gobierno abusa de su poder..., ¿cómo se le debe derrocar?

Tarda unos segundos en responder, mientras se acaricia el pecho a través del traje, un gesto que me llama la atención.

—De forma legal.

Sin embargo, percibo debilidad en su voz y ello me hace sonreír. Es posible que no esté tan convencido como creía. Es posible que los saqueadores lunares...

Saboreo esta pequeña victoria mientras la quietud nos envuelve. En mi mente aparece el tablero de ajedrez y retomo la última partida que había empezado conmigo misma. Me ayudará a estar más centrada mientras vigilo dónde pongo los pies.

—Destructora de colosos de hielo.

«¿Es que no sabe estar calladito?».

Se ha aprendido el nombre del monstruo. Capto el matiz irónico en su voz y me niego a caer en su jueguecito. Mantiene una voz firme, a pesar de todo. Está probando mis límites. Y eso me exaspera.

Me centro en un leve brillo que nos saluda desde el horizonte. Nil revisa el mapa y enseguida reconozco a qué se debe: al mar de Lúmina. Conforme avanzamos, va quedando a nuestra izquierda. Por un momento me sorprende que mi ineludible compañero de viaje no insista con su verborrea. Intento mirarle de reojo, pero debo girar un poco la cabeza para poder verle. Camina con la seguridad propia de un soldado, con la mano sobre su arma, preparado para sacarla y usarla si es necesario. Me fijo más de lo necesario en la forma de sus brazos. Tiene unos músculos definidos, aunque no estoy segura de si es por el uniforme. Me miro mi propio cuerpo, pero no aprecio en mí más que mis brazos delgados bajo la tela ajustada. Vuelvo a dirigir la vista hacia él, estudiando cada detalle de su figura. Él tiene

la cabeza medio girada hacia su izquierda, hacia el lado contrario en el que estoy, contemplando, supongo, el mar de Lúmina. Se detiene de repente y paro en seco, examinando los alrededores, buscando qué le ha hecho detenerse.

—Debemos estar atentos.

Vuelvo a mirar en derredor sin éxito.

—No sé qué enseñarán en tu academia, pero a mí me enseñaron que *siempre* hay que estar atenta en las zonas extremas.

—En mi academia —me mira mientras habla con retintín— me enseñan también que hay ciertas zonas donde hay que prestar especial atención. Esta es una de ellas. —Recorre con los ojos la extensión lumínica que da nombre al mar de Lúmina. Es un mar subglacial cuya luz proviene de radiación lunar atrapada bajo la capa de hielo—. El «exceso» de luminosidad que hay aquí facilita a los animales aprovecharse de la oscuridad. Ahora mismo, somos presas demasiado fáciles.

Tengo que darle la razón, no me había parado a pensarlo. He estudiado los desiertos, aunque no cómo enfrentarme a ellos.

Retomamos la marcha bordeando la fantasmagórica luz entre blanca y azul eléctrico que despide el mar. Hago caso de su advertencia y pongo los cinco sentidos —y mi percepción amplificada, con la que él no cuenta— en el entorno, pero estamos solos.

De momento.

Le escucho intentar contactar con un superior, sin embargo, no recibe respuesta, lo que me hace suspirar aliviada. Podría ser un problema más que lo lograra y le dieran otras órdenes al saber que «tiene a la rebelde».

Nil no me mira, sigue intentando contactar hasta que se detiene en seco. Unos brillos verdosos le rodean, y cuando soy consciente de

qué son, ahogo un grito. Reconozco enseguida los ojos enormes, los cuerpos desmesuradamente largos y las patas pegajosas que, aun teniéndolas lejos, me aterran. Doy un paso hacia atrás contemplando con horror a Nil, que sostiene a una de esas libélulas monstruosas en el dedo índice y la observa como si fuera un cachorrillo.

Intento en vano tragarme el pánico al ver que un grupo de esos insectos revolotea hacia mí. Son grandes como mi puño y me quedo paralizada cuando tres de ellas zumban a mi alrededor. Una se posa sobre mi antebrazo y no puedo evitar dar un traspiés y un tirón de mis ataduras que hace que una corriente eléctrica se extienda de mis muñecas a la espalda, dejándome sin aliento.

—Qué pasada, nunca había visto luminélidas tan de cerca —dice el saqueador, fascinado.

Caigo de rodillas y el entumecimiento me recorre la columna. Las esposas emiten un brillo peligroso, apretándose más fuerte contra mi cuerpo. El pánico se adueña de mí al comprobar que el insecto sigue ahí.

—¿Qué...?

No termino de escuchar la pregunta del saqueador, aún concentrada en mi propia respiración.

Nil me pone una mano en el hombro y ahuyenta a la luminélida, provocándome sin saberlo un alivio inmediato. Para mi sorpresa comprueba las esposas y contengo el aliento. No. No me libera, ni siquiera hace ademán de sacar el UTP, pero siento sus dedos como una caricia y mis músculos se relajan poco a poco. Las esposas iónicas suavizan su agarre y me incorporo todavía con los brazos —sobre todo el derecho— entumecidos.

—¿Estás bien?

Asiento con la cabeza incapaz de emitir sonido alguno. Vuelve a mirar las esposas sin despegarse de mí y añade:

—Yo que tú no intentaría arrancarme las esposas. Si te pasas voy a tener que cargar contigo.

Nuestros ojos se encuentran. Determinación. Burla. Unos ojos azul cobalto como esta noche sin fin que me atraviesan y casi me hacen bajar la mirada. Casi. Por el rabillo del ojo veo otra de esas cosas acercándose y me alejo de ambos. Nil gira la cabeza hacia la luminélida y luego hacia mí con una expresión de entendimiento. Y, de repente, la libélula se aleja de nosotros. Todas lo hacen, se juntan en un enjambre de estrellas verdosas y se pierden sobre la superficie congelada del mar de Lúmina.

—¿Te dan miedo esos bichitos, destructora de colosos de hielo?

—¿Les llamas bichitos a unas libélulas del tamaño de tu cabeza?

—Son inofensivas. ¿Te has enfrentado a un bicharraco de tres metros y con una luminélida te cagas de miedo?

—Las dimensiones no determinan la amenaza, aunque entiendo que para ti sea difícil de procesar.

—Lo proceso a la perfección. Sobre todo cuando la amenaza mide poco más de metro y medio y es una listilla.

—¿Podemos continuar? —replico exasperada, retomando la marcha.

Este saqueadorucho tiene la capacidad de sacarme de quicio con cuatro palabras.

—Claro, a sus órdenes, destructora —responde colocándose a mi lado y haciendo un gesto militar que se asegura que vea.

Visualizo las fichas de ajedrez en mi mente y mi mal humor se diluye. Es entonces cuando rompo el nuevo silencio que se ha instaurado entre nosotros:

—Izz.

—¿Perdón?

—Puedes llamarme Izz.

Me mira de arriba abajo y me dedica una sonrisa burlona.

—Destructora de colosos de hielo me gusta más. —Hace una pausa y se acaricia la parte baja del casco, como si se acariciara la barbilla—. Podemos dejarlo en destructora a secas.

Le ignoro sin ganas de escuchar más sus disparates. El aire se eleva entre nosotros, acompañado de hielo seco, mientras dejamos atrás el mar de Lúmina hasta que su resplandor se pierde en el horizonte.

Activo mi UTP y accedo a un informe clasificado mientras sigo de cerca al saqueador, concentrado en el camino. La información se despliega ante mí después de teclear como puedo la contraseña que he establecido para los documentos.

«Tras la administración de cinco dosis del suero lunar, el sujeto SXPS 253 presenta las capacidades previamente documentadas —aumento significativo de fuerza, velocidad y resistencia— junto con una habilidad nueva: producir, absorber y dirigir la luz».

Me estremezco. ¿Producir, absorber y dirigir la luz? ¿Qué podría hacer con esos dones...?

De repente, Nil me detiene colocando un brazo delante de mí. Estoy a punto de protestar, pero él se me adelanta:

—Se acerca una tormenta de hielo.

18



Nil

> Cuando se aproxima una tormenta de hielo seco, el entorno se transforma en una trampa silenciosa. Las partículas de dióxido de carbono congelado descienden como ceniza blanca, acumulándose en depresiones del terreno y desplazando el oxígeno disponible. La visibilidad se reduce a escasos metros, y las temperaturas pueden alcanzar niveles letales en cuestión de minutos. Aunque el traje de saqueador está diseñado para resistir condiciones extremas, se han documentado fallos mecánicos en sus sistemas de movilidad y respiración, especialmente durante exposiciones prolongadas. La cristalización del dióxido de carbono puede obstruir los filtros.
>
> Fragmento del *Manual del Saqueador Lunar*

No me he enfrentado a una tormenta jamás. En las zonas de prácticas no llegan esas inclemencias metereológicas, y aunque he vivido simulacros, no se compara a lo que se eleva a nuestro alrededor. Sin embargo, estoy bien preparado para esto. Me llevo la mano al pecho en un acto reflejo; deseando que me dé suerte. O consuelo. Quizá un poco de ambas.

Al principio parece una brisa gélida. He estudiado suficiente como para saber que solo es el preludio del caos y aprieto los labios intentando leer en el cielo algo más de información.

No la encuentro y en apenas unos segundos la bruma de ceniza blanca está por todas partes. Demasiado tarde para buscar refugio.

—Activa la función de filtro de tu traje —ordeno a Izz alzando la voz.

Acciono rápidamente la función con un gesto y un zumbido suave acompañado de las letras rojas en mi visor me indican que está todo listo. La miro de soslayo; su traje es un modelo más antiguo, pero hasta los más precarios cuentan con esa función. Un sonido diferente al de mi traje me indica que también lo ha activado.

No podemos quedarnos quietos o el temporal nos sepultará sin piedad, así que me obligo a caminar. Sin embargo, solo doy un paso. Observo a mi acompañante. Mi prisionera. Con las esposas iónicas parece indefensa. *Está* indefensa. Me acerco a ella y con un rápido movimiento del ordenador de muñeca la libero. Alza la cabeza, sorprendida. A continuación, saco de mi traje una cuerda de carbono que se anuda a él, se la tiendo y ella se queda quieta.

—Es por seguridad —le digo con gravedad.

—¿La tuya o la mía?

No respondo, porque el tiempo apremia y le pongo el mosquetón en la anilla designada para ello. Sí, es por seguridad, la de ambos, pero también porque no quiero dejar ningún cabo suelto. No se me puede escapar. La tengo que llevar ante Arno.

Una vez estamos enganchados seguimos avanzando, viento a través. Mi ordenador de muñeca emite una vibración y el holograma del mapa tiembla antes de estabilizarse. Tampoco es que pueda verlo demasiado bien. Miro al cielo. Nada. Hielo seco que por ahora es como aguijonazos en el traje. Suaves, con un repiqueteo

constante que hace que el pulso se me acelere. Las estrellas no me ayudarán con el camino, así que saco la brújula. La observo atónito: las manecillas giran sin control. Oryonse sabría qué hacer. En estos momentos me maldigo por no haberle prestado toda mi atención cuando hablaba de orientación en situaciones complicadas.

Izz me la arrebata y por un momento temo que la lance a la nada, pero se la guarda a toda prisa.

—Eso no te va a servir de nada, *saqueadorucho insignificante*.

—Devuélvemela ahora mismo.

—Tenemos que encontrar un punto elevado.

Tiene razón. Claro que sí. Y no sé qué me molesta más, que esté diciendo algo obvio o que yo no haya empezado precisamente por eso. Ahora mismo lo importante no es el camino, sino sobrevivir.

Lo único elevado que hemos dejado atrás son las dunas, pero con este temporal serían una trampa mortal, así que las descarto de inmediato.

La visibilidad se vuelve imposible y nos guiamos por los pitidos del mapa, que nos advierte de los obstáculos. Esquivamos rocas, pero el azote del viento cada vez es más extremo. Ascendemos por una colina, siguiendo a duras penas las indicaciones del mapa holográfico. Ignoro el hecho de que nos estamos alejando de la posición del equipo Aquila; no tengo tiempo para eso.

Lo que sí veo con claridad es un punto violáceo que indica la presencia de un fragmento. El viento me empuja hacia atrás, al cuerpo de Izz, que me detiene, y por un momento nos quedamos así. Pegados, azotados por una ráfaga tan fuerte que, de no llevar el filtro, me estaría asfixiando. Los cristalitos golpean una y otra vez el visor y el traje que resiste por fortuna. No esperaba otra cosa, es tecnología muy superior, pero en cuanto al de ella...

Aguantará. No tiene sentido que no lo haga. Sin embargo, un instinto de protección me hace permanecer con ella detrás de mí, con su traje y el mío pegados hasta el punto de que siento un agradable calor en el centro de mi espalda.

La firmeza con la que me empuja cuando la tormenta nos da una pequeña tregua me saca de ese pensamiento y ambos nos arrastramos por la nieve hasta llegar a un punto oscuro. Nos dejamos caer, al abrigo del fragmento.

Es como estar en una cueva, pero con un espacio mucho más reducido. Capto matices relucientes que se me han pasado por alto al entrar. El fragmento de luna está desgastado y tiene el aspecto de haber sufrido diversas extracciones. Varios puntos están agujereados, con marcas de cortes y arañazos.

Respiro hondo, asumiendo mi situación: he perdido a todo mi equipo y he perdido el contacto con mis superiores; me hallo lejos de cualquier equipo o estación, refugiado con la delincuente más buscada a escasos centímetros de mí. Tan cerca que veo su rostro al otro lado del visor y puedo apreciar con más nitidez sus rasgos bajo la tenue luz que proyecta el fragmento.

Sus ojos rasgados se clavan en los míos con intensidad. En su mirada hay miedo, pero también una determinación indomable. Nada en ella cede. Es peligrosa, una rebelde que parece arrancada de una historia antigua, alguien cuyos planes ignoro y que, como en los libros que me formaron, podría ser mi salvación o mi ruina.

—¿Por qué te dan miedo las libélulas? —pregunto con un tono suave.

No quiero que piense que me burlo de ella. Es verdad que quiero saberlo.

Ella no responde, tampoco veo en su expresión nada que denote qué está sintiendo en este momento. Hasta que algo crispa su

expresión. Es fugaz, apenas un segundo en el que veo, tanto en su mirada como en su boca, cuya genuina forma de corazón se convierte en un círculo perfecto en un instante, que está alerta.

Después, todo pasa muy deprisa. Me rodea el cuello con ambas manos y tira de mí con fuerza, antes de que parte del fragmento se derrumbe allí donde estaba yo unos segundos antes.

La roca se derrumba como si fuera un castillo de naipes y, envueltos el uno en el otro, volvemos a quedar a merced de la tormenta.

19



Izz

> El clima en las zonas extremas es inestable. Se investiga que algunas de las condiciones las propicien los fragmentos. Además de mutaciones en las formas de vida existentes, ¿son capaces de cambiar el entorno?
>
> Informe clasificado del Proyecto Selene 674

Su cuerpo se escurre, se aleja unos centímetros de mí. Nil no me suelta, pero es cuestión de tiempo que el viento le arrastre y ruede a través de la montaña o que quede desmadejado como una muñeca de trapo. Me aferro al pedazo de fragmento que todavía queda en pie y, si bien no nos protege de la tormenta, sí es un punto de apoyo... si no se derrumba.

Siento un tirón mucho más fuerte y a punto estoy de soltarme. Nil ha caído y aunque hace esfuerzos por mantenerse, el viento está consiguiendo su objetivo: llevarlo consigo. Examino mis opciones. Si no tuviera su peso, podría agarrarme mejor a la roca y rezar para que la tormenta no sea duradera y acabe con mis fuerzas. Pero con el peso de Nil... Le miro. Sería muy fácil soltar la cuerda y dejarle a merced del Desierto Polar para salvarme yo. Además, eso me

liberaría de él. Una vocecilla me repite que sería tan fácil... Solo tengo que soltar el mosquete que nos une; puedo hacerlo.

Sigo dándole vueltas a ese pensamiento. Oscuro y amargo. Inhumano y cruel.

Como Arno.

Trago saliva con dificultad.

Ato la cuerda que posee mi propio traje —y que no sé si es de fiar— a un saliente —que tampoco sé si es de fiar, mas o me arriesgo o nada— del fragmento y me centro en el saqueador. Sostengo la cuerda con firmeza, lo que le permite levantarse por fin. Logra mantener el equilibrio y afianzar los pies haciendo uso de una de las ventajas del uniforme. Si le sorprende la fuerza con que consigo retenerle, lo oculta bien.

Se limita a adoptar una posición de seguridad. Da un paso tras otro, apoyando con firmeza las plantas de los pies en el suelo y me fijo de forma fugaz en la forma en que sus ojos se han endurecido al otro lado del casco. No puedo ver mucho más, la ventisca impide la visibilidad, pese a estar tan cerca el uno del otro.

Sus manos se agarran a las mías, que seguían rodeando la cuerda que nos une. No le miro, sino que me concentro en la dirección de los vientos y en pensar una solución. Un crac me advierte de que mi cuerda está a punto de perder su apoyo. El fragmento ya no es una opción, como tampoco lo es bajar de aquí.

—¡El viento nos va a lanzar por los aires! —dice con voz amortiguada. Se fija en mis pies, apreciando el esfuerzo que debo hacer por mantenerme estable, a diferencia de él—. ¡Mi traje no podrá mantenernos a los dos!

«Pero cuento con mi brazo».

Tenemos que descender, quizá... encontrar otro refugio y desear que todo este hielo no nos sepulte en medio de la nada. Sin

embargo, no hay refugios cerca, como indicaban nuestros mapas. Así que sí, el fragmento es nuestra mejor opción ahora mismo.

—¡Agáchate! —me ordena.

Por un momento estoy tentada de ignorarle. Agacharnos facilitaría perder el agarre que hemos conseguido, pero mi cuerpo actúa por instinto y le obedece antes siquiera de que sea consciente. Algo pasa volando sobre nuestras cabezas. No logro ver qué es, se pierde en la oscuridad y el hielo en cuestión de segundos.

Al levantarnos, siento que el viento me sacude y me aferro a Nil con fuerza, tanta que casi le hago perder la sujeción que le proporcionan sus botas. No he calculado bien y él se sorprende.

La voz de antes vuelve a mí con insistencia, exigiéndome que me suelte del saqueador si quiero sobrevivir a la tormenta de hielo. Sería muy fácil y nadie se enteraría.

No. No puedo permitirme pensar de forma tan fría. Aunque Nil quiera llevarme ante el Alto Comisionado de la nación.

«Viva o muerta», me recuerda la voz.

Y en este momento, con la imagen del gobernador de Iberion convertido en un monstruo, pierdo la concentración y la ráfaga me sacude con una violencia inesperada, rompiendo definitivamente el saliente que sostenía mi cuerda.

Doy un traspiés, caigo hacia atrás y veo el horror reflejado en los ojos de Nil, que tira de mí con fuerza impidiendo que toque el suelo, activando una clavija de su traje. Ese simple chasquido hace que la cuerda que nos une se haga minúscula y quedemos muy cerca el uno del otro.

Jadea. No sé si por la cercanía o por el esfuerzo que hace para sostenerme pegada a él. Su brazo alrededor de mi cintura, el otro aferrándose a un pedazo de fragmento y su mandíbula tensa, que ahora veo a la perfección a través de su visor. Me extraña que

nuestros trajes no hayan sufrido daño con el impacto. Quizá solo me haya parecido a mí tan fuerte.

Me ha salvado, sin embargo, recuerdo que soy un trofeo en sus manos. ¿Qué les habrá prometido Arno por capturar a la rebelde más buscada de Iberion? ¿Habrá una recompensa extra por llevarme viva a su presencia?

Una nueva ráfaga nos azota y esta vez soy yo la que le rodea el cuello con los brazos, con la única intención de llegar con mi brazo mutado al fragmento y aferrarme a él mientras mantengo a Nil aprisionado entre mi cuerpo y la roca.

Le pillo desprevenido, mas no dice nada. Sus ojos se encuentran con los míos y, aunque no quiero hacerlo, le mantengo la mirada. Un azul oscuro insondable me recorre el rostro como si..., ¿qué? ¿Cómo si pudiera ver más allá?

Trago saliva y mantengo mi posición, concentrada en el agarre de mi brazo y no en sus ojos que me taladran. Pensando en el tacto duro del fragmento entre mis dedos y no en la cercanía de su cuerpo. En el pensamiento fugaz de cómo sería sentirle sin traje de por medio. Calor humano. El sabor de esos labios gruesos.

«¿Se puede saber por qué estoy pensando en esos labios en medio de una tormenta de hielo letal?».

Evito sacudir la cabeza y vuelvo a centrarme. En el repiqueteo del hielo en nuestros trajes. En su brazo alrededor de mi cintura, agarrándome con fuerza. En la presión de la cuerda que nos une y que nos mantiene todo lo pegados que es posible. En la fuerza que debo ejercer para mantenernos a salvo.

—¿Crees que esto durará mucho? —escapa de mis labios.

—Las tormentas de hielo son impredecibles. —De no ser porque su voz suena dentro de mi casco, pensaría que ese susurro puedo sentirlo en la piel como una caricia. Mira hacia arriba antes de bajar

la mirada hacia mí de nuevo—. La más larga que se ha registrado llegó a durar cuarenta y ocho horas. —«¡Cuarenta y ocho horas! Por muy fuerte que sea mi brazo, no aguantaré tanto». Debe percibir mis miedos, porque se apresura a decir, sin desviar su mirada azul—: Pero lo normal es que no alcancen la hora de duración.

—Eso espero.

Porque ni siquiera sé si aguantaré toda una hora.

Mi cuerpo arde, pero intento mantener el hielo en mi voz. El esfuerzo me entumece el hombro y siento el impulso de soltarme, descansar unos segundos, mas no lo hago.

Las ráfagas se intensifican y jadeo.

«Aguanta», me animo. Y, por un momento, no sé si he sido yo o ha sido él quien ha hablado.

El entumecimiento me sube en forma de calambre por el brazo y, sin poder evitarlo, me suelto. No sirve de nada que él intente sujetarse por los dos, porque en este instante el mundo empieza a girar. O, más bien, nosotros, entrelazados, resbalamos colina abajo en un lío de brazos y piernas, lejos del fragmento.

El viento amaina poco a poco mientras caemos. Si no hubiera sido por la cuerda, nos hubiéramos separado colina abajo.

Cuando nos detenemos, el peso de su cuerpo sobre el mío y la oscuridad a nuestro alrededor, salpicada de la iridiscencia del hielo, es en lo único que puedo pensar. Tardamos un rato en recuperarnos. Yo estoy aturdida y un dolor me recorre el brazo mutado. Me centro en abrir y cerrar la mano, mover los dedos y comprobar que está bien. Aunque no estoy del todo segura de qué debería sentir.

Al ser consciente de que ya no hay tormenta y no corremos peligro por el viento, él se da cuenta de que está sobre mí. Se apresura a incorporarse y me tiende una mano para ayudarme. No la acepto, sino que me levanto sola, evaluando los posibles daños en

mi cuerpo e ignorando no solo su expresión de confusión, sino el frío repentino que siento cuando su cuerpo se separa del mío.

20



Nil

> Antes de cada incursión, el traje debe ser revisado y calibrado por el saqueador. Esto incluye la purga de filtros, verificación de sellos térmicos, ajuste de servomotores y sincronización del sistema respiratorio. El más mínimo fallo puede comprometer la misión o la vida del portador. No se permite la entrada en zona extrema sin validación completa. También debe revisarse tras una tormenta de hielo seco, combate o cualquier otra anomalía.
>
> Fragmento del *Manual del Saqueador Lunar*

No es solo que su cuerpo se haya amoldado al mío con tanta naturalidad o que su contacto no me haya parecido todo lo desagradable que debería, sino que su brazo no es normal.

Me he fijado antes en ello, pero no puedo olvidar cómo se agarraba al fragmento, con una fuerza inhumana. Igual que cuando ha evitado que me despeñe. Tiene dones imposibles. La observo de reojo mientras recorremos una llanura en silencio. Mis ojos acostumbrados a la oscuridad ven las sombras a lo lejos, los montes y la poca vegetación capaz de sobrevivir en este lugar. Todo

salpicado de una luz antinatural, reflejos en el hielo, en las hojas de los árboles de escarcha. Y el resplandor suave de las estrellas sobre nuestras cabezas. Y en algún punto perdido en la distancia, brillos violáceos que palpitan, como si el Desierto Polar tuviera corazón o algo que se le pareciera.

Izz se detiene. Consulto el holograma de mi ordenador de muñeca y doy un respingo. De nuevo, las cosas no están como deberían. El equipo Aquila está aún demasiado lejos, cosa que tiene sentido teniendo en cuenta que también se están moviendo.

—¿Qué te pasó en el brazo?

Ella chasquea la lengua y no me pasa desapercibido lo fuerte que lo oigo, lo que quiere decir que ha activado el canal aunque solo sea para que note su fastidio.

¿Tendrá que ver con sus poderes? ¿O será una especie de... malformación de nacimiento? Muchos rebeldes provienen del núcleo, donde bastantes niños nacen con mutaciones particulares. Hay quien dice que es por la pobreza, la mala calidad del agua o el hecho de que la energía escasea. ¿Quién sabe? Yo mismo nací allí y conocía niños con algunas particularidades, pero ninguna convertía a ninguno de mis amigos en superhombres. No había brazos grises superfuertes, ni capacidad de duplicarse de esa forma tan particular. Solo cierta resistencia a algunas enfermedades, algún que otro albino, mechones blancos en una cabellera oscura o muertes súbitas, más habituales entre los bebés.

Pero ella no parece del núcleo. No sé si lo pienso porque la veo sofisticada; una estirada en toda regla, como si hubiera sido criada en el maldito quinto anillo y no en algún suburbio como yo.

—En serio, ¿qué te pasó?

—No te importa.

—En realidad, sí; ya que voy a llevarte ante el Alto Comisionado...

—Eso habrá que verlo, saqueador.

—Estoy siendo muy permisivo contigo, no he vuelto a ponerte las esposas, pero es algo que puedo remediar enseguida.

Izz se pone frente a mí con los brazos en jarras.

—Y yo te he vuelto a salvar la vida.

—Igual que he hecho yo, pese a que no tengo por qué mantenerte con vida.

Me guardo de añadir nada. No la dejaría morir, pero es la mejor baza que tengo contra ella. Pienso llevarla viva ante Arno, sin embargo, no puedo olvidar quién es. Como tampoco puedo perder de vista que es una delincuente. Y peligrosa. Y, aunque me estoy arriesgando al no volver a esposarla, debo reconocer que sin mi equipo es mi único apoyo contra los peligros del desierto.

Miro hacia atrás, a todo el camino que hemos dejado a nuestra espalda. Las huellas solitarias que marcan nuestras botas son un recordatorio amargo de que soy lo único que queda del equipo Centauri.

Seguimos caminando hasta que se detiene y alza una mano. Me acerco ignorándola, con el arma en alto, al ver la tensión en sus hombros. Sea lo que sea parece preocupada. También voy alerta, no sea que pretenda tenderme una trampa y todo esto sea para llevarme ante algún equipo de rebeldes aliados.

Nada de eso. Lo único que veo frente a mí es una roca anodina, salvo por un detalle. Tiene algo tallado en su superficie. Parece una... ¿planta carnívora? No sabría definirlo mejor. Es una gran boca repleta de dientes de diferentes tamaños. La bestia representada parece un demonio, sin ojos ni cuerpo bien diferenciado.

—¿Qué cojones es eso?

—Algo que no nos conviene ignorar.

Es críptica y eso me enfurece, así que la agarro con fuerza del brazo con mi mano libre y la obligo a encararse a mí.

—Si es una trampa te aseguro que...

—No es una trampa. Al menos, no una mía.

—No quiero jueguecitos.

Parece nerviosa y resoplo con impaciencia.

—Está bien —masculla con desgana—. Según lo que sé quiere decir que hay carnívoros de la tundra cerca.

Parpadeo atónito. ¿Me está tomando el pelo? Miro a nuestro alrededor por acto reflejo, pero salvo troncos de árboles que todavía se mantienen en pie y alguna columna de hielo, no hay nada.

—¿Qué puñetas es eso? ¿Pretendes reírte de mí o algo así?

—No, saqueador, solo advertirte. Hay bestias que no aparecen en los manuales de la academia.

—Ahora resulta que eres una entendida.

—Cállate de una vez y préstame atención. Esas cosas se mimetizan a la perfección con su entorno. Te integraría en su sistema digestivo antes de que pudieras reaccionar.

—¿Que me inte... qué? ¿Dónde?

La rebelde pone los ojos en blanco con visible hastío.

—Te comería de un bocado antes de que pudieras reac...

—Sí, sí, te he entendido. —Muevo la mano rápidamente. No hace falta que me lo explique como si fuera imbécil. A veces usa un lenguaje que me recuerda a una mezcla irritante entre Mía y el teniente Stravic.

Ella me da la espalda y camina airada alejándose de mí. Consulto el mapa holográfico antes de seguirla. Advierto que, justo donde marca el símbolo, hay miembros del equipo Aquila.

—¡Eh! —grito para llamar su atención, pero como ya esperaba me ignora obligándome a correr y cerrarle el paso—. Es por ahí.

—Adelante, ve entonces.

—Creo que no has entendido la situación. —Acorto la distancia con ella y la apunto con el arma—. Eres mi prisionera.

—Me parece que el que no ha comprendido la situación eres tú. Carnívoros de la tundra. Si vamos por ahí, despídete de *tu prisionera*.

Por alguna razón absurda esas palabras en sus labios despiertan una parte de mí que provoca un calor por todo mi cuerpo. Me aclaro la garganta, notando de pronto la boca seca. Tiene una postura altiva que Mía solía adoptar mucho y que me sacaba de quicio, pero en ella resulta... atractiva. Obligo a mi cuerpo y a mi mente a centrarse, porque parece que el primero ha decidido ir por libre.

—Tenemos que llegar hasta el equipo de saqueadores.

—¿Y prefieres hacerlo vivo o descomponiéndote en el estómago de una de esas mutaciones?

Antes de que pueda replicar, su expresión cambia por una de terror y, a pesar del casco, puedo afirmar que se ha puesto pálida.

—¿Qué...?

No me da tiempo de terminar la pregunta. Escucho unos pasos demasiado rápidos a mi espalda y un chasquido.

Me giro y ante mí se alzan unas fauces que, sin darme oportunidad de reaccionar, me engullen con un solo movimiento.

21



Izz

> Los carnívoros de la tundra actúan en soledad. La boca de estos individuos se ha ampliado debido a mutaciones desmedidas en la mandíbula y los dientes han crecido como colmillos irregulares. Su sistema digestivo se ha modificado para absorber calor de los cuerpos ajenos, obligándolos a consumir organismos vivos para evitar congelarse y subsistir. Al igual que las serpientes de antaño, pueden tener en su interior presas de gran tamaño durante meses. Entre sus características principales está su olor, similar al de la carne en descomposición.
>
> Informe clasificado del Proyecto Selene 1098G

El olor me llega a través del filtro del traje y me hace tragar saliva, mientras el estómago se me revuelve. Aprieto los dientes, frustrada, y observo a la criatura que tengo frente a mí. Lo que he leído de estas bestias me pareció terrible en su momento, pero lo que tengo frente a mí... es grotesco. Tanto que dudo de si puede ser real o solo un producto de mi imaginación. Ojos crueles, inyectados en sangre. Una cabeza demasiado grande en la que destacan sus fauces, de las que asoman dientes afilados como cuchillos. El cuerpo, largo, oscuro, recubierto de una sustancia quitinosa que se expande con cada respiración, emitiendo brillos iridiscentes. Las

extremidades superiores son largas, mientras que las piernas son cortas y gruesas. Es bípedo, pero alterna desplazamientos en posición cuadrúpeda, como un simio. Y, sobre todo, lo que me hace estremecer es el movimiento sinuoso de su lengua negra, recorriendo sus dientes y las comisuras de su boca. Mi instinto me grita que corra. Tengo que recordarme que mi vida no peligra, no cuando ya tiene una presa de la que alimentarse durante unas semanas. El saqueador no es especialmente corpulento, pero esos hombros anchos auguran una buena musculatura que seguro que le servirá a la bestia para calentarse algún tiempo.

Sin embargo, antes siquiera de pensarlo, sé que esto no está bien. ¿Pretendo dar media vuelta y dejar a Nil dentro del carnívoro de la tundra sin más? Debería hacerlo. De hecho, es una oportunidad excelente para librarme de él de una vez por todas. No obstante, no estoy preparada para enfrentarme a bestias como estas. Pensaba que sí, pero el corazón me martillea amenazando con explotar y un sudor frío recubre mi cuerpo.

«Odio admitirlo, pero le necesito».

El carnívoro se tambalea un poco y avanza hacia mi posición. Siento el vínculo particular entre nosotros, aunque su mente está muy lejos de parecerse a la mía.

—¿Qué eres? —pregunto en un arrebato—. ¿Quién eras?

—¿Se puede saber qué cojones está pasando?

Vale. Abandonarle es una cosa. Abandonarle cuando la conexión entre nuestros trajes todavía se mantiene es otra muy diferente. Pongo los ojos en blanco. Ni dentro de un maldito monstruo es capaz de mantenerse callado y ponerme las cosas fáciles.

—Tranquilo, saqueadorucho, ahora te saco de ahí. —Me obligo a sonar segura, pero hasta yo misma me percato del temblor en mi voz, pues no sé cómo voy a hacerlo.

Y, en ese momento, la criatura chilla y el olor de carne podrida se vuelve ahumado. Un rayo de láser lunar atraviesa la boca del monstruo y está a punto de darme.

—Por todas las auroras, estate quietecito —le digo de mala gana —. Casi me das.

—¿Vas a ayudarme, *destructora*?

Ignoro el matiz irónico en su voz. Su tono es suave, como acostumbra a usar cuando quiere irritarme, y no parece muy consciente de que en breve puede estar empezando a ser quemado vivo, literalmente.

—Si la respuesta es sí, deberías darte prisa.

Ahora sí siento su miedo. Y no es que lo oiga en su voz, que es tan firme como siempre, sino que lo sé, gracias a los sentidos amplificados de los que él carece.

Percibo cierta energía que emana del carnívoro y mi cuerpo parece abierto a recibirla. Me pregunto si es otra habilidad que aún no he explorado, pero no me detengo a pensarlo y actúo según lo que siento: que puedo atraer esa energía hacia mí y canalizarla, tal vez como un ataque. No pierdo nada por probar, puede facilitarme las cosas. Sin embargo, cuando noto la energía en mi interior y estiro el brazo izquierdo para atacar, el poder se descontrola. En lugar de salir expulsada, la energía se arremolina dentro de mi brazo, presionando, quemando. Los músculos se tensan sin que pueda detenerlos y un dolor seco me recorre hasta el hombro. Intento dirigir la energía, pero la descarga se libera de forma errática, golpeando el suelo con un estallido violento que me obliga a retroceder. También al monstruo. Cuando el flujo por fin se corta, mi brazo queda temblando y tengo que moverlo para estabilizarlo.

Permanezco en silencio unos segundos, valorando la situación, mientras preparo el cuchillo y el monstruo se aparta perezosamente

de mí. No me ataca y no entiendo bien por qué. Aunque por lo que sé de estos monstruos no son agresivos de por sí, sino que...

Tendré que ser rápida si quiero que esto salga bien.

—¿Sigues ahí?

Y ahora, aunque no tuviera mi poder, cualquiera podría notar la ansiedad en la voz del saqueador. Vuelve a disparar con el láser, pero es inútil. El monstruo aprieta las fauces y él grita.

Con todo el valor que soy capaz de reunir, cojo al monstruo con mi brazo mutado, él se gira y sus ojos se concentran en los míos. Si un día este bicho fue humano, no queda nada en esa mirada, sin embargo... Me tiembla el pulso cuando alzo mi otra mano y le corto sin miramientos de arriba abajo, conteniendo las náuseas.

La carne de su interior sangra. El líquido es rojo y se congela prácticamente al instante. El animal grita y abre y cierra las fauces, lanzando dentelladas a su alrededor. Una de ellas me alcanza en el brazo izquierdo y el traje se abre dejando a la vista la piel gris que hay debajo. No me detengo a comprobar los daños, pues la lengua se mueve como un látigo y tengo que esquivar sus movimientos, sin embargo, no puedo evitar que parte de su bilis me salpique el traje, mezclándose con la sangre y parte de las entrañas de la bestia, de las que sale Nil, abriendo por completo al carnívoro. Tose y se aparta del monstruo hecho una masa pringosa de un color indeterminado entre el rojo, el verde y el amarillo.

El carnívoro de la tundra avanza a rastras, aunque en su estado sería casi imposible que consiguiera mantenerse en pie. No mira a Nil, solo me observa a mí, y su rabia late en mi interior. El pulso se me sube a la garganta, y en ese momento estalla.

Nil ha disparado una. Dos. Tres veces.

Después de eso baja el arma y me mira.

—Vamos a dejarnos de juegos ridículos y hablemos en serio.

Su tono es tan seco y autoritario que por un momento me quedo sin habla. No me apunta, no piensa dispararme, le he observado suficiente como para saber que mi vida no peligra a su lado.

—No sé si estás en el mejor momento para tratar temas serios.

—¿Cómo cojones sabías qué era esa cosa?

—Tú eres el saqueador. —Alzo las manos con fingida inocencia—. Deberías saberlo.

—No me vengas con esas. Es el segundo bicho que veo que no estaba registrado en ningún manual y...

—Y por lo tanto, según tus normas, debes ignorarlo, ¿no?

—No menciones el *Manual del Saqueador Lunar*. Lo conozco bien. ¿Quién eres? ¿Y por qué tienes información de la que yo no dispongo?

—Porque soy una rebelde —digo con naturalidad—. Y vemos lo que otros se esfuerzan tanto en ocultar.

La desconfianza endurece sus movimientos. Enfunda el arma, después de limpiarla en la nieve, y resopla con disgusto.

—¡Esa cosa me ha tragado vivo!

—Tal y como te advertí.

Se me escapa una carcajada, algo que le enfurece más. Ha sido una carcajada nerviosa por la situación que acabamos de vivir y por el hecho de que estemos todavía vivos, en especial él.

—No todo os lo enseñan en la academia —puntualizo alzando una ceja.

—Y tú, sin embargo, sabes cosas que no se enseñan en la academia. —Señala los restos del carnívoro de la tundra—. No eres solo una rebelde, ¿verdad?

—Con un «gracias, Izz» es suficiente. —Me limito a cambiar de tema con la esperanza de que lo deje estar.

—¿Gracias? Sé que el Desierto Polar es impredecible. Estudiamos lo que puede y no puede pasar, aunque siendo conscientes de que no podemos saber todos los secretos que las zonas extremas esconden. Pero esto es diferente. Tú lo sabías y no estaba previsto.

—Tampoco que salieras vivo.

Y, curiosamente, algo embriagador se ha apoderado de mí desde que he visto que salía de las tripas sano y salvo.

—Y ya por eso te crees que...

Se detiene de repente. Sus ojos se han posado en mi brazo izquierdo y cuando dirijo mi mirada al mismo lugar recuerdo la herida. Y veo además la piel gris que el traje ocultaba. Nil se acerca con un par de zancadas y me coge el antebrazo con una firmeza delicada. Trago saliva.

—Estás herida —susurra acercándose tanto a mí que siento el impulso de apartarme, pero no lo hago.

Me quedo muy quieta observando la forma de su rostro, las arruguitas de preocupación que se forman alrededor de sus ojos mientras estudia la dentellada, y tengo que hacer un gran esfuerzo por recordarme que si se preocupa es porque soy *su prisionera*. *Su trofeo*. Y ese es el impulso que necesito para dar un paso atrás y zafarme de su agarre.

—No es nada —digo con brusquedad.

—Izz, tienes el traje rasgado y... —Su preocupación se convierte en alarma, se da cuenta de que el frío extremo parece no afectar a mi extremidad.

—Hueles a culo de morsa —le interrumpo.

Se aparta de mí rompiendo esa magia que nos envolvía hace unos segundos y casi me arrepiento de mis palabras.

—¿Alguna vez has olido un culo de morsa, destructora? —Ladeo la cabeza sin añadir nada—. Ven, hay unas cuevas termales cerca de

un refugio a un kilómetro al norte, más o menos. Tenemos que curarte y restaurar el traje. —Saca lo que me parece un trozo de tela de uno de sus bolsillos y da varios pasos hasta que quedo a su alcance—. Esto servirá mientras tanto.

Es un parche de tela de carbono que suelen llevar los nuevos trajes de saqueador lunar —ya que el mío carece de ello— por si sus uniformes resultan dañados.

—No es necesario. Démonos prisa.

En vista de que el frío gélido no afecta a mi brazo mutado, es mejor que guarde ese parche para él. Es posible que lo necesite más adelante.

Nil retoma la marcha aceptando mis palabras y guardando de nuevo el trozo de tela. Respira de forma más trabajosa e imagino que esos fluidos que le recubren no solo le hacen apestar, sino que pueden estropear el material de su traje, y sin este en el Desierto Polar no viviría demasiado.

Mis sospechas se confirman cuando un pitido nos informa a ambos de que su uniforme necesita una revisión urgente, y me pregunto si llegaremos a tiempo o me veré esta vez de verdad en el dilema de compartir con él el oxígeno y poner mi vida en peligro o dejarle atrás definitivamente.

22



Nil

> Ubicadas entre el mar de Lúmina y la cordillera de los Vientos Silentes, las Cavernas de Solvarka ofrecen atmósfera respirable y temperatura cálida estable. Se permite la retirada del traje durante ciclos breves. Las paredes emiten luz suave, sin interferencias. No se han registrado pulsos ni distorsiones.
>
> Fragmento del *Manual del Saqueador Lunar*

Nos vamos acercando al lugar que marca el mapa, ya lejos del equipo Aquila, pues la tormenta nos ha alejado considerablemente unos de otros; pero no importa. No sé qué clase de criatura me ha devorado, pero su olor me está mareando y solo deseo quitarme el traje de una vez. Además, el visor me advierte de que los filtros necesitan limpieza urgente, de lo contrario dejarán de funcionar de forma correcta y corro el riesgo de asfixiarme por los fluidos del monstruo. Por no hablar de que tengo que limpiar todas las sustancias que me cubren. Dudo que los trajes estén preparados para permanecer durante un tiempo dentro del estómago de cualquier monstruo.

Al contrario de lo que pensaba, las Cavernas de Solvarka no parecen un refugio. La entrada no es como una cueva, tal como había imaginado desde un inicio, sino como una hendidura irregular en la corteza helada, rodeada por columnas de vapor que ascienden en espirales lentas. El terreno emite una vibración, similar a un pulso térmico: cada pocos segundos, una luz ámbar se filtra desde el subsuelo. No hay ninguna señal, puerta o arco que delimite la entrada. Solo la grieta que se abre hacia abajo, bordeada por líquenes fluorescentes que reaccionan al calor con destellos suaves. Por un momento me quedo sin aliento. Me recuerda a los tesoros ocultos de los cuentos de lámparas enterradas, esos que revelaban su entrada solo a quien consideraban digno.

Un oasis en medio de un desierto. Y parece tocado por la magia, aunque sé que esto solo es física. Efectos devastadores de los fragmentos de luna cuando destruyeron el planeta.

Me adelanto y entro primero. El descenso es suave, y aunque no puedo sentir la temperatura, sé que es agradable. Este lugar me invita a quitarme el traje. Cuando estamos en el interior, la luz nos muestra lo que tenemos alrededor. Agua con vapor sobre su superficie, dispuesta en lagos pequeños y medianos. Brilla, como lo hacía el mar de Lúmina. En el manual ponía que se debe a que estas aguas son una filtración de este.

Miro de reojo hacia atrás, Izz tiene la mano estirada hacia una de las paredes negras y acaricia el líquen brillante sin decir nada, seguramente tan fascinada como lo estoy yo.

Abro mi ordenador de muñeca y compruebo la temperatura. Veintisiete grados. Ochenta por ciento de humedad. El aire no es tóxico. Así que me quito el traje sin pensar, lo dejo a un lado y me quedo con la ropa interior sin pudor alguno. Incluso miro atrás, para ver si ella me está mirando. No lo hace.

Sonrío y dándole la espalda me quito las prendas que me quedan y avanzo hacia el lago más cercano. Meto un pie y me sorprende la calidez, la sensación agradable que me acoge cuando entro en el agua y se me escapa un gemido de satisfacción.

—¿No vas a meterte? —le pregunto acercándome al borde por el interior y poniendo sobre él los brazos cruzados.

Para mi sorpresa ella camina hacia mí. A esta distancia y con esta luz es fácil percibir las curvas de su cuerpo bajo el traje. Tiene unas caderas redondeadas y su movimiento me deja embelesado unos segundos. Se agacha cerca de mí, se quita los guantes y se retira el casco con un gesto. Este desaparece, como si solo se tratara de un holograma. Es una de las particularidades de los trajes especiales de saqueadores y una de las tecnologías más cotizadas que tienen incluso los modelos más antiguos. El casco no se retira, ni siquiera se ve, sino que se repliega sobre sí mismo.

Me sorprende encontrarme con su rostro, tan cerca del mío. Pestañas largas, ojos rasgados. Plateados como un cuchillo de luna. Atisbo algunas pecas decorando sus mejillas y con esta luz me parecen un mar de estrellas sobre su nariz pequeña. Está ruborizada y me pregunto con cierto placer si es por mí.

No me devuelve la sonrisa que le dedico, pero ladea la cabeza y extiende la mano gris hacia el agua.

Me pongo en alerta. Me aparto deprisa y la miro con desconfianza. Por un momento he olvidado qué es. Y también que tiene poderes. ¿Y si puede acabar conmigo con alguna descarga o algo así? Salgo del agua de un salto, dejando mi desnudez a la vista. No pienso darle la espalda. Estoy bastante acostumbrado a que me vean desnudo. En las prácticas eran muchas las veces que teníamos que cambiarnos delante de los compañeros independientemente de su sexo.

Me contempla con ese rubor que le da una belleza hipnótica. Sus ojos se detienen brevemente en el colgante de mi madre, donde cuelga el anillo de Alveron, que es lo único que queda en mi cuerpo. Está incómoda y traga saliva con dificultad.

—¿De qué tienes miedo, saqueador? —dice, sin embargo, manteniendo un tono neutro, aunque hay cierto temblor en su voz.

Saca la mano del agua, lo hace muy despacio y su mirada baja unos segundos hacia mi cuerpo desnudo. Se muerde el labio. Es una milésima de segundo. Su sonrisa desaparece, vuelve a tragar saliva y, aunque no hace ningún amago de sentirse atraída por mí, está tan roja que podría calentar ella sola la cueva entera. Sin embargo, se esfuerza en mirarme con indiferencia, algo que me hace gracia. Sus cejas se unen cuando su mirada se detiene en mi pecho.

El tatuaje.

—¿Qué significa? —pregunta, levantándose y alejándose unos pasos.

Vuelvo a meterme en el agua en silencio y disfruto por primera vez en mi vida de lo que significa darse un baño. En realidad, si quisiera hacerme daño, ya habría tenido oportunidad.

Los recuerdos me duelen. La memoria de Vik me obliga a coger aire despacio. Contengo las lágrimas. Aprieto los labios y sumerjo la cabeza entera bajo el agua. Aprieto los párpados y viene a mi cabeza la imagen de Vik caminando por el Desierto Polar. Pero en mi imaginación su voz se convierte en un grito. En una súplica. Y su cuerpo es despedazado por un carnívoro de la tundra.

Emerjo del agua con la respiración acelerada y decido que ya es el momento de salir. Camino hacia ella mientras las gotas resbalan por mi cuerpo. Me seco lo suficiente como para ponerme la ropa interior: una camiseta y un pantalón muy corto.

Saco el kit de mantenimiento del traje —indispensable para conservar los filtros limpios— y lavo el traje. Una vez retiro todas las tripas del carnívoro, busco la aguja térmica para limpiar los filtros.

Todos los equipos de saqueadores tienen en sus trajes una. Es necesario que, tras ciertas circunstancias, se revisen filtros y equipamiento para que el uniforme siga siendo funcional. Es un trabajo minucioso al que estoy acostumbrado y no me cuesta demasiado dejarlo preparado para su uso.

Izz está a unos metros sentada con la espalda apoyada en una pared. No me presta atención, porque está concentrada en un holograma frente a ella. Un tablero de ajedrez.

—¿En serio estás jugando al ajedrez en tu ordenador de muñeca?

—¿Mi qué? ¿El UTP?

—Sí, eso.

—Me ayuda a concentrarme.

—La verdad es que te pega.

—¿Me pega? —Me mira extrañada, pero enseguida vuelve la mirada cuando la inteligencia artificial hace su movimiento.

—Sí, ¿no te lo han dicho nunca? Tienes ese aire elegante. Te pega jugar al ajedrez.

Aprieta los labios y mueve un alfil sin responder.

—¿Naciste en Hespéria o...? —tanteo, sin dejar de observar la partida.

—¿Y a ti qué te importa? —masculla, perdiendo la concentración un instante y perdiendo una pieza.

—Simple curiosidad. —Me encojo de hombros, restándole importancia.

Me sorprende comprobar que lo del ajedrez es lo primero que sé de ella. No lo ha dicho con ironía, ni con condescendencia. Lo dice de verdad. Izz continúa con la partida con determinación, hasta

poner en jaque a su contrincante. Su expresión se vuelve implacable, como la de una princesa justo antes de romper el hechizo. Cuando gana, su sonrisa no tiene nada de altiva ni de desafiante. Es simple, limpia, casi tímida. Y eso me golpea más fuerte. Hay algo en ella que la vuelve peligrosamente *sexy*. Posee un atractivo que no pretende nada y, quizá por eso, lo consigue todo.

Me aclaro la garganta cuando cierra el holograma y nuestras miradas se encuentran con una intimidad inesperada. Es ella la que rompe la magia incorporándose y dándome la espalda. Lo que me recuerda que debo curarle el brazo y revisar su traje.

—Déjame ver esa herida.

—No es necesario.

—No te lo estaba pidiendo.

—Estoy bien, solo ha sido un rasguño.

Su testarudez me molesta y chasqueo la lengua con disgusto.

—No voy a salir ahí fuera de nuevo sin revisarte eso.

Ella se sube la manga de mala gana y se deja hacer. La herida está mucho mejor de lo que estaba cuando la vi. Aunque esto no es lo más extraño. La piel es gris y el tacto me recuerda a un fragmento lunar. Duro, frío e indomable. Me muerdo la lengua conteniendo la pregunta que hace lo imposible por escapar de mi boca. ¿Por qué tiene un brazo gris? ¿Quién es?

—Está mejor de lo que esperaba —musito extrañado.

—Ya te lo he dicho. —Se zafa de mi agarre y da un paso hacia atrás.

Se baja la manga ocultando la herida y se dispone a apartarse cuando la detengo.

—No hemos terminado. Deberías quitarte el traje y dejar que revise tus filtros. Tras una tormenta de hielo seco como la que hemos vivido...

—No pienso quitarme el traje —responde ella con firmeza—. Hazlo así.

Levanto la cabeza.

—No puedo arreglar los fallos que puedas tener si no te lo quitas.

Desvía la mirada, azorada.

—Pues tendrás que hacerlo.

—Venga ya. Ni siquiera voy a mirarte. Te lo puedes quitar y...

—He dicho que no.

Joder. No conseguiré hacerle cambiar de idea. Me mira, con los labios apretados. Las pecas dibujan constelaciones en sus mejillas, que bailotean cuando niega con la cabeza, como dando más énfasis a sus palabras.

No contesto. Me pongo la parte inferior del uniforme y anudo las mangas a mi cintura antes de acercarme despacio a ella con la aguja térmica. Veo la duda en su rostro cuando da media vuelta hacia mí, pero no le estoy pidiendo permiso. Un traje sin un buen mantenimiento puede representar la muerte ahí fuera. Alzo una mano, la dejo suspendida unos segundos sobre el cierre del cuello. Un cosquilleo agradable me recorre la palma.

—¿Qué vas a hacer? —susurra, tan cerca que el brillo plateado de sus ojos me parece irreal.

—Voy a necesitar acceso al panel torácico —le contesto bajando la voz.

Todo esto sería más fácil y menos incómodo si accediera a quitarse el traje y a dejarme trabajar en condiciones normales, pero no va a ceder. Mis dedos siguen avanzando, rozan la junta y me sorprende el calor que desprende. No debería estar tan cerca de su piel, pero lo estoy. El traje vibra al detectar la manipulación y ella contiene el aliento. Todos mis sentidos se ponen en alerta al imaginar que esa reacción se la he provocado yo.

Trabajo en silencio, deslizando mis dedos lo justo por su clavícula. Sigo bajando. El sensor está a unos centímetros, cerca del latido de su corazón, que siento bajo la tela. Lo noto acelerado y el mío repiquetea con fuerza. Su cuerpo está contenido, atrapado, se mantiene rígida ante mi manipulación. Las mejillas siguen encendidas, los labios apretados y sus ojos evitan mi mirada. Me viene un aroma a frambuesa negra, a lirios frescos y vainilla. ¿Es ella o son los vapores de la cueva? El impulso de acercarme a comprobarlo hace que mi cabeza se mueva unos milímetros hacia delante en busca de su cuello. Me detengo a tiempo, pero un pensamiento fugaz de mis labios en los suyos me hace desear saborearla.

«No debería desearla».

Es una rebelde. Mi prisionera. Y aun así escondo el anillo bajo la tela de la camiseta térmica. Carraspeo y me centro en lo que debo hacer.

—¿Te hago daño? —pregunto, al darme cuenta de cómo contiene el aliento.

—No. Sigue.

La urgencia en su voz. Esas palabras. Respiro hondo centrándome en lo que estoy haciendo. El filtro está saturado y lo limpio con toda la delicadeza que soy capaz, deslizando la aguja térmica de purga por él. No me tiembla el pulso, pero ella se tensa cada vez que la aguja entra en el filtro. Mis nudillos rozan su esternón y el calor se extiende de su pecho a mi cuerpo, a medida que el utensilio purga el filtro.

—Este ya está. Gírate —le ordeno.

Lo hace de inmediato, sin apartarse de mí, de modo que su espalda queda muy cerca de mi pecho, su nuca expuesta a una respiración de distancia. Y de nuevo ese maldito olor me invita a

probarla. Es ella, no me cabe ninguna duda. Deslizo la mano por su cintura, en busca del panel. Este está tibio. Apoyo la palma de mi mano para estabilizarlo y ella jadea. Deslizo la aguja por el segundo filtro sin mediar palabra y ella se arquea un poco hasta que nuestros cuerpos encajan por completo. Lo suficiente para que deduzca que está sintiendo el calor de la limpieza. Me aparto con brusquedad de sus caderas, luchando contra el instinto de hacer lo contrario.

Ella vuelve la cabeza para mirarme y por su expresión no soy el único que estoy sintiendo esta atracción que no debería existir.

Con todo el autocontrol que soy capaz de reunir, vuelvo a acortar la distancia entre nuestros cuerpos.

—No te muevas —susurro.

Tan cerca de su cuello que si me muevo un milímetro podría rozarla con los labios. La sostengo de la cadera, evitando que se mueva cuando sigo con el trabajo.

—¿Tienes que estar tan cerca? —Su voz quiere sonar firme, pero tiembla y suena como una caricia, una invitación a lo prohibido.

—No te habría tocado un pelo si hubieras accedido a quitarte el traje.

—¿Está muy mal?

—Está... al límite. —Y no sé si lo digo por mí o por los filtros.

Cuando termino, cierro el panel y ella se aparta deprisa, huyendo de mi contacto. Me mira con la respiración acelerada. Pongo más distancia entre nosotros y reviso el ordenador de muñeca por si hubiera señales del centro de control. Nada. Un temor frío me recorre las entrañas, porque, quizá, piensen que he muerto como el resto de mis compañeros.

—Filtros limpios y puesta a punto. Por cierto, he activado la función antivaho. Hora de irse, destructora.

El sonido insistente del viento al otro lado de la grieta de la entrada me sorprende. ¿Ha sido de repente o estaba tan concentrado en mi prisionera que no me había dado cuenta? Me acerco a la salida a comprobar la situación. Cristales recorren el exterior: otra tormenta de hielo seco.

—Será mejor que aprovechemos para descansar.

Me acomodo en un rincón de la cueva y guardo el kit de mantenimiento y el resto de utensilios que he dejado desperdigados por ahí. Doy un trago al bidón de agua y estoy a punto de ofrecerle cuando veo que ella ha tomado asiento a pocos metros de mí y está haciendo lo mismo.

—Me lo hice cuando perdí a mi hermano.

Ella alza la cabeza, confundida.

—El tatuaje. Era mi hermano mayor, él tenía uno igual. Nacimos el mismo día, en el mismo mes, con seis años de diferencia. Fue un saqueador lunar que nunca regresó. —La miro esperando que diga algo, pero ella me escucha con una expresión melancólica—. La muerte de Vik ha sido lo más duro a lo que me he tenido que enfrentar.

Aunque ahora tengo que sumar una nueva herida, una nueva batalla diaria a la que enfrentarme y que es posible que no llegue a ganar. La de Vik aún la estoy librando sin éxito. Parpadeo para contener las lágrimas, esperando que no se haya dado cuenta, y vuelvo a dirigir la vista hacia ella. Un sutil gesto que logro discernir a pesar de los tres metros que nos separan: acaba de limpiarse una lágrima. Ahora mismo puedo leer en ella como un libro abierto.

—¿Tú también has perdido a alguien? —Me sale como una pregunta, pero en realidad es una afirmación.

—Yo... Ella era... —Guarda silencio de repente. Endurece su expresión y desvía la mirada hacia la superficie de unos lagos antes

de añadir—: No quiero hablar de ello.

Y vuelve a cerrarse para que nadie más la lea sin permiso. Aprovecho e intento contactar de nuevo con el teniente Stravic. El ordenador de muñeca esta vez sí da señal y espero unos segundos antes de que Stravic conteste.

—¿Saqueador Dilar?

—Teniente... —La voz muere en mis labios y el nudo por la pérdida se agolpa en mi garganta.

—¿Dónde están? He intentado contactar con ustedes sin éxito. No soy capaz de ver su posición.

—Estoy con la rebelde, pero...

¿... todo el equipo Centauri ha muerto? ¿Solo quedo yo? ¿Un coloso de hielo cuya existencia desconocíamos los ha devorado? ¿Cómo se informa de la muerte de todo un equipo?

Antes de que pueda encontrar la voz que he perdido, la comunicación se vuelve inestable y se corta. Pierdo la señal y, aunque hasta hace unos segundos el ordenador de muñeca me mostraba que era posible contactar, ahora se queda muerto.

Dirijo entonces la mirada a mi prisionera. A unos pasos de mí, seguro que, aunque finge lo contrario, ha escuchado mi breve conversación con el teniente.

Al ver que no hay nada más que podamos hacer aquí encerrados, rebusco en mi ordenador de muñeca la aplicación de lectura hasta dar con el libro que dejé a medias antes de que todo esto empezara. Las páginas holográficas se despliegan ante mí y me llevan a otro lugar donde el hielo también es el protagonista, pero contiene magia y no muerte.

23



Izz

> Se ha observado un fenómeno atmosférico en una inspección de rutina. Se detectó una niebla de densidad inusual, sin origen meteorológico claro. La visibilidad se redujo y duró aproximadamente media hora, dejando una capa de escarcha opaca sobre los trajes y sensores.
> Su toxicidad es alta, se recomienda buscar refugio de inmediato. ¿Es a causa de alguna bestia?
>
> Informe clasificado del Proyecto Selene 6056K

Recorro la cueva para estirar las piernas hasta dar con una pequeña laguna. Por un instante recuerdo la sensación de sumergirme en agua caliente y tengo la tentación de darme un baño. Miro hacia el saqueador, está concentrado en su UTP. Me ha sorprendido que esté leyendo lo que parece ser una novela, viviendo una aventura que yo jamás he tenido oportunidad de vivir. Está relajado, con el cabello revuelto y todavía húmedo tras el baño. Sonrío ante la imagen. Su piel, levemente morena, aún brilla por algunas de las gotas de agua que recorren su cuerpo. Me imagino siendo una de ellas y recuerdo el momento que acabamos de vivir. La presión de su cuerpo en el mío y el deseo de que no terminara nunca.

«Está claro que necesito un baño».

Aprovechando que estoy fuera de la vista de Nil me doy un baño muy rápido, aunque cuando vuelvo junto a él ya vestida mi pelo me delata.

El saqueador sigue leyendo, y pienso en el gran significado que tiene ese tatuaje que a mí me parecía insignificante. No esperaba que tuviera que ver con una pérdida tan importante para él como lo ha sido para mí la de Nyelith.

Me miro la mano izquierda, cuya piel gris resplandece.

—¿Qué te pasó en el brazo? —Nil me trae de vuelta a la realidad.

Me pongo el guante para ocultar cualquier rastro de la mutación. No le respondo. Él no insiste, sino que se pone a rebuscar en una bolsa.

—¿Quieres una barrita proteica?

Se ha acercado lo suficiente como para tenderme una barrita de envoltorio rojo. De inmediato se me hace la boca agua y se la quito de las manos. Comparado con las raíces amargas de las que me he estado alimentando, esto me sabe al mejor de los manjares.

—¿De qué te has estado alimentando? —pregunta con expresión divertida.

—Pues... —Mastico—. Estuve observando a los animales herbívoros y me hice con una reserva de raíces asquerosas.

—¡Qué inteligente! No se me habría ocurrido.

—A ti te han enseñado cómo sobrevivir en este lugar, a mí no. ¿Quieres alguna?

Saco la bolsa para mostrarle las raíces y él se echa hacia atrás con una mueca de asco fingido.

—¿Estás tratando de envenenarme, destructora de colosos de hielo?

—No eres tan tonto como pensaba, saqueadorucho insignificante.

Suelta una carcajada que logra contagiarme y ambos rompemos a reír. Durante un momento no parecemos enemigos.

—Esto es lo primero que sabe a comida en... no sé cuánto tiempo —se me escapa, mientras me deleito en cada bocado.

—No recuerdo la última vez que vi a alguien disfrutar de algo tan simple. Te imaginaba más difícil de complacer.

—No es para tanto. Solo tenía hambre.

—¿Cuánto tiempo llevabas alimentándote de raíces? —pregunta con interés, sin humor en su voz.

Sin embargo, ya lo sabe, pues lo enviaron a perseguirme poco después. Y aun así me lo ha preguntado, como si... Si le importara de verdad. Tengo que recordarme por qué estamos aquí. No somos amigos, por mucho que por un momento me haya dejado llevar y me haya relajado a su lado.

—El suficiente.

Su sonrisa se ensancha y le llega a los ojos, dándoles un brillo que me hace devolverle el gesto antes de ser consciente de ello. No dice nada más, sino que vuelve a su libro mientras yo termino de saborear la barrita. Doy un sorbo de agua y me concentro en una nueva partida de ajedrez. Permanecemos así hasta que Nil comprueba que es seguro salir.

En el exterior una niebla de un turquesa apagado se ha extendido como un manto espeso sobre nuestras cabezas y la visibilidad es justa. Me quedo en la entrada de la cueva mientras Nil avanza. Da la sensación de que el aire se ha vuelto sólido de repente. Desconozco los efectos que esto pueda tener sobre nosotros, así que espero. Le veo desaparecer en la densidad y regresar al poco con algo en las manos que me muestra. Es una flor que ha perdido todo color, los bordes parecen estar fundidos y da la sensación de que algunas partes van a deshacerse sobre los guantes que la sostienen.

—Y he visto un zorro ártico en condiciones similares. —Consulta su UTP y añade—: La toxicidad es alta. Espero que los filtros aguanten, pero tenemos que llegar pronto a un refugio. La cueva no nos protegerá de esto.

—¿Cómo lo sabes?

—No he llegado a ser saqueador lunar por un puñado de músculos bien puestos.

—¿Y crees que es mejor arriesgarnos y exponernos sin saber si los filtros aguantarán? —pregunto ignorando su comentario deliberadamente, aunque mis ojos no lo han hecho.

—No tenemos otra opción.

Lo dice con voz firme, sin atisbo de miedo, aunque sí parece confundido.

—¿Qué se supone que dice vuestro manual sobre esto?

—Esto no sale en el manual. Vamos.

No pongo objeción. Tenemos que llegar al refugio que marca su UTP. Cuando llevamos unos cinco minutos caminando mi traje empieza a emitir unos pitidos estridentes. Veo la espalda del saqueador frente a mí, emborronada por esta niebla densa. Cae en suspensión sobre nuestros trajes y mi panel marca que los filtros están sufriendo con el veneno que irradia el aire.

Aprieto los dientes y él acelera el paso. De pronto se detiene y choco contra su espalda. Me sujeta en un acto reflejo, volviéndose a toda prisa y pegando su casco al mío.

—Tenemos que darnos prisa.

—No creo que mi traje aguante —digo con un hilo de voz.

Él no contesta y mira hacia la derecha. Vuelvo los ojos en esa dirección y el corazón se salta varios latidos en mi pecho. Entre la niebla y la bruma oscura que nos rodea, gracias a la luz nocturna del traje, veo unas siluetas. Grandes como osos, caminan a cuatro patas

muy despacio. A ratos brillan y, en otros momentos, se mimetizan por completo con la niebla. Por eso me ha costado verlos al principio. Nil pone una mano en mi visor y me gira la cabeza hacia él. Pulsa un botón en un lateral del casco y nos sumimos en la oscuridad cuando las luces de nuestros trajes se apagan.

—Confía en mí.

Por absurdo que parezca, sí confío en él, pero no se lo hago saber.

—¿Confiar en ti?

—O puedes confiar en los espectros de hielo. Tú decides.

La niebla se espesa cada vez más a nuestro alrededor.

—¿Tienes un plan?

Un pitido me responde antes de que lo haga él, avisando de que las reservas de su traje también están al límite. De repente se hace un silencio sepulcral que me eriza el vello de todo el cuerpo y siento los ojos de los animales sobre nosotros.

—¡Corre y por nada del mundo sueltes mi mano! —Me agarra con firmeza la mano izquierda y, sin darme tiempo de reaccionar, echa a correr llevándome con él.

Lucho contra mi propio miedo al sentir a los espectros tras nosotros. Mis piernas se quejan, forzadas a un estrés al que jamás han tenido que someterse, mas las obligo a continuar. El trayecto se me hace eterno.

Los rugidos a nuestra espalda se mezclan con el pitido insistente de mi traje que ya no tiene reservas. En cuestión de minutos no podré respirar. Ya noto la falta de aire. Los pulmones me arden y la garganta se me cierra por mucho que intente tragar el poco oxígeno que me queda. Tropiezo, pero antes de que caiga el saqueador logra sostenerme entre sus brazos y tira de mí.

—Aguanta, Izz, estamos cerca.

Los pasos de los monstruos hacen temblar el suelo bajo nuestros pies. No vamos a conseguirlo. No vamos a llegar. La vista se me nubla e intento soltarme de su mano.

—Sálvate tú —jadeo rindiéndome.

El saqueador saca el arma y dispara varias veces a nuestra espalda, haciendo recular a los espectros, dándonos unos preciosos segundos.

—No voy a dejarte a merced de esas criaturas. No quiero perderte. —Continúa tirando de mí con fuerza y añade—: Pretendo llevarte viva ante el Alto Comisionado.

Sus últimas palabras diluyen las anteriores, que había llegado a creer, pero para él yo no soy más que su prisionera.

Al fin Nil se detiene, escribe un código en un panel y el refugio se abre para nosotros. El impacto que se oye después en la puerta nos hace estremecer. Se repite una y otra vez hasta que se detiene. La sala de descompresión hace su trabajo. Ha tardado en ponerse en marcha, imagino que por el tiempo que debe de llevar sin usarse. Una luz anaranjada nos indica que el aire es estable. Se activan los sistemas de limpieza y Nil se sitúa frente a mí, sobre una plataforma metálica cuadrada para enseñarme cómo se hace. Extiende los brazos y unos chorros vaporosos le recorren todo el cuerpo de arriba abajo y luego otra vez hacia arriba. Después de esta limpieza rápida, pasa a la siguiente sala donde se quita el traje. Hago lo mismo que él, y la primera bocanada de aire que entra en mis pulmones me sabe a vida.

El miedo todavía me sacude y amenaza con paralizarme. Tomo aire despacio siendo consciente de la inhalación. El corazón me late deprisa, demasiado, hasta casi resultar doloroso, aunque eso sea imposible.

Por un instante olvido que acabo de exponerme frente a un desconocido. Con mis mallas térmicas ajustadas y la camiseta de media manga. Sus ojos me observan y por un momento me siento como si estuviera desnuda. El saqueador tiene los labios húmedos y entreabiertos. Sin embargo, su imagen se emborrona. Todavía siento los pulmones ardiendo, como en medio de la carrera. Las dentelladas de los monstruos que nos perseguían chasquean en mi memoria y tengo que sostenerme en un lateral de la sala para no derrumbarme. Trago saliva e intento invocar en mi mente el tablero de ajedrez que siempre me salva. Pero no esta vez. No cuando todavía siento el aliento de la muerte rozándome. Casi muero ahí fuera, de no ser por Nil...

«No quiero perderte».

—¿Estás bien?

Se acerca a mí para sostenerme, le cojo del antebrazo para zafarme de su agarre, mas en lugar de hacerlo, me derrumbo sobre él. Con un gran esfuerzo intento recuperar el control sobre mi cuerpo.

—¿Te encuentras bien? ¿Estás mareada? Deberías sentarte.

—No —digo cortante.

La preocupación sincera que veo en sus ojos azul cobalto hace que mi vientre se agite. Sin embargo, me controlo. Solo soy un trofeo. Uno que por alguna razón que desconozco quiere mantener vivo.

—Toma. Bebe un poco, te vendrá bien.

Bebo un sorbo de la botella que me ofrece. Logro por fin apartarme de él. El refugio no es como esperaba. Es minúsculo. El espacio es agobiante, pese a que solo hay una cama, una mesa y una estantería con múltiples utensilios.

—¿Te sientes mejor?

«No quiero perderte». Flaqueo al volver a escuchar estas palabras en mi cabeza y por un momento estoy tentada de dejar que salga todo lo que siente mi interior. De derribar este muro que nos separa, porque así fue como me criaron. Y cuando estoy a punto de hacerlo...

«Pretendo llevarte viva ante el Alto Comisionado».

«No eres más que su prisionera», me recuerdo.

Confirmo mis pensamientos al fijarme en que a pesar de que se ha despojado del traje y ha dejado cosas sobre la mesa, mantiene un cinturón donde lleva las armas.

El espacio es reducido y estamos más cerca de lo que me gustaría, así que me limito a dar un paso atrás. Choco con una superficie dura y caigo sentada. Es una cama. Una única cama minúscula en este cubículo.

Nil está de pie, a menos de medio metro, con los brazos cruzados y la mirada fija en mí. No en mi rostro. En las uñas plateadas en las que terminan los dedos grises de mi brazo mutado. Adivino su intención de volver a preguntarme sobre ello, así que desvío su atención:

—¿Qué clase de refugio es este?

—Es un refugio de clase A compacto —responde sin moverse, aunque he conseguido mi propósito porque sus ojos se clavan en los míos—. Diseñado para una sola persona. El protocolo no contempla excepciones.

Me incorporo sin levantarme del todo. Siento el colchón térmico bajo mis piernas, emitiendo un pulso lento, en un vano intento de regular mi temperatura.

—¿Y qué propone el protocolo cuando hay dos? —pregunto, despacio.

—Turnos. O improvisación.

—¿Y tú improvisas?

—Solo cuando la situación lo requiere.

Me rasco el hombro y miro la única cama que hay aquí.

—¿Vas a dormir, saqueador?

—No si tú estás despierta, ¿y tú, destructora?

—No si tú vas armado.

Baja la vista a su cintura. Las armas siguen ahí. No hace amago de quitarlas, en cambio, se acerca al banco técnico que hay frente al catre y se sienta. El espacio se reduce todavía más. Nuestras frentes están muy cerca y puedo respirar su aliento cuando dice:

—No voy a usar nada de esto. A menos que me obligues. Es solo para igualar nuestras condiciones.

El silencio que sigue a sus palabras no es cómodo, pero tampoco llega a ser hostil. Diferente. Se instala entre nosotros como la niebla de antes: densa, envolvente e imposible de ignorar.

—Yo tampoco usaré mis dones. A menos que me obligues.

Una sonrisa irónica tira de sus labios haciéndole todavía más atractivo. Es una pena que apenas sonría. Y, tal y como ha venido, el gesto se esfuma y vuelve a ser un saqueador taciturno. Vigilante. Desconfiado. Ambos estamos de nuevo en el punto de partida.

Me tumbo de lado, sin dejar de mirarle, pero él no se mueve. No aparta la vista. Por primera vez desde que entramos, no parece tener claro qué hacer conmigo.

Y, para ser sinceros, yo tampoco sé qué hacer con él.

Se rasca el pecho, allí donde tiene el tatuaje y ese colgante que ha vuelto a sacar en algún momento, y tomo aliento.

—¿Fue hace mucho? Lo de tu hermano.

Sigue con la mano sobre el pecho como si mi pregunta lo hubiera llevado de nuevo al pasado. Necesito saber más de su historia, aunque ello me lleve también a mi pasado.

—Sabes ya mucho de mí y yo sobre ti no sé nada.

—Lo necesario. Delincuente. Viva o muerta.

Hace una mueca que convierte en una sonrisa burlona antes de cruzarse de brazos.

—¿Por qué te persigue el Alto Comisionado? ¿Qué te pasó en el brazo? ¿Y por qué tienes poderes?

—Muchas preguntas de golpe.

—Tenemos tiempo. —Se acomoda en el banco y clava sus ojos en mí, a la espera.

—Elige una.

Sé que me estoy jugando mucho al darle a elegir, pero no tengo por qué contarle toda la verdad. Nil sopesa sus opciones con seriedad. Tamborilea en el banco antes de manifestar su elección.

—¿Qué te pasó en el brazo?

«Curiosa elección».

Me muerdo el labio. Encojo un hombro y me acaricio el brazo. Él observa mi gesto, se inclina un poco más y no aparto la extremidad de él.

—Un accidente —contesto con un hilo de voz.

—¿Qué tipo de accidente?

—Eso es otra pregunta.

—¿Qué más quieres saber?

—¿Cómo?

—Una pregunta por otra.

Sonrío y las preguntas que llevo haciéndome sobre él se agolpan en mi cabeza.

—¿Cuántos libros has leído?

—¿Qué te importa esa respuesta?

—Dice mucho de una persona.

—¿El número de libros?

—El tipo de libros que lee alguien te puede permitir conocerle.

—¿Ahora quieres conocerme?

—Estás gastando muchas preguntas.

—Y por una vez tú las estás respondiendo. —Hace una pausa larga mostrándome esa sonrisa que hace que por un momento pierda el hilo de la conversación—. No los cuento. Leo desde que era pequeño.

Contengo una sonrisa, pero no contengo la pregunta que escapa de mis labios:

—Si tuvieras que elegir un solo libro, ¿cuál sería?

—¿Y el tuyo?

—He preguntado yo primero, saqueadorucho.

—Saltándote mi turno, destructora. —Hace una breve pausa sin borrar su expresión. Por un momento creo que no va a continuar, sin embargo, añade—: *Guardianes de la Ciudadela*. Esos libros..., no sé. Tenían monstruos y héroes, pero no era por ellos, sino por cómo vivían con criaturas sin entenderlas. Igual que hacemos ahora. Era fácil verme ahí. Me resultó... familiar.

Lo recuerdo. El abuelo me los regaló en uno de mis cumpleaños. Quizás no me marcaron de la misma forma que a él, mas sí sentí algo familiar al leerlos.

—Mi sueño era montar una biblioteca —continúa.

Me sorprende comprobar que un atractivo rubor asciende a sus mejillas. Espero a que continúe, pero no lo hace. Es como si le diera... ¿vergüenza? ¿No le da vergüenza que le vea desnudo y sí confesarme cuál es su sueño? Esto hace que sienta más ganas de saberlo. De conocerle.

—La lectura me ha salvado muchas veces, tanto de lo que hay fuera como de mí mismo, que siempre he imaginado un territorio de

historias donde cada libro sea una estrella y cada lector encuentre el coraje para adentrarse en ella. Cuando mi hermano...

Carraspea bajando la mirada durante unos segundos.

Señala mi brazo mutado. Es mi turno.

—Un error de cálculo y esta fue la consecuencia.

—¿Te duele?

Arqueo las cejas.

—No. —Levanto el brazo ante nuestros ojos y lo giro con la mirada perdida en días pasados—. Pero no es agradable. Es como tener una extremidad que me pertenece y a la vez no. —Bajo la mano de nuevo, ocultándola de mi mirada—. Algo que no siempre puedes controlar. Lo odio... —No continúo. Me toca—. ¿Por qué te hiciste saqueador lunar?

Su expresión se torna seria.

—Será mejor que descanses.

No dice nada más. El aire cambia entre nosotros, como si el frío exterior hubiera entrado de repente. Me recuesto. El colchón capta mi cuerpo y la temperatura se vuelve tan agradable que los ojos se me cierran despacio. No soy consciente del momento en que caigo en un sueño profundo.

24



Nil

> El refugio compacto de clase A ha sido diseñado con el objetivo de servir de parada de emergencia para un solo saqueador. Cuenta con una fuente de oxígeno que se renueva cada ciclo. Filtros para la toxicidad y espacio para pasar un ciclo. Exceder el tiempo de uso puede acarrear riesgos graves para la salud del individuo.
>
> Fragmento del *Manual del Saqueador Lunar*

Dormir en el banco no es una opción, así que me siento; observo a Izz en silencio. Duerme. Y en este estado parece totalmente inofensiva. No es así. Ese brazo antinatural solo es una parte de lo que es —porque, además, posee ciertas habilidades— y no puedo evitar preguntarme si hay algo más detrás de toda esta persecución del Alto Comisionado.

¿Es una rebelde sin más? ¿O la busca por sus dones? ¿Quién es Izz? ¿Y por qué no quiere contarme lo que le pasó en el brazo?

«Porque sigue siendo tu prisionera. Vas a entregarla. No confía en ti y tú no deberías confiar tampoco en ella».

Ya le he contado demasiado. Me maldigo a mí mismo por ser tan insensato, pero a mí no me enseñaron a ser un soldado, sino a enfrentarme a las zonas extremas. Sin embargo, sí me enseñaron a cumplir hasta el final las misiones. Y es lo que voy a hacer.

Me llevo una mano al colgante, acaricio el anillo. Aparte de cumplir mi misión, mostraré al mundo la razón por la que los saqueadores no vuelven. No estamos realmente preparados. Nos mienten. Nos ocultan información que podría salvarnos. Vuelvo a desear que Alveron lo esté registrando todo o esto no habrá servido de nada. Quizá yo no regrese, pero ello no impedirá que mi amigo ponga en evidencia al Gobierno. Y tal vez ellos salven vidas en el futuro.

Sacudo la cabeza, tengo motivos para dudar del Alto Comisionado de Iberion, pero muchos más para temer a esta desconocida. Respira con suavidad, con el brazo gris sobre su vientre. El otro reposa junto a su cabeza. Es menuda, pero con curvas, y en apariencia no diría que tiene más fuerza que yo o que cualquiera de mis compañeros; de no haberla visto en acción no me parecería en absoluto una amenaza.

Contengo la respiración cuando ella se mueve, emitiendo un ruidito a medio camino entre gemido y suspiro. Me da la espalda, colocándose en posición fetal. Niego despacio y mi mirada va a su ordenador de muñeca.

¿Qué habrá robado Izz que hace que el Alto Comisionado tenga tanto interés en acabar incluso con su vida?

Me acerco a ella y con cuidado le cojo la muñeca. Compruebo que su respiración sigue siendo acompasada y no hace ninguna señal de ir a despertarse. El corazón me late con fuerza y las manos empiezan a sudarme por la tensión. Me apresuro a retirarle el terminal y lo contemplo como si fuera un trofeo. Pero no basta con

tenerlo en mis manos, tengo que acceder a él. Empiezo por lo básico que es desbloquearlo, lo paso frente al rostro de la rebelde y el panel de inicio se despliega frente a mí.

¿Dónde ocultaría...?

Mi curiosidad me lleva a entrar en la galería, pero no debo entretenerme con tonterías.

Hago memoria. Gracias a Alveron sé cómo ver si hay archivos ocultos. Hay varios codificados que no puedo abrir, todos comparten el nombre, Informe Clasificado del Proyecto Selene, y un código numérico. Solo un *hacker* podría hacerlo. Pero hay uno que se llama tan solo Proyecto Selene que sí está disponible. Lo abro sin perder un segundo. No entiendo nada. Un montón de terminología científica que, aunque me suena de mis estudios, no puedo entender del todo. No es mi especialidad y solo capto palabras sueltas que no me dan información. No la que esperaba. Llego a una parte subrayada: fragmento lunar MHYS-selenity.

Frunzo el ceño. Forma parte de una zona que perteneció a la montaña Mons Huygens. Es uno de los más grandes del Desierto Polar y uno de los pocos que no ha sido explotado por completo. ¿Por qué puede interesarle a una rebelde?

Sigo bajando y veo una anotación.

Primero: recoger muestra de nexenol del fragmento lunar MHYS-selenity.
Segundo: burlar a la mutación y conseguir entrar en el Laboratorio Polar.
Tercero: detener la experimentación con humanos y mostrar al mundo el verdadero Arno.

¿Un laboratorio en medio del Desierto Polar? ¿Experimentación con humanos? Frunzo el ceño. Lo que nos han mostrado siempre de los laboratorios de Hespéria es que experimentan con plantas y animales para tratar de que se adapten a este nuevo mundo y así conseguir mayor alimento para la población. También se investigan nuevas tecnologías y otras mejoras destinadas a optimizar la calidad de vida. Pero esto de experimentar con humanos... ¿Un laboratorio donde de verdad se hace eso? Desconocía su existencia y, al parecer, comparto esa carencia con gran parte de la población. Solo ese secreto ya puede poner el mundo patas arriba.

Siento náuseas.

Izz se mueve. Jadea en sueños y frunce el ceño. Y mi ansiedad se dispara.

Sigo, sin comprender, dando palos de ciego en el documento hasta que unas palabras hacen que mi corazón se detenga; la sangre se me hiela en las venas y debo recordarme que tengo que coger aire si quiero que este llegue a mis pulmones.

Un solo nombre.

Uno que reconozco bien.

Drevan Ness
Sujeto 3569D del Proyecto Selene
Inyectado en el laboratorio 7 en el 89

El novio de Vik. El año de la misión que compartió con mi hermano.

En ese momento sucede algo que no he visto venir por culpa del bloqueo en el que me ha dejado esta información. En un abrir y cerrar de ojos, la rebelde se ha incorporado, haciéndome caer de culo sobre el banco, y se ha puesto de pie frente a mí, rodeando mis

piernas con las suyas mientras me sujeta del cuello con el brazo mutado.

Su contacto es pétreo, frío y firme. Al igual que su mirada, que me atraviesa como una daga afilada. Mi otra mano va directa al cuchillo lunar, lo saco tan rápido como ella se ha incorporado y lo sitúo sobre su vientre.

—¿Ese es tu objetivo? ¿Un fragmento lunar y un laboratorio oculto? —murmuro intentando mantener la calma.

—No tienes ningún derecho a hurgar en mis cosas.

—Tengo todo el derecho, eres mi prisionera, por si lo has olvidado.

Presiono el filo contra su vientre. Ella aprieta más y me duele. Si sigue ejerciendo fuerza sobre mi cuello, me asfixiará en medio de la nada. Tengo que ganar tiempo.

—Te ayudaré —jadeo.

Ella se ríe. Una carcajada tan helada como los vientos que nos esperan fuera, pero no me libera.

—¿Tú?

—Se te olvida que conozco este maldito sitio mejor que tú. Soy un saqueador.

—Y a ti que el laboratorio polar es secreto.

—¿También el fragmento?

Ella parece sopesar mis palabras y después me libera, pero no del todo. Relajo la mano que sostiene el cuchillo. Aprovecha para acercarse más. Su pelo roza mi rostro y sus piernas continúan abiertas a ambos lados de mis muslos. Sigue de pie. La mano mutada deja de ejercer presión y rodea mi cuello tirando de mí hacia atrás. Nuestras miradas chocan, y el terror que debería sentir se convierte en determinación. Porque ese laboratorio puede ocultar algo que me dé pistas sobre qué le pasó realmente a Vik. A Drevan.

¿Y si sigue vivo?

La esperanza me quema en los labios, en la garganta, en la boca del estómago.

—Iré contigo. Te llevaré al fragmento. Y después tú me llevarás a ese laboratorio.

Ella se queda en silencio. Me mira con los ojos relucientes de luna y no retiro la mirada. De pronto, parece más consciente de nuestra cercanía y, aunque lo disimula, está incómoda. El rubor de sus mejillas la delata, así como la respiración, más agitada de lo que debería.

—¿A qué viene ese cambio de parecer? ¿No tienes tanta prisa ahora por llevarme ante Arno? —ronronea.

Las uñas duras como gemas recorren la piel de mi nuca y un estremecimiento nace de ellas hasta la parte baja de mi espalda.

—No te equivoques. Ese sigue siendo mi objetivo principal. Solo que ahora hay un par de paradas antes.

Ella suaviza el agarre al fin. Da un paso atrás y me pongo en pie para revisar el panel del refugio. Compruebo el estado del aire en el exterior y suspiro aliviado: el fenómeno de la niebla ha terminado.

Me sorprende que haya aceptado tan rápido. Ya he comprobado que tiene conocimientos sobre este lugar que no nos enseñan en la academia, que son un secreto para los ciudadanos de Iberion, como la existencia de esas monstruosidades que he podido ver con mis propios ojos —y tocar, para mi disgusto— o la existencia de ese laboratorio secreto donde experimentan con humanos.

25



Izz

> Astra es la inteligencia artificial integrada en todos los UTP, los dispositivos holográficos personales de uso común.
> Entre sus funciones más comunes se encuentran la gestión de tareas básicas, la proyección de información en formato holográfico y la recomendación de contenido personalizado, desde lecturas hasta actividades de ocio.
> Aunque su capacidad es limitada y no tiene autonomía real, Astra ofrece una presencia constante en la vida diaria, actuando como una herramienta práctica y siempre disponible.
>
> Fragmento del libro *Selestara: El mundo tras la caída de la luna*

El tablero de ajedrez holográfico se extiende ante mis ojos. Nil ha propuesto descansar un rato más antes de volver a salir, pero intuyo que es más por mí que por él. En realidad, más que descansar, siento que lo que necesito es dejar de dar vueltas a todo. Está siendo una partida difícil y tengo que pensar muy bien no solo el siguiente movimiento, sino prever las siguientes jugadas, tanto mías como de mi contrincante —Astra, una inteligencia artificial—. Consigo desconectar.

Alzo la mano preparada para mover el caballo, es la mejor opción de todas.

—¿No estás desprotegiendo a tu reina?

La voz de Nil me sobresalta y doy un pequeño respingo sobre la cama. Estaba tan concentrada en la partida que no me he dado cuenta de que se ha sentado a mi lado y mira con curiosidad el tablero.

—Aunque mueva el caballo no hay ninguna pieza enemiga que pueda alcanzar a mi reina con uno de sus movimientos.

El saqueador ladea la cabeza, como tratando de comprender mis palabras. Termino la jugada que he empezado. Él resopla y niega con la cabeza.

—Nunca he entendido este juego.

—El ajedrez no es solo un juego. Es medir hasta dónde llega tu mente. Es estrategia pura: ver patrones, prever consecuencias... y comprobar cómo se construye una táctica desde cero, hasta que cada movimiento revela la lógica que la sostiene.

Alza una ceja.

—No me quiero imaginar lo que es estar en tu cabeza.

Sonrío azorada. Así es como he crecido. Estrategias, cálculos exactos, organización milimétrica. Me cuesta asimilar aquello que no puedo controlar.

Miro de reojo mi mano gris.

«Justo como esto».

Aparto esos pensamientos, cierro la partida e inicio una nueva que extiendo entre nosotros. Me mira con expresión interrogante.

—¿Polares o ígneas? —inquiero.

—¿Quieres que juegue contra ti?

—¿Ves a alguien más aquí?

Me dedica una sonrisa torcida.

—Ígneas. Estoy un poco cansado de lo polar.

Las piezas del color del fuego se extienden delante de él, mientras que las semejantes a una tormenta de hielo en la noche lo hacen en mi posición.

Él empieza. Tarda un buen rato en mover. Me resulta gracioso verle tan concentrado en tan solo el primer movimiento.

Al fin mueve un peón, con una seguridad que es pura fachada. No tiene ni idea de lo que está haciendo y eso hace que tenga que contener una carcajada. Respondo con el mismo peón, pero mi gesto es automático: ya estoy pensando varias jugadas por delante.

Nil saca un caballo, dejándolo expuesto. No digo nada. Me muerdo una sonrisa y muevo mi alfil, apuntando al centro.

Se toma su tiempo en el siguiente movimiento, como si estuviera buscando segundas intenciones en mi jugada o si pretendiera ver más allá. Nuestras miradas se encuentran y levanto la barbilla, desafiándole.

—Esto se te da bien, destructora —afirma alzando la mano y tomando su alfil entre los dedos.

Lo deja chocando contra sus propios peones. Protejo al rey con mi torre. Nil duda y tras unos instantes imita mi jugada. No está entendiendo nada.

Coloco mi dama en una casilla que parece aleatoria, inocente. Y, como ya esperaba, él sonríe creyendo que por fin tiene un turno fácil. Mueve un peón y uno de los míos cae.

Y hago mi jugada maestra.

Él parpadea varias veces y mira el tablero, confundido. Dibuja una mueca con sus labios y después me mira a mí. Y su miedo, su incertidumbre, me da un poco de pena, pero no me achanto.

—Eso es malo, ¿verdad?

—Para ti, sí —respondo, con una sonrisa afilada.

La partida sigue. Sus piezas empiezan a caer una tras otra. Para mi sorpresa, Nil no se frustra de inmediato, sino que está atento, estudiando el tablero y estudiándome a mí.

—Jaque mate —digo vocalizando las palabras con orgullo.

Acabo con su reina y él se lleva la mano al pecho, pensativo.

—¿Cómo...? ¿Pero qué...? ¿Cómo ha pasado?

Me inclino sobre el tablero, acortando la distancia entre nosotros, señalándole las ígneas.

—En el momento en que rompiste la cohesión de tu estructura central estuviste perdido. Al avanzar ese caballo sin apoyo, debilitaste la casilla E5 y me cediste el control de la diagonal larga. Desde ahí, mi alfil tenía acceso directo a tu rey.

Se me queda mirando con el ceño ligeramente fruncido, como si no hubiera entendido una sola palabra de lo que he dicho.

—¿Y eso qué significa si no hablo tu idioma de hechicera del tablero?

Cojo aire con fuerza y pongo en orden mis pensamientos, intentando adaptar mi explicación a alguien que no suele jugar al ajedrez.

—Perdiste en el instante en que abriste una grieta en tu reino. Enviaste a tu caballero a explorar solo por un sendero en mitad del bosque sin darte cuenta de que llevaba directo a tu enemigo. Desde ahí, mi alfil ya tenía tu corona al alcance.

Ahora sí, sus ojos azul cobalto se llenan de comprensión y dice con entusiasmo:

—Es como la historia de las dos reinas enfrentadas. Todo gira en torno a protegerlas, a mover medio mundo para que no caigan. Al final, es lo mismo aquí: una batalla donde cada pieza importa, pero las reinas... son las que deciden cómo termina todo.

—¿Llevas siempre todo a los libros?

—Los libros tienen la frase adecuada para cada momento, si sabes buscar bien.

Me encojo de hombros y desvío la mirada. Nunca he tenido demasiado tiempo de ocio como para leer tanto como él parece haber hecho.

—¿Y tú? ¿Siempre eres tan...? —Se queda callado, buscando las palabras, y yo hago desaparecer el tablero entre nosotros.

—¿Tan qué?

—No sé... ¿Nunca desconectas?

Parpadeo varias veces sin comprender su pregunta.

—Juegas como si cada partida fuera una lección, no un juego. Parece que tienes que demostrar algo.

—El ajedrez consiste en estar centrado. En prever todos los movimientos posibles. Ayuda a trabajar la mente —me señalo la sien — y por eso llevo años practicando. Me relaja.

—¿Te relaja? No pareces relajada.

—Eso es porque tú no eres un buen contrincante.

Se señala, haciéndose el ofendido, y una sonrisa asoma a sus labios. El calor asciende a mis mejillas. Trago saliva. No entiendo qué me está pasando.

Sus ojos siguen fijos en mí. Siento el latido en la garganta, mi corazón late acelerado. Y aun así no aparto la mirada. No puedo. Hay algo en él —en su forma de observarme, en la tensión contenida en sus hombros— que me atrae como un imán.

Por un instante, parece que él también se rinde a ese tirón. Hasta que se levanta de golpe, como si el contacto visual hubiera sido un error. Se aparta de mí todo lo que da el espacio.

—Tenemos que irnos. Hay un largo camino hacia el fragmento.

Y así, la magia del momento se desvanece junto con su sonrisa. La que, por más que me esfuerce en borrar de mi mente, sigue

persiguiéndome. Porque en este momento lo único que deseo es volver a ver esa chispa en su mirada.



Tercera parte

Tercera norma del Reglamento de los Saqueadores Lunares: No cambies de rumbo.

No investigues. No te internes. No improvises.
Lo que no está trazado no es la misión.

26



Izz

> El Proyecto Selene avanza satisfactoriamente. Los últimos resultados han sido esclarecedores, y ya contamos con un gran número de sujetos listos para ser adiestrados.
> El próximo objetivo será incluir el Proyecto AlfaGénesis en el Proyecto Selene. Tras el éxito del Proyecto AlfaGénesis los resultados podrían tener un potencial único en el mundo.
>
> Informe clasificado del Proyecto Selene 1329LR

Cuando llega la hora acordada, salimos del refugio. Creo que ha cambiado la forma en la que me mira. No sé qué ha llegado a ver cuando ha estado hurgando en mi UTP, pero no creo que haya podido acceder a los informes clasificados porque los he codificado. Ni siquiera yo he podido leerlos todos y dadas las circunstancias, no sé cuándo podré hacerlo. Aun así, cuando terminamos de jugar al ajedrez, la reviso de nuevo buscando el más mínimo indicio de qué ha podido encontrar.

Entre los dos hemos llegado a un acuerdo tácito, una tregua hasta que terminemos en el laboratorio polar. Y después... volveremos a ser enemigos.

Debo reconocer que esta tregua ha sido de gran ayuda. Ya no solo porque no ha vuelto a esposarme, sino por el hecho de que haya accedido a acompañarme. Todavía no sé qué interés puede tener en venir conmigo, pero me beneficia lo suficiente como para no quejarme. Me conviene que me acompañe, y a la vez no soy capaz de entender por qué, pero me tranquiliza su presencia.

Cuando hui al Desierto Polar, no fui consciente de que cabía la posibilidad de que el viaje fuera —como está siendo— tan largo y peligroso, y que tuviera problemas no solo con los animales, sino con la comida y el agua; porque no siempre hay nieve que utilizar para almacenar y beber. Y comida..., bueno, no sé cazar ni conozco las plantas como para saber cuáles pueden alimentarme.

Gracias a Nil... sigo con vida.

—¿Qué fue lo que hiciste para que el Alto Comisionado te tenga en el punto de mira? ¿Quién eres en realidad?

Y si antes sus preguntas sonaban solo curiosas, ahora su voz tiene un matiz peligroso que me hace estremecer. Debería frenarle. Guardo silencio, sigo concentrada en las fórmulas que bailotean en mi cabeza y me limito a ignorarle.

—¿Qué es el Proyecto Selene?

— No hagas preguntas, es más seguro para ti que no lo sepas.

—¿Qué hay en el laboratorio polar?

Resoplo sin contestar.

—¿Qué es el nexenol? ¿Para qué lo necesitas?

—¡Basta!

Mi voz resuena en el canal de comunicación, pero él no se achanta, se encara a mí.

—¿Experimentabas con humanos?

Aprieto los labios tratando de mantener la calma.

—Así fue como te hiciste eso, ¿no?

Su mirada va a mi brazo y aunque este no se ve bajo el traje me siento expuesta.

—¿Para eso necesitas el nexenol? ¿Qué pretendes hacer en ese laboratorio? ¿Por eso no pusiste pegas a que te acompañara? ¿Piensas hacerme a mí lo mismo que les has hecho a otros?

No lo soporto más. Antes de poder pensar qué hago, me lanzo sobre él y le rodeo el cuello con ambas manos con una fuerza que le desconcierta. Nil no duda. Ni siquiera pestañea cuando caemos al suelo y, con un movimiento, se pone encima de mí. Sigo sosteniendo su cuello, pero él ha sacado el arma.

—¡No tienes ni puñetera idea de lo que hablas!

Me apunta con la pistola lunar, que le quito con un golpe más fuerte haciendo uso de la fuerza que me aporta el brazo mutado. Abre mucho los ojos un instante por la sorpresa y aprovecho para quitármelo de encima. Le doy un puntapié a la pistola, apartándola más de nosotros y me concentro.

Conozco sus movimientos antes de que los realice y ello me permite enfrentarme a él casi a su nivel. Consigo esquivar una llave, jadeando. Le doy un puñetazo que le da de lleno en el estómago y va a responder con un barrido, pero me echo hacia atrás a tiempo y me duplico para confundirle.

Me muevo a su alrededor, recuperando el aliento, mientras la rabia me llena las venas de una energía ardiente, letal. Nil se incorpora de un salto y golpea a las copias antes de llegar hasta mí. Va a cogerme del brazo para intentar reducirme, así que echo el cuerpo hacia atrás, pero de forma inesperada me agarra de la cintura y su pierna impacta tras mis rodillas, reduciéndome.

Mi espalda se pega a su pecho mientras su antebrazo se me clava en el cuello. Con el otro me sujeta con tanta fuerza que no tengo movilidad alguna en los brazos, así que me remuevo.

Grito de pura rabia y le doy un cabezazo que no espera, a juzgar por cómo reduce la fuerza con la que me sostiene, dándome unos segundos que aprovecho para darle una patada que nos hace perder el equilibrio. Caemos, rodamos en un lío de brazos y piernas. Sigo pegada a su cuerpo, más incluso, ya que me agarra con fuerza, dispuesto a no dejarme libre.

Dejamos de rodar y respiro con tanta fuerza que escucho pitidos en mi pecho, jadeos que resuenan en los cascos, y, para mi satisfacción, advierto que también su respiración es irregular.

Me gira con un movimiento fluido y quedamos cara a cara. Él sobre mis caderas, aprisionándome con las suyas. Se incorpora sosteniéndome el brazo mutado por encima de mi cabeza y apunta a mi barbilla con la otra pistola.

—Basta de tonterías —dice con frialdad—. No quiero hacerte daño, pero lo haré si no me das opción.

Las lágrimas acuden a mis ojos y hago lo imposible por contenerlas. El nudo en el pecho me duele como si tuviera un vacío inmenso que soy incapaz de llenar. Un temblor sacude mi labio inferior y me lo muerdo sin piedad. No quiero llorar. No le daré esa satisfacción. Ya cometí este error una vez y lo que recibí a cambio fue una semana en la sala de las libélulas. Oscuridad total, salvo por las luces cambiantes de sus alas. Esas patitas que me atravesaban como agujas cuando se posaban en mi piel desnuda. El zumbido incesante que hacía eco dentro de mi cabeza. Y si gritaba, más las atraía. Hasta que aprendí a no mostrar mis sentimientos.

«Los sentimientos nublan lo importante», me recuerda esa voz gélida como el hielo.

Mi salvación fue el ajedrez, recordar las largas partidas con el abuelo mientras él bebía su café con sirope de calabaza y yo

aspiraba con gusto ese aroma dulzón, porque ese olor era él. El abuelo. Y el ajedrez y su olor se convirtieron en mi lugar seguro.

Rompo a llorar. En contra de mi voluntad. Con tanta fuerza que los jadeos se suceden sin control y mi cuerpo entero tiembla bajo el saqueador. Me rompo en mil pedazos y la vista se me emborrona. No quiero ver la expresión de desdén. Tampoco de pena. Me vacío por completo mientras la ira me abandona y solo queda el agujero en el pecho, el frío y el peso de Nil sobre el mío.

Retira el arma y afloja el agarre.

—Te he fallado —musito con voz rota.

27



Nil

> Los carroñeros de cristal son bestias con placas óseas reforzadas por la cristalización lunar. Se alimentan de cadáveres congelados y pueden manipular su propio cuerpo, desprendiéndose de fragmentos de su caparazón para ocultarse con destellos de luz. No son agresivos, pero sí muy territoriales.
>
> Fragmento del *Manual del Saqueador Lunar*

No debería dolerme verla así, pero lo hace. Incluso me hace sentir culpable. He pensado cosas horribles sobre ella y todo por dejarme llevar al buscar un responsable de la pérdida de Vik. Ver el nombre de Draven en su ordenador de muñeca me ha nublado el juicio y mis emociones han tomado el control. Un fallo que siempre me ha jugado malas pasadas en los simulacros. «La misión termina donde empiezan las emociones». Cuarta norma del Reglamento de los Saqueadores Lunares.

Seguimos muy juntos y noto cada sacudida de su llanto bajo mi cuerpo. No puede cubrirse, sin embargo, evita mirarme a toda costa. Avergonzada y vulnerable. Asustada y frágil. ¿Y si me he empeñado

en verla como la mala de todo esto y en realidad es una víctima más? ¿De qué? Dijo que el brazo mutado, que aún sostengo —ahora con suavidad— sobre su cabeza, se debía a un accidente, pero... ¿y si...?

Joder. Si es un experimento más, la he cagado.

No tiene sentido. ¿La buscan para eliminarla precisamente por...? Siento una ligera náusea en la boca del estómago.

«Viva o muerta».

Muerta no podría hablar y viva seguiría siendo útil.

—Lo siento, Izz.

Libero su brazo y llevo la mano al casco de ella, queriendo llevarme las lágrimas con los dedos. Borrarlas de su rostro y permitir que sus pecas brillen de nuevo. Apaciguar esta pena que parece partirla en dos. Ella me devuelve la mirada, aceptando mis disculpas, y nos perdemos uno en los ojos del otro.

Tiene los labios hinchados y húmedos, invitándome a probar la sal que los recubre. Mi otra mano sube hacia su cuello en una caricia que me gustaría prolongar hacia ellos. Su cuerpo se estremece y esta vez sé que sí he sido yo quien se lo ha provocado. Se arquea debajo de mí buscándome. Tentándome a saborearla. A buscar ese olor a frambuesas, vainilla y lirios. Hundirme en su cuello, perderme en sus labios.

Y la necesidad me golpea con una fuerza inesperada: necesito besarla.

Y a juzgar por cómo sus ojos van hacia mi boca, sé que ella también lo desea.

Nuestros rostros se acercan sin darnos cuenta hasta que nuestros visores impactan con una sacudida que rompe el hechizo que nos tenía hipnotizados.

Maldigo el jodido casco que nos separa.

Me siento tan ridículo que suelto una carcajada a la que ella se suma.

La magia se ha roto, pero algo ha nacido entre nosotros. Le tiendo la mano y ella la acepta. De pie, uno frente al otro, unidos por una conexión prohibida.

No debería estar sintiendo esto. Lo que ha pasado no puede repetirse.

Independientemente de que al final decida entregarla al Alto Comisionado, si soy capaz de hacerlo.

«El equipo Centauri murió por cumplir esta misión. Si no la cumples, les habrás fallado».

No puedo fallar. Soy un saqueador lunar y de mí depende mi familia. Me llevo la mano al pecho, acaricio los eslabones del colgante que me dio mamá. La recuerdo con los dolores antes de poder permitirse la medicación. Los largos días en el núcleo, sobreviviendo a duras penas cambiando la comida por remedios para ella. El corazón me da un vuelco. Tengo que cumplir mi objetivo.

Pero antes averiguaré lo que les pasó a Drevan y a mi hermano.

Nos fijamos en dos osos polares que están a tan solo unos metros. Por instinto me acerco a ella, protegiéndola e instándola a mantenerse quieta.

—No te muevas —le susurro.

Ella obedece en silencio y cuando volvemos a quedarnos solos recupero mi pistola, que pongo en el cinturón del traje antes de consultar el ordenador de muñeca. El mapa se despliega ante mí y muestra el rumbo hacia el fragmento.

—¿A por el nexenol?

—A por el nexenol —responde con firmeza.

Emprendemos juntos la marcha en el más absoluto de los silencios. Pero solo puedo pensar en una cosa: un saqueador lunar y la delincuente más buscada de Iberion viajando juntos y atravesando los peligros del Desierto Polar.

28



Izz

> El nexenol se encuentra en unos fragmentos muy concretos. El primero de ellos en el mar helado del norte del Desierto Polar. Llamado *MHYS-selenity*, forma parte de lo que fue en la luna la montaña Mons Huygens. La zona es inestable, peligrosa y se precisa agua para despertar la sustancia y poder recolectarla.
>
> Informe clasificado del Proyecto Selene 88995T

Un rugido me pone en alerta, pero enseguida me doy cuenta de que han sido mis propias entrañas. ¿Cuánto tiempo hace que dejamos la cueva? ¿Tres días? ¿Cuatro? Por mucho que lleve el UTP, es fácil perder la noción del tiempo. No nos ha faltado agua, sin embargo, alimentarse en el Desierto Polar no es fácil si no sabes dónde están los refugios, como me ha tenido que explicar Nil. A él no parece afectarle la falta de alimento, pero yo me siento a punto de desfallecer. Aunque la barrita proteica que me dio me ha ayudado a aguantar mucho más de lo que esperaba, mi cuerpo lleva horas pidiendo más y ahora lo hacen también mis tripas.

Le miro de reojo. Por un momento estoy tentada de hablarle, de iniciar una nueva conversación que me distraiga. Hace horas que Nil

no ha dicho nada, tan solo me ha guiado a través de un gran valle de líquenes luminosos donde nos hemos cruzado con algunos pingüinos —no parecían haber sufrido ningún tipo de mutación, se han limitado a ignorarnos— y hemos parado para tomar un respiro. Para que lo tome yo, más bien. Mi resistencia no es como la de él, y necesito más tiempo para recuperarme.

Me pregunto en qué habrá estado pensando todo este tiempo, ya que en mi cabeza se repite nuestra lucha, mi fragilidad ante él y ese último momento... De haber estado en otro lugar, nos hubiéramos besado. Me muerdo el labio solo de imaginarlo y un cosquilleo recorre mi vientre. Él también quería. Lo vi. Entonces, ¿qué ha pasado para que ahora me ignore?

«Tú tampoco le has dado mucha conversación que digamos...».

Observo los alrededores tratando de evadirme tanto de Nil como del hambre. A nuestros pies hay una vasta extensión de musgo negro y un verde apagado. Este musgo no es como el que conocemos en Hespéria. Este sobrevive en estado latente, reactivándose mínimamente cuando las condiciones del Desierto Polar lo permiten. Bajo nosotros, capas de hielo traslúcido que nos muestran el agua. No fluye, pero tampoco está congelada. Si el suelo gélido cediera ante nuestro peso nos atraparía y moriríamos en cuestión de segundos.

Un pitido en el UTP me advierte de la cercanía del fragmento. Nil me mira extrañado.

—¿Por qué pita tu ordenador de muñeca?

—¿Qué clase de saqueador le llama «ordenador de muñeca» al UTP?

—Es lo que es. Un ordenador de muñeca, ¿qué sentido tiene UTP? —dice utilizando un tono condescendiente que pretende imitar el mío.

—Unidad táctil de proyección —le recito las siglas.

—Lo que yo decía. No te desvíes del tema, ¿por qué ha pitado?

—Me avisa de que estamos a nueve kilómetros y medio del objetivo.

Le veo consultar el suyo, donde marca una posición, que imagino que es el fragmento lunar. Es algo que también aparece en los mapas holográficos de los saqueadores. Examina la zona en silencio antes de decir:

—Estupendo, hay un refugio a poco más de cinco kilómetros donde podremos comer y descansar antes de dirigirnos hacia allí.

—No vamos a parar —digo con rotundidad, acallando el rugido que proviene de mi interior.

Da unos pasos hacia mí y me detiene.

—Izz —la forma en que suena mi nombre en sus labios hace que se me erice el vello de todo el cuerpo y el vientre se me llene de un calor inesperado—, no aguantarás más tiempo sin comer. No sabemos qué vamos a encontrar allí y...

Aprieto los labios y, a pesar de que quiero continuar, el cansancio amenaza con hacerme caer desfallecida al suelo. Trago saliva y asiento con la cabeza. Tiene razón. No es la primera vez que encontramos peligros inesperados, es mejor afrontarlos tras recuperar fuerzas.

Seguimos caminando, parando en más ocasiones de las que me gustaría. Me falta el aliento y agradezco —aunque no lo reconocería ante Nil— la presencia del refugio.

—Ahí está.

El saqueador rompe el silencio que nos envuelve desde hace poco más de una hora. Avanza frente a mí y pone el código para acceder al refugio. Le sigo y pasamos por el mismo proceso que ya vivimos en el primero, solo que cuando entramos en la siguiente sala me doy

cuenta de que este es más grande, pensado quizá para un grupo entero de saqueadores. Hay una mesa amplia en un extremo, camas térmicas en el otro lado y una estantería. A grandes rasgos es igual que el primero que visitamos.

Nil, que lleva el traje de saqueador anudado en la cintura, deposita sobre la mesa varias barritas de diferentes colores. Me dejo caer en una silla que rodea la mesa y él se sienta frente a mí. Me sonríe, pero mantiene la distancia. Me fijo más de lo debido en la forma de sus músculos al flexionar los brazos, la firmeza de su mandíbula o cómo se humedece los labios antes de darle el primer mordisco a la barrita.

—¿Qué te apetece? ¿Conejo o trucha?

—¿Perdón?

Nil alza dos barritas, una con el envoltorio gris y el otro rosa. Ladeo la cabeza y elijo sin pensar la primera.

—Conejo entonces.

Me la tiende y empieza a comerse la suya despacio. Yo saboreo la mía y, aunque tiene un sabor insípido, ahora mismo me parece un manjar. Comemos en silencio. Nil saca una más que tiene un llamativo color naranja, cuando la abre me viene un aroma dulzón que reconozco al instante.

—¿Hay barritas de higo?

—Y nueces —añade.

—Me encanta el higo. Lo solía comer con el abuelo en nuestras largas partidas de ajedrez.

Nil me está mirando con gran interés y es entonces cuando me doy cuenta de que lo he pronunciado en voz alta. Enrojezco y bajo la cabeza. La barrita recorre la mesa que nos separa y me quedo paralizada unos instantes.

—Cómetela, a mí no me gusta tanto. Y tú la necesitas más.

—Tú la necesitas igual que yo, no vayas de héroe.

No contesta, se pone en pie y recorre la sala hasta llegar a las camas térmicas, donde toma asiento en una de ellas. Le doy el primer mordisco a la barrita y su sabor explota en mi boca. Dulce, crujiente y tostado. Las notas ácidas de la fruta me hacen cosquillas en la lengua mientras mastico con gusto.

—El nexenol es un compuesto inestable y difícil de conseguir.

Nil guarda silencio como si temiera que al intervenir yo fuera a dejar de hablar. Continúo la explicación aún paladeando la fruta.

—Reacciona al agua y esa es la única forma de verlo para recolectarlo.

—¿Y para qué lo necesitas?

—Para derrocar a Arno.

Y la sinceridad de mis palabras me resulta liberadora. Siento una punzada de culpabilidad ante este pensamiento porque, en realidad, no estoy siendo del todo sincera. Él todavía no lo sabe, pero le necesito para entrar en el laboratorio polar, y que haya decidido acompañarme, aunque no me haya dicho el porqué, ha sido una deliciosa casualidad.

—¿Es ese tu objetivo?

Le miro unos instantes en los que sopeso qué decirle. Sí, quiero derrocar a Arno, pero es mucho más que eso. Él es un saqueador lunar, al servicio del Alto Comisionado.

—Eso es —digo sin entrar en detalles.

Sus ojos me repasan y la intensidad del azul de su mirada me hace tragar saliva mientras alzo la barbilla, sin inmutarme ante su escrutinio.

—El Alto Comisionado vela por Hespéria. Por Iberion entero.

Me sorprende la firmeza en su voz, sobre todo porque mi percepción me grita que duda. Y eso es imposible. Quizá mis

sentidos me engañan y solo quiero tenerle de mi lado.

«No has dejado de ser su prisionera».

—¿A quién intentas convencer? ¿A mí o a ti mismo?

—Solo te informo de los hechos. Llevó luz al núcleo. Nos dio esperanza y cada una de sus acciones...

Alzo una mano, no quiero escucharle. Sé lo que va a decir. Es el discurso típico y yo también lo creía hasta hace algún tiempo.

—No me cuentes las bondades de Arno, por favor. —Pongo los ojos en blanco.

Me incorporo tras terminar con los restos de la barrita y me alejo unos pasos de él. Por un momento espero que se acerque, sentir la calidez de su cuerpo cerca del mío, que esta vez que no nos separan los cascos podamos..., no sé. Sin embargo, él parece empeñado en poner distancia entre nosotros y no me extraña. Nuestros objetivos no pueden ser más distintos, aunque parezca que el laboratorio sea un punto común. Esté buscando lo que esté buscando al acompañarme, dejará de unirnos cuando lo consiga y entonces tendré que ver cómo evito seguir siendo su prisionera.

Salimos a la oscuridad nocturna y nos reciben el frío, el hielo y el musgo que cubre toda la superficie bajo nuestros pies. Nil tenía razón, el camino parece más ameno con el estómago lleno y así acortamos la distancia con el fragmento en algo menos de hora y media. Está rodeado de árboles muertos cubiertos de escarcha. Es grande, enorme. Flota a apenas unos centímetros del hielo, pero se mantiene estático. Cuando llegamos lo examino bien a la luz de las linternas. Lo malo del nexenol es que, a diferencia de la voltraxita, no es visible a simple vista. Tengo que usar agua para inducir una reacción que provoque en el compuesto un leve brillo morado. Por ello he tenido que racionar el agua y beber solo lo mínimo. Pero

viendo las dimensiones del fragmento es muy probable que gaste todas mis reservas sin encontrarlo en el primer intento.

Suspiro.

—¿Qué pasa?

Nil ha estado mirando la roca también, esperando que sea yo quien actúe.

—No esperaba que este fragmento fuera tan grande. Es posible que encontrar el nexenol me lleve tiempo.

—¿Cuánto tiempo?

Mentalmente evalúo las probabilidades, teniendo en cuenta su reserva de agua y que aquí cerca no hay nieve, solo hielo, lo que dificulta un poco la extracción.

—Días.

Se gira para mirarme.

—¿Días? ¡No podemos permanecer aquí tanto tiempo! Es muy peligroso. Por esta zona habitan las serpientes de niebla. Su veneno es mortal si no se actúa con rapidez, y siendo solo dos...

Trago saliva y observo el lugar, deteniéndome por primera vez en cada detalle, pues mi obsesión por llegar cuanto antes me ha impedido darme cuenta de que poco después de dejar el refugio hemos dejado atrás la zona pantanosa congelada para internarnos en un bosque fosilizado. Los árboles emergen a medias, cortados por el hielo, como si la noche los hubiera detenido en pleno crecimiento. Sin hojas, sin flores. La corteza, agrietada y blanca, asoma bajo una blanca costra gélida. Bajo nuestras botas, el hielo no es liso: permite ver las raíces, que se extienden como venas oscuras, retorcidas, atrapadas en sucesivas capas de frío. Parecen vivas todavía, como si el bosque siguiera intentando aferrarse a la tierra desde debajo de su tumba.

Creo percibir movimiento entre las raíces. ¿O estoy sugestionada por las palabras de Nil? Sacudo la cabeza y me centro de nuevo en el fragmento, recuperando la compostura.

—Para eso estás tú, saqueador. Tendrás que esmerarte en evitar que nos ataque un bicho de esos y, si lo hace..., en lograr que sobrevivamos.

Se cruza de brazos.

—Te recuerdo que mi misión es llevarte viva... o muerta. Tenlo en cuenta. No soy tu niñera.

Opto por obviar sus palabras. No es el momento de sentirme dolida o lo que sea que mi ser esté sintiendo.

—Si quieres que esto sea más rápido, ayúdame.

Suelta una risa irónica, pero me da la espalda y recorre el perímetro, asegurándose de que no nos aceche ningún monstruo. Me quedo sola frente al fragmento, sobre el hielo, con la certeza de que esta misión no solo puede fracasar si no doy con el modo de aprovechar el agua que tengo, sino que podemos morir.

No puedo permitirme fracasar.

Me muerdo el labio y saco las reservas de agua del traje. Son escasas.

Regresa con gesto tenso y mira el fragmento junto a mí; casi puedo imaginar su expresión de concentración.

—¿Qué haces? —pregunto con exasperación mientras con un gotero pongo unas gotas de agua que rozan el fragmento antes de congelarse.

Nada. Como era de esperar.

—¿Y tú?

Capto un matiz retador en su voz que me eriza el vello de los brazos. Ni siquiera me giro hacia él cuando le explico:

—Te recuerdo que el nexenol reacciona al agua —le enseño mis reservas— y como ves, voy escasa de ella.

Suelta un bufido y, sin decir nada, vuelve a darme la espalda y examina el terreno en silencio. Da varios paseos y decido ignorarlo. Lo que esperaba. No va a ayudarme. Tal vez no tendría que haberle confesado que mi intención es usarlo contra Arno, aunque él no sepa cómo. Pero si soy una rebelde, ¿qué otro objetivo iba a tener?

Me quedan solo unas gotas y toco el fragmento, como esperando sentir..., ¿qué? ¿La presencia del nexenol como por arte de magia? Suspiro, frustrada, y doy una patada al hielo. Un siseo me advierte, mas es el movimiento rápido de Nil lo que me termina de alertar. El saqueador saca el arma, dispara y, al instante, una serpiente más grande de lo que esperaba cae sobre el hielo. No..., se desliza a través de una pequeña grieta. Miro el suelo bajo mis pies.

—Sí, destructora, viven bajo el hielo, entre las raíces —me susurra por el canal.

Aprieto los labios.

—¿Cuánta agua necesitas para activar la reacción?

—Depende. Pero más de la que tengo, eso seguro.

No dice nada, se lleva una mano a la base del casco, como si se acariciara la barbilla, y después se agacha. Saca el kit de mantenimiento del traje y extrae algo de él. Cuando se incorpora sopesa la aguja térmica entre sus dedos. La calibra en silencio.

—¿Qué...?

—Cuando te dije que improvisaba si la situación lo requería me refería a esto.

Nil calibra la aguja térmica con la misma precisión con la que otros afilan cuchillas. La clava en el hielo, justo en una fisura que yo no había notado. El zumbido es suave, pero el calor se propaga como

una herida. El hielo empieza a ceder y en menos de un minuto el agua se acumula en una depresión natural.

—No es potable —dice—, pero no vas a beberla. Solo necesitas que reaccione, ¿no?

Le miro sorprendida. No por la idea —que es brillante—, sino porque no se le nota ni un ápice de orgullo en la voz. Como si lo que acaba de hacer fuera lo más obvio del mundo.

—¿Se te acaba de ocurrir?

—Soy un hombre de recursos. —Se encoge de hombros.

Pienso, fugazmente, que el saqueador es más inteligente de lo que aparenta. No lo digo en voz alta. No ahora. Puede que nunca llegue a decírselo, pero lo pienso.

Recojo el líquido con cuidado. Lo vierto sobre el fragmento. Tengo que repetir el proceso varias veces más y Nil tiene que usar la aguja térmica en otras tres ocasiones, ya que el agua se congela al contacto con el aire, pero al fin el brillo morado aparece en uno de los contactos. Como una respiración contenida que se libera. Estoy tan concentrada que para cuando siento el vello de todo mi cuerpo erizarse la serpiente ya está a unos centímetros de mi pierna. Es enorme, igual que la anterior. Oscura, con las escamas reflectantes, que me devuelven los destellos de mi linterna. Los ojos son de un gris azulado intimidante, pero solo puedo pensar en sus colmillos, capaces de atravesar mi traje. Se desliza tan deprisa que doy un traspiés hacia atrás. Nil le pisa la cola en un gesto tan imprudente que me hace contener el aliento. El reptil se vuelve hacia él sacando su lengua viperina y abriendo mucho la boca. Un veneno negruzco se libera de sus fauces y el saqueador lo esquiva. Allá donde cae, el hielo se deshace y emana vapor. Es corrosivo. Letal. Me gustaría intervenir de algún modo, todavía lo estoy decidiendo cuando el

cuchillo lunar corta en dos al animal y su sangre empapa unos instantes el suelo antes de congelarse.

—Date prisa. —Nil me cubre, alzando una de las pistolas y atento a lo que nos rodea.

Mientras continúo le observo de soslayo. Cada uno de sus músculos en tensión, la concentración en su rostro —que imagino, aunque no puedo verle bien— y el calor acude a mis mejillas. Tengo que centrarme en lo importante. Vuelvo al brillo del nexenol y empiezo a recolectarlo.

—Tenemos nexenol —susurro.

—¿Tenemos?

Me sonrojo todavía más y agradezco que no pueda darse cuenta de ello.

—Ya me entiendes.

Se agacha junto a mí, observando el resplandor. Está tan cerca que puedo sentir el movimiento de su pecho al respirar. Me giro hacia él. Él también lo hace. Por un segundo nuestros cascos están a tan solo unos milímetros.

Otra vez.

Y el silencio se carga de electricidad, como la que precede a una tormenta. Me doy cuenta de que estoy temblando, pero no por el frío.

Él alza una mano, como si pudiera atravesar el casco y tocarme la mejilla, o apartar un mechón rebelde de mis ojos. No lo hace. Se queda ahí, muy quieto, con la mano suspendida en el aire. Al final la baja y me sorprende sentirme decepcionada. Me concentro en recoger la muestra que he venido a buscar.

Siento sus ojos en mi espalda. Clavados como dos antorchas. Trago saliva, incómoda. Me tiene confundida.

—Deja de mirarme así —le digo con frialdad.

—¿Mirarte...? No te emociones, destructora. Te estoy vigilando. Es mi trabajo.

Sus palabras quedan ahogadas por el sonido de un disparo lejano. Nil se pone en pie de inmediato, me cubre con su cuerpo y se gira hacia el origen del ruido.

—No estamos solos.

Me incorporo situándome a su lado. El brillo morado se apaga dentro de la cápsula que guardo en el traje activando todos mis sentidos. He estado tan absorta en él, en lo que me hace sentir, que he ignorado mi percepción. Otra vez.

Veo lo que acecha entre los árboles congelados antes que Nil gracias a mis poderes.

Soldados. Y por sus trajes de protección, no son de Iberion.

29



Nil

> El símbolo de la media luna invertida y fracturada es traición. Quien lo porte, lo dibuje o lo difunda será considerado enemigo del orden. Los rebeldes no son héroes: son criminales que ponen en riesgo la supervivencia de todos.
>
> Fragmento del libro *Selestara: el mundo tras la caída de la luna*

El dolor de cabeza, la boca seca y los músculos entumecidos son solo los primeros síntomas que me advierten de que estoy drogado o, por lo menos, muy aturdido. Los recuerdos vienen a ráfagas mientras abro y cierro los ojos intentando en vano acostumbrarme a la luz del lugar en el que me encuentro.

Me sujeto las sienes, dolorido, y acuden a mi memoria las máscaras de aspecto siniestro que imitaban a los devoradores de silencio. Al principio pensé que eran monstruos, pero después...

Intento ordenar mis pensamientos. Recuerdo las amenazas, las ametralladoras, las pistolas y las escopetas cortas apuntándonos sin dudar.

Alcé las manos para indicar que no íbamos a ofrecer resistencia. No sirvió de nada. Fuera quien fuera aquella gente, no nos dieron oportunidad de reaccionar.

El pecho me tiembla al recordar a Izz pegada a mi cuerpo, tan quieta como siempre que la he visto aterrorizada, y me sorprendo deseando protegerla más de lo razonable.

Tengo la boca pastosa; me humedezco los labios con la lengua mientras las imágenes siguen sucediéndose en mi mente.

El golpe seco de la culata en el pecho de Izz.

El puñetazo que lancé contra el captor vestido como un protector lunar de Amazora. Su máscara aterradora.

El dolor en las rodillas.

La visión borrosa.

Oscuridad.

Mi resistencia y la inutilidad de la misma.

Vuelve el horror al recordar la insignia en el pecho del desconocido que me redujo: una media luna invertida, atravesada verticalmente por una grieta rojiza.

Después, la descarga que me doblegó y me dejó inconsciente.

Tras eso, solo sombras. No puedo recordar nada más.

Me despejo de golpe cuando escucho una voz conocida que no tiene ningún sentido aquí.

—Le conozco, Ventia, él no...

—¿Y qué hacía con ella?

—¡Apresarla!

—No tenían una actitud precisamente de soldado y prisionera. ¿Estás seguro de que le conoces?

—Ventia. No sigas por ahí.

La vista se me enfoca despacio y al fin consigo mantener los ojos abiertos durante más de unos segundos sin que me lagrimeen. Me

incorporo despacio y una mano me detiene. Siento su calidez y suelto un respingo que no se convierte en un grito porque otra mano fría y dura como la piedra me tapa la boca. Es Izz. Está a mi lado, vestida con ropa térmica. Sus labios me dicen sin palabras que no diga nada.

Sus pecas son más evidentes bajo esta luz, como también otros detalles que no había tenido tiempo de admirar.

No intento zafarme de su agarre, tampoco hago amago de apartarla. Nunca le había visto la expresión que tiene ahora. Inquieta más que asustada, mirando de reojo a nuestros captores. Izz se lleva una mano a los labios, indicándome silencio. Asiento y se aparta de mí, dejándome la boca libre.

Estamos dentro de una especie de... celda. Unos barrotes láser nos separan del resto de la estancia. Tan solo hay una puerta metálica que ahora mismo está cerrada. La sala no es muy grande y tan solo cuenta con una mesa alargada, donde nos dan la espalda los rebeldes. Una chica menuda, con el pelo anaranjado cayendo en trenzas sobre su espalda, lleva un uniforme de protector lunar, con tonos naranjas y detalles en verde, que son el distintivo de Amazora. Es menos ajustado que los nuestros porque tiene multitud de bolsillos y cavidades que usan para recolectar los materiales de sus investigaciones. Me pregunto cómo pueden huir o enfrentarse a cualquiera de las monstruosidades que he visto ahí fuera. Junto a ella hay una mujer de cabello entrecano con un uniforme de saqueador lunar que hace décadas que no se usa. Es de un tono azul oscuro desgastado, con detalles en gris, y está confeccionado con un tejido más grueso.

Recuerdo la insignia de la media luna invertida, con una grieta rojiza que la atraviesa verticalmente. Ahora no las veo porque me

dan la espalda, pero sé que las llevan. Ahora que estoy más despejado no tengo dudas.

Son rebeldes.

Nada bueno puede pasar si hemos sido apresados por un grupo de rebeldes. Pero... miro a mi prisionera de reojo. ¿Por qué la han encerrado también a ella? ¿No se supone que han venido a liberarla? Es en este momento cuando caigo en la cuenta de que nunca le he visto la marca de los rebeldes...

Por un momento he perdido el hilo de su conversación, así que vuelvo a prestarles toda mi atención.

—Es una orden.

—Si me escuchas... Si me dejas hablar primero con él...

—Déjalo ya, Alveron.

La chica de pelo naranja pone una mano sobre los hombros de mi amigo, como instándole a guardar silencio. No parece él, estoy acostumbrado a verle con sudaderas holgadas y pantalones anchos, pero ahora viste el uniforme propio de los saqueadores lunares. Sin embargo, su pelo rubio platino revuelto es inconfundible. Se lo desordena todavía más cuando se lleva la mano a la frente en un gesto que le he visto hacer cientos de veces.

Un escalofrío me asalta. ¿Qué hace Alveron con ellos? Mi amigo siempre ha sido especial, con todo el tema del *hackeo* y eso, pero... Parecía fiel al sistema. ¿Qué ha cambiado? Me llevo la mano al pecho, donde continúa el colgante de mi madre y el anillo. ¿Por qué me lo dio Alveron?

—No encontramos a ningún otro saqueador en el perímetro —continúa la mujer del pelo canoso que se hace llamar Ventia.

—¿Me lo estás diciendo en serio? Estamos en medio del Desierto Polar, donde hay bichos mutantes que, en el mejor de los casos,

mata —insiste Alveron mostrando esa faceta suya de no saber cuándo tiene que callarse.

—Ventia, quizá lo que dice Alveron no sea tan descabellado, ¿y si le damos una oportunidad? —dice la chica pelirroja con el acento propio de Amazora. Es cálido, suave y con cierta musicalidad.

—Tú no digas nada, Flavia. —La voz imperativa de Ventia no admite réplica. Parece que es la que da las órdenes aquí.

—¡Venga ya! Hablemos con él y...

—¿Y qué? ¿Preguntémosle sin más qué hace ayudando a Lizara Raven a vete a saber qué? —tercia una cuarta voz con un marcado acento de Nevrast, pues apenas pronuncia las erres. No puedo ver al dueño de esta voz, pues me lo tapan los demás. Sin embargo, ahora mismo es lo que menos me importa.

Me vuelvo con brusquedad hacia Izz. La verdad se refleja en sus ojos de plata y tengo que recordarme que debo coger aire para respirar.

—¿Eres Lizara Raven? ¿La hija de Arno Raven? —exclamo alzando la voz sin pensar.

La pregunta es absurda, pero es que no soy capaz de asimilar la mentira, el engaño. Ni entiendo por qué Arno nos envió a buscar a su propia hija. Viva o muerta.

Es demasiado y me levanto para apartarme todavía más de ella. Izz —o Lizara— se incorpora también; endurece sus gestos, dolida, pero no hace amago de excusarse, hablar o intentar acortar la distancia entre nosotros.

Los rebeldes se acercan a nosotros, pero es la líder la que clava sus ojos en los míos. La mirada de la tal Ventia se posa entonces en mi compañera. Capto en ella un brillo que mezcla la melancolía con el odio. Por un momento me da la sensación de que la conoce...,

pero eso me lleva de nuevo a preguntarme por qué es prisionera de sus propios aliados.

—¡Estás despierto!

Alveron se coloca junto a mí al otro lado de los barrotes, pero se detiene al ver la tensión entre Lizara y yo.

Son demasiadas mentiras, porque si Alveron está aquí, tampoco ha sido sincero conmigo durante este tiempo. Y si es uno de ellos... ¿Por eso se acercó a mí? ¿Para obtener información? El corazón se me congela al recordar que he compartido con él información clasificada y que podrían condenarme por ello.

—¿Eres un... rebelde?

Escupo la palabra y soy muy consciente de ello, pero verle con la insignia de la luna rota en el pecho hace que me cueste comprender qué está pasando.

—Hay cosas que... —Alveron se revuelve el pelo.

Me tapo el rostro unos segundos. La última vez que vi a Alveron tenía algo que decirme. No pudo ser por la aparición de ese centinela. ¿Sería esto? He pensado durante este tiempo que era por los vídeos de mi hermano. Al pensar en él vuelvo a mirar a Izz, o Lizara, mas ella no me devuelve la mirada. Me muerdo los carrillos intentando que mi cerebro conecte las piezas.

—¿Desde cuándo? —pregunto tratando de contener la rabia que me quema por dentro.

—Eso digo yo, ¿desde cuándo los prisioneros hacen las preguntas?

Me sobresalto. La voz pertenece a alguien que acaba de llegar. Un individuo que está apoyado en el marco de la puerta. Alto, corpulento, con el pelo cortado a cepillo y la cara angulosa. Da unos pasos y me fijo en la ligera cojera de su pierna derecha. No me pasa desapercibido tampoco que le falta una mano y en su lugar lleva una robótica que emite chasquidos y vibraciones cuando se detiene

frente a los barrotes láser y desliza los dedos entre ellos antes de decir:

—Nil Dilar, ¿cierto?

Lleva el uniforme de los cazadores lunares de Nevrast. Blanco con leves reflejos azulados y detalles metálicos que lo asemejan a una armadura. De cerca me fijo en sus ojos, verdes como la espesura del bosque, en contraste con su piel oscura. Pronuncia mi nombre con cierto desagrado. Se mete una raíz en la boca y empieza a mascarla en silencio.

—Umbral... —se adelanta Alveron.

No sé si ese es su nombre o un mote, pero el hombre detiene sus movimientos para clavar su mirada esmeralda en Alveron, que sonríe, como si estuviera hablando del tiempo y no de un amigo prisionero que, al parecer, está junto a la hija del Alto Comisionado de Iberion.

—¿Te he preguntado a ti, programitas?

—No, pero como intentaba explicarle a Ventia, Nil es mi amigo. Respondo por él.

Alveron me mira, pero yo no le devuelvo la mirada, la mantengo clavada en Umbral.

—¿También por ella?

—No, pero yo sí —digo sin pensar.

30



Izz

> Los individuos muestran cierta compenetración, como si, al recibir la sustancia en sus cuerpos, pasaran a sentirse entre ellos. Se observa en los especímenes salvajes que se detectan; en ocasiones se atacan, en otras muchas se esquivan deliberadamente.
> Se debe estudiar con detenimiento este comportamiento. Puede acarrear riesgos. ¿Son una mente colmena? ¿O solo se trata de un efecto secundario más de la mutación lunar?
>
> Informe clasificado del Proyecto Selene 98423H

–Cuándo pensabas decirme quién eres —suelta a bocajarro cuando los rebeldes salen de la sala, dejándonos solos sin darnos ningún tipo de explicación.

Le miro de hito en hito. ¿De verdad me ha hecho esa pregunta?

—Tenía miedo de hacerlo.

Suelta una risa sarcástica cargada de rencor. Camina de lado a lado de la celda negando con la cabeza.

—Esto no cambia nada —afirmo.

Porque es cierto. Todo sigue igual, lo que pasó —o no pasó— entre nosotros, que sigo siendo su prisionera.

—Lo cambia todo. No puedo confiar en ti.

—Entonces, ¿por qué has dado la cara por mí?

No responde, pero mis sentidos amplificados me muestran sus dudas. Se debate entre el impulso de acercarse más a mí y el de alejarse lo que le permite nuestra pequeña prisión. La tensión en sus hombros refuerza esta percepción. Y lo hace todavía más la mirada que me dedica. Sus ojos azul cobalto me recorren con anhelo y teñidos por el dolor de la traición.

—Porque eres mi responsabilidad. Yo decidí mantenerte con vida y tengo que asumir las consecuencias.

—¿Ahora tengo que agradecerte estar viva? —Me encaro a él—. Creía que solo era una prisionera que tenías que entregar a...

—¡A tu padre! Eres... Joder, eres Lizara Raven.

Desvío la mirada con los ojos empañados. No quiero que me vea así, me hace sentir vulnerable. No entraba dentro de mis planes que descubriera quién soy en realidad. Pero es verdad que no cambia nada, salvo —eso quiero creer— su forma de ver a Arno..., mi padre.

—No importa cuál sea mi apellido. Has llegado a conocerme mejor que... Te he contado cosas y...

—¿Y algo de todo ello era cierto?

Percibo la esperanza en él, a pesar de que intenta ocultarlo.

—Nunca te he mentido.

—Para empezar no te llamas Izz.

—No. Me llamo Lizara, pero mi abuelo me llamaba Izz. Todo el mundo sabe quién es Lizara Raven, pero nadie conoce a Izz.

Se queda en silencio pensando en mi revelación. Quiere creerme y una parte de él lo hace, sin embargo, no dice nada.

—Mi objetivo no ha cambiado, y sé que el tuyo tampoco. —Me arriesgo, pues sé que, desde que curioseó mi UTP, el laboratorio polar también se convirtió en su meta. Al menos antes de llevarme ante Arno.

—Eso no nos convierte en aliados. —Su mirada es una advertencia —. Y menos con una traición.

Dice «traición» de forma despectiva, pero capto un matiz de ¿tristeza? No lo sé. Mi corazón late a mil por hora. No sé si por querer pensar que a Nil le importo de alguna forma, o por la situación en sí, ya que si no actúo con astucia Arno seguirá jugando a ser Dios y seguirá destruyendo familias.

—Ocultar no es lo mismo que traicionar.

—Para mí sí.

Sus palabras me duelen más de lo que me gustaría admitir. El labio me tiembla. En mi interior siento un burbujeo que nada tiene que ver con el hambre. La desconfianza de Nil. El dolor porque cree que le he traicionado. ¿Por qué debo sentirme mal? ¿Por qué tengo la necesidad de recuperar su confianza...? ¿De volver a sentir... qué?

«Los sentimientos nublan lo importante», me recuerda la voz gélida de Arno. Por vez primera, la ignoro.

En un arrebato, levanto la mano y el brazo ante ambos, pero con la mirada en los ojos de Nil, que esta vez mira mi mutación de forma diferente. Antes lo hacía con curiosidad, ahora con precaución. Preparado.

—¿Quieres saber el porqué de mi brazo? ¿De mi pelo y mis ojos? ¿De esos poderes que tengo? —Silencio. Desea saberlo—. Tan solo estaba buscando una forma de mejorar el mundo tras la caída de la luna. Solo quería... —La voz se me quiebra y tengo que coger aire antes de poder continuar—. Mejorar la calidad de vida, ayudar a la humanidad. Uno de mis experimentos falló... y me convertí en un monstruo.

—Nunca he pensado que fueras un monstruo.

Bajo la mirada. Por primera vez me veo capaz de soltar todo lo que llevo tanto tiempo guardando para mí. De expresarlo en voz alta

y ser escuchada, aunque sea a riesgo de que Nil me juzgue. Pero necesito hacerlo. Necesito contarle la verdad.

—Hubo alguien más. —Las palabras me duelen y me obligo a mantener los ojos clavados en mis pies—. Una amiga. Una saqueadora lunar que formaba parte del Proyecto Selene y... También fue la primera víctima de la que tuve constancia. Y fue por mi culpa.

—¿Fue a ella a quien perdiste?

—Sí. Se llamaba Nyelith.

Compartirlo con él resulta tan liberador que noto cómo mi cuerpo se relaja, como si hubiera estado soportando sobre mí un gran peso del que no había sido consciente hasta ahora.

Estoy a punto de continuar cuando vuelven a entrar dos de los rebeldes. El tal Umbral con el subfusil lunar propio de los cazadores y una mujer con una bata blanca sobre ropa de colores chillones. Tiene el pelo oscuro recogido en una coleta alta y se ajusta las gafas para mirarme con atención.

—Lizara Raven, vas a responder a las preguntas de Catarina y más te vale contarnos toda la verdad —dice el rebelde con tono amenazante—. Y tú, saqueador Nil Dilar, vas a quedarte bien callado.

—Déjame a mí, Umbral —pide la científica apartándole con suavidad.

Recorre la distancia que nos separa y se queda a unos centímetros de los barrotes. Hago lo mismo. Saca de un bolsillo dos bolsas de recogida de muestras que reconozco al instante. Trago saliva.

—¿Sabes qué es esto?

—Claro que lo sé, yo misma las he recogido.

Los rebeldes intercambian una mirada.

—¿Y para qué las quieres?

Antes de que me dé tiempo de sopesar la respuesta la puerta vuelve a abrirse y se une a ellos Ventia. Sin embargo, se queda detrás, apoyada en la mesa y con la mirada fija en mí. Siento un escalofrío. Ya lo había sentido antes, cuando me miró por primera vez. Tengo la sensación de conocerla de algo, pero no acierto a adivinar de qué.

Me centro de nuevo en la rebelde llamada Catarina.

—Para elaborar un compuesto que me ayudará a derrocar a Arno.

—¿Qué quieres decir?

—¿A tu padre? —pregunta Umbral por encima de su compañera—. He dicho que nos cuentes la verdad —termina moviendo el arma.

—¿Sabíais que *su padre* ordenó atraparla viva o muerta? —interviene Nil colocándose a mi lado.

El cazador lunar nos mira alternativamente, y termina dirigiéndose al saqueador con una expresión de suficiencia.

—Pues no has hecho muy bien tu trabajo, saqueador.

—Mi trabajo no es perseguir rebeldes.

Umbral abre la boca para replicar, pero Ventia le corta.

—Basta, Umbral. Deja que Catarina continúe. Y tú, Lizara Raven, responde.

Le sostengo la mirada unos instantes. No tengo nada que perder, de hecho, es posible que podamos trabajar juntos, ya que compartimos el mismo objetivo.

—¿Qué sabéis de Arno?

—Nosotros hacemos las preguntas aquí.

Ventia se cruza de brazos.

Me tomo mi tiempo, evaluándolos.

—Os responderé mejor si sé qué información tenéis, pero como queráis.

—¿Qué tienen que ver el nexenol y la voltraxita con derrocar a Arno? —continúa Catarina.

—Si conocéis el Proyecto Selene me ahorraré las explicaciones. —Los rebeldes asienten y continúo—: Arno utilizó mis investigaciones para convertirse en un sujeto más de este proyecto.

Se instaura el silencio en la sala. Ninguno de ellos dice nada, pero me tomo un tiempo para que asimilen lo que acabo de decir.

—¿Y...? —La líder no me da tregua.

—Y así obtuvo ciertas habilidades.

—Sí, ya sabemos lo que está haciendo con los centinelas.

—Los centinelas sufren una mutación controlada que solo aumenta algunas características: fuerza, velocidad, resistencia... Pero lo de Arno es otro nivel. Digamos que ahora tiene poderes.

—¿Como tú?

Me sorprende que la pregunta provenga de Nil.

—Sí. Como yo.

—¿Cómo que poderes? —Umbral suelta una carcajada y me mira con diversión.

—Muéstraselo —dice Nil mirando fijamente al rebelde, desafiante.

No lo dudo. Me molesta la forma en que me están mirando. Me concentro y dos copias mías exactas aparecen al otro lado de los barrotes láser. Los rebeldes se ponen en alerta y la situación se descontrola por un momento. Umbral rodea la muñeca de una copia y esta se derrumba en una nube de polvo.

—Me cago en la aurora —suelta Umbral.

La siguiente cae cuando Ventia, tras observarla unos segundos más, la golpea.

Los tres clavan sus ojos en mí. Los de Catarina me miran asustados. Los de Ventia, intrigados. Los de Umbral, amenazantes.

La líder hace un gesto a los demás y se marchan de la habitación dejándonos solos. Suelto un suspiro y me apoyo en la pared con los ojos cerrados, tratando de controlar los nervios. ¿Conseguiremos salir? De todas mis habilidades no hay ninguna que pueda ayudarnos en esta situación. Solo queda confiar en que de verdad crean que estoy contra Arno... y nos liberen.

31



Nil

> La caída de la luna desencadenó un conjunto de adaptaciones fisiológicas sin precedentes en la especie humana. Entre los fenómenos más significativos se encuentra la identificación de un nuevo sistema hematológico emergente. Este grupo sanguíneo, caracterizado por propiedades bioquímicas e inmunológicas no documentadas antes del impacto lunar, ha sido clasificado como grupo SEL.
> El grupo SEL es un rasgo de herencia recesiva cuya expresión solo emerge en individuos portadores de dos copias del alelo mutado.
>
> Fragmento del libro *Selestara: El mundo tras la caída de la luna*

Izz mantiene la mirada agachada, no sé si por vergüenza o si tan solo está pensativa. Yo no puedo dejar de recordar el momento en que he respondido por ella. No tenía por qué hacerlo. No debí hacerlo. Sigue siendo... ¿Qué? ¿Mi prisionera? ¿Mi deber? Aprieto los puños y desvío la vista. Me parece vulnerable, como si tuviera que protegerla, pero esa no es la razón por la que he saltado, sino porque... Ha sido un impulso. Un maldito impulso que ha salido de lo que hemos vivido juntos. Ahora las cosas han cambiado. Es la hija

del Alto Comisionado. Quiero entender qué está pasando... y algo dentro de mí desea entenderla a ella.

—Entonces... —Rompo el silencio que se ha instaurado entre nosotros—. ¿Tu padre también tiene esos poderes?

Alza la mirada al techo.

—No exactamente. Parece que varían según la persona. Por lo que leí, aparte de la percepción amplificada o la fuerza desarrollada, puede producir, absorber y dirigir la luz, aunque creo que de forma diferente, porque yo hasta ahora solo he conseguido crear los reflejos.

Me quedo pensando en ello. Por lo que han dicho, los centinelas tienen también habilidades. No al nivel de «poderes», pero sí, mejoradas. Y tiene sentido, por lo que pude ver en el enfrentamiento con el monstruo que escapó por Hespéria. Drevan parecía diferente, y no solo porque no me reconociera. Sus rasgos físicos habían cambiado y tuve la sensación de que era más ágil y fuerte. Más que un humano normal.

—Después de haber visto lo que hay ahí fuera y el peligro que supone para la gente, ¿no es normal que Arno esté haciendo todo esto? —Izz me mira horrorizada—. Quiero decir que está mejorando a los soldados para que protejan Iberion. Y vuestros poderes no son malos.

—No se trata de eso. El Proyecto Selene empezó experimentando con pequeños animales y después los usamos más grandes. No supimos que las sustancias lunares afectan también a los humanos hasta que analizamos la sangre de los saqueadores que regresaban de los desiertos. Y Arno empezó a experimentar con ellos sin su consentimiento.

—¿Qué quiere decir «sin su consentimiento»?

—Justamente eso. Los centinelas no son quienes eran. Pierden su humanidad, sus recuerdos, todo lo que han sido en el proceso.

Ahora tiene sentido. ¿Conozco a alguien que sea centinela? ¿A algún familiar que me haya hablado de que hay uno en su familia?

—Pero ¿de dónde salen entonces los centinelas?

—Son saqueadores que regresan infectados. Y la información que se transmite a las familias es que murieron en las misiones o que los destinaron a otro lugar.

Me mareo. Me siento en el banco que tenemos a nuestra espalda intentando ordenar mis pensamientos. Si esto es cierto, Vik puede ser un centinela en cualquier lugar de Iberion o un ratón en ese laboratorio secreto. Perdiendo su identidad en el proceso.

—Esos centinelas son capaces de protegernos de las monstruosidades que hay aquí —musito, dando voz a mis pensamientos.

Me horroriza que use personas para este fin. Sin tener en cuenta quiénes son y sacrificando su humanidad con o sin su consentimiento. Puede que el Alto Comisionado se escude en que lo hace por un bien mayor, pero esto está mal.

—No lo entiendes. Ese suero que Arno les inyecta no afecta igual a todas las personas. El grupo sanguíneo SEL es el que determina si el sujeto desarrollará las habilidades especiales o por el contrario...

—¿Así fue como perdiste a Nyelith?

—Sí. Por mi culpa murió. Por llevar a cabo mi maldita investigación —da un puñetazo en la pared con rabia— y desarrollar el Proyecto Selene.

Intento entenderla. No lo hizo a propósito, pues su objetivo era mejorar la vida de las personas y ayudar a Selestara. Sin embargo, la rabia hace que me tiemblen las piernas. Por su culpa Drevan no sabe quién es, incluso quizá su familia piense que está muerto.

Nosotros lo creímos también de Vik y ahora es posible que sea otro centinela más sin recuerdos de nosotros.

—¿Tú también vas a perder tus recuerdos?

—Es lo más probable —responde con pesar.

—¿Y por qué Arno se pondría algo que le haría olvidar quién es?

Izz se queda pensativa unos instantes, con la mirada perdida en algún punto indeterminado de la celda, sumida en sus pensamientos.

—No lo sé... —contesta al fin, sin devolverme la mirada.

La rabia que siento se mezcla con algo inesperado: compasión. Izz no es mi enemiga. Es la víctima más cercana al monstruo en el que su padre se ha convertido. La mandó capturar como si fuera un error en sus planes, sin importarle acabar con la vida de su propia hija. Me pregunto cuánto tiempo lleva sobreviviendo sin que nadie la vea de verdad.

32



Izz

> El sujeto BETA95, procedente del Desierto Ígneo, mostró signos tempranos de infección. Tras la administración del suero experimental, la mutación progresó de forma acelerada, con pérdida inmediata de funciones cognitivas y comportamiento no controlable. Debido al riesgo operativo y a la inestabilidad del espécimen, se ejecutó el protocolo de eliminación.
>
> Informe clasificado del Proyecto Selene JFDE2

Observo de reojo a Nil. No se ha levantado del banco y permanece en silencio con la cabeza entre las manos. Tiene mucho en lo que pensar. Trago saliva. Ojalá hubiera podido contarle todo y no sentir ahora el nudo de la culpa oprimiéndome el pecho.

Repaso como tantas veces la fórmula en mi cabeza. Me pregunto si no habré empezado ya a olvidar cosas. Pienso en mi abuelo, en el añil de sus ojos. En su voz profunda y en el modo en que alargaba la *z* al llamarme Izz. Suena clara en mi memoria, mas los detalles de su rostro...

La puerta de la sala se abre y por ella entra Alveron, el amigo de Nil. Entra solo y mirando en derredor como si lo que estuviera

haciendo no estuviera bien. Cierra tras de sí despacio y veo verdadera preocupación en sus ojos negros cuando se detienen en Nil, que sigue sin hacer amago de moverse.

—¿Nil? —pregunta acercándose a los barrotes y quedándose a una distancia prudencial de estos.

Me alejo hacia el otro extremo de la celda, dejándoles toda la intimidad que me permite el espacio del que disponemos.

Capto las emociones contradictorias y no sé si pertenecen a Nil o al otro chico, pero al ver el ligero temblor que sacude al saqueador sé que provienen de él. Intento empezar una nueva partida de ajedrez en mi mente, pero mi atención sigue puesta en ellos dos.

—Nil, lo siento, quería contártelo...

Es la segunda vez que alguien de su confianza —pues quiero pensar que yo lo era— le oculta información, y en este caso el dolor es más intenso. Es normal. A mí acababa de conocerme, pero a Alveron...

—Pero la cuestión es que no lo hiciste —responde Nil incorporándose y encarándose con el chico rubio—. Compartí información clasificada contigo. Datos por los que podrían enviarme a Soldrak o condenarme a muerte por traición.

—Yo nunca te traicionaría.

—¿Desde cuándo estás con ellos? Pensaba que estabas formándote para trabajar para el Gobierno.

—Ahí no te he mentido, trabajo para el Gobierno y, por ello, también con los rebeldes.

—No has contestado a mi pregunta.

—Desde que me colé por error en una incursión rebelde y Flavia me pilló. Creo que era cuando tenía trece o catorce años. —Se revuelve el pelo y se queda pensativo unos instantes—. Sí, porque estaba buscando la manera de piratear un juego del UTP y me

encontré con un cortafuegos muy extraño. ¡Ah! Era el Evil Monster que salió cuando cumplí catorce. Pues desde entonces; hace doce años que estoy con ellos.

—¿Doce años? ¿Cómo...?

—No te quiero ofender, pero no eres muy suspicaz —bromea Alveron intentando rebajar la tensión que hay entre ellos.

—No es momento para tus gracias, Alveron.

Nil aprieta los puños y da un paso hacia atrás. Levanta la cabeza al techo unos instantes y niega varias veces antes de volver la vista hacia su amigo.

—Oye, voy a intentar sacarte de aquí...

—Sacarnos de aquí.

Su corrección hace que me dé un vuelco el corazón y el calor acude inexplicablemente a mi rostro. Me esfuerzo en no dirigir la mirada hacia ellos, mas no lo consigo. Alveron se fija en mí de nuevo y sus ojos oscuros brillan de una forma que no logro descifrar. ¿Qué más ocultará para proteger a su amigo?

Antes de que el rebelde pueda añadir nada, la puerta vuelve a abrirse y entran el resto de los rebeldes.

Ventia va la primera y le lanza una mirada de reproche a Alveron que da a entender que se ha escabullido para entrar aquí. Me fijo en la líder, intentando averiguar por qué me resulta tan familiar. Trago saliva. La piel de un tono bronce. Los ojos color miel. La cicatriz grande que atraviesa su rostro y el cabello ocre. Me mira unos segundos mientras su equipo se dispone frente a los barrotes láser. Catarina, la científica; Umbral, el hombre de la mano robótica; la chica de pelo naranja y el cazador lunar de Nevrast. Forman un equipo particular.

—¿Qué más tenemos que saber acerca de tus... habilidades? —pregunta Catarina, dando dos pasos hacia los barrotes.

—Antes de seguir interrogándola —dice la líder con una voz grave que se impone sobre las demás sin necesidad de que alce la voz—, pongamos las cartas sobre la mesa.

Se gira hacia los barrotes. Hacia mí. Si no fuera porque no puede ser cierto, juraría que me está mirando con cariño. Ventia sigue hablando sin apartar la mirada:

—No estamos aquí para dejar a nadie encerrado. Pero tampoco vamos a abrir la celda sin garantías.

—¿Qué es lo que quieres? —pregunta Nil.

—Dadas las circunstancias, me gustaría saber de qué lado estás ahora, saqueador lunar.

Un silencio sigue a las palabras de Ventia. Nil no contesta de inmediato, sino que permanece unos segundos pensativo.

—No estoy con vosotros... —hace una pausa como pensando lo que decir a continuación y clava sus ojos en la líder—, pero tampoco con quien ha traicionado lo que decía defender.

Un breve aplauso metálico resuena en la estancia.

—Me vale —interviene Umbral—. Me cae bien tu amigo, programitas. Vamos contigo, princesita —se dirige a mí, pero su mirada está fija en mi brazo mutado.

El rebelde me cae mal de inmediato y tengo que hacer acopio de todo mi autocontrol para no parecer hostil. Cojo aire y alzo la barbilla.

—Creo que el hecho de que haya traicionado a mi padre es suficiente prueba de que no estoy de su lado.

—¿Eso crees? He visto trucos muy sofisticados viniendo de los comisionados. ¿Quién nos dice que esto no es un complot de Arno y su hijita para capturar al fin a los rebeldes? —dice la chica de pelo naranja.

—Bien visto, cortafuegos —aprueba Umbral.

—Te he dicho miles de veces que me llamo Flavia.

—Mandó que me capturaran viva o muerta. Y estaría muerta de no ser por... —miro de soslayo al saqueador antes de continuar— Nil.

—Punto para Nil —dice Alveron.

Ventia se lleva los dedos al puente de la nariz y se adelanta al resto de rebeldes.

—Lizara, si te sacamos de aquí, ¿compartirás todo lo que sabes con nosotros y nos ayudarás a derrocar a Arno?

—¿Y cómo sé que puedo fiarme de vosotros?

La líder sonríe con cierto brillo de orgullo, que se apresura a ocultar antes de lanzar una mirada suspicaz a Umbral, que asiente despacio.

—No somos héroes. Nacimos porque Arno tomó Iberion tras el asesinato de Eubea Landina. Él fue quien lo ordenó. La rebelión nació hace doce años en Iberion para derrocar a Arno Raven. Amazora llegó después. Descubrieron lo que su propio Gobierno estaba firmando a espaldas de todos. Cuando la verdad empezó a filtrarse, algunos amazorianos entendieron que estaban colaborando con un monstruo y decidieron dejar de ser cómplices. Y también llegó Nevrast. Su Gobierno hizo un pacto secreto con Arno. Él no cruza sus fronteras y ellos no intervienen. No son verdugos, pero tampoco detienen la mano que sostiene el arma.

»Tres pueblos distintos, tres historias distintas, un mismo enemigo. Desde entonces hemos trabajado juntos, perdiendo gente, perdiendo recursos, pero nunca perdiendo el objetivo. Así que cuando te pedimos que compartas lo que sabes, no es por capricho. Es porque cada dato, cada aliado y cada decisión puede marcar la diferencia entre detener a Arno o dejar que arrastre a toda Selestara con él.

»No te estoy pidiendo que te unas. Solo quiero que entiendas quiénes somos. Los que no aceptan que el poder se construya sobre muertes y engaños. Los que no pueden dormir sabiendo lo que Arno llama progreso. Los que mostrarán al mundo la verdad y no permitirán que los gobiernos sigan destruyendo lo que hemos construido desde la caída de la luna.

Pienso en todo lo que ha dicho. No sabía de la existencia de los rebeldes hasta que me tacharon de una, y ni siquiera en ese momento tuve la certeza de que de verdad existiera un movimiento contra los gobiernos. Arno ha sabido mantenerme al margen de todo lo concerniente al suyo.

—Creía que había sido cosa de Nevrast la muerte de la anterior Alta Comisionada. ¿Qué tuvo que ver Arno? —inquiere Nil.

—Arno lo orquestó todo con su equipo, abriendo las puertas a Nevrast para ello. —Ventia escupe las palabras con rabia y percibo su dolor—. Así fue como subió al poder. Y se ganó al pueblo de Iberion fingiendo honestidad y lealtad. Llevó energía al núcleo para acabar con las revueltas, para tenerlos a todos contentos y, sobre todo, más controlados. Ordenó asesinar y encerrar en Soldrak a todos aquellos que descubrieron sus mentiras y quisieron hablar, y nos culpó a los rebeldes de esos crímenes.

—Joder —musita el saqueador.

—¿Amazora y Nevrast saben lo que está haciendo Arno? —pregunto con la esperanza de haber entendido mal.

—Amazora experimenta también. Tienen un acuerdo muy interesante. Comparten ratones de laboratorio e información sobre sus investigaciones —explica Umbral.

—Y Nevrast firmó un acuerdo para no meterse en sus asuntos a cambio de recursos y energía —afirma el único rebelde al que no habíamos escuchado hablar todavía.

Me horroriza lo que acabo de descubrir. Las tres naciones no solo han sido conscientes, sino que han contribuido de alguna forma a este despropósito. Intercambio una mirada con Catarina, la científica amazoriana, y me pregunto si también habrá tenido que trabajar mutando a personas.

—¿Y bien, Lizara? ¿Podemos contar contigo? —Ventia vuelve a mirarme de esa forma que no sé descifrar.

—Os contaré todo lo que sé y os ayudaré a destruir a Arno —afirmo con rotundidad.

33



Nil

> El treinta de octubre es el único día en el que el cielo se oscurece como si se hiciera de noche. Por esto, ese día se conmemora la caída de la luna con el Apagón de Hespéria. En su memoria, se reinicia el pulso energético de la ciudad —se purga la red para evitar sobrecargas, se estabilizan los flujos y se sincronizan los núcleos de energía que mantienen viva la ciudad—. Todas las luces se apagan y la gente sale a la calle a contemplar la aurora verde. El silencio es total en la ciudad. Tan solo se recuerda a los que ya no están con nosotros. Los que lograron que hoy continuemos avanzando.
> Cuando vuelve la energía, se aplaude y se felicitan unos a otros por estar aquí y por seguir construyendo un mundo mejor.
>
> Fragmento del *Selestara: El mundo tras la caída de la luna*

Umbral y su compañero cazador esperan a que Ventia les haga un gesto afirmativo. El primero se acerca a un terminal que hay a un lado de la celda y pasa su ordenador de muñeca. Al momento, los barrotes láser desaparecen, dejándonos libres.

Alveron se acerca a nosotros con nuestras unidades y nos las tiende.

—Mientras estéis bajo mis dominios —añade con ironía—, eso no será más que un vulgar reloj.

Mi amigo me estrecha la mano, pero aparto rápidamente el contacto. Frunce los labios sin decir nada, con la súplica reflejada en su mirada. Tenemos una conversación pendiente.

Nos conducen fuera de la celda y recorremos un pasillo de cemento y metal que desemboca en una amplia sala con sofás, sillones, mesas bajas y un surtidor de agua al que me lanzo sin pedir permiso, dándome cuenta de repente de la sed que tengo. Izz sigue mis pasos y bebe con timidez. Los rebeldes rodean una mesa alta de metal con un ordenador holográfico sobre ella que ahora muestra el mapa de Selestara. A un movimiento de Ventia, la imagen cambia y nos muestra los mismos informes clasificados que vi en el ordenador de muñeca de Izz y que no pude leer porque tenían contraseña. Aquí no parecen tenerla y ya me imagino quién habrá sido el responsable. Miro de reojo a Alveron que se hace a un lado para que me coloque junto a él en una invitación silenciosa. Lo hago tras rellenar por tercera vez el vaso y dirijo una mirada a Izz, que acompaña mis pasos hasta situarse entre Catarina y Flavia.

—Octavius ha estado revisando la agenda de Arno —dice la líder refiriéndose al cazador compañero de Umbral mientras sigue pasando documentos hasta llegar a lo que parece ser una agenda—. Encontró este código que no hemos sabido descifrar.

En el treinta de octubre está escrito: «16.19-66». No hay nada más. Ni letras, ni ningún símbolo. Me acerco un poco más.

—¿Unas coordenadas, tal vez? —Aunque no me lo parecen, pero... ¿Qué otra cosa puede ser?

—Fue una de nuestras opciones, sin embargo, no existen estas coordenadas —niega Octavius—. También valoramos que fuera alguna fecha importante e incluso una dirección, pero nada encaja.

—Alveron y yo investigamos por si se trataba de algún código de seguridad o algún informe clasificado, también sin éxito —comenta Flavia.

—¿Se te ocurre algo, Lizara?

Me resulta extraño llamar así a Izz. Para mí sigue siendo Izz o destructora de colosos de hielo.

Ventia y los demás dirigen sus ojos a Izz, que mira los números con la mirada perdida, como suele hacer cuando está concentrada.

—¿Tenéis algo donde apuntarlo? —pregunta ella.

Le dejan un papel y un bolígrafo y ella escribe los números. Luego se dirige a una de las mesas bajas donde empieza a garabatear sin prestarnos demasiada atención. Los rebeldes prefieren proseguir y la líder vuelve a navegar por los informes. Presto toda mi atención buscando... ¿qué?

—Perdemos el tiempo —interviene Alveron revolviéndose el pelo —. Seguramente esos números no son importantes. Es el Día del Apagón, puede tener citas protocolarias o cualquier asunto de Altos Comisionados.

Ventia detiene la navegación de la pantalla holográfica y clava los ojos en Izz, que sigue garabateando ajena a nosotros.

—¿Otra vez con eso, programitas? —se queja Umbral con hastío.

—Si Arno ha apuntado esos números precisamente ese día tiene que ser algo importante —afirma Ventia.

—No tiene por qué. Tú en tu agenda personal puedes escribir hasta cuándo vas a ir a cortarte el pelo —insiste el *hacker*.

—Alveron, cállate —tercia Flavia.

Mientras los escucho, leo el informe que flota ante mis ojos.

«Los centinelas forman un cuerpo de élite capaz de mantener la seguridad de Iberion. Son saqueadores seleccionados para entrar en el Proyecto Selene tras un análisis exhaustivo. Se les administra una

dosis controlada de suero lunar y se les implanta un chip para mantenerlos bajo control. A sus familias se les notifica su muerte, de manera que no queda quien los reclame, ni nombre que conservar. Solo el número que reciben al despertar».

—¿Qué es eso del chip? —pregunto.

—Arno diseñó unos microchips que inserta en el cerebro de los centinelas para mantenerlos bajo su control. Eso les quita la memoria y su capacidad de raciocinio. No distinguen el bien del mal, tan solo acatan las órdenes de Arno —explica Catarina.

—¿Es Arno quien les hace perder sus recuerdos? ¿No es a causa del suero lunar? —inquiere Izz desde su posición.

Sé lo que está pensando. Ella cree que a causa de la mutación iba a perder parte de sí misma. Si esto es cierto ese efecto secundario no le afectará.

—Uno de nuestros reclutas era un centinela que capturamos para conseguir información. No se acordaba de nada. Pero gracias a Catarina, que descubrió que tenía un chip y se lo extrajo, pudimos averiguar bastantes cosas. Y él recuperó sus recuerdos y decidió unirse a nosotros —informa Ventia.

Veo el brillo de esperanza en los ojos de Izz, antes de volver a lo que estaba haciendo. Y yo no puedo evitar preguntar:

—¿Cómo se llama ese... recluta?

—Percy.

«Joder».

Por un momento había pensado que quizá...

«Vik».

—¡Por todas las auroras!

Izz vuelve con nosotros con expresión alarmada. Centramos la atención en ella dejando a un lado el tema de los centinelas.

—Son siglas.

—¿Siglas? —repite Octavius entrecerrando los ojos.

—Mi abuelo me enseñó a usar los números en lugar de las letras cuando quisiera ocultar información, pero necesitara apuntarla en alguna parte que otros pudieran leer. Si sustituimos los números por letras queda FFPS.

—¿Y eso qué puede...?

Los ojos de Ventia se abren desmesuradamente al comprender su significado al mismo tiempo que yo y decimos a la vez:

—Fase Final del Proyecto Selene.

—¿Y cuál es la fase final del Proyecto Selene? —se adelanta Catarina.

Izz traga saliva y agacha la cabeza.

—No lo sé... Pero teniendo en cuenta los poderes de Arno... Fuerza, velocidad, producir, absorber y dirigir la luz —repasa más para sí que para nosotros—, percepción amplificada...

Ventia vuelve a navegar a través de los informes clasificados hasta dar con uno donde se mencionan esas mismas habilidades, pero no veo el nombre de Arno Raven. Tan solo «SXPS 253». La líder subraya con el dedo una habilidad concreta y la lee en voz alta:

—«Absorber y dirigir la luz».

—¿Es lo que pretende hacer el Día del Apagón? —No termino de entender la gravedad de la situación, sin embargo, sus expresiones no auguran nada bueno.

—Si es lo que quiere hacer puede provocar en sí mismo una sobrecarga lumínica —comenta la científica.

—Desatando una bomba de luz en Hespéria y gran parte de Iberion —continúa Flavia—, que provocaría una caída masiva de la red energética, dejando fuera de servicio sistemas, comunicaciones y cualquier dispositivo dependiente de electricidad en toda la zona.

—Vamos a calmarnos —interviene Alveron—, ¿no estamos suponiendo demasiado?

—¿Todo eso qué quiere decir? —pregunto ignorando la intervención de Alveron.

Izz se mira las manos y responde adelantándose a la pelirroja:

—Que si no lo controla puede tener un efecto devastador. Yo misma traté de usar una habilidad así, absorbí energía y luego la canalicé, pero no supe controlarla. Si Arno pretende hacerlo a gran escala...

Clavamos los ojos en ella, que continúa mirándose las manos, que gira a la altura de sus ojos una y otra vez.

—Así es, la energía que se libera en un pulso como ese tendría consecuencias impredecibles, y más si no puede controlarlo —continúa Flavia—, pero lo que es seguro es que derribaría a cualquiera en un radio amplio, podría causar paros cardíacos en personas cercanas, reventar tímpanos y producir hemorragias internas letales por la presión.

—Vamos, que la ciudad del fragmento se convertiría en la ciudad de los muertos —replica Umbral.

—Joder. —Es lo único que sale de mis labios.

—¿De verdad creéis que Arno ha querido llegar a ser Alto Comisionado para cargarse Hespéria? —insiste Alveron.

—Tal vez no sea ese su objetivo —Ventia vuelve a tener los dedos en el puente de la nariz—, pero sí lo que sucederá si hace uso de su poder.

—Obviamente, ese no es el fin. Quiere terminar el Proyecto Selene, aunque desconozco cómo —dice Izz, pensativa. Casi puedo escuchar el debate que se libra en su interior. Suelta un gruñido desesperado—. No se me ocurre cuál puede ser esa fase final, si

tiene que ver con crear más centinelas o... —Suspira y mira a Ventia —. Lo que sí sé es cómo detenerle.

34



Izz

> ALFA032 reacciona bien al suero. Su cuerpo ha cambiado. Se ha vuelto más fuerte y la mutación no afecta por el momento a su conciencia. Se observan anomalías en algunos aspectos de su comportamiento. Aislamos en LP para estudio de su evolución.
>
> Informe clasificado del Proyecto Selene 0982A

Tras explicarles que sé cómo elaborar una especie de antídoto que le quitaría los poderes a Arno, los rebeldes se miran entre sí, aunque es Catarina la que se dirige a mí con gesto resolutivo:

—Podrías desarrollarlo en nuestro laboratorio.

—No sé... Necesito unas condiciones muy precisas. ¿Tenéis sala sellada?

Catarina aprieta los labios y niega con la cabeza con un gesto de fastidio.

—No, pero...

—No. Tengo que usar nexenol, que es una sustancia demasiado inestable como para arriesgarnos a hacerlo en un entorno no adecuado.

Ventia nos observa sin pronunciar palabra, trazando círculos con el dedo sobre la mesa, en un gesto distraído.

—¿Por eso el objetivo es el laboratorio polar? —interviene Nil.

—Sí —respondo de inmediato.

—Pues estamos jodidos —suelta Umbral.

Ventia deja escapar un suspiro largo y me mira durante varios segundos.

—¿Has intentado entrar en el laboratorio polar?

—He estado cerca.

—Entonces, no sabes lo que lo custodia —murmura Umbral haciendo crujir su mano robótica.

—No he dicho eso —le rebato, alzando la barbilla.

—Hay un monstruo sin nombre imposible de derrotar. Una de las bestias de *tu padre.* —De nuevo, Umbral escupe las palabras con rabia—. La última vez que intentamos entrar perdimos a la mitad de mi batallón.

—No volveré a poner a mis hombres en peligro —asegura la líder con rotundidad.

—Yo sé cómo burlar a la bestia —afirmo sin dudar.

La líder alza una ceja, pero una media sonrisa estira sus labios en una expresión lobuna.

—¿Tienes algún as en la manga?

—Algo así.

Ella se encoge de hombros. Antes de que pueda darme una respuesta suena un pitido insistente en su UTP. Comprueba el terminal con expresión grave y vuelve a dirigirse a mí:

—Devolvedles sus pertenencias. Aprovechad este rato para comer algo y descansar.

Hace un gesto a su gente y se apartan de nosotros. Empieza a dar órdenes y todos se movilizan enseguida, haciendo que me pregunte

qué ha pasado y si tiene que ver con Arno. Deja con nosotros a Alveron y a Catarina.

Los rebeldes están mejor organizados de lo que pensaba. Su base es subterránea, sin embargo, está bien abastecida, y me hace sospechar que es uno de los primeros refugios que se establecieron tras la caída de la luna. Hubo pueblos que no acudieron a la franja habitable, poblaciones enteras que creyeron que podrían sobrevivir. La mayoría murieron, pero este lugar, aunque mejorado, tiene pinta de ser uno de esos primeros lugares.

Las paredes tienen revestimiento metálico, las luces son frías y se encienden tras un leve parpadeo. No sé cómo consiguen la energía, no creo que tengan la tecnología suficiente para sacarla de algún tipo de fragmento, mas no puedo saberlo.

Nos guían por un pasillo estrecho que da a una puerta de cierres metálicos que Catarina abre invitándonos a entrar. Es un comedor con una pequeña cocina con todo lo necesario. La científica se afana en preparar algo mientras su compañero nos hace sentar. Nil y yo nos colocamos uno frente al otro y Alveron decide colocarse junto a mí, no sé si por guardar un poco las distancias con su amigo o para poder tenerle cara a cara.

—Hoy vais a probar las aves del abismo rellenas de insectos de escarcha, ¡mi especialidad! Os vais a chupar los dedos.

Arrugo la nariz al escuchar lo de los insectos, dudando de esa afirmación. ¿En serio? ¿Insectos? Tengo que recordarme dónde estoy y con quién estoy. Yo misma he tenido que alimentarme de unas raíces amargas con un regusto nada agradable.

Recuerdo las comidas del abuelo. Solían ser sencillas ya que la cocina no era su fuerte, hasta que crecí lo suficiente para aprender y ayudarle. Juntos hasta inventamos algunos platos deliciosos que

echo de menos. Arno siempre se mostró indiferente ante los nuevos sabores, pero no me importaba.

Catarina coloca delante de nosotros bandejas con una carne blancuzca nada apetecible, sin embargo, para mi sorpresa, huele bien. Tanto que me rugen las tripas. Al recordar los insectos se me cierra el estómago de nuevo y cojo un tenedor, moviendo la carne con desconfianza.

Nil con menos recatos corta un trozo de su porción y se lo mete en la boca sin darme tiempo a ver el relleno. Lo saborea y se le abren mucho los ojos.

—Joder, esto está buenísimo.

Le miro escéptica, fijándome en el relleno. No parecen bichos. Tienen un color agrisado asqueroso y se deslizan sobre el resto de la carne con una viscosidad que me repugna. El saqueador sigue devorando su porción y mira con ojos brillantes mi bandeja.

—¿Te vas a comer eso? —pregunta estirando la mano ya hacia mi comida.

—Todavía no lo he decidido.

—Pues vete decidiendo rápido, porque Nil no es famoso por su paciencia. Sobre todo cuando se trata de comida.

—Tranquilos, hay más. —Catarina sirve otra ración con el mismo aspecto asqueroso y se sienta junto al saqueador.

Sigo debatiéndome unos minutos más cuando de repente suena el UTP de Alveron y este comprueba con fastidio el mensaje de Ventia.

—Tenemos trabajo, Cata.

Sin decir nada más, ambos se levantan y nos dejan solos en el comedor.

—Dale una oportunidad a ese pájaro paliducho. Está bueno, te lo prometo. —Detiene el tenedor a medio camino de su boca.

—El problema no es la carne de ave, sino los bichos.

—Piensa que es alguna salsa.

Trago saliva.

—Las salsas que yo conozco no tienen este aspecto.

—Olvidaba el lugar en el que te habías criado.

No lo dice con desprecio, sino con naturalidad, como si acabara de ser consciente del abismo que nos separa.

—Si quieres sobrevivir en el núcleo tienes que comer auténticas bazofias. Como la sopa de musgo... —Hace una mueca de asco.

Ignoraba su procedencia. El abismo se hace aún más grande.

—¿Naciste en el núcleo?

—Sí, pero cuando tenía trece años mi hermano entró en la Academia de Saqueadores Lunares y nos mudamos al quinto anillo.

Me quedo en silencio. Sé que el recuerdo de su hermano es doloroso y quiero darle el espacio que me parece que necesita, por si quiere añadir algo. No lo hace, pero sí detecto que la mirada se le ensombrece y se me encoge el corazón.

—¿Cómo es vivir en el núcleo? —pregunto tras unos instantes en silencio.

Cojo una porción en el tenedor y la observo mientras él toma aire.

—Una mierda, la verdad. —Suelta una risa carente de humor antes de volver a su semblante serio—. La energía diaria apenas nos daba para hacer las cosas más básicas. Compartíamos los litros de agua para poder beber una cantidad suficiente. En más de una ocasión teníamos que conformarnos con una higiene escasa. Y la comida..., un asco, como te digo. La sopa de musgo. La llovizna constante. Y aun así recuerdo mi infancia con cariño. Mis padres siempre se preocuparon de que no nos faltara de nada a mi hermano y a mí. Y Vik... Vik era el mejor hermano de Selestara.

Suspira y se lleva la mano al pecho, donde acaricia el colgante con el anillo y bajo el cual sé que está el tatuaje que compartía con su

hermano.

—¿Y cómo es convertirse en la científica más brillante de Iberion con tan solo...?

—Es complicado. Desde niña me obsesioné con querer conocer todos los secretos de la luna. Me encantaba, pero tuve que renunciar a pasar tiempo con mi abuelo, a nuestras partidas de ajedrez, a las tardes de lectura y repostería... —Por un momento, me pierdo entre los recuerdos de mi niñez; en las risas del abuelo y su olor a café y sirope de calabaza. Siento la mirada paciente de Nil, esperando que continúe, deseando que lo haga, mi percepción me lo dice. Sin embargo, no voy a compartir con él algo que solo nos pertenece al abuelo y a mí—. Tenía doce cuando entré a trabajar en el laboratorio.

—¿Y de eso hace...?

Tan insistente como siempre. Me guardo la sonrisa que está a punto de escapar de mis labios.

—Tengo diecinueve, saqueadorucho.

Intento deducir su edad. Parece algo mayor que yo, pero tampoco demasiado. Dice que se unió a los saqueadores cuando su hermano murió. Y la instrucción dura seis años...

—¿Te la vas a jugar o no? ¿Cuántos me pones?

Me sonrojo al instante al darme cuenta del escrutinio al que le he sometido.

—Pues... ¿treinta? —digo con toda la seriedad de la que soy capaz.

Su expresión de desconcierto merece la pena.

—¿Treinta? ¿En serio? ¿Tan desmejorado me ves?

—Créeme, he sido generosa. En realidad, aparentas más —respondo, y se me escapa la risa.

Me tira un insecto del relleno y me aparto con un chillido. Me incorporo tan deprisa que la silla se cae a mi espalda.

—¡Eh! ¡Eso es de mala educación! ¿No te han enseñado que con la comida no se juega?

—La verdad es que no. —Vuelve a lanzar otro bicho que cae en una masa viscosa en un lateral de mi bandeja.

Si había alguna mínima posibilidad de que probase esa comida de dudoso aspecto, ha desaparecido.

—Venga, dime, saqueadorucho, ¿cuántos años tienes?

Nil recupera esa sonrisa que hace que me entre calor en todo el cuerpo. Levanto la silla y me siento otra vez, mirándole con interés.

—¿Quieres saber la edad oficial o la no oficial?

—¿Perdón?

—Veintitrés, pero para Iberion tengo ya veinticuatro desde febrero.

—¿Y cuándo los cumples en realidad?

—El once de noviembre. ¿Cuándo es el tuyo?

—El veintitrés de abril.

—¿Y cómo suele celebrarlo la gente de las altas esferas? —pregunta tras terminarse el plato. Se cruza de brazos y se echa un poco hacia atrás.

Recuerdo mis cumpleaños. Esperando a Arno, pero con la única compañía de mi abuelo. Solíamos cocinar tartas de higo y jugar al ajedrez. Más adelante, cuando fui haciéndome mayor..., los pasaba encerrada en el laboratorio, pero Arno tampoco se acordaba. Nunca me felicitó más allá de cuando, al cumplir doce, me llevó por primera vez allí. Ahora lo recuerdo como una prisión.

—Lo siento, Izz...

Aparto el plato y me levanto. Doy unos pasos para alejarme de la mesa y de su mirada de lástima y empiezo a hablar:

—Desde bien pequeña mostré aptitudes para las ciencias. Mi padr... Arno contrató maestros que me enseñaban en casa no solo lo básico que se enseña en la escuela, sino temas más avanzados y específicos. Decía que yo era un prodigio y que había que hacerme brillar. —Sonrío con tristeza—. El día que cumplí los doce años me felicitó por primera vez, pero no por cumplir años, sino porque había terminado mi instrucción con el éxito esperado y ya podía pasar a la siguiente fase: el laboratorio. —Me detengo a mirar el techo unos instantes con los ojos brillantes—. Al principio estuve a cargo de otros científicos, sin embargo, no tardé en superarlos y convertirme en la jefa del Departamento de Selenoingeniería Biológica. Descubrí que algunos elementos que solo se encuentran en los fragmentos de la luna tienen propiedades que pueden sernos de utilidad, mejorar Selestara. Por eso empecé a investigar y experimentar al principio con plantas, luego con animales. Así surgió el Proyecto Selene. O, al menos, lo que yo creía que era el Proyecto Selene. —Me tiembla la voz al terminar.

Nil se levanta y se acerca despacio, como si temiera que cualquier movimiento brusco fuera a hacerme huir.

—No me puedo imaginar cómo es pasar una infancia así. Mis cumpleaños siempre han sido con risas, dulces y la emoción de abrir regalos. Aunque solo fueran baratijas, tenían un gran valor. Tú, en cambio... —Se queda callado y da otro paso, acortando la distancia entre nosotros, no me aparto—. Gracias por contármelo.

Está muy cerca. Demasiado. O quizá no lo suficiente.

—Has tenido un padre que no era un padre y a pesar de ello conseguiste salir adelante.

—No echo de menos lo que nunca he tenido —afirmo con rotundidad.

—Te crio para sus fines. Es injusto. Quiso convertirte en su instrumento y tú conseguiste brillar, pero no porque él quisiera que lo hicieras, sino porque tú eres... —se acerca todavía más, hasta que puedo sentir su aliento en mis labios— brillante.

Me quedo en silencio unos instantes. Trago saliva y me concentro en sus ojos azules que me envuelven. Apenas me toca, pero su contacto me quema. Doy un paso hacia él sin pensarlo. O quizá sí. Quizá necesitaba que alguien me mirase del modo en que él lo está haciendo. Como si fuera todo lo que desea. Su frente roza la mía. Un contacto suave. Veo cómo se contiene, los dedos acarician mi cintura y sé que me está dejando elegir. Puedo acercarme o puedo alejarme.

Y me acerco.

Mis labios encuentran los suyos en un beso lento, tímido, como si ambos temiéramos romper algo frágil. Pero no nos rompemos. Nos encendemos. Y por primera vez en mucho tiempo siento que no estoy sola.

35



Nil

> Los autodenominados «rebeldes» no son más que un grupo criminal que actúa al margen del Gobierno. Se infiltran en zonas restringidas, sabotean instalaciones y difunden información falsa para sembrar el pánico entre la población. No responden a ninguna autoridad legítima, y sus acciones ponen en peligro a toda la sociedad.
>
> Informe interno del Gobierno de Iberion

La puerta se abre con estrépito y Catarina se queda unos segundos quieta mirándonos. Nos hemos separado deprisa, pero creo que no lo suficiente como para que la científica no nos haya visto. No hace comentario alguno, aunque tampoco tiene ocasión, ya que poco tiempo después entran el resto de los rebeldes, Alveron incluido.

—Espero que hayáis aprovechado para reponer fuerzas —dice la líder, tomando asiento en un extremo de la mesa.

Izz, sin mirarme a los ojos, se lleva el plato que no se ha comido y lo deposita en la pequeña cocina. Yo no despego los ojos de ella, recordando su sabor. Deseando probarla más. Carraspeo y me doy

cuenta de la mirada perspicaz que me dedica Catarina, que se sienta junto a Umbral.

—No es la primera vez que intentamos acceder al laboratorio polar. Cuando descubrimos su existencia, fue uno de nuestros primeros objetivos —explica Flavia pulsando su ordenador de muñeca y alzando frente a nosotros un mapa holográfico del Desierto Polar, donde hay un punto marcado con una X—. No es un lugar fácil de encontrar. A simple vista parece un edificio pequeño, incapaz de albergar unas instalaciones tan sofisticadas.

La imagen del holograma cambia y nos sitúa en medio de un cementerio antiguo cubierto de hielo. Tumbas en la tierra y mausoleos familiares. La imagen está centrada en uno que no se vería a simple vista, pero sí destaca cuando sabes dónde mirar. Circular. Pequeño. Achico los ojos para examinarlo mejor. A sus pies hay una grieta ínfima, como si el suelo se estuviera resquebrajando, nada extraño en el Desierto Polar.

—El muy capullo hizo un laboratorio subterráneo —apunta Umbral señalando la imagen— y lo protegió con lo que sean esos bichos infernales. Quizá tú, Lizara Raven —hace hincapié en el apellido, recalcando su procedencia—, puedas decirnos algo más de la naturaleza de esas cosas.

—La mayoría de los que vi cuando estuve cerca eran animales mutados.

De nuevo, a un toque de Flavia aparecen unos monstruos que no reconozco. Mutaciones siniestras que rodean el lugar. Al fondo, cuando ella amplía la imagen, se ve una última criatura bípeda.

—¿Y qué sabes del grande? —pregunta Ventia tamborileando con los dedos.

—Tan solo lo que sale en los informes. —Al ver las caras de los demás doy por sentado que soy el único que no sabe de qué está

hablando, ya que no he leído esos informes—. Es un disforme congelado de grado diez. Es decir, que ha alcanzado la última fase de la mutación y por tanto no es fácil enfrentarse a él.

Izz se muerde el labio después de esa afirmación y se queda con la mirada perdida, pensativa, quizá intentando recordar algo más. No dice nada. El holograma cambia y nos muestra a la bestia despedazando literalmente a unos rebeldes. Izz desvía la mirada y veo sus ojos húmedos. Yo sigo mirando la pantalla, analizando en lo que puedo al monstruo. Enorme, con bultos en la cabeza y una musculatura sobrenatural. La grabación desaparece y el comedor vuelve a quedarse vacío.

—Si sabes tan poco de él, ¿cómo cojones vas a burlarlo? —pregunta Umbral clavando los ojos en Izz.

—Tengo un plan.

Espero que no sea enfrentarse sola a un bicho que parece salido de una pesadilla. No pienso dejarla. Nos enfrentaremos juntos a lo que cojones sea el guardián del laboratorio y cumpliremos la misión.

—Tendrás que ser un poco más específica, princesita.

Izz fulmina a Umbral con la mirada, pero ignora el apelativo burlón. Se limita a alzar la barbilla en ese gesto tan suyo —y que solo anima al soldado a repetirlo— y responde con voz firme:

—Compartirlo con vosotros pondría en riesgo la viabilidad del plan.

—Y no compartirlo me dará motivos para ser creativo. —Se cruje los nudillos y doy un paso hacia él con gesto amenazante.

Sin embargo, Ventia se adelanta a mis palabras con un brazo en el pecho de Umbral.

—Quieto, fiera —le dice con autoridad—. Entiendo tu reticencia a contárnoslo, Lizara, pero ahora tenemos un objetivo común. Estamos contigo y tú con nosotros. Si nos haces parte del plan, sabremos cómo ayudarte.

—No pretendo ofenderos, pero las probabilidades de éxito ya son escasas y se reducirán todavía más si os hago partícipes.

—¿Cómo pretendes que confiemos en ti entonces? —se queja Flavia, irritada.

—Está bien. A ver de lo que eres capaz —la corta Ventia.

—¿Y ya está? ¿Vamos a confiar en ella sin más? —pregunta Alveron revolviéndose el pelo.

—No. No sin más. La confianza no es un regalo, es un pacto. Nosotros te respaldaremos con tu plan, sea cual sea; a cambio, esperamos la misma lealtad.

—Y más te vale que no sea una artimaña, porque entre los nuestros la traición tiene un alto precio. Y tú, princesita, sigues en búsqueda y captura. A tu padre no le importará si la entrega es en forma de fiambre. Y a mí, menos.

La mirada que le dedica Ventia es suficiente para que el rebelde guarde silencio, pero no para que siga mirando de ese modo que no me gusta un pelo a Izz.

—Flavia y Catarina entrarán contigo en el laboratorio. —La líder retoma el plan—. Estaremos en la retaguardia...

—Yo también —digo con voz firme.

—¿Tú también qué?

Alveron resopla desde su posición y le lanzo una mirada fugaz en la que me da tiempo a ver la alarma en sus ojos.

—Yo también lucharé contra el bicho. Al lado de Izz.

—Vaya, guaperas, ¿tantas ganas tienes de morir? —Umbral chasquea la lengua con diversión—. Estás como una cabra.

—Soy un saqueador lunar. Me enfrento a esas cosas.

—¡Y una mierda! Ese bicho...

—Está bien —interviene Ventia—. Umbral, Octavius y los demás nos quedaremos en la retaguardia ocupándonos de las mutaciones

más pequeñas que hay alrededor. Flavia y Catarina os acompañarán al laboratorio una vez que os hayáis deshecho del disforme. —Nos mira a Izz y a mí—. Sin embargo, os enfrentaréis solos a él. Ninguno de mis reclutas va a intervenir si la situación se os descontrola.

La forma en que lo dice me deja sin aliento. ¿De qué clase de criatura están hablando si toda esta gente armada no ha podido con él? Respiro hondo y miro a Izz con preocupación. Sí, tiene habilidades imposibles y un brazo mutado, pero no tiene formación militar de ningún tipo. La he visto paralizarse por el miedo. No sé si está preparada para lo que viene, lo que sí sé es que no voy a abandonarla.

—¿Os habéis olvidado de mí o...? —pregunta Alveron rascándose la sien.

—Nada de eso. Tú serás mi apoyo desde la base —le dice Flavia —. Tengo que burlar el sistema para entrar en el laboratorio y tú tendrás que ser mi cortafuegos personal.

—Debería ir yo también.

—No. No tienes formación militar, Flavia sí. A ti te necesito aquí, por si todo sale mal —dice Ventia con firmeza.

Para mi sorpresa, Alveron asiente sin discutir más y, aunque no lo reconocería, me tranquiliza. Si de verdad esa bestia es tan peligrosa, Alveron no tiene nada que hacer contra ella.

—Viajaremos en motos deslizadoras. Nos pondremos en marcha en un par de horas. Ya sabéis lo que tenéis que hacer. En marcha, equipo.

Tengo que revisar mi traje y el de Izz. Ventia debe organizar a los suyos. Retrocedo y miro a Izz. Habla con Catarina, quizá de lo que tienen que desarrollar en el laboratorio. No me devuelve la mirada. Lo que estoy a punto de emprender cambia por completo el plan

inicial. Mi misión era entregarla al Alto Comisionado, pero ahora... es precisamente lo contrario.

Octavius se acerca a mí con los uniformes y le pido que me dé los dos. Me aparto hasta uno de los sofás donde los despliego y saco el kit. Revisarlos me lleva menos de lo esperado. Dejo a un lado el de Izz y cojo el mío para cambiarme, aunque no sé dónde hacerlo.

—Ven, quiero hablar contigo un momento.

Giro la cabeza hacia Alveron. Él también está en contra del Alto Comisionado. Todos los que están aquí lo están y yo llevo a su servicio desde hace años. Ahora he visto su cara o... ¿es la que quieren que vea? ¿Quiero saber más de esto? Sí. Claro que quiero. Deseo saber la verdad y desvelarla al resto del mundo. Mis dedos acuden por inercia al anillo y, al fin, me digno a mirar a Alveron.

Acepto hablar con él. Porque a pesar de todo esto, de que me ha ocultado una parte tan importante de sí mismo, es mi amigo. Así que le sigo. Dejamos atrás el comedor y vamos por un pasillo lateral, más estrecho que el anterior. Termina en una puerta que da a un pequeño vestíbulo con varias puertas más. Una de ellas reconoce el ordenador de muñeca del *hacker* y nos deja entrar en una sala minúscula. Hay un catre con las sábanas revueltas, un ordenador holográfico demasiado sofisticado para esta habitación y luces de neón iluminando la sala. Veo una cápsula de higiene a la derecha y un armario.

—Esto es mejor que tu tugurio del núcleo, ¿eh?

—Está bastante bien.

Parece inseguro, nervioso, lo que me desconcierta en una persona que siempre parece tenerlo todo bajo control.

—Siempre me has importado.

—¿Vas a declararte o algo así?

—Imbécil. —Suelta una carcajada y niega con la cabeza.

Su mirada va al anillo y mis pensamientos recuerdan el momento en que me lo dio.

—¿Por eso me diste el anillo? ¿Era una forma de...?

—Saber dónde estabas, sí. Y poder encontrarte en caso de necesitarlo..., como así ha sido. Pero no tiene nada que ver con los rebeldes. Es porque eres mi amigo.

Me trago la réplica. No he venido a discutir. No cuando quizá muera ahí fuera en unas horas.

—¿Cómo es la hija de Arno?

Su pregunta me sorprende y bajo la cabeza para que no vea la sonrisa bobalicona que sin duda se ha dibujado en mi rostro unos segundos. Los mismos que tardo en componer mi mejor cara de pasota y encogerme de hombros antes de devolverle la mirada.

—A mis ojos era solo una rebelde fugada hasta que... —Señalo lo que tenemos alrededor.

—Puede que sea un buen momento para que me devuelvas la cámara. Puedo hacerle unos ajustes mientras...

—No.

—¿No? —Alveron frunce el ceño.

—Tú vas a quedarte aquí, pero yo voy a ir a ese laboratorio. Vamos a ver a ese monstruo creado por Arno. Es importante que lo documentemos todo. Tú mismo lo dijiste. Y luego el laboratorio, todo debe quedar grabado.

—No creo que...

—Si queremos desenmascarar al Alto Comisionado, esto puede ser clave.

Se revuelve el pelo, como suele hacer cuando quiere rebatir y no encuentra los argumentos. Alza las manos, desvía la mirada hacia el panel holográfico y lo enciende.

—¿Qué haces?

—Reconecto la cámara a mi sistema. Venga, chiqui, vuelve con papá —dice dirigiéndose a la pequeña cámara antes de dirigirse a mí de nuevo—, de lo contrario es posible que las imágenes se pierdan o...

—¿Se pierdan?

—O lleguen a otros receptores.

—¿Se envía a algún otro lugar que no seas tú?

—No exactamente, pero sí busca el puerto más accesible —dice, ajustando el panel.

—¿Accesible cómo?

—Cuando la red se vuelve inestable, la cámara busca cualquier nodo que esté activo y tenga permisos de entrada. Normalmente soy yo..., pero si hay una caída fuerte, puede saltar a un canal secundario.

—¿Un canal secundario?

—Un sistema de seguridad, un servidor de respaldo, lo que esté más cerca en términos de latencia. No es inteligente, solo sigue el protocolo de emergencia.

—¿Y eso pasa a menudo?

—A mí jamás. Ya sabes que lo tengo todo bien controlado. —Me dedica una sonrisa socarrona—. Pero si la vía se satura o alguien fuerza la red, la cámara se engancha al primer puerto que responda.

—¿Y por qué me diste un objeto así?

Alveron suelta una exhalación breve, casi divertida, como si la pregunta le pareciera exagerada.

—No te preocupes. Es solo una cuestión de seguridad.

—¿Seguridad?

—Sí. Estas cámaras no funcionan como un canal directo, ¿vale? No es una línea recta. La red es... más bien un río. A veces la corriente

va perfecta y llega a mí sin problema. Y otras, si hay ruido o demasiados paquetes circulando, la señal se dispersa un poco.

—¿Y eso no es peligroso?

—Nada que no pueda controlar. Simplemente rebota hasta que encuentra un nodo que esté despierto. Si por lo que sea tardo en responder, la cámara busca el siguiente punto estable. Un servidor de respaldo, un sistema de seguridad, un terminal de mantenimiento..., lo que esté más cerca en términos de latencia. Pero, créeme, nadie mira eso. Son canales automáticos, archivadores. Basura digital.

—Entonces, ¿no hay riesgo real?

Me preocupa no haber conocido antes esta información, sabiendo que lo que he grabado con el anillo ha podido acabar perdido o peor, en manos de alguien fiel al Alto Comisionado.

—Ninguno. Si no la reconecto yo, la señal puede perderse entre miles de paquetes. Por eso prefiero asegurarme de que vuelva a mi sistema. Es lo más fiable. Sobre todo, si queremos tenerlo todo atado para cuando llegue el momento de desvelar el gran pastel.

Alveron se sienta en su cama revolviéndose el pelo y yo aprovecho para ponerme mi uniforme de saqueador.

—Siento haberte ocultado todo esto, Nil, pero no sabía cómo reaccionarías, ya que eres un saqueador lunar.

Me apoyo en la mesa y me cruzo de brazos.

—Lo entiendo. ¿Quién me iba a decir a mí que mi mejor amigo, el que estudiaba para trabajar en el Gobierno, acabaría enfrentándose al Alto Comisionado?

—Arno Raven busca proteger su nación, a diferencia de los otros Altos Comisionados.

Le miro entrecerrando los ojos.

—No me malinterpretes, no creo que su forma de hacer las cosas sea la más idónea.

—Por mucho que sus intenciones sean buenas, cosa que ya dudo, no justifica experimentar con personas en contra de su voluntad, arrebatarles su vida y mentir a sus familias.

—Tienes razón —se levanta, pero no se mueve del sitio—, ha cruzado límites que nadie debería cruzar. Sin embargo, no conocemos todas las consecuencias que la luna trajo consigo. Animales mutados, monstruos..., ¿qué más pueden ocultar los desiertos? Tal vez no sea tan descabellado crear un ejército que esté preparado para protegernos.

—No me puedo creer que estés diciendo eso. Vik podría ser uno de esos centinelas. ¡Llevo seis años creyendo que está muerto! Y tal vez no lo esté, tal vez tan solo haya perdido toda conciencia sobre quién soy, sobre quién es.

La rabia fluye por mi interior. Soy incapaz de creer que Alveron pueda estar defendiendo de alguna forma a alguien así. Y más cuando sabe todo por lo que ha pasado mi familia. Cuando conoce el núcleo mejor que nadie.

—Además, ¿qué clase de monstruo ordena matar a su propia hija? —insisto.

—Venga ya, tío. No la conoces de nada.

—Tienes razón, no conozco a Lizara Raven, pero sí a Izz.

—Izz es la cara que Lizara Raven quiere que veas.

—Basta ya, Alveron. No sé a qué viene todo esto ni por qué de repente atacas a Izz.

Nos sostenemos la mirada el uno al otro. En otra ocasión, este duelo hubiera terminado en risas y bromas. Hoy no.

—No me lo puedo creer —musita alejándose hacia un lado revolviéndose más el pelo. Me da la espalda unos instantes y vuelve

a mirarme—. Dime que no es cierto, Nil. Dime que ella y tú no...

—¡A la sala de operaciones en dos minutos! —dice la voz cantarina de Flavia al otro lado.

Sin responder a Alveron, salgo de la habitación y me dirijo a donde están los demás, dejando atrás una amistad que creía inquebrantable.

36



Izz

> El treinta de octubre no es solo memoria de la caída de la luna. El Apagón de Hespéria funciona como un reinicio del sistema urbano: depura las redes, expone consumos irregulares y permite localizar focos de insurrección. Bajo la apariencia de ceremonia, se convierte en un mecanismo de vigilancia y control que recuerda a la población que la energía no es un derecho, sino un privilegio administrado.
>
> Informe interno del Gobierno de Iberion

Solo faltan cuatro días para que en Hespéria se dé el Día del Apagón. Me pongo nerviosa al pensar en lo que nos espera; también en la distancia con el laboratorio polar.

Estamos en una sala de revestimiento metálico. El equipo de Ventia ya está preparado con sus trajes dispares. Alveron y Nil son los últimos en llegar. Percibo cierta tensión entre ellos y sus expresiones no hacen sino confirmar mis sospechas. Al ver a Nil con su traje de saqueador me da un vuelco el corazón. Es guapo. Irresistiblemente guapo. Y no debería estar pensando en eso ni, probablemente, mirándole como lo estoy haciendo. No en estos momentos y con tanta gente pendiente de nosotros.

Tengo que obligarme a respirar con normalidad y alejar el recuerdo de sus labios sobre los míos.

Se vuelve hacia mí, con la mirada decidida de un soldado. Rezuma profesionalidad por todos los poros.

Sin poder evitarlo, los colores suben por mis mejillas y me apresuro a mirar en otra dirección. Antes de desviar la vista me parece ver algo parecido a una sonrisa estirando las comisuras del saqueador. Eso hace que me entre más calor.

Por supuesto que debe estar acostumbrado a que le miren. No solo es un saqueador, sino que...

—Te han asignado como mi pareja.

Me atraganto con mi propia saliva. Toso y me recupero enseguida cuando él se acerca despacio, mientras el resto de rebeldes nos rodean.

—Viajaremos en motos deslizadoras, por lo que tendremos que ir en parejas —nos recuerda Ventia—. Umbral y Cata saldrán los últimos del refugio. Cuando lleguemos al cinturón del laboratorio nos replegaremos. Allanaremos el camino con las bestias primarias, después Lizara Raven y Nil nos abrirán el camino.

Aprieto los dientes. ¿Es necesario que use también mi apellido para referirse a mí?

Alveron le da una palmada a Nil antes de salir de la sala, pero este no le mira siquiera, lo que me hace preguntarme qué ha podido pasar entre ellos.

Cuatro rebeldes armados vigilan en parejas la salida y la entrada al refugio. Los primeros en salir son Ventia y un rebelde vestido con un uniforme de saqueador lunar, muy parecido al que yo llevo. Les siguen varias parejas más, entre ellas Octavius y Flavia. Umbral con sus maravillosos modales nos indica que ha llegado nuestro turno.

—¿Sabes conducir esas cosas? —le pregunto a mi compañero con un hilo de voz.

—Sí. No será muy diferente a las deslizadoras que usábamos en el cinturón en las prácticas.

La seguridad con la que lo dice debería relajarme, pero lo que me provoca es tensarme. Le agarro del brazo en un impulso antes de que avancemos. Él se detiene, me sonríe de medio lado y relaja su expresión.

—¿Necesitas algo más?

Las palabras se agolpan en mi garganta. La culpa. El miedo. La rabia y la incertidumbre son una bola imposible de tragar.

«Que me vuelvas a besar como antes». Enrojezco solo de pensarlo.

«No es el momento».

—Lamento todo esto, Nil —susurro.

—¿Vais a salir ya o necesitáis ayuda?

El saqueador le ignora y extiende la mano hacia mí. El contacto en mi cuello hace que me ponga rígida. Sus dedos se deslizan por la parte más cercana al lóbulo de la oreja y se inclina un instante hacia mí.

—Tú sujétate bien a mí, del resto me ocupo yo.

Su aliento es terciopelo en mi piel y el sonido rasgado de su voz como un acorde que acaricia mis sentidos. La piel se me eriza más allá del cuello, y un estremecimiento recorre mis brazos y mi columna.

—Confío en ti.

Él sonríe abiertamente y su boca queda a escasos centímetros de la mía. Podría besarle. Saborear esa sonrisa. Morderla. Hacerla mía.

—¿Sabéis que tenemos que llegar hoy? ¡Andando!

Maldigo a Umbral. Sin embargo, he de reconocer que tiene razón y no es momento para esto, por mucho que me pese.

Pasamos por la sala de descompresión y volvemos al exterior. La oscuridad nos envuelve, salpicada del brillo propio del desierto y del violáceo de las motos.

Son unos vehículos impresionantes. Conservan la silueta original de las motos, pero ha sido transformada en algo más amenazante, casi vivo. En lugar de ruedas, la moto se sostiene sobre una cuchilla única, ancha y oscura. Presenta surcos geométricos y dentados que brillan con un tenue resplandor púrpura, como si se alimentara de energía oscura. Y me da la sensación de que esta moto no solo corta el hielo, sino que parece dominarlo a su paso.

Mi parte científica no puede dejar de fijarse en los detalles. El chasis está construido con placas superpuestas, como una armadura. El acabado tiene un negro grafito que me recuerda a la fibra de carbono reforzada. Incluso puedo entrever en algunas partes un núcleo energético interno, un motor silencioso que vibra grave y sereno, como una tormenta lejana. Los faros estrechos parecen ojos, recortando la oscuridad de la noche.

Me salto un par de respiraciones cuando veo el asiento. Pequeño, suficiente para dos personas, aunque a juzgar por cómo van las otras parejas...

«Vamos a tener que ir muy pegaditos».

Como si me leyera la mente, Nil tira de mí y con seguridad me invita a subir primero. Soy el foco de todas las miradas. La hija del enemigo. La chica mutada con poderes sobrehumanos cayéndose de una moto. Una moto monstruosa, sí, pero una moto.

—Lo importante es que pongas el pie en el estribo y luego guíes todo tu cuerpo para quedar montada a horcajadas —me dice Nil.

Me ofrece la mano, pero la ignoro. Subo tal y como me ha indicado con toda la dignidad de la que soy capaz y dejo escapar el aire cuando me veo sentada sobre esta monstruosidad. Nil sube como si llevara toda la vida llevando este tipo de vehículos. Se acomoda y mi cuerpo se lanza hacia el suyo amoldándose a la perfección.

El motor se activa. Aunque no puedo sentir la temperatura, veo el vapor que se eleva a nuestro alrededor. El motor ruge vibrando bajo nuestros cuerpos y me agarro a Nil por puro instinto. A su cintura.

—¿Lista? —me pregunta expectante.

El muy canalla está disfrutando del control que le otorga esta situación. ¿Sabrá lo mucho que deseo sentirle en estos momentos? Antes de que pueda responderle, un grito escapa de mis labios cuando la moto sale despedida hacia la oscuridad.

La velocidad, el aire a nuestro alrededor cortando la noche. La sensación de libertad apaga el miedo, mas no del todo. Porque mi temor va más allá del mundo difuminándose a nuestro alrededor, más allá de un grupo de rebeldes. Me sorprendo temiendo no solo por mi vida, sino por la del chico que se ríe entre mis brazos.

Aparto ese pensamiento de mí.

No debería haber pasado nada entre nosotros, aunque me muera por repetirlo.

Él es un saqueador lunar.

Yo soy la hija de un tirano.

La única capaz de destruirle si mi plan sale bien.

Aunque el plan implique traicionar a quien ha conseguido derribar mis muros, resquebrajándolos como el cristal.

37



Nil

> Las motos deslizadoras son vehículos ligeros diseñados para atravesar las planicies heladas y las dunas endurecidas del Desierto Polar. No ofrecen gran protección, pero su velocidad y agilidad las convierten en la opción perfecta de los saqueadores experimentados y/o solitarios que necesitan entrar y salir de la zona extrema con más asiduidad.
>
> Fragmento del *Manual del Saqueador Lunar*

Alcanzamos una velocidad de casi doscientos por hora. En estas planicies se siente como libertad y me encantaría poder sentir el viento directamente en la cara. Claro que a esta temperatura acabaría muerto en menos de un segundo. Los brazos de Izz me rodean con tanta fuerza que casi me cuesta respirar, pero no me quejo. Oigo su respiración a través del canal que compartimos, pero los rebeldes —imagino que gracias a Alveron— se han ocupado de que nuestro canal no sea privado, así que me guardo cualquier comentario y me centro en nuestro objetivo. Este desierto tiene algo de esas historias donde el hielo se va apoderando de tu corazón hasta que deja de ser tuyo.

¿Qué hay en ese laboratorio polar?

Tengo que verlo con mis propios ojos, por eso me he ofrecido a ir con Izz. Por eso y porque, aunque la he visto derrotar a monstruosidades grandes como el coloso de hielo a pesar del miedo y la nula preparación militar, no soy capaz de dejarla sola ante esto. Quiero estar con ella, protegerla si es necesario. Estoy nervioso, pero intento pensar en que con mi apoyo y sus habilidades podremos con ese monstruo, sea lo que sea.

No se me olvida el rubor tiñendo de color melocotón su mar de pecas. Tampoco el brillo de sus ojos, ni la forma en que se mordió el labio antes de acceder al exterior. Si no hubiéramos estado en compañía de Catarina y Umbral, estoy seguro de que habríamos compartido un nuevo beso. Reconozco las señales cuando las veo y si me hubiera lanzado a probar esos labios no me habría rechazado, sino que me hubiera acogido, dejándome saborearla por segunda vez. Como ansío hacer.

Me aclaro la garganta. Me fijo en las motos que nos rodean. Los rebeldes. A esta velocidad no los veo bien, pero según el ordenador de muñeca, que tengo conectado a la moto —cortesía de Flavia—, nos estamos acercando al objetivo.

—¿Por qué una base en un lugar tan inhóspito? —pregunto.

Quizá nadie me conteste, pero es una buena forma de mantener la mente ocupada.

—¿Te parece mejor lugar la civilización a la vista de todos, guaperas? —contesta Umbral con ironía.

—Hay muchas formas de ocultarse.

—Ninguna es mejor que estar fuera, donde nadie lo esperaría.

—Donde nadie lo esperaría sería en el mismísimo corazón de las naciones. Si alguien quiere esconderse o esconder algo —esto último

lo digo de forma deliberada, pensando en Arno—, ¿qué mejor que las zonas extremas?

La risa de Ventia me sorprende, llena el canal de una vibración extraña. Su risa, como todo en ella, no es alegre, sino calculada.

—Tal vez —dice recuperándose todavía de la risa—. Pero ni siquiera los Altos Comisionados se aventurarían a mandar expediciones a las zonas extremas en busca de un puñado de rebeldes sin tener datos precisos. Sería un suicidio.

Ahí tengo que darle la razón.

—¿Por qué lucháis?

—¿Por qué luchan los rebeldes?

—Porque están en contra del sistema. —Intento decirlo con seguridad, pero hay un ligero temblor en mi voz que espero que nadie haya notado.

—Buscan un sistema mejor, porque el que hay es corrupto.

Se hace el silencio mientras escucho por el canal la respiración de Izz, aunque tengo la sensación de sentirla en mi nuca y eso me hace estremecer. Medito sus palabras. Si todo lo que me han contado de Arno es cierto —y casi no me quedan dudas de que lo es—, si las sospechas que llevo arrastrando conmigo hace ya tiempo no son meras sospechas, significará que solo he sido una marioneta más.

Mis pensamientos se detienen cuando el ordenador de muñeca nos informa de que el objetivo está a tan solo unos kilómetros. La velocidad de las motos tiene que ir descendiendo hasta que nos detengamos en una zona segura. A unos metros del cementerio que rodea el laboratorio.

A medida que la velocidad de las motos disminuye, empiezo a ver con más nitidez lo que nos rodea. Atravesamos unas murallas acabadas en puntas metálicas, oscuras, cubiertas de una gruesa capa de escarcha que las hace parecer fantasmales. Las lápidas

están cubiertas de escarcha y un líquen verduzco oscuro con un leve halo que se intensifica cuando los focos de los vehículos impactan sobre ellos. Se extienden en largas hileras a nuestro alrededor. Seguimos avanzando y las hileras se van espaciando dando paso a una zona más elegante. Estatuas de ángeles oscuros cuyos rostros congelados en el tiempo nos observan en silencio. La última parte del camino la hacemos aminorando la marcha y varios mausoleos son testigos de nuestra llegada.

Cuando nos detenemos me sorprende no ver ninguna construcción. Hasta que me fijo en un edificio circular que, de no estar tan cerca, no destacaría en absoluto. Pero a esta distancia se advierte que no encaja ahí, así que deduzco que tiene que ser el laboratorio polar.

Dejamos las motos a un lado y estudiamos los alrededores. Umbral y otro rebelde se adelantan reconociendo el terreno. Los demás se reparten a las órdenes de Ventia estableciendo un perímetro.

El lugar está en calma. Solo se oyen los pasos de los rebeldes, la respiración en nuestros trajes y el viento.

Las apariencias engañan, me obligo a recordarme, y mis ojos van a la silueta menuda de Izz, que está tensa y rígida. Juraría que incluso tiembla. Y siento pena por ella, un experimento de su propio padre, luchando por derrocarle.

Consulto mi ordenador de muñeca. El viaje ha durado dos horas, a pesar de la velocidad del vehículo.

Tenemos un camino largo de vuelta a la civilización. Eso si salimos vivos de aquí. Y una vez allí tendremos con suerte dos días para poner en marcha el plan para derrocar a Arno Raven. El padre de la chica que desciende de la moto con torpeza, manteniendo a duras penas el equilibrio.

—Como ya os dije en el refugio, no voy a permitir más bajas en mi equipo. —Ventia se dirige a nosotros—. Bajo la última luna, seguid adelante.

Izz asiente, mira alrededor y su espalda se sacude. Se estremece. Ahora me parece más pequeña, más frágil... No lo es. Ella sola puede acabar con nuestro grupo en un abrir y cerrar de ojos.

Doy unos pasos para situarme a su lado. Ella ni siquiera me dirige la mirada, concentrada en las sombras que proyectan las lápidas.

—Nil —Alveron suena en el canal de comunicación, uno privado—, ten mucho cuidado. Estaré aquí si me necesitas.

—Lo tendré —contesto con sequedad.

El canal se cierra de forma abrupta y miro hacia la oscuridad, donde el equipo de Ventia ya está organizado, lejos del edificio que se alza a unos metros. Lejos de la bestia que oculta y que debería estar haciendo que me cague en el traje.

—Adelante. Si la cosa se pone fea salid por patas —dice Umbral, aunque sé que no nos lo dice a nosotros, sino a sus compañeros.

Flavia y Catarina se sitúan a cierta distancia de nosotros, esperando a que abramos el camino. Miro a mi alrededor, los rebeldes se pierden entre la oscuridad. Las detonaciones de las armas lunares empiezan a resonar a nuestro alrededor. No veo a las criaturas que están abatiendo y me concentro en avanzar entre los mausoleos hacia nuestro objetivo.

Disparo cuando aparece la primera de las mutaciones en nuestro camino y esta se tambalea con un gruñido. Tiene la cabeza deforme, repleta de multitud de ojos blanquecinos que miran alrededor, estudiando a sus presas. No le doy tiempo a atacar. Disparo de nuevo. La criatura salta, como ya esperaba, y me pongo frente a Izz, protegiéndola. Saco el cuchillo lunar y corto al animal en dos.

La criatura cae y seguimos avanzando.

Oigo un chillido a nuestra espalda y me vuelvo como un resorte. Otra de esas bestias amenaza con un gruñido bajo a Catarina y a Flavia. La chica de pelo naranja saca su arma, pero la científica es más rápida y dispara la escopeta de doble cañón lunar. El disparo impacta en la criatura, pero la carne de esta, al contrario que la primera, que se abrió como si fuera mantequilla, endurece las placas de alrededor, cerrándose al contacto con la bala lunar.

Emite un grito sordo, que suena a zumbido y me duele en los tímpanos.

—Habrá que usar métodos más tradicionales —dice Catarina.

Avanzo, con el cuchillo dispuesto, pero ella se me adelanta. Es más rápida de lo que esperaba y saca una lanza lunar que se extiende en un abrir y cerrar de ojos y la clava atravesando el pecho del monstruo.

Se derrumba entre nosotros y Catarina y Flavia lo esquivan para seguir el camino hacia el laboratorio.

La oscuridad se vuelve espesa, densa, y una ligera neblina nos envuelve. Por un instante me siento lejos de este lugar, las detonaciones se atenúan y un silencio antinatural me hace estremecer.

¿Por qué no aparecen más mutaciones?

—Tenemos al gran bicho a tan solo unos metros —nos informa Flavia.

En mi ordenador de muñeca no aparece nada de nada, pero Izz se ha detenido. Está muy quieta, delante de mí. Da unos pasos hacia un lado y estoy a punto de seguirla cuando el suelo se abre frente a nosotros como si fuera un espejo de hielo haciéndose añicos.

Catarina y Flavia se resguardan tras un mausoleo dejándonos solos. Busco a Izz y no la encuentro. Tan solo puedo fijarme en la bestia que se yergue ante mí. La criatura es descomunal, más alta

que cualquier hombre. Las deformaciones de su cuerpo lo hacen monstruoso: cuatro brazos largos, tensos, cada uno terminado en manos de piel endurecida, como si fueran placas de hielo petrificado. Su piel se ve cuarteada y entre las grietas que lo permiten se filtra un resplandor azul parpadeante.

Mis ojos se clavan en los suyos, pero apenas un segundo, pues empieza a andar. Me da tiempo a ver una sombra de lo que debió ser. Tiene la mandíbula desplazada y los pómulos salientes y punzantes.

Su respiración se condensa en vapor helado y da la sensación de que al contacto con él el aire se vuelve más frío, como si arrastrara consigo el invierno eterno del Desierto Polar.

Ruge, destruye la tumba más cercana de un solo puñetazo y de pronto, al verme, se detiene.

No es solo que me vea como un objetivo, es que todo su cuerpo se queda muy tenso, olfatea el aire.

No pierdo el tiempo. Saco mi arma y disparo. Antes de llegar a tocar siquiera su piel, de esta se extienden unos punzones de hielo y mis proyectiles se desvanecen. La boca se me seca. Si ese es su poder, jamás voy a poder abatir al monstruo.

Sus ojos vuelven a clavarse en los míos y el azul profundo que habita en ellos me hace dar un paso hacia atrás. Hacia un lugar que ya no existe. A unos recuerdos que en este momento no tienen sentido alguno.

¿Por qué siento como si esta bestia infernal formara parte de mí?

38



Izz

> El contacto directo de las esporas lumínicas con la piel produce efectos visibles e inmediatos, mientras que la inhalación, aun en cantidades imperceptibles, genera alteraciones internas sin manifestación externa inicial.
> Debido a que el material no es detectable a simple vista y permanece activo en suspensión durante horas, toda manipulación queda restringida a instalaciones selladas de Bioamenaza de Nivel Alto.
> Cualquier exposición fuera de estas condiciones compromete la integridad del personal y del proyecto.
>
> Informe clasificado del Proyecto Selene 687234F

Me oculto tras el mausoleo, intentando hacer el menor ruido posible y me vuelvo para mirar al monstruo. Da escalofríos. Me he jugado todo a esta posibilidad remota y... ahora siento una culpabilidad que me quema las entrañas y no me deja avanzar. El monstruo se detiene. Escucho los disparos de Nil y un calor que no deseo acude a mis ojos. Me nubla la mirada y me cierra la garganta.

«No».

De esto depende el futuro de Hespéria. No hay otra opción. Pero él... Le recuerdo poniéndose frente a mí cuando ha aparecido el

primer monstruo y trago saliva. Y yo voy a dejarle frente a una bestia imbatible sin la certeza de que mi plan vaya a funcionar. De que esa cosa no acabe con él como si se tratara de un vulgar insecto.

Tengo que repetirme varias veces más que es el único modo de conseguir entrar para que mis pies respondan y avancen. La bestia se vuelve hacia mí un segundo. Ruge y me preparo para el impacto, pero Nil vuelve a dispararle. El monstruo se gira hacia él, no le ataca de inmediato, sino que avanza, haciendo que el mundo tiemble a su paso.

Le doy la espalda y corro con los ojos anegados en lágrimas. Controlo mi respiración, buscando a Flavia y a Catarina, ocultas tras otro mausoleo.

—Flavia, te necesito, no podemos esperar a burlar a la bestia para entrar —digo por el canal.

—Vamos para allá —contesta la *hacker* con decisión.

Intento seguir hacia la puerta, pero mis piernas no me responden. Soy incapaz de moverme de donde estoy. Tengo que continuar con el plan. Entrar en el laboratorio y...

Flavia y Catarina llegan a la puerta del edificio, sin embargo, mis piernas se dirigen hacia el saqueador.

—Mierda. Un momento, voy a contactar con Alveron —dice con voz serena, a pesar de que siento su nerviosismo.

—¿Qué pasa, Flavia?

—Necesito que me ayudes con este cortafuegos. Es más resistente de lo que pensaba.

—Espera, que me conecto —responde el *hacker*—. Venga, chiqui, no me falles ahora —añade con un tono de voz más suave, e intuyo que está dirigiéndose al UTP—. Esto es pan comido, solo necesito unos minutillos para abrir.

—Venga, pues vamos allá.

Catarina adopta una posición de ataque, cubriendo a su compañera, y me repito que debería estar allí, preparada para entrar con ellas.

Es en lo que me obligo a pensar mientras escucho a través del comunicador los jadeos de Nil. Su respiración entrecortada.

No puedo evitarlo. Voy hacia él, que esquiva el impacto de uno de los puños antes de disparar de nuevo en vano.

El monstruo se vuelve hacia mí y percibo la rabia en su mirada. Suelta un rugido y va a atacarme cuando Nil aparece entre los dos con el cuchillo lunar en alto.

—¡Corre, Izz! ¡El laboratorio! —me grita el saqueador con esfuerzo.

Me muerdo el labio. El miedo me paraliza, mas no le dejo ganar esta vez. Uso mi poder para copiarme varias veces y, solo entonces, hago caso a Nil y corro hacia la puerta del laboratorio. El monstruo gruñe, se abalanza sobre las copias y las destruye con violencia. Por último, se dirige a Nil y le golpea con tanta fuerza que, pese a que este interpone el cuchillo, cae arrastrándose hacia atrás. Lejos de nosotras. No puedo dejar de mirarle, alejándose de la bestia que en estos momentos permanece quieta, estudiándole. O preparándose para dar el golpe final. No, no si puedo evitarlo, no si llego a tiempo. Sin embargo, antes de que lo consiga, el saqueador ya está incorporado y demuestra con creces su preparación militar.

No me necesita. Pero ello no hace que me sienta menos culpable por haberle engañado. Por dejarle solo ante él. Por haberle expuesto a esto.

—¡Ya está! —exclama Flavia triunfal.

—Lizara, vamos. Nil se las arreglará solo, tiene formación suficiente. Es un saqueador lunar.

Voy a dar un paso, mas la culpa vuelve, se me clava como un aguijón en el pecho, aunque decido ignorarlo. Me centro en la entrada mientras se abre con demasiada lentitud para mi gusto.

Vuelvo a mirar atrás. El monstruo y Nil están uno frente al otro. Más cerca que antes. Nil ha bajado el arma y, ahora sí, su casco se vuelve hacia mí. Respiro. Una. Dos. Tres veces. Nuestras miradas no se encuentran, pues a esta distancia y con los cascos no es posible, sin embargo, siento que me atraviesan sus ojos azul cobalto que llegan hasta lo más profundo de mi alma. Y, una vez allí, me rasgan con su dolor.

Aprieto la mandíbula.

Hago lo que tengo que hacer.

Y el peso de la traición me atraviesa cada paso que doy alejándome de Nil. Si esto es por proteger a Hespéria, ¿por qué me duele como si estuviera haciendo justo lo contrario?

«Porque tú no eres Arno. Él desprecia los sentimientos. Y tú no puedes apagar lo que sientes».

Y no quiero hacerlo.

39



Nil

> El manual no contempla las amenazas inesperadas; no hay reglas escritas sobre ello. No hay protocolos ni rescates, solo lo que llevas encima y lo que seas capaz de improvisar. Si algo surge del hielo o la nieve, no pierdas el tiempo en saber qué es: muévete, busca protección o lucha con lo que tengas a mano. Mantén la calma, pues será tu única arma; el miedo mata más que cualquier monstruo.
>
> Fragmento del *Manual del Saqueador Lunar*

Disparo, pero no a él, sino al suelo que le sostiene. Este tiembla, le hace reaccionar y la bestia se vuelve hacia mí. El aire me quema en los pulmones cada vez que entra y siento los músculos llenos de adrenalina. Tengo miedo y, a la vez, me siento lleno de vida. Como si siempre hubiera tenido que vivir este momento.

El monstruo golpea el suelo y este vibra a mi alrededor. Sostengo con firmeza el cuchillo y espero a que ataque.

El monstruo se lanza sobre mí, cubriéndome con su envergadura. De un manotazo lanza el cuchillo lejos y me rodea con los cuatro brazos, clavándome en el suelo. Tengo su rostro enorme a escasos

centímetros de mi casco. Temo que lo golpee, lo resquebraje y me deje a merced de una muerte helada. Pero nuestros ojos se encuentran y la bestia boquea. Saco la pistola lunar con agilidad.

Respiro despacio, intentando deslizarme hacia atrás, lejos de su alcance, aprovechando que se ha quedado estático, pero entonces un tintineo me golpea el cristal.

Sus extremidades tienen nervios tan tensos que parecen a punto de explotar, pero entre todo ello veo un eslabón. Está ennegrecido, destruido, y se engancha a la carne mutada como un colgajo. Pero lo reconozco, porque va a juego con el collar que yo tengo en el cuello y que me dio mi madre antes de partir.

Vuelvo a mirarle a los ojos.

Azul cobalto.

Como los míos.

Como los de Vik.

Quiero gritar. Llorar. Todo a la vez.

Porque esto es tan imposible e inverosímil que no puedo asimilarlo. Me arrastro hacia atrás deslizándome por la fría superficie terrosa y él se sienta sobre sus piernas.

Busco rastros de mi hermano en esa bestia, pero no... No es posible. Él no...

«... experimentos con humanos...».

Jadeo. Doy un traspiés y miro hacia la puerta del laboratorio. Buscando la verdad en la reacción de Izz, pero ella no está.

«Mutación de grado diez».

El monstruo ruge de nuevo y el aire se arremolina a su alrededor. Me mira con los ojos inyectados en sangre, que ahora ya no puedo ver monstruosos, pues...

«No puede ser Vik».

Se eleva sobre mí, su pecho marcado por la piel endurecida y el brillo que viene desde el interior. Palpita, como si se tratara de su corazón. Si es que la bestia que tengo frente a mí puede tener corazón.

Es entonces cuando el mío se detiene, pues veo unos surcos que reconocería en cualquier parte, aunque se hayan emborronado por la mutación, estirado y desfigurado.

La V y la N entrelazadas formando un tribal que rodea el símbolo del infinito. Dentro de él está el número once. El mes y el día en el que ambos nacimos con seis años de diferencia.

Lanzo un grito que se funde con el rugido del monstruo.

No es solo la certeza de que él es mi hermano, sino el peso de la traición. Ella lo sabía. Por eso reconoció el tatuaje. Por eso me dejó acompañarla. Y por eso dijo que tenía el modo de burlar al monstruo.

«No la conoces de nada». La voz de mi amigo resuena en mi memoria.

Alveron tenía razón. He sido un imbécil. Jamás fue mi prisionera, sino que era ella la que manejaba los hilos. Como Arno maneja los de Iberion.

La ira me ciega, pero me obligo a respirar. Sintonizo el canal exterior para que pueda escucharme.

—¡Vik! —grito, dirigiéndome a la bestia—. Soy yo, Nil.

El monstruo eleva uno de sus puños para golpearme, pero se detiene en seco. Tiene que quedar algo de mi hermano en él.

«Mi hermano».

La palabra se me atraganta.

—Vik, lo siento tanto... —Las lágrimas recorren mis mejillas, mientras bajo la pistola lunar y avanzo hacia él.

Tiemblo. De pena. De rabia. Sacudido por un dolor que no quiero comprender, que no quiero sentir. Es mi hermano. Convertido en una bestia de pesadilla. Pero es él.

—¿Te acuerdas de cuando vivíamos en el núcleo y me decías que siempre estarías a mi lado? —Tengo que hacer esfuerzos para que la voz no se me rompa.

Se mantiene muy quieto, mirándome. Quizá esté reconociéndome.

Sigo recorriendo la distancia hacia él, alzando los brazos en señal de paz.

—¿Y de cuando mamá nos hacía dormir con las ventanas abiertas para que entrara la aurora porque me daba miedo la oscuridad? Tú me decías que la luz era un escudo, que mientras brillara nada malo podía pasarnos.

El monstruo me observa. Sus ojos, los mismos de siempre, parpadean con un destello que no sé si es reconocimiento. El brazo aún suspendido sobre mí tiembla, como si estuviera luchando contra sí mismo. O contra el monstruo en que le han convertido.

—¿Te acuerdas, Vik? —Mi voz se rompe, pero no me detengo—. Siempre decías que estarías a mi lado.

El silencio se vuelve insoportable. El vapor de su respiración me envuelve. Cada paso hacia él se siente como un paso al vacío.

Por un instante, creo que esto ha funcionado. Que me ha reconocido, que bajará el brazo y... ¿qué?

Me rompo en mil pedazos. Porque Vik ya no está. No hay solución.

En la vida real la luz no nos salva de nada y las promesas de mi hermano mayor están tan rotas como yo.

El puño de Vik se alza más, enorme, cargado de una fuerza descomunal. El mundo se detiene a nuestro alrededor, en un pulso imposible que sé que no es real.

—¡Vik! —grito, pero esta vez mi voz no le hace detenerse.

El brazo desciende con la fuerza de una avalancha hacia mí.

Antes de que me alcance, una sombra se cruza entre nosotros. Izz. Su brazo mutado se interpone entre la vida y la muerte. La extremidad de la chica se extiende como una raíz oscura, con placas relucientes que chocan contra el brazo de mi hermano. El impacto resuena en el cementerio; un choque brutal entre dos fuerzas inhumanas.

El suelo tiembla. Izz grita y su brazo se arquea bajo la presión del monstruo.

—¡Nil, atrás! —Su voz está quebrada por el esfuerzo.

La miro con incredulidad. Ella nos ha condenado a ambos. ¿Por qué no está dentro del laboratorio haciendo lo que ha venido a hacer? El monstruo gruñe, un sonido profundo y vibrante. Sus otros brazos se agitan, buscando abrirse paso, pero Izz mantiene la defensa, clavada en el hielo como un muro.

Por un momento, el mundo deja de girar: mi hermano convertido en un monstruo, Izz enfrentándose a él y yo atrapado entre el dolor y la rabia.

40



Izz

> ALFA032 no mantiene una reacción estable al suero. Su cuerpo ha cambiado de forma acelerada, mostrando un incremento de su fuerza, pero la mutación comienza a afectar a su conciencia. Se registran episodios de violencia súbita y pérdida de control. Se procede a su aislamiento estricto en el LP para estudio de su evolución.
>
> Informe clasificado del Proyecto Selene 0982B

El golpe me llega tan de sopetón que me hace caer hacia atrás. Ruedo a través del suelo escarchado dejando el surco de mi cuerpo en él. La bestia avanza unos pasos, deprisa, hasta llegar a mí. Esquivo hacia un lado impulsándome con mi brazo mutado y un calambre me sube hasta el hombro. Suelto un grito y jadeo. El monstruo ruge, me oculto tras una lápida cercana y una lluvia de piedras cae sobre mí cuando se destruye bajo su puño; de pronto, ya no estoy en el suelo y mi cuerpo surca con violencia el aire. Para mi sorpresa, cuando caigo, lo hago sobre un cuerpo.

Nil. Ha parado mi caída y me sostiene de la cintura. Me aparta deprisa de su lado y se sitúa delante de mí, esperando la llegada de la criatura.

¿Qué está haciendo? ¿Acaso no ve que es imposible combatirlo?

—Vik. —Su voz suena a súplica.

Pero ya no queda nada de su hermano en la bestia y eso es lo que me impulsa a incorporarme y... detenerme en seco. No es el dolor lacerante que sube de mi pie, probablemente herido, sino la reacción del monstruo.

El disforme congelado se ha quedado estático, pero cuando creo que esto se ha acabado, ruge lanzando saliva que se congela en el aire. Se impulsa con sus cuatro brazos, aparta a Nil de un manotazo y se dirige hacia mí. Me alcanza en un abrir y cerrar de ojos.

Suelto un grito cuando me llega el impacto de un puño en el costado y otro en el casco, que emite un crujido nada alentador, y entonces Nil salta sobre la espalda de su hermano.

Le desestabiliza y ambos caen al suelo.

—¡Entra en ese laboratorio de una maldita vez! —grita el saqueador.

La rabia en su voz no deja lugar a error. Está furioso. Triste. Y todas las emociones que cabría esperar dada su situación. La primera vez que vi al guardián del laboratorio me fijé en los surcos de su pecho. Mas no comprendí lo que era hasta que vi el tatuaje de Nil y este me habló de su hermano.

Y aunque he tenido en mente usar al saqueador de cebo desde que vi la V y la N marcando su pecho, ahora no puedo abandonarle a su suerte. Estaba convencida de que, aunque no tuviese conciencia, siendo su hermano al final sentiría la conexión.

—¡Vete, maldita sea!

—¡No quiero perderte!

—Ya es tarde para eso.

Sus palabras se clavan en mi pecho. Siento su rabia, pero no me muevo. La criatura se incorpora, da un paso. Luego otro, y yo me

preparo para recibir el impacto. Detenerle con mi brazo mutado si hace falta.

Me mira como si fuera un insecto al que aplastar. Aprieto los labios y me divido como he aprendido a hacer. Al instante las dos copias de mí le rodean. El monstruo ni siquiera se inmuta y sigue mirándome fijamente.

Nil se interpone entre nosotros, empeñado en morir en medio de la nada.

—Vik. —La voz de Nil ahora es tan dulce que me hace estremecer. «Tan insistente como siempre»—. Mamá todavía pone cubiertos en tu sitio. Papá aún tararea la canción que siempre cantabas mientras cocinabas. Y yo..., yo siempre te voy a llevar en el corazón. —La última palabra suena estrangulada.

Vik se queda muy quieto, mirando a su hermano, pero yo sé que no le ve. No como debería. No como lo hacía el que de verdad fuera el hermano de Nil. No puedo dejar que intente buscar lo que no hay. No lo comprende, no sabe lo que pasa en los laboratorios y, aunque odie reconocerlo, siento que la culpa me quema por dentro.

—Nil —susurro, poniéndome en pie—. Él ya no es tu hermano.

—No te acerques a mí, Lizara Raven.

Jadeo. Me merezco su desprecio, pero el dolor en el pecho me atraviesa como una flecha afilada. Me acerco a su espalda. Despacio, con prudencia, y atrayendo la atención del monstruo. En cuanto me ve se altera, la mirada se vuelve más oscura y la mandíbula, de por sí ladeada, deja entrever los dientes afilados.

Me preparo para empujar a Nil a un lado y ocupar su lugar cuando el saqueador hace algo inesperado y saca el otro cuchillo lunar.

Todo pasa demasiado deprisa y en mi cabeza solo suena una melodía con una voz que no reconozco de inmediato. Rasgada y suave. Delicada como una caricia y a la vez rota, desesperada. Un

canto triste que habla de la luna y de las estrellas. De un mundo que ya no existe.

Una canción perfecta para acunar al monstruo que ha dejado de ser quien era y se ha convertido en una aberración.

Nil ha saltado sobre su hermano y le ha clavado el cuchillo con fuerza en la grieta que dejaba entrever una luz violácea y también los restos del tatuaje que los unía.

El monstruo se tambalea y cae, pero el saqueador no se suelta, sigue con el cuchillo clavado en su pecho. La bestia no grita, sino que observa a su hermano en silencio y, por primera vez, creo ver reconocimiento en los ojos de un mutado.

Quizá sea la canción. La voz de su hermano pequeño. O la simple cercanía de la muerte.

Pero estoy convencida de que, en sus últimos latidos, Vik ha recuperado algo de quien fue.

Cuando ya no hay rastro de vida en él doy un paso, me acerco, pero Nil saca el cuchillo, lo limpia y se incorpora. Su espalda se estremece. Grita. Alza la cabeza al cielo y su bramido se convierte en llanto. En súplica. Y, por último, cuando se vuelve hacia mí, en un odio ciego que estalla y le cambia la cara.

—Entra en el maldito laboratorio de una puta vez. Tu guardián ya ha caído —me dice con sequedad.

—Nil, yo...

Él acorta la distancia entre nosotros, me toma de las muñecas y solo encuentro oscuridad en sus ojos azules. Una sombra en su rostro y un mar de lágrimas surcando sus mejillas.

—No hay tiempo para esto. Hemos venido aquí porque tenemos una misión, así que cumple tu parte.

Sus palabras me golpean como un dardo. Tiene razón, mas mi mente se esfuerza en buscar una excusa, palabras de aliento o

cualquier cosa con la que llenar este silencio. Sin embargo, es cierto que tengo que entrar en el laboratorio y ya he perdido demasiado tiempo.

—No le has matado. Le has liberado —susurro, en un intento por calmar su dolor.

Me mira unos segundos más con un desprecio tan palpable que me hiere. Y me suelta como si fuera un soldado más. Sin violencia. Con una profesionalidad fría y devastadora. Me tambaleo, pero trago saliva, bajo la cabeza y le doy la espalda.

He hecho lo que tenía que hacer. Me lo repito una y otra vez, aunque sé que no es así.

—Lizara —es Flavia en el comunicador interrumpiendo mi línea de pensamiento—, he conseguido abrir la puerta. Date prisa porque no sé cuánto podré mantenerla abierta.

A mi pesar, dejo atrás a Nil, que se mantiene en pie junto al cuerpo de su hermano. Su figura destaca en medio de este cementerio congelado y siento en él un frío que no tiene nada que ver con el Desierto Polar. Un frío que yo he provocado. Y que no sé si algún día podré atravesar como él logró atravesar el mío.

41



Nil

> Con pesar informamos de que el saqueador lunar Vik Dilar no regresó de la última expedición al Desierto Polar. Las condiciones impiden precisar las causas de lo ocurrido. No se han hallado restos ni pertenencias. A efectos oficiales, se notifica su pérdida.
>
> Fragmento de la carta a la familia de Vik Dilar

Me dejo caer junto al cuerpo de mi hermano y deslizo la mano por la herida que yo mismo he abierto. Mi propio pecho me arde, como si la herida no estuviera solo en el cuerpo de Vik, sino que también estuviera abierta en el mío.

En realidad, lo está. La herida que llevaba sangrando desde que mi hermano desapareció se ha abierto más. Los bordes están desgarrados y todo mi cuerpo siente su ausencia ahora que es más real. Más palpable.

Acaricio el eslabón deshecho que cuelga de su muñeca y reconozco el diseño. Es igual que el colgante que me dio mamá, a

pesar de que la mutación lo reventó y lo dejó anclado para siempre en su piel.

Al pensar en mis padres los bordes de la herida se resquebrajan más. Y dudo de que esta herida pueda llegar a cerrarse algún día.

Vuelvo los ojos hacia el rostro de mi hermano. O lo que queda de él. Fijándome bien veo más que sus ojos. La línea de la nariz, aunque modificada, permanece intacta. Igual que la barbilla. Firme. Ancha. Mi hermano.

No queda atisbo de pelo en la cabeza, repleta de bultos y cuernos helados. Los músculos han duplicado su tamaño y todo en él resulta monstruoso.

«No le has matado. Le has liberado».

Pero no es eso lo que siento.

Un sollozo se me escapa, apenas soy consciente de que he empezado a llorar. Ni del hecho de que estoy acariciando el rostro de una criatura mutada.

Como si el Desierto Polar comprendiera mi dolor y quisiera acompañarme, comienza a nevar. Aquí los copos no se derriten tan rápido como en la periferia, donde hemos hecho los simulacros de las misiones. Recuerdo que, si nevaba, extendías la mano y la nieve enseguida se derretía en el guante, dejando un minúsculo charco de agua. Aquí permanecen, cubriéndonos de estrellas resplandecientes en medio de la oscuridad.

Gimo. Grito. Mi voz me rompe las cuerdas vocales cuando vuelvo a entonar la canción que él siempre cantaba. La misma que le he cantado cuando le he...

Dejo caer la mano a un lado.

Le he matado.

He matado a mi hermano.

Tiemblo de forma incontrolable. Mis sollozos me ahogan. La respiración se convierte en un imposible y por más que intento tomar aire no siento el oxígeno. No son las reservas del traje. Es mi propio cuerpo. La culpa, el miedo... El dolor. Ardiendo en mis pulmones. Quiero arrancarme el casco y ver si este frío mortal puede apagarlo. Pero no lo hago.

Me conformo con volver a mirar a mi hermano y recordarme que esto que tengo frente a mí ya no era él.

También que yo no le he matado. Fue ella. Fue el sistema. Fue Arno.

Me incorporo y miro hacia la entrada del laboratorio. Ella lo sabía.

Lo sabía y me trajo como cebo para ver si así podía entrar en el laboratorio.

Ella es científica y creó esto. Ella le hizo esto a mi hermano, por eso había visto el tatuaje antes y por eso sabía que funcionaría. Aprieto los dientes con tanta fuerza que me hago daño en la mandíbula. La rabia sube en oleadas de las piernas a mi vientre. A mi estómago. Estalla en mi pecho y quiero golpearla. A ella. A Arno. A todo este maldito sistema injusto.

Esto jamás debería haber pasado.

Vik debería haber vuelto de la misión con Drevan. Debería haber tenido una vida junto a él. Junto a su familia.

Un hermano pequeño jamás debería verse obligado a matar a su hermano mayor.

Quiero entender esta situación que me hace tener que pensar para poder respirar.

—¿Nil? —Es Alveron.

No tengo energía para contestarle. Y menos a él. Necesito silencio. Pero recuerdo que soy un saqueador lunar. Que estoy en una misión y que tengo que mantenerme firme; como Vik haría. Mi

hermano siempre sabía sobreponerse a las adversidades. Era fuerte. Inteligente.

Y yo solo quiero ser la mitad de bueno de lo que él era, así que suspiro y vuelvo a mirar a lo que un día fue mi hermano. Porque si sigo pensando en ella, en el peso de su traición o en las consecuencias de sus investigaciones —con la influencia de su padre o sin ella—, no responderé de mí.

—Mantente en tu posición, saqueador —dice Ventia en el comunicador.

—Entendido. Espero a Raven aquí.

Soy consciente de que tendré que compartir espacio con ella. Miro el cuerpo de mi hermano. No puedo llevarlo conmigo. No podría aunque siguiera siendo humano y no una bestia. Así que me limito a agacharme de nuevo a su lado, a acariciarle la mejilla despacio y a tocar con el guante el eslabón que pende de su muñeca. Tengo el impulso de arrancárselo, llevarme una parte de él, pero me detengo en el último instante.

Esto es lo poco que le queda de su antigua vida. Un regalo de mamá. El dolor regresa. Y lo dejo fluir. Lloro en silencio antes de ponerme en pie, cantarle una vez más su canción entre sollozos y temblores y, después, mientras espero a que salgan del laboratorio, empiezo a cubrir su cuerpo con la nieve que sigue cayendo sobre nosotros y ha cubierto los alrededores como en un reino de hielo donde el invierno y la nieve son los reyes.

Las tumbas se extienden a mi alrededor, entre mausoleos y estatuas. Al menos, mi hermano no descansará solo.

—Adiós, hermano. Bajo la última luna, sigue adelante.

42



Izz

> El nexenol presenta una alta inestabilidad molecular y requiere manipulación bajo condiciones estrictamente controladas. Durante su uso se han observado liberaciones de sustancias volátiles potencialmente tóxicas al aire, lo que obliga a emplear sistemas de ventilación activa y filtros de protección completos.
>
> Informe clasificado del Proyecto Selene 67321J

El laboratorio polar se extiende frente a nosotras en silencio. Respiro hondo. No hay nadie a simple vista, pero no estoy segura de que no vaya a aparecer cualquier otro monstruo. Tengo que ser rápida. Según el mapa de Flavia, la sala sellada en la que tengo que elaborar el suero está al final, en el sótano más profundo. Me detengo frente al ascensor, pero las escaleras son una opción mejor, así que recorremos la sala aséptica conteniendo el aliento. Quedan solo cuatro días para el gran Apagón nacional y esto tiene que salir bien a la primera.

Eso hace que sienta un regusto amargo en la boca del estómago. El corazón me late tan fuerte y deprisa que me da la sensación de que puede escucharse en todo el laboratorio, y aunque eso es

imposible, tengo que obligarme a inhalar y exhalar despacio antes de llegar a las escaleras.

—¿Creéis que hay alguien más? —pregunta Flavia.

—¿Aparte de posibles mutaciones o...? —responde Catarina, alerta.

—Las mutaciones, en caso de haberlas, estarán encerradas en celdas dispuestas para ello —digo mientras empezamos a bajar por las escaleras—. Es posible que haya algún científico. Tendremos que ir con cuidado.

Flavia y Catarina se mantienen en guardia, con las armas preparadas. Hacemos el descenso iluminadas tan solo por una luz parpadeante. El visor me indica que la temperatura está descendiendo. Cuando al fin llego a la planta en la que se encuentra mi objetivo me quedo estática un instante. En la puerta hay un visor. Uno que tendremos que burlar y no sé cómo.

—Esto es cosa mía.

Flavia me adelanta y se pone a trabajar con su UTP.

Mientras lo hace miro en derredor preocupada. Da la sensación de que estamos en un túnel sin salida. No voy desencaminada, porque podemos estar metiéndonos en nuestra propia tumba.

La *hacker* trabaja deprisa y la pantalla se llena de números y letras inconexos. De pronto, el pasillo se ilumina con unas luces rojas intermitentes y una sirena resuena en todo el laboratorio. Se me desboca el corazón y miro alrededor, en busca de centinelas.

—Flavia, ¿qué has hecho? ¡Ha saltado la alarma! —Catarina mira por encima de nosotras hacia su compañera.

Me mantengo quieta, como si así pudiera evitar... ¿qué?

—¡No he sido yo! —La *hacker* levanta la vista antes de volver a centrarse en lo que tiene delante—. Desactivé toda seguridad al entrar. Alguien ha hecho saltar las alarmas...

Cruzo una mirada con ella, luego con Catarina. Pero ahora mismo no es el momento de pensar qué ha podido pasar.

—No importa, tenemos que atravesar esa puerta ya —intervengo, acercándome más a la chica de pelo naranja.

Finalmente, la puerta cede y soy la primera en empujarla. Antes de que atravesemos por completo el umbral escuchamos un gruñido.

Lento. Gutural. Como una bestia preparándose para el ataque.

Vuelvo la mirada y no me encuentro con ninguna bestia de pesadilla. Tiemblo como una hoja mientras Catarina cierra tras de nosotras.

Estamos en un laboratorio más pequeño de lo que esperaba. Mesas largas cubiertas de matraces, un microscopio y fragmentos clasificados en un extremo.

No estamos solas. Un hombre con bata blanca nos evalúa tras un traje de protección mientras sostiene un tubo de ensayo que tiene un brillo de tonos plateados, que destacan en el líquido oscuro. Como si el cielo estrellado estuviera contenido en ese pequeño recipiente. Con rapidez coge un bisturí y lo sostiene en alto para defenderse o intentarlo al menos. Flavia le apunta con la escopeta lunar de doble cañón y Catarina hace lo propio con la suya.

Yo me quedo quieta cuando escuchamos de nuevo un gruñido. Pero esta vez suena como un gemido lastimero. Un llanto similar al que emitiría un niño pequeño. Nadie dice nada, busco con la mirada a nuestro alrededor y encuentro dos puertas. Una corresponde a la sala sellada, lo sé por su revestimiento metálico. La otra está hecha de un material más resistente que el anterior, algún tipo de aleación, y tan solo cuenta con un cristal redondo reforzado para ver a través de ella. Es el lugar del que vienen los llantos.

—¿Qué narices tienes ahí dentro? —pregunta Catarina, sin dejar de apuntar al científico.

Él no responde, y veo que baja la mano despacio hacia la mesa. Estoy a punto de decir algo cuando Flavia dispara en un lateral. No le da al hombre, pero es suficiente para que del susto este deje caer el tubo de ensayo que aún sostenía y dé un paso hacia atrás. Su palidez es tan notable que se percibe incluso con el traje de protección.

—Será mejor que no cometas ninguna locura —intervengo.

Los ojos del desconocido me evalúan.

—Solo lo voy a repetir una vez, ¿qué hay ahí dentro?

—Na-nada.

La científica le ignora, avanza bajando el arma hasta que alcanza la puerta. Se asoma al cristal y suelta una maldición que no termino de entender.

—¡Hay un hombre herido dentro!

—¡No! ¡No puedes entrar ahí!

La alarma en la voz del científico hace que un miedo inesperado anide en mi pecho, sin embargo, no me da tiempo a intervenir cuando Catarina pulsa el botón que hay a un lado y la puerta se abre. La atraviesa y el científico, pese a seguir bajo la mira de Flavia, teclea en un panel de control que tiene a un lado y la puerta se cierra. Corro hacia allí y vuelvo a pulsar el botón para abrirla, pero este no responde.

—La ha bloqueado.

Me asomo. Catarina avanza hacia la persona que está hecha un ovillo en el suelo. La científica se agacha junto a él.

—Sácala de ahí o perderás un brazo.

—No puedo abrir. No lo entendéis.

—Pues haz que lo entienda si quieres conservar tu cuerpo intacto.

—Es una sala de bioamenaza de riesgo alto. Si alguien entra sin la protección adecuada, no sale.

Catarina estira un brazo hacia el herido con lentitud.

—¡Catarina, no! ¡Detente! —Golpeo la puerta con fuerza, pero ella no parece escucharme.

El herido se incorpora despacio, manteniéndose de espaldas. Entonces, se gira y tanto Catarina como yo nos echamos hacia atrás por la impresión. Me recuerda al aspecto que tenía Vik, pero en un grado mucho menor. Tal vez sea un disforme congelado de grado dos o tres. El pelo ha empezado a desaparecer de su cabeza y pequeños bultos le cubren el cráneo. Catarina levanta el arma y le grita algo que no alcanzo a oír.

—Ya te digo yo que ella sí va a salir —continúa Flavia, aunque sin quitarme ojo, preocupada por lo que le pueda estar pasando a su compañera.

—Si abrimos esa puerta no saldrá solo tu amiga.

El disforme mueve los labios y su rostro se contrae en una mueca involuntaria. Retrae el labio superior y muestra los dientes. Después, se lleva las manos a los ojos y da un paso hacia atrás.

Catarina se mantiene firme en su posición. Mis ojos se desvían a la sala contigua, la sala sellada. Me muerdo el labio, pensativa. No quiero dejar a la rebelde a merced del disforme, pero no puedo hacer nada. Intento una vez más abrir la puerta pulsando el botón. Sin éxito.

Flavia saca unas esposas iónicas y sin apartar la mirada del científico me ordena:

—Haz lo que has venido a hacer, Lizara Raven. Y date prisa. Yo abriré la puerta.

Asiento con la cabeza, aunque ella no me ve, y me muevo. En una de las paredes hay una vitrina con cristales lunares etiquetados. Busco quelante de ferrioxina, lo cojo y entro en la sala sellada que se abre ante mí tras pulsar el botón. Una vez me quedo aislada, saco

de mi traje el frasco que contiene nexenol, la bolsa de muestras en la que guardé la voltraxita, y los dejo a un lado. El nexenol no emite brillo alguno; al estar lejos del agua, ya no reacciona. Sin embargo, la voltraxita sí mantiene su brillo iridiscente.

—Ahora te vas a quedar bien quieto mientras yo *hackeo* el...

Apago el comunicador. No puedo permitir que nada me desconcentre, vamos a contrarreloj y cualquier error sería fatal.

Mi pulso se calma en este ambiente. El control de las cantidades. Registrar datos. Revisar protocolos. Mi pequeño mundo.

Esto es lo que conozco y mis manos dejan de temblar en cuanto me concentro. Los dedos se mueven, abren frascos y toman goteros con precisión.

El más mínimo error puede echar a perder toda la misión y no tengo ni tiempo ni ingredientes para repetir el procedimiento. No es un proceso rápido, la mezcla tiene que ir haciéndose a lo largo de, por lo menos, un par de horas. Y después necesito media hora más para estabilizarlo y poder ponerlo a buen recaudo en mi traje.

No tenemos tanto tiempo.

Me pongo con ello de inmediato. El sudor me humedece la frente por la tensión, pero los primeros ingredientes se mezclan bien. El problema es el nexenol. Inestable y peligroso. El único capaz de parar esto.

Contengo el aliento cuando humedezco la sustancia y la introduzco en un mezclador; esta va tomando forma con el brillo característico. Activo el filtro de mi traje pues se forma un vapor delicado, denso y suave que en esta primera etapa es venenoso. Respirarlo sería fatal, pues mis pulmones se comprimirían. Necesitaría una hora para que el vapor desapareciera completamente, sin embargo, voy a realizar la solución así. En realidad, esto es como cuando preparas la masa de pan. Se

recomienda dejarla reposar varias horas, sin embargo, se puede hornear al cabo de unos minutos. Y es lo que voy a hacer.

Activo la centrifugadora, marco la temperatura y el tiempo y dejo escapar el aire. La fuerzo por encima del límite recomendado; el metal tiembla, protestando, pero el proceso se reducirá de media hora a quince minutos.

Lo más difícil ya está hecho. Ahora solo queda esperar. Activo el comunicador de nuevo.

—¿Cómo vais ahí fuera? —pregunto, sin dejar de observar la máquina.

—Estoy a punto de abrir la puerta.

—No es buena idea. Vas a condenarnos a todos. —Escucho al científico.

—Cómo lamento no tener una de las mordazas de Umbral.

Mientras el proceso sigue su curso, miro con ansiedad a la centrifugadora, que vibra con fuerza, amenazando con explotar.

—Esto es más grave de lo que creíamos.

La voz de Catarina resuena en mis oídos poniéndome en alerta.

—¿De qué hablas? —inquiero.

—¡No sabéis lo que habéis hecho! ¡Sois unas...!

Su repentino silencio me hace imaginar que alguna de las dos le ha dejado sin conocimiento, y casi lo prefiero, aunque me da pena. Me recuerda un poco a mí. Trabajar en un laboratorio, experimentando para mejorar la vida en Selestara. Sin saber... Tal vez él sí lo sepa. Tal vez no sea una marioneta como lo fui yo. Al fin y al cabo, estaba experimentando con ese pobre hombre.

Un disparo resuena a través del canal de comunicación.

La máquina emite un clic y me dispongo a verter con cuidado el compuesto en un envase más apropiado. Un cristal templado adecuado para aguantar los viajes. He preparado también un

estuche para guardarlo. Lleva uno de los sellos del Gobierno que aviva mi rabia, pero me obligo a permanecer todo lo imperturbable que puedo.

Salgo de la sala sellada y veo frente a mí a las dos rebeldes, con los trajes salpicados de sangre, esperando junto al cuerpo noqueado del científico. Al fijarme mejor en la estancia veo el cuerpo del disforme mutado en un charco de sangre. Desvío los ojos hacia ellas. Catarina está temblando y Flavia le acaricia un brazo con delicadeza.

—No había nada que pudiéramos hacer por él y tú lo sabes mejor que nadie. —La *hacker* se percata de mi presencia—. Tenemos que salir de aquí cuanto antes. No consigo desactivar la alarma.

Mientras recorremos de nuevo el camino hacia la salida, me embarga una emoción a la que no estoy acostumbrada: culpa.

Porque fuera está Nil. El cadáver de su hermano.

No estoy preparada para que me mire otra vez como lo ha hecho antes.

«Tendré que estarlo», me digo apretando los dientes.

Cuando salimos todo sigue igual y a la vez se ve diferente. Un grupo numeroso de soldados vestidos de blanco se está enfrentando a los rebeldes. Centinelas de Arno. Busco a Nil y le veo luchando contra uno de ellos.

Otro de los centinelas se dirige hacia nosotras. Antes de que pueda reaccionar, Catarina da dos pasos rápidos y se enfrenta a él con su lanza extensible. Me sorprende la destreza de la científica. A pesar de saber que es una defensora, no deja de ser admirable. En cuanto acaba con este primer adversario, se mete entre el resto de rebeldes para apoyarles.

Tres centinelas nos rodean a Flavia y a mí. Ella se ocupa de dos y yo me enfrento al tercero. Me concentro para copiarme dos veces y

aprovechar el desconcierto del centinela para golpearle en el pecho con mi brazo mutado. Cae hacia atrás y se incorpora deprisa. Puedo ver su siguiente movimiento gracias a mi percepción y soy capaz de echarme hacia atrás antes de recibir la estocada de un cuchillo. Me incorporo y retrocedo para evitar otro impacto. Los centinelas son poderosos y no sé si podré acabar con él solo con mi brazo.

Recuerdo que tengo otra habilidad que no me he vuelto a atrever a usar, pero viendo la situación...

Flavia tiene problemas con el segundo centinela, pues el primero ya ha caído. El resto de los rebeldes también parecen estar en apuros. Trago saliva y tomo la decisión. Es la única opción.

Respiro hondo y estiro el brazo concentrando toda la luz posible en mí. La electricidad me recorre de pies a cabeza y contengo el aliento. El calor me quema y amenaza con hacerme explotar, sin embargo, fuerzo un poco más. Los trajes de los rebeldes y los centinelas se quedan a oscuras y yo brillo unos segundos antes de agacharme y posar la mano en el suelo. Tengo que hacer uso de toda mi concentración. Cierro los ojos y aprieto los dientes mientras visualizo, como si se tratara de un mapa holográfico, la situación que hay a mi alrededor. Mi percepción me ayuda con ello. Coloco en mi mente a todos los centinelas antes de lanzar toda la luz en rayos que recorren el suelo del cementerio, creando un círculo lumínico a mi alrededor que se extiende en forma de raíces hasta derribar a cada uno de ellos. Y no solo a los centinelas. Algunos rebeldes caen también, para mi consternación.

Intento incorporarme, sin embargo, no consigo hacerlo. La vista se me nubla y me tumbo tratando de recomponerme. Sigo oyendo voces y gritos de pelea. Duran unos minutos o más, no puedo precisarlo, pues siento la cabeza embotada y el cuerpo débil.

Cuando todo se queda en calma, alguien tira de mí hasta incorporarme. Es Flavia, que me ayuda a caminar.

El suelo está surcado por las líneas que ha dejado mi luz liberada, ahora unas rendijas negras que recorren el cementerio. Sorteamos los cuerpos de los centinelas y de algún rebelde antes de llegar a los vehículos.

Nil está apoyado en la moto que queda libre, apartado de los demás. Al verme avanza hacia mí, sustituye a la *hacker* para sostenerme y me ayuda a montar.

La tensión se palpa en el aire y no tiene nada que ver con la que compartimos en el viaje de ida, donde cada roce de su cuerpo se sentía como una electricidad imparable que nos instaba a buscar el contacto mutuo. Ahora el contacto se siente frío, distante, metódico.

Se tensa de inmediato cuando me sujeto a su cintura, pues es el modo más seguro de viajar.

—Lo siento —musito.

—¿Por agarrarte a mí? ¿O por ser la causa de que mi hermano haya muerto?

No respondo. El silencio se instaura entre nosotros como una tercera presencia, más pesada que cualquier bestia. La moto ruge, avanza, pero lo que realmente se mueve es la grieta que acaba de abrirse entre los dos. Y mientras el hielo se resquebraja bajo la cuchilla térmica, entre nosotros la brecha se hace más grande; sé que pronto no quedará nada que nos sostenga.

43



Nil

> Recuerda: la misión no conoce vínculos. El saqueador que se detiene por alguien está perdido. El terreno no perdona distracciones y las emociones no figuran en el reglamento. Las emociones alteran el juicio. Un saqueador que se deja llevar por ellas pone en riesgo la misión.
>
> Fragmento del *Manual del Saqueador Lunar*

Me cuesta concentrarme en el camino de vuelta. Los pensamientos y los recuerdos mantienen una batalla en mi cabeza que intento aparcar por el momento, pues un movimiento en falso podría desestabilizar la moto y hacernos caer por el abismo que ahora cruzamos.

El agarre de Izz es fuerte, diría que más que cuando emprendimos la ida. Lo único que quiero es llegar y que termine este contacto. En cuanto volvamos a Iberion y no me necesiten para nada, regresaré a casa y dejaré que los rebeldes terminen su misión y hagan con Lizara Raven lo que quieran.

Me da igual.

Solo quiero separarme de ella.

El colgante me quema en el pecho, recuerdo no solo de mi madre, sino también de Vik. De lo que he tenido que hacer.

Esta vez el trayecto se me hace corto. Porque, al final, no he estado concentrado como debería, sino que me he dejado llevar por mis pensamientos. Qué haré a partir de ahora. Cómo sobrellevaré lo que ha pasado. Y más importante: ¿seré capaz de contarles a mis padres lo que he hecho? ¿Volverán a mirarme como a su hijo pequeño o lo harán como el asesino de su hijo mayor?

En cuanto detengo el vehículo estoy tentado de quitarme el casco y frotarme la cara, a pesar de seguir en el exterior.

Mi acompañante baja con torpeza de la moto y está a punto de perder el equilibrio. Mi mano se mueve por sí sola y la sostiene. Izz me mira sorprendida, incluso yo lo estoy. Obligo a mi extremidad a soltarla para que se apañe sola a partir de ahora y me muevo para dejar el vehículo en su sitio. Antes de hacerlo, un pensamiento fugaz cruza mi mente: alejarme de aquí.

Y es lo que hago.

Para sorpresa de todos, acelero y me marcho a toda velocidad. Escucho los gritos a mi espalda, aunque en realidad provienen del comunicador que apago, acallando las voces.

Acelero hasta alcanzar el máximo, unos trescientos kilómetros por hora. La adrenalina me recorre y siento cómo todo queda atrás. Mis padres. El Alto Comisionado. La muerte de Vik. Lizara Raven. Los rebeldes. Ojalá pudiera quedarme con esta sensación de soledad y libertad. Pero no. Tengo que enfrentarme a todo ello.

Me cruzo con algunos animales que solo son borrones ante mis ojos. ¿Habrá algún mutado entre ellos? No quiero pensarlo.

Solo cuando he tenido suficiente, regreso. Soy consciente de que no puedo regresar solo a Iberion. Y tampoco puedo quedarme a

vivir en el Desierto Polar huyendo de todo.

Aparco la moto en su lugar. No hay nadie fuera, aunque no esperaba que lo hubiera. Entro en la cámara de descompresión y me libero del casco y los guantes que tiro a un lado de mala manera. No sé a dónde ir, así que me quedo en la sala principal, donde nos reunimos con los rebeldes. Voy hacia la máquina de agua y aprovecho para dar un buen trago; estoy seco y ni siquiera me había dado cuenta. Me sirvo una segunda vez y me siento para beber más despacio.

Es entonces cuando me percato de que no estoy solo. Izz está sentada y me mira con los ojos enrojecidos. Ha estado llorando, pero ya no me importa.

Me levanto al momento. No quiero estar en la misma habitación que ella.

La escucho levantarse también.

—Nil, espera.

No lo hago y sigo caminando hacia la salida. Su voz me revuelve por dentro, no quiero escucharla. Estoy a punto de alcanzar la puerta cuando me sujeta del antebrazo. El contacto frío de su mano mutada me detiene.

—Por favor, Nil, yo...

—¿Qué? —Me encaro a ella con odio—. ¿Vas a intentar engatusarme como hace tu padre? ¿Es la especialidad de los Raven?

El dolor que veo reflejado en sus ojos al escucharme debería hacerme sentir algo, pero en este momento solo quiero devolverle el daño que me ha hecho. El daño que ella y su padre han provocado en tantas personas.

—Solo quiero que me escuches. Luego puedes seguir odiándome.

Su voz está cargada de amargura. Me cruzo de brazos, me apoyo en la mesa y la miro con desgana esperando a que hable.

—Lo que te voy a contar no es para excusarme de mis actos. Ya te conté un poco cómo ha sido mi vida. Mi madre murió cuando yo era pequeña y me criaron mi padre y mi abuelo, aunque como sabes Arno nunca me vio como una hija, sino como un medio para un fin.

Me mantengo en mi posición. No respondo ni hago ningún gesto. Aunque por dentro me pregunto cómo debe de ser crecer sin el cariño de una madre y darte cuenta de que tu padre no te quiere.

—Si tu padre es tan malo, ¿por qué seguiste con él?

Izz abre mucho los ojos, sorprendida.

—¿Cómo podía saber que mi padre era malo si eso era lo único que conocía?

—Porque... —Los argumentos se me escapan antes de pronunciarlos.

Cuando era pequeño tenía a mi hermano, a mis padres, pero además conocíamos a otras familias del núcleo. Ella no ha tenido con qué comparar. Arno se encargó de que estuviera aislada en su burbuja. Ella me da la espalda y camina hacia el otro extremo de la sala.

—Sí tuve el cariño de mi abuelo. Él siempre estuvo ahí cuando Arno no estaba y siempre defendía a mi padre, explicándome que su trabajo implicaba estar ausente, porque también debía dedicarse al pueblo de Iberion. Cuando empecé a trabajar en el laboratorio entendí estas palabras. Tenía que pasar muchas horas en el trabajo, dedicada a una investigación para mejorar la calidad de vida de los iberios. Veía menos a mi abuelo, tan poco que podía pasar semanas sin mantener una conversación con él más allá de lo básico. Eso me enseñó que los sentimientos, como decía Arno, a veces entorpecen lo importante. Y Lizara Raven creyó que eso era lo normal. Lo correcto. Que formaba parte de crecer. Así que dejé atrás a Izz para convertirme en una reputada selenoingeniera biológica.

»Cuando los saqueadores lunares regresáis de las misiones —se gira y me mira—, debéis pasar por un reconocimiento médico. Yo dirigía el equipo que lo hacía, para examinar la sangre por si había entrado en contacto con alguna de las sustancias lunares y ver su reacción y controlarla en caso de que fuera necesario. Ahí conocí a Nyelith, una saqueadora lunar. Ha sido la única amiga que he tenido. Tenía voltraxita en la sangre. Le prometí que no le pasaría nada... —La voz se le quiebra. Tiene los ojos empañados y casi, solo casi, logra traspasar el muro de hielo que he levantado entre ella y yo—. Un día, no volví a verla. Me dijeron que se había tenido que marchar a otra misión de urgencia. Sin embargo, por accidente, encontré entre los documentos de mi padre un informe en el que descubrí que se la habían llevado para experimentar con ella...

Teclea en su UTP acercándose a mí y busca en una lista de archivos hasta dar un toquecito en el holograma de uno que se expande ante mis ojos.

«BETA97 fue retenida tras detectarse en ella trazas elevadas de voltraxita tras una misión de recolección en el Desierto Ígneo. Los niveles encontrados indican una fase temprana de integración bioenergética, con alteraciones en la actividad eléctrica periférica y respuestas anómalas. Debido al riesgo de que la integración provoque efectos impredecibles —desde habilidades no controladas hasta mutación irreversible—, se autorizó su traslado a una Sala de Bioamenaza de Nivel Alto del Laboratorio 13 para seguimiento intensivo. BETA97 llegó consciente y orientada, con signos de estrés, pero sin deterioro físico aparente. El equipo de investigación ha solicitado iniciar pruebas de estimulación controlada para determinar si la voltraxita se estabiliza de forma espontánea o si avanza hacia una fase crítica. Se recomienda proceder con la Fase 1 antes de que la integración supere los umbrales seguros».

Con un rápido movimiento, Izz pasa a otro informe.

«Informe clasificado del Proyecto Selene 5986K. Sujeto BETA97. Las alteraciones morfológicas registradas durante las últimas horas muestran una desviación extrema respecto a la fisiología humana, con patrones de crecimiento irregulares y respuestas bioenergéticas que superan los umbrales de estabilidad. La conducta refleja pérdida de toda conciencia. Se considera que la mutación ha adquirido un carácter altamente agresivo e incompatible con cualquier forma de control convencional».

Apaga el UTP y se queda unos segundos con la mirada perdida mientras yo asimilo todo lo que acabo de leer.

—La habían convertido en un monstruo —musita con la voz rota —. Y yo la liberé para darle una oportunidad sin pensar en las consecuencias. La reconocí de inmediato cuando la vi al otro lado del cristal. Ya no era ella, pero nunca podría olvidar sus ojos. Esa mirada bicolor estará siempre en mi memoria. Todavía puedo ver sus ojos: uno marrón y otro azul.

Izz da unos pasos hacia atrás, alejándose de nuevo, y se sienta para sujetarse la cabeza con las manos.

Clavo la vista en ella. El recuerdo viene a mí y ato cabos con sus palabras. Liberó a un monstruo, que acabó en el núcleo y al que abatieron los centinelas.

—Ahí fue cuando descubrí que el verdadero monstruo es mi padre.

—¿Crees que liberarla fue la mejor opción?

—Sé que la mataron y me sentí culpable por ello, pero esa cosa ya no era mi amiga. Ya no era Nyelith. Yo no tuve el valor de acabar con su sufrimiento. Quizá debería haberlo hecho, pero yo... —Se mira las manos—. ¿Cómo iba a hacer algo así?

Se tapa la cara para ocultar las lágrimas que han logrado escapar y ahora ruedan por sus mejillas. Estoy tentado de acercarme a

consolarla y tengo que hacer uso de todo mi autocontrol para contenerme.

Todo esto no justifica lo que ha hecho.

—Pues eso es lo que me vi obligado a hacer yo. Lo que le pasó a mi hermano es por ti... —susurro—. ¡Por tu maldito descubrimiento!

Ella no se mueve. No intenta negarlo.

—Sí. Es por mí.

Esa aceptación me golpea más que cualquier mentira. Me acerco a ella, que se levanta preparada para enfrentarse a mí.

—Me usaste de cebo. Sabías que era mi hermano, que vendría tras de mí, y lo aprovechaste para entrar en el laboratorio polar. ¡Lo sabías, joder!

—Lo sabía —responde, con los ojos ardiendo—. Lo siento, Nil, pero era la única forma de entrar...

—¡Era mi hermano! —repito con la rabia desgarrándome la garganta.

—Y era un monstruo. Ya no quedaba nada de lo que fue tu hermano. —Su voz se quiebra, pero no retrocede—. No estuvo bien lo que hice y te pido perdón por ello. Era la única forma de entrar. El único modo de preparar el antídoto y detener a Arno. Cuando vi el tatuaje, cuando hablaste del hermano que perdiste, lo comprendí. Eras la clave para el plan, sabía que, aunque no quedase rastro de humanidad en él, quizá durante un instante notaría algo que lo distraería. Pensé como lo haría mi padre.

—Porque eres igual que él.

—Tal vez. —Me sostiene la mirada sin pestañear—. Pero conocerte destruyó las barreras que él había construido, liberando una parte de mí que creía enterrada: Izz. Rompiste pedazo a pedazo el muro que había levantado para protegerme, para no sentir. Y cuando te vi ahí, contra un monstruo imposible..., terminó de destruirse por completo.

Yo no quiero... —La voz le tiembla y creo que va a apartar la mirada como suele hacer cuando está nerviosa, pero no. Mantiene sus ojos del color de la luna clavados en los míos. Y yo me niego a apartarla —. No quiero apagar lo que despertaste. Quiero sentir, Nil. Quiero ser... mejor. Contigo, o gracias a ti, no lo sé. Pero no pienso volver a esconderme.

Me atraviesa, claro que lo hace, pero no pienso dejar que me derribe tan fácilmente. Siento el tirón en el pecho, ese calor que me despierta cosas que quería enterrar, pero también siento la resistencia, la parte de mí que aún quiere mantenerse firme. No es miedo; nunca he tenido miedo a sentir. Es... una guerra. Una guerra que me remueve entero. Me asusta. Me atrae. Me rompe. Me reconstruye. Todo a la vez. Y lo peor es que no quiero apagarlo.

Pero debo hacerlo. Por Vik.

—Me ocultaste la verdad. Eso es lo mismo que esconderse. No me hablaste de mi hermano, ni de lo que planeabas hacer, ni de que pensabas usarme como carnada.

—Pensé en hacerlo muchas veces. No al principio, porque no te conocía y eras la llave para el laboratorio polar. Sin embargo, a medida que pasaba el tiempo... Quería contártelo, de verdad. Solo que hacerlo ponía en riesgo a Iberion. Y al final..., al final me convencí de que callar era lo único que podía protegerlos.

—No me diste elección. Me convertiste en tu jodida marioneta utilizando el mismo juego de tu padre. —Doy un paso hacia ella, con fuego en mis ojos.

—¡Ya basta de compararme con mi padre! —Me da un empujón inesperado que me hace retroceder un par de pasos—. No soy como él. Puede que tenga un brazo mutado, pero no soy un monstruo. ¡Intento detenerle!

—¿Detenerle? —Mi voz se rompe en una carcajada amarga—. ¿Y a cambio de qué? ¿De mi hermano muerto? ¿De mi confianza hecha pedazos?

—A cambio de salvar Hespéria. De que nadie más tenga que pasar por lo que tú has pasado.

—¡No me importa una mierda Hespéria! —le grito, aunque no es cierto, pero no soy yo quien habla ahora—. Me importaba él. Y le perdí por tu culpa.

Ella se queda en silencio, como si mis palabras fueran cuchillos. No intenta defenderse más. No intenta convencerme. Solo me mira, rota, y por un instante pienso que va a volver a golpearme.

—No vuelvas a dirigirte a mí —murmuro con la rabia y el dolor mezclándose en mi pecho, apagando cualquier resto de lo que alguna vez sentí por ella—. No te atrevas siquiera a mirarme.

Me giro y camino hacia la puerta. Cada paso retumba como un golpe seco. No miro atrás. No pienso hacerlo.

La dejo sola, con su brazo, con sus culpas, con sus monstruos. Y yo me marcho con los míos.



Cuarta parte

Cuarta norma del Reglamento de los Saqueadores Lunares: No cruces la línea.

La misión termina donde empiezan las emociones.
El protocolo no contempla excepciones.

44



Izz

> Las esporas lumínicas han demostrado ser el vector más eficiente de contagio de la mutación. También el más limpio e inocuo. Permanecen latentes en la oscuridad y se activan mediante pulsos energéticos, propagándose de forma imperceptible.
> Allí donde alcanzan tejido humano, el contagio es visible y la transformación, inevitable.
>
> Informe clasificado del Proyecto Selene 2385L

Aprieto los labios. No es capaz de entender nada de lo que está pasando. Es más grande que nosotros; que su hermano, aunque me pese decirlo. No tiene nada que ver con nuestras propias heridas, sino con toda Hespéria. Y puede que también en un futuro con Selestara. Nil no lo ve. Para él esto se ha convertido en una guerra de sangre y venganza, de un hermano perdido. Para mí es la condena o la salvación de miles.

Me dejo caer sobre el sofá, derrotada. A pesar de lo mucho que me repita todo esto, comprendo a Nil. Comprendo sus sentimientos, su dolor, el odio que ahora mismo está sintiendo hacia mí. Me duele

el pecho, y sé que es por él. No sé si entiendo por qué. No debería importarme, entre él y yo...

«Hubo algo. Mas ya no volverá».

Catarina acaba de entrar por el mismo lugar por el que Nil ha desaparecido y se acerca a mí. Veo una sombra en su rostro. Me levanto alarmada al darme cuenta de lo que le está pasando, sin embargo, ella me dedica una cálida sonrisa.

—¿Estás bien?

—Yo... —Por un momento no sé qué decir. Mis ojos siguen clavados en esa piel grisácea que conozco tan bien—. ¿Y tú?

Suelta una carcajada.

—No soy yo quien ha tenido una crisis de pareja.

Enrojezco al instante.

—No somos pareja. Nosotros... —«Céntrate»—. Catarina, ¿te has mirado la cara?

—¿Por qué? —Se lleva los dedos a las mejillas y veo sus intenciones de bromear cuando su expresión se torna seria—. ¿Qué...?

Se dirige hacia un lado donde hay un pequeño espejo colgado de la pared a modo de adorno. Suelta un chillido que atrae a Umbral y Flavia. Él abre la boca para hablar, pero frunce el ceño en cuanto su compañera se gira hacia ella. La *hacker* parpadea varias veces.

—¿Qué cojones...?

Ventia llega interrumpiendo la frase del cazador lunar. La líder de los rebeldes examina la cara de Catarina y enseguida clava los ojos en mi brazo mutado, del que solo se ve la mano, con una mirada perspicaz. Yo asiento sin atreverme a decir nada.

—¿Qué pasó en el laboratorio polar? —indaga Ventia.

Flavia y Catarina se miran entre ellas y luego me miran a mí. No sé de qué habrán hablado si es que lo han hecho cuando hemos

llegado. Yo me he quedado aquí esperando a Nil, quien llega ahora con Alveron y Octavius.

—Encontramos a ese científico como os dijimos... Estaba experimentando con un hombre —explica Flavia, dando a entender que ya han hablado del tema.

—Y Catarina trató de ayudarle, lo sabemos —continúa Octavius.

Entrecierro los ojos.

—Catarina entró en una Sala de Bioamenaza de Nivel Alto —suelto recordando los hechos—. El científico la encerró allí. —Me acerco a la rebelde para verle mejor la piel—. Allí debía haber algo más...

—Él me dijo..., mencionó algo de unas esporas lumínicas...

—¿Esporas lumínicas? —inquiere Umbral—. ¿Qué cojones es eso?

Flavia se dirige hacia la mesa con rapidez y enciende el ordenador holográfico, donde despliega los informes que me robaron del UTP. Los mismos que yo le robé a Arno.

—Aquí. —Lo lee en voz alta deteniéndose especialmente en la última frase—. «Allí donde alcanzan tejido humano, el contagio es visible y la transformación, inevitable».

Todos miramos a Catarina, que palidece.

—¿Estoy contagiada?

—Si me permites sacarte una muestra de sangre, puedo analizarla y saber si lo estás —me ofrezco.

—Pero... pero... ¿cómo es posible? —Flavia se frota la frente—. Yo no tengo nada...

—Tú no entraste en la sala —le recuerdo.

Catarina ha tomado asiento en un taburete alto de los que rodean la mesa. Ventia se acerca a ella y le pone las manos en los hombros, transmitiéndole su apoyo. Por un momento, recuerdo a Nyelith.

—Cata, tranquila. Todo saldrá bien. —Hace una pausa para que sus palabras hagan su efecto—. Siento tener que preguntártelo,

pero... ¿ese hombre te dijo algo más? Es de suma importancia que lo recuerdes, sea lo que sea.

La científica hace un gran esfuerzo. Puedo entenderla. Ahora está con la duda de si está contagiada o no. De si se convertirá también en un monstruo, algo que sabré en cuanto analice su sangre.

—Que Arno era un monstruo..., que él pretendía..., que durante la oscuridad... ¡No lo sé! —Se tapa la cara con las manos, aunque enseguida retira el contacto con la zona grisácea que, lo sé bien, ahora le devuelve frío—. Nada tenía sentido.

Un silencio tenso se instaura entre nosotros. No sé si los demás han comprendido el alcance de sus palabras, pero mi cerebro está trabajando a toda prisa.

—Era un pobre desgraciado que ya había perdido la razón —tercia Alveron hablando por primera vez—. Según los informes, las mutaciones empiezan con la pérdida de la conciencia.

—No recuerdo haber leído eso. —Octavius arruga la frente.

—No sucede al principio —indico ganándome una mirada de desaprobación del *hacker*—. Es un proceso lento. Al principio desorienta y afecta más a la memoria.

Me acerco a la mesa con los ojos clavados en el holograma del informe. Releo cada palabra.

«... la oscuridad... El Día del Apagón... Las esporas lumínicas...».

Un escalofrío me recorre la espalda. El poder de Arno. ¿Podría ser que en esa onda expansiva...?

—No puede ser.

—¿Qué pasa? —me pregunta Ventia.

—Arno planea efectuar un contagio a gran escala. Por eso marcó el Día del Apagón. Usará ese poder de la luz para ello, expandiendo las esporas lumínicas.

Las respiraciones son todo cuanto se oye. Hasta que Nil rompe el silencio:

—Es decir... que quienes no mueran en esa onda expansiva de la que hablasteis... ¿acabará convertido en monstruo?

—Si no tiene la suerte de ganar habilidades en el proceso, sí —afirma Flavia.

Nil respira hondo, como si la idea fuera encajando pieza a pieza.

—Y los que sí las desarrollen pasarán a formar parte del ejército de Arno. —Se rasca el pecho de forma distraída—. Con ese chip. O lo que use para controlarlos.

No puedo evitar mirarle, aunque él tiene la vista fija en el informe. Se ha quitado la parte de arriba del traje. Tiene el cabello revuelto, los ojos rojos por las lágrimas y una expresión seria y preocupada. Imagino que debe de estar pensando en su familia. En sus amigos.

—Eso es.

Ventia consulta su UTP calculando el tiempo que nos queda. Muy poco. Dos días. Dos días y medio si tenemos en cuenta que el Apagón es entre las dos franjas de trabajo. Es decir, a mediodía.

—Tú y Catarina id al laboratorio inmediatamente —nos ordena a ambas—. El resto, venid conmigo. Tenemos que terminar el plan que detendrá a Arno y salvará no solo la ciudad de Hespéria, sino a toda Selestara.

Percibo en ella que sabe, tan bien como yo, que Arno no se detendrá en la ciudad del fragmento. Arno es ambicioso y esto es solo el principio de lo que pretende desatar, algo que no comprendemos y que, precisamente por eso, resulta aún más perturbador.

45



Nil

> Tras la declaración confidencial del nuevo Alto Comisionado, Arno Raven, reconociendo la falsedad de las acusaciones sobre el crimen de Eubea Landina, se confirma la retirada inmediata de nuestras unidades de la frontera con Iberion. Asimismo, garantiza que el contingente del Proyecto Selene no será desplegado contra territorio nevrastiano y acuerda el intercambio de datos relativos al mismo.
> Nevrast, por su parte, se compromete a mantenerse al margen del conflicto interno iberiano.
>
> Informe clasificado del Gobierno de Nevrast

Izz y Catarina han salido hacia el laboratorio. La sala sigue llena de murmullos tensos. Umbral, Flavia, Alveron y Octavius se agrupan alrededor del holograma, discutiendo en voz baja. Yo permanezco inmóvil pensando en lo que acabo de leer. En que, si es cierto, Hespéria está perdida. Mis padres. Mis amigos. Desaparecerán, ya sea convertidos en monstruos como Vik o en marionetas a merced del Alto Comisionado. No puedo quedarme sin hacer nada, no...

—Id adelantando el plan —ordena Ventia sin alzar la voz, pero acallando los murmullos—. Necesito un momento con Nil.

Los demás asienten y se apartan unos metros, dejándonos espacio para hablar. El único que no parece concentrado en el plan es Alveron, que no nos pierde de vista.

¿La líder quiere hablar conmigo? Eso me saca de mis pensamientos, pero enfoco la mirada en ella y parpadeo varias veces. Ventia me atraviesa con sus ojos marrones, evaluándome en silencio. No encuentro lástima en ellos, sino una comprensión profunda que me sorprende.

—Estoy bien —digo, aunque mis palabras me suenan huecas y sin sentido.

Ella me guía hacia los sofás. Toma asiento en uno de ellos y me invita a hacer lo mismo en el otro. Aprieto los labios con frustración, ¿por qué parece tan calmada? Acabamos de descubrir que Arno pretende acabar con toda Hespéria. Y no se me olvida tampoco que ella tendría que estar..., no sé, desesperada. Catarina puede acabar convertida en un monstruo en el peor de los casos.

—No tienes por qué estar bien.

Sus palabras me sorprenden. No esperaba ese inicio de conversación y mucho menos viniendo de ella. Aprieto la mandíbula y apoyo las manos en las perneras del traje para que no se note que me tiemblan.

—Yo tampoco sabía qué hacer el día que se me cayó el mundo encima. No es el mejor momento.

Se me escapa una risa rota, inesperada y carente de humor. La evalúo. ¿Adónde quiere llegar? ¿Quién es esta mujer? ¿Cuáles son sus objetivos?

—Perder a alguien duele más que cualquier otra cosa. Y está bien. Tiene que ser así. Lo que no sería normal y te haría más inhumano

que una mutación sería estar bien. La pérdida te desgarra por dentro, te parte en dos, y tienes que reconstruirte. Lamento decirte que no es un proceso rápido, aunque eso ya lo sabes.

»Cuando perdí a Eubea nada tenía sentido. Yo era muy joven, pero toda mi carrera había sido al lado de la Alta Comisionada. Ella me enseñó a luchar por mis principios, a cuestionarme lo incuestionable. Abrió mi mente y me hizo comprender que las cosas podían cambiar si te esfuerzas lo suficiente.

Hace una pausa larga en la que mueve los dedos sobre sus rodillas. Un gesto que le he visto hacer a menudo cuando piensa. Imagino que está recordando a Eubea, su propia juventud, y... estará reviviendo el dolor. Eso es lo que pasa con los que dejamos atrás. El dolor no desaparece, solo aprendemos a gestionarlo mejor.

—Era mi mentora. Mi amiga. La única persona que creía que Iberion podía cambiarse sin romperse. Y yo... yo estaba allí cuando murió. Y no pude hacer nada por ayudarla.

La culpa se palpa en el aire como una sombra helada y hace que me revuelva en mi asiento. Yo vi morir a Vik. No solo eso, sino que tuve que matarlo. Pero no vi lo que le hicieron. Vi en qué lo convirtieron. Ese pensamiento es suficiente para que vuelva a enfadarme y apriete los dientes.

—Y... ¿por eso fundaste la rebelión?

—No.

Arqueo las cejas, sorprendido. No esperaba esa respuesta y lo sabe, porque una sonrisa triste estira sus comisuras.

—Era joven, como ya te he dicho, y estaba muy enfadada. Eubea no creía en la venganza, pero en ese momento me dio igual. Cuando descubrí la verdad, quise que los responsables pagaran. Y, sobre todo, quería librarme de la culpa. Me perseguía y me dolía a cada

paso. Me repetía una y otra vez que estuve ahí, que podría haber hecho algo y que se lo debía.

Se humedece los labios y mira hacia otro lado antes de volver a mirarme con fijeza.

—Siempre me he dicho que lo hice por ella. No fue así. Fue por mí. Porque quería intentar... reparar esa herida. Quería volver atrás. Pero nunca se puede volver atrás —añade con un susurro áspero—. Por mucho que lo desees. Por mucho que te lo repitas.

Se frota las manos, como si todavía pudiera sentir el frío de ese día. No digo nada. La entiendo bien. Ojalá pudiera volver al día en que mi hermano salió hacia el Desierto Polar. Tal vez podría hacer algo, o quizá nada. Comprendo su culpa, porque es la misma que me arde en el pecho, en las manos manchadas de sangre. Sí, puede que ya no fuera él, pero para mí...

—Cuando por fin lo entendí, ya había levantado todo esto. La rebelión. La causa. La guerra. Me di cuenta de que no la había fundado para honrarla. Ni siquiera para seguir sus principios, aunque son estos los que nos mueven a cada uno de nosotros, sino que fue por mí. La fundé para no hundirme.

Me quedo mirándola sin saber qué decir. No imaginaba que Ventia estuviera tan rota. Que fuera tan humana.

—Ventia... —empiezo, pero ella niega con la cabeza.

—No me malinterpretes. No me arrepiento de luchar, ni de lo que hemos construido. Sin embargo... —sus ojos se clavan en los míos con más intensidad—, no puedes basar tu vida en una herida. Porque entonces todo lo que hagas será para taparla, no sanarla. Y no puedes enterrar el dolor para siempre.

Siento un nudo en la garganta. Un calor inesperado en los ojos. Una lágrima que escapa y limpio deprisa.

—No sé si puedo hacer otra cosa.

Ventia me observa con una mezcla de dureza y compasión.

—Claro que puedes.

Se inclina un poco hacia mí.

—Ahora mismo no lo ves. Porque estás en el centro del dolor y ahí todo parece definitivo. Irreversible. —Hace una pausa—. No lo es.

Suspiro, agotado. No se trata solo de Vik, de su muerte o de haber empuñado el arma que acabó con él. Es lo que tuvo que pasar. La traición de Lizara. De Izz. Mis sentimientos por ella. Quiero arrancarlos de mí, dejar de sentir esta lucha interna que me enfada y me aterra a partes iguales.

—No sé si puedo perdonarla.

No es necesario que diga a quién. Ventia me observa con un brillo diferente en la mirada y asiente despacio.

—No te estoy pidiendo que la perdones. Te estoy pidiendo que no dejes que la rabia te destruya.

Me echo hacia atrás consternado.

—Nil —continúa—, lo que te ha hecho, lo que has perdido... Lo que has tenido que hacer es real. Y dolerá. —Su voz se suaviza—. Pero no conviertas el dolor en tu brújula. No dejes que decida por ti. Que apague todo lo demás.

Me quedo en silencio. No sé si entiendo todo lo que dice, pero sí entiendo que tiene razón. Y el recuerdo de Vik acude a mí, pero lo hace de otro modo. Su sonrisa, las carcajadas, su valor, su cabezonería. La forma que tenía de empujarnos hacia delante. Cómo se enfadaba cuando me rendía antes de tiempo. Era optimista, alegre, insoportable a veces. Y, por primera vez, su recuerdo no me aplasta, sino que me recuerda quién fue. Quién era antes de que todo se torciera. Porque lo que he matado... no era mi hermano.

Mi hermano nunca habría permitido que yo le dejara atrapado en aquello para siempre.

Nunca habría querido que yo cargara con ese peso como si hubiera sido culpa mía.

—Ventia. —Flavia se ha acercado en silencio, aunque mantiene cierta distancia respetando nuestra conversación. La líder le hace un gesto con la cabeza para que continúe—. Es Ronan.

—Discúlpame, Nil.

La mujer se dirige hacia la informática y yo aprovecho para beber agua. No me había dado cuenta de la sed que tenía, y sé que no es solo por la conversación que hemos mantenido.

Escucho a Ventia hablando con alguien a través de su UTP. Su interlocutor calla mientras ella le explica los últimos datos del plan que vamos a llevar a cabo. Lleno un segundo vaso y lo bebo a sorbos pequeños mientras repaso mentalmente los pasos que ella va detallando. Cómo Catarina y Umbral van a hacerse pasar por centinelas gracias a unos uniformes que alguien ha conseguido. Los centinelas llevan casco. Nadie podrá saber que son rebeldes infiltrados, y Ventia ha dado esta información tan solo a quienes participamos en la misión.

—Muy bien, cielo. Os esperaré en el punto acordado.

Esa voz.

No.

No puede ser.

El vaso se me escapa de entre los dedos y cae con un ruido metálico que atrae la atención de los presentes. Mis pies caminan por sí solos hacia Ventia, quien tiene ante sí el holograma de un hombre sentado que me devuelve la mirada en cuanto entro en su campo de visión. Ese ojo de cristal que recuerdo bien se clava en mí.

—Teniente Stravic... —musito sin apenas voz—. Pero...

No me salen las palabras. Dirijo la vista de uno a otra varias veces, tratando de comprender lo que estoy viendo.

—Saqueador Dilar, me alegra verle... vivo.

Lo dice con sinceridad, sus ojos me lo demuestran.

Ventia consulta la hora.

—Tienes mucho que contarle a Nil, Ron. Aún queda algo de tiempo.

Me pasa el ordenador de muñeca desde el que se ha establecido la conexión y se dirige a la mesa a continuar con los preparativos.

—¿Usted también...?

Él alza una ceja, inquisitivo, pero no comenta nada al respecto.

—Me preguntaba qué había sido de ti, Nil. —Me llama la atención la pérdida de formalidad—. Pero jamás hubiera imaginado que te habías unido a Ventia.

—En realidad...

No sé qué decir. Él me sonríe con una calidez paternal.

—Aunque no me sorprende en absoluto. Desde que te uniste al cuerpo de los saqueadores lunares ya vi que tenías aptitudes. Y cuando me pediste autorización para el Registro Confidencial e hiciste una copia ilegal de los archivos de la expedición de tu hermano... —Me quedo pálido—. Tranquilo, borré tus huellas. Solo lo sé yo.

¿Puedo estar tranquilo? ¿Puedo confiar en él? ¿De qué lado está realmente? Recuerdo cuando entré en su despacho y vi la cantidad de imágenes de diferentes lugares, algunos que no reconocí. Un topo rebelde en Hespéria.

—¿Desde cuándo pertenece a los rebeldes?

Vuelve a sonreírme.

—Puedes tutearme, Nil. Aquí... o allí, no soy tu superior. —Se levanta y pasea por su despacho—. Desde que mi mujer fundó la organización. Hace doce años.

—¿Su...? —Carraspeo—. ¿Tu mujer? —Desvío la mirada hacia Ventia—. ¿Ella es tu mujer? Pero... pensaba que tú eras fiel al Gobierno del Alto Comisionado.

—Esa es la idea, que parezca que lo soy, ¿no? —Se encoge de hombros con una sonrisa teñida de orgullo y melancolía a la vez—. Cuando empezamos a ver sobre qué se había construido el Gobierno de Arno, no pudimos quedarnos de brazos cruzados. Sin embargo, no podíamos huir los dos. Teníamos una hija a la que proteger e irónicamente estaba más segura entre los muros de Hespéria que en las zonas extremas. Así que fingimos que Ventia me había abandonado, dejándome solo con nuestra hija de once años, Nyelith.

«Nyelith».

La amiga de Lizara.

La saqueadora mutada a la que los centinelas abatieron.

Uno de los experimentos del Proyecto Selene.

Siento el suelo tambalearse bajo mis pies. Me pregunto si él conoce la verdad. Toda la verdad.

Vi morir a su hija, pero no puedo decírselo. No...

—Pero no pude protegerla. Se unió a los saqueadores en contra de mi voluntad cuando se enteró de que su madre y yo seguíamos en contacto y que ella nunca la había abandonado.

—¿Qué le pasó?

—Nunca regresó del Desierto Ígneo.

—Lo lamento, Ronan.

—Por eso derrocar a Arno es mi prioridad. Verle caer es lo único que me ha dado consuelo desde que Nyelith se fue.

«Nyelith, que acabó convertida en un monstruo. Muerta en la ciudad cuyos muros debían protegerla».

46



Izz

> El sujeto SXPS 252 está preparado para recibir la dosis accidental mediante las esporas lumínicas. Se activarán tras el Apagón del laboratorio y se introducirán en su sistema. Se espera un contagio directo y rápido. A la espera de resultados.
>
> Informe clasificado del Proyecto Selene 687234F

Saco la muestra de sangre en silencio. Catarina se mantiene seria y la determinación que veo en sus ojos me parece admirable. Mientras, deseo que los resultados sean buenos. Trago saliva, me llevo la muestra y empiezo a trabajar. Ella se aprieta el brazo para que deje de salir sangre y después me sigue, ayudándome con el análisis.

—¿Me voy a convertir en una de esas cosas? —pregunta con un ligero temblor en la voz.

—Todavía es pronto para saberlo.

Dejo caer la gota de sangre de Catarina en el cartucho hemolumínico. El reactivo responde al instante, extendiéndose en un brillo tenue que se fractura en vetas irregulares.

Inserto el cartucho en el analizador sin añadir palabra. El aparato emite un pulso y una luz verde recorre el panel, iniciando la lectura. Ajusto el espectro con movimientos precisos, metódicos, y dirijo la mirada a la rebelde, que se ha quedado muy quieta.

—Respira —le pido con delicadeza.

Ella me obedece, respira hondo, aunque está temblando y empieza a caminar por la sala con nerviosismo.

La pantalla fluctúa mostrando los patrones y los porcentajes de progreso.

Treinta segundos.

Veintinueve.

Veintiocho.

—¿Qué es lo que determina la transformación? —inquiere Catarina sin dejar de caminar.

Aprieto los labios cuando la pantalla empieza a mostrar claramente que está contagiada, aunque eso ya lo sabíamos. Me interesa la cantidad de toxicidad en su sangre y para eso todavía quedan algunos segundos. También necesito saber su grupo sanguíneo.

—Según mis investigaciones es el grupo sanguíneo. A raíz de la caída de la luna se registró uno nuevo, por evolución de la especie, al que se denominó SEL.

—Eso lo sé —replica con impaciencia.

Claro. Todo el mundo lo sabe. A veces no soy consciente de que ciertos temas científicos son de dominio público.

Quince segundos.

Catorce.

—Entonces sabes que el gen que determina ese grupo sanguíneo es recesivo. Se necesitan dos copias para que se manifieste. —Ordeno mis pensamientos—. Cuando el infectado tiene el grupo

sanguíneo SEL desarrollará poderes, y también cuando esté como alelo recesivo. Sin embargo, solo cuando este provenga de la línea paterna. Si el gen recesivo SEL es de línea materna o si la persona no tiene ese grupo sanguíneo de ninguna forma...

No termino la frase. No es necesario. Todos los que no cumplan los requisitos acaban convertidos en monstruos. La máquina cesa la vibración y muestra los resultados en la pantalla. Catarina recorre la distancia que nos separa, pero no se asoma al panel, atenta a mi reacción.

Me tiembla un poco el pulso cuando anoto en un papel los resultados. Quedan registrados, sin embargo, necesito hacer algo con las manos.

El nivel de toxicidad en su sangre es muy alto. Lo que quiere decir que la exposición ha sido prolongada. Aunque, como he leído en los últimos informes, las esporas lumínicas son el mejor vector de contagio, así que...

El dato que me duele y que no me atrevo a pronunciar es el de su grupo sanguíneo.

Catarina es A positivo, sin presencia alguna de SEL en su genética.

—Mierda —susurra a mi espalda.

Lo ha leído. Se echa hacia atrás y niega despacio. Se toca la cara, retira deprisa el contacto y, tras ver la toxicidad en su sangre, deja escapar un jadeo ahogado.

—¿Me voy a convertir en una de esas cosas?

Trago saliva sin dejar de mirar el análisis que tenemos delante y suelto el bolígrafo con el que estaba apuntando datos.

—Tenemos aún algún tiempo antes de llegar a...

—¿Con esa carga de toxicidad en sangre? ¿Cuánto tiempo?

—Catarina... Tenemos el antídoto, si conseguimos llegar a tiempo a Hespéria y preparamos más dosis...

«Sigue sin ser suficiente».

—Sé sincera conmigo, Izz.

—Está bien. —Me incorporo dejando caer las manos a ambos lados de mi cuerpo—. Los efectos con una carga como la tuya empiezan a manifestarse algunas horas después del contagio. Pueden ser dones de la criatura en la que vayas a... mutar.

Se mantiene firme, a pesar de que los ojos se le llenan de lágrimas.

—¿Y mi conciencia? Voy a empezar a olvidar quién soy o...

—No tan deprisa. Esos efectos son lentos. Puede aparecer desorientación, olvidos ocasionales y cosas así. En las primeras fases de la mutación se han observado restos de conciencia, la pérdida de identidad es progresiva.

—Mierda.

El silencio se extiende entre nosotras. No sé qué más decirle. Tenemos una dosis del antídoto, podríamos... Quizá daría tiempo de recolectar más nexenol y voltraxita, pero ahora que ya han enviado centinelas a por nosotros, es probable que el laboratorio polar esté más protegido.

—No —niega, como si me leyera la mente—, no vamos a malgastar la dosis en mí. Hay que detener a Arno, si tus sospechas son ciertas, de ello depende toda Hespéria.

—Este laboratorio no cuenta con sala sellada, pero se puede intentar hacer otra dosis aquí y...

—He dicho que no. El plan tiene que seguir como está previsto y para eso tienes que ayudarme.

—¿Cómo?

—Ocultando la auténtica carga de toxicidad. Diciéndoles a los demás que el proceso va a ser más lento. Lo que sea. Si no, me dejarán fuera y me necesitan.

Niego con la cabeza, sopesando las palabras de Catarina. Quiero rebatirla, sin embargo, recuerdo su forma de luchar, sus conocimientos y... Tiene razón, es necesaria allí.

—Está bien. Puedo mentir, pero si empieza la transformación antes de que pueda curarte...

—Tendrás que matarme.

Se me seca la boca de repente. La miro a los ojos y suaviza su expresión. Acorta la distancia entre nosotras y me toma de las manos. Sus dedos rozan la superficie fría de mi mano gris y baja los ojos a mi mutación.

—Eres la única que podrá hacerlo llegado el momento.

Asiento. No estoy segura de que sea capaz de matarla. No pude hacerlo con Nyelith. Solo pude observar, liberarla y dejar que otros la mataran.

—Gracias, Lizara Raven. No importa que lleves su apellido, tú no eres como él.

Siento una sensación amarga en la garganta. Catarina. Nyelith. La miro a los ojos. No se parecen en nada a los de la saqueadora. Son oscuros, del color del chocolate fundido, y, a pesar de que está asustada, están llenos de gratitud y confianza. Y eso me da el valor necesario para seguir con el plan.

—¿Vas a contarme qué pasa entre el guaperas y tú?

Imita a la perfección el acento de Umbral y eso me arranca una sonrisa. También siento los colores acudir a mis mejillas y desvío la mirada hacia la mesa donde aún están las muestras de sangre. Me pongo a recogerlas sin responder.

—Venga ya. ¿De verdad vas a negarle un último cotilleo a esta moribunda?

Admiro su entereza. A pesar de su situación, es capaz de sacar buen humor y bromear.

—No estás moribunda —replico limpiando las muestras.

Catarina pone los ojos en blanco, se sitúa al otro lado de la mesa y recoge desde ese lado la aguja y las gasas, que tira al pequeño contenedor de desechos.

—Vi cómo os besabais, ¿o me vas a decir que te caíste sobre sus labios?

—Por todas las auroras —suelto desesperada.

Tomo aire con fuerza y apago el analizador.

—No importa lo que haya sucedido entre nosotros, sea lo que sea ha terminado antes de empezar.

Catarina abandona su expresión bromista y extiende la mano para coger la mía.

—No sé qué ha pasado entre vosotros, pero cuando estáis juntos en la misma habitación la tensión se palpa en el aire. La forma en que te mira podría derretir todo el Desierto Polar.

Me sonrojo hasta las orejas, pero trato de recuperar el aliento antes de seguir hablando:

—Por si no te has fijado, me odia.

—¿Por qué iba a odiarte?

Niego con la cabeza, bajo los ojos a mis manos y le resumo la situación. Mis pesquisas al ver los tatuajes, la deducción de que era su hermano, cómo planeé todo para que Nil fuera la llave de acceso al laboratorio polar. También que me arrepentí de ello, pero no había otra forma.

Catarina me escucha con atención, sin interrumpirme, y a medida que las palabras salen de mis labios su expresión se va tornando más comprensiva. Me da un apretón en la mano.

—Todos cometemos errores.

—No llamaría error a usarlo de cebo contra su propio hermano mutado.

—Bueno, algunos errores son más bien cagadas monumentales, no te lo voy a negar. Yo misma he cometido algunas que todavía me hacen estremecer.

La miro con sorpresa.

—Solo tienes que ver mi cara ahora mismo, ¿quién entra en una sala herméticamente cerrada sin activar los filtros? —Hace una pausa dramática—. Sí. Yo.

—Pero tú no has implicado a otros.

—Lizara, a veces nosotros somos los que complicamos las cosas más de lo que debemos. Nil necesita tiempo. Y tú también.

Lo que dice Catarina tiene sentido. Tiene razón. Ambos necesitamos tiempo para enfrentarnos a nuestros demonios. Y, además, tenemos una nación que salvar.

—Será mejor que vayamos con los demás. No nos vayan a dejar fuera del plan a las dos grisitas.

Me río y la detengo antes de que salgamos del laboratorio.

—Gracias, Catarina.

Ella hace un gesto para restarle importancia y recorremos el pasillo hacia la sala en la que hemos dejado al resto de rebeldes.

Todos están reunidos alrededor de la mesa con el mapa de Hespéria desplegado sobre sus cabezas. Nos colocamos entre Umbral y Flavia. Nil está frente a la *hacker* y al lado de su amigo. Le miro de reojo recordando lo que me ha dicho Catarina, buscando una señal de lo que sea, pero enseguida me centro en la pregunta de Ventia.

—¿Qué tal?

La científica me mira con complicidad antes de responder:

—Sí, estoy contagiada. —Algunos dejan escapar el aire con pesar —. Pero los primeros síntomas no se manifestarán hasta dentro de

una semana o dos según los cálculos de nuestra experta. Tenemos tiempo de derrotar a Arno y elaborar otra dosis del antídoto.

—Vamos, que podemos contar contigo para cargarnos a ese capullo —afirma Umbral con orgullo, dándole unos golpecitos en la espalda a su compañera.

—No pensaba daros el gusto de hacerlo sin mí.

Umbral retira el contacto y sonríe con afecto antes de recuperar su expresión seria. Lo que me hace pensar que quizá no soy la única que tiene un cotilleo jugoso que contar. Acallo ese pensamiento.

—¿Vais a darnos los detalles o no? —inquiere Catarina.

—Ahora mismo saldremos hacia nuestra base de Iberion. Allí nos prepararemos con todo lo necesario. Se harán tres equipos: el primero —Ventia señala una zona de la ciudad cercana al ayuntamiento— establecerá un perímetro por si necesitamos intervención urgente. Alveron, estarás con ellos ayudando a Flavia desde el exterior.

—¿Por qué no entro yo y Flavia se queda fuera? —se queja el *hacker*.

—Porque tú no tienes formación militar, programitas —apunta Umbral.

—Yo estudio para trabajar en el Gobierno de Iberion, por si no lo recuerdas.

—Y si algo sale mal y te descubren, no quiero tener que hacer de niñera.

—Alveron —Ventia zanja la discusión—, te quedarás fuera. Precisamente por ser nuestro topo debes estar fuera de peligro. Te necesitaremos si algo sale mal.

El *hacker* aprieta los dientes y desvía la mirada.

—El segundo equipo, compuesto por Octavius, Flavia, Jill, Huck y yo nos infiltraremos en el despacho de Arno Raven, donde si la

información que nos ha facilitado Lizara es cierta, encontraremos las pruebas necesarias para sacarle del Gobierno y mostrar su verdadera cara a Iberion. No obstante, para lograr esto, necesitamos un tercer equipo que se encargará de distraer al Alto Comisionado.

—Y tú eres la carnada perfecta para ello. —Umbral toma la palabra seco e implacable con los ojos puestos en mí.

La palabra me golpea como un hierro al rojo vivo. *Carnada*. No aliada, ni compañera. Solo un cebo. La furia me recorre como un veneno. Me contengo para no responder. Prefiero ver todas las cartas sobre la mesa antes de decir nada.

—Catarina y Umbral se harán pasar por centinelas. Y el saqueador... —interviene Flavia.

—Yo la llevaré ante Arno —dice Nil, clavándome sus ojos de océano—. Soy el más indicado para hacerlo. Pertenezco a uno de los equipos que fueron enviados a atraparla. El saqueador que entrega a la fugitiva.

—¿Y no quedará raro que la lleves con vida? —interviene Alveron.

—Nos ordenaron viva o muerta. Y yo elegí llevarla con vida.

—El tercer equipo, además —Ventia vuelve a intervenir antes de que haya un nuevo debate que no llevará a nada—, se encargará de reducir a Arno e inyectarle el antídoto antes de que lleve a cabo la destrucción de Hespéria. Nosotros nos encargaremos de provocar un falso apagón que ayude a dejar en jaque al Alto Comisionado. Ese será el momento de atacar y unirnos a vosotros.

El plan se despliega ante mí como una trampa bien tejida. No hay salida.

—¿Alguna pregunta? —Ventia nos mira uno por uno, deteniéndose en mí más que en los demás. Recibe silencio como respuesta—. Bien, pues no perdamos más tiempo.

Nos ponemos en marcha.

Como siempre que se trata de Arno, la ansiedad me devora por dentro. Tengo que enfrentarme a él. Saber toda la verdad. Mostrar al mundo qué clase de hombre es tras su máscara de justicia.

Entonces, recuerdo al abuelo y se me encoge el corazón. Le he dedicado pocos pensamientos desde que hui por miedo a enfrentarme a ellos. Por miedo a saber las respuestas. ¿Qué pensará de mí? ¿Qué le habrá contado Arno sobre todo esto? ¿Le habrá mentido? Y, lo más importante..., ¿sabrá el abuelo todo lo que Arno oculta?

Y mientras cada uno repasa su papel yo le doy vueltas al mío. Tan solo soy el cebo. Me siento como debió de sentirse Nil cuando descubrió mi engaño. Aquí la diferencia radica en que no hay engaño ninguno: me lo han dicho claramente. Soy carnada. Y entonces lo entiendo: no me han hecho parte del plan. Me han convertido en el plan.

47



Nil

> Las células rebeldes forman bases en lugares inhóspitos e indeterminados. Su composición es heterogénea: individuos de nacionalidades y orígenes dispersos, unidos por la oposición a los Altos Comisionados.
> La falta de jerarquía clara entre ellos dificulta su neutralización. Aunque se conoce a ciertos líderes carismáticos, no se ha podido dar con ninguno.
>
> Fragmento del *Manual del Saqueador Lunar*

El transporte de los rebeldes me sorprende casi tanto como lo hizo la moto. Se trata de un deslizador parecido a los que usamos los saqueadores para llegar a los desiertos, pero más pequeño, mucho más lento, pues es bastante anticuado, y dividido en vagones. Los asientos se transforman en camas individuales nada cómodas que hemos tenido que usar las dos noches que hemos pasado viajando. Comparto el mío con Alveron, Flavia y Lizara, que se ha quedado dormida frente a mí. Tengo sentimientos encontrados respecto a ella

y desvío la mirada cuando emite un sonido entre ronquido y gemido suave.

La miro durante unos segundos y Alveron me da un codazo cariñoso al que no respondo, el ambiente sigue un poco tenso después de nuestra última conversación. A pesar de todas las explicaciones, suyas, de los propios rebeldes... Sigo sin saber cuál es mi papel. Una parte de mí me dice que sigo siendo saqueador lunar, independientemente de Arno Raven, pues yo estoy al servicio de Iberion, no de él. Sin embargo, estoy ayudando a los rebeldes... y también a Lizara Raven.

Flavia se incorpora —no es que haya mucho espacio para movernos—, da un par de pasos y se pone de puntillas varias veces, estirando los músculos.

Alveron le da un toquecito a Lizara en el pie, que reposa en el suelo. La chica no reacciona.

—¿Cómo sabía que ese ser era tu hermano? —pregunta Alveron.

—Porque vio su tatuaje la primera vez que intentó entrar en el laboratorio. Y luego vio el mío.

—¿Cómo sabía lo del tuyo?

—Pues... Bueno, eso no importa. —Tengo que respirar hondo para calmar el revoloteo que siento en el vientre al recordar ese momento que ahora me parece tan lejano—. El caso es que cuando lo vio se quedó mirándome de un modo... —Niego con la cabeza—. No pensé que fuera el tatuaje, sino...

—¿Tus firmes pectorales? ¿O los abdominales de hierro?

Se me escapa una risa ante el tono que usa Alveron, pero reconozco que sí lo pensé. Antes de querer ser saqueador lunar no era precisamente... lo que soy ahora. Tuve que entrenar mucho y estoy orgulloso de mi cuerpo. No voy a negarlo. Así que sí, pensé

que se trataba de una cuestión puramente física. Si hasta se sonrojó.

«Y te gustó».

Acallo esa voz. Claro que me gustó. Soy humano.

—Sí, bueno...

—Por favor, ¿en serio? —Flavia chasquea la lengua con impaciencia.

—La cuestión —prosigo— es que no fue eso, sino que reconoció el tatuaje porque lo había visto antes. Y cuando le conté lo de mi hermano perdido, ató cabos.

—Y decidió usarte de cebo —afirma con un matiz de desprecio tiñendo su tono.

—Era el único modo de entrar en el laboratorio, alejando al guardián de alguna forma.

—Podría habértelo dicho. No fue sincera, no confió en ti. Te traicionó. Después de que tú decidieras dejarla con vida, a pesar de las órdenes claras de Arno.

—No me debía nada por dejarla con vida. No esperaba ningún agradecimiento por ello.

—Ya, pero eso no cambia que te traicionara, aun sabiendo que podrías morir.

—Debió pensar que quizá quedaría algo de lo que fue la criatura y que a Nil no le pasaría nada —interviene Flavia.

—Si es la que inició el programa, sabía perfectamente que los sujetos se convierten en monstruos sin ningún atisbo de humanidad, así que no me sirve.

—No tiene que servirte a ti, Alveron —insiste Flavia.

Alveron se incorpora, da los pocos pasos necesarios para acercarse a la otra *hacker* y la señala con un dedo.

—Tú no te metas. Esto no va contigo.

Flavia pone los ojos en blanco, pero se mantiene al margen. Yo me sorprendo por la reacción de mi amigo. Nunca le había visto así.

—Cuando Vik murió, es decir, cuando yo le maté... Vi algo en sus ojos. Creo que, de alguna manera, estaba ahí y...

«Me agradeció lo que hice por él».

—Ya no era él. Nunca hubiera vuelto a ser Vik.

—Ella podría habértelo dicho.

—Eso ya no importa —respondo con un suspiro cansado.

Llevo demasiado tiempo dándole vueltas al mismo tema. No es que la haya perdonado, ni que pueda olvidarlo, pero he empezado a imaginar qué habría hecho yo en su situación. Si hubiera vivido su vida. Si me hubieran criado como ella.

—Claro que importa. —Alveron vuelve a encararse conmigo.

Me sorprende la intensidad de sus palabras y la expresión con la que dirige la mirada a Izz, que despierta en mí un sentimiento de protección que creía enterrado y hace que mis piernas actúen por instinto y me incorpore. El rostro de Alveron y el mío quedan a escasos centímetros y le mantengo la mirada, impasible.

—Si Lizara Raven no hubiera empezado con el Proyecto Selene... —insiste.

—Fue su padre el que aprovechó esos conocimientos para crear un ejército —la voz de Flavia es cortante—, y también para experimentar con su propia hija y consigo mismo.

—Ella pretendía mejorar la calidad de vida de los iberios.

—En eso se escuda, pero Lizara es la que empezó los experimentos.

—Porque Arno la crio para ello —le digo con toda la firmeza que soy capaz de reunir.

—No es una víctima, Nil.

—Ni tampoco la villana de esta historia.

—Esto no es uno de tus libros.

—Y por eso sé que el blanco y el negro no son los únicos matices. El gris también importa.

—Estás ciego.

Alveron se sienta revolviéndose el pelo y trastea en su UTP. Por un momento creo que ya ha terminado conmigo y se ha perdido en temas informáticos que no entiendo. Sin embargo, con un movimiento hace que un holograma se materialice ante mis ojos. En él veo a Arno, que a su vez observa una pantalla en la que sale Izz. Viste una bata de laboratorio, tiene el pelo recogido y usa unas gafas llenas de datos que cambian continuamente. Tiene una jeringuilla de cristal en la mano que sostiene delante de lo que parece un gato.

«Tranquilo, pequeño. Te prometo que no te haré daño».

Le inyecta el contenido azul plata. Durante un instante los ojos del felino emiten un brillo lunar que enseguida se apaga.

«Fase 1 iniciada con éxito».

Puedo ver la sonrisa ambiciosa de Arno antes de que Alveron corte la imagen.

—Así empezó, pero luego... Empezaron con los humanos. Como tu hermano.

Tengo que sacudir la cabeza y frotarme la frente para recordarme que lo que he visto en realidad... Dirijo la mirada a Izz, que sigue dormida o fingiendo estarlo. Ella también fue víctima de Arno Raven. Siendo su propia hija. No se me ocurre nada más terrorífico.

—Tú no eres mejor que ella, Alveron. Tus inicios en el *hackeo* no fueron precisamente los más loables.

—Yo no puse en riesgo vidas humanas, ni te usé de cebo.

—Debemos reconocer que eso fue un plan brillante —confiesa Flavia, que vuelve a prestarnos atención.

No puedo creer que la rebelde haya dicho eso y, a juzgar por el modo en que Alveron la fulmina con la mirada, él tampoco. Sin embargo, tengo que darle la razón, pero me guardo de decirlo en voz alta.

—¿Qué? Tú también lo piensas. Gracias a eso conseguimos el antídoto. Y hubiera cumplido con su cometido sin perder un valioso tiempo si no se hubiera dejado llevar por sus sentimientos y hubiera vuelto a salvar a Nil.

Se encoge de hombros.

«... si no se hubiera dejado llevar por sus sentimientos». ¿De qué habla?

Me siento y apoyo la espalda en el asiento.

Mi amigo se incorpora otra vez e intercambia unas palabras con la rebelde de Amazora mientras yo observo unos instantes más a Izz. El corazón me da un vuelco cuando ella se mueve un poco. Los párpados le tiemblan, pero no abre los ojos. Al otro lado de las ventanas la noche empieza a aclararse y ya se percibe el azul verdoso de la aurora de final de año.

Nos acercamos a Iberion y eso significa que estamos más cerca de poner el plan en marcha.

El plan en el que tengo que fingir entregar a Lizara Raven a su padre.

Lizara. Izz. La destructora de colosos de hielo.

La que creía que era la causa de lo que le había ocurrido a mi hermano y a la que no quiero ver de nuevo como una víctima. Porque no lo es. ¿O sí? Ya no sé qué pensar... A pesar de lo que he visto... sigue siendo parte del programa de mutaciones. La que me engañó.

Sin embargo, mi corazón no está dispuesto a ponerla en el bando enemigo con facilidad y se resiste, recordándome su miedo. La

forma en que se aferraba a mí en la moto. El tacto de sus labios. Su mirada cuando salí del agua; por mucho que me recuerde que fue por el tatuaje, sé que había algo más. Un cosquilleo me recorre el vientre. Uno que asciende lentamente hacia mi pecho y estalla en miles de mariposas.

Quiero conocerla. Saber quién es de verdad Lizara Raven. Y también Izz. Quiero conocer sus dos caras.

Y eso es más peligroso que todas las bestias del Desierto Polar.

En este momento, el transporte entra en un túnel. Las auroras se desvanecen y la poca claridad que llegaba de ellas se apaga y nos quedamos con la única iluminación del vagón.

Tras unos minutos, nos detenemos. No reconozco el lugar, imagino que estamos en cualquier parte bajo el Cinturón.

—Ahora entraremos en nuestra base de Iberion. Allí nos distribuiremos por equipos y seguiremos con la fase dos del plan —dice la voz de Ventia en el comunicador del transporte.

Lizara se sacude con el frenazo y sus ojos se abren. Está adormilada. Me fijo en el rosa de sus mejillas, bajo el mar de pecas, y respiro hondo intentando que baje el nudo que se forma en mi garganta cuando nuestras miradas se encuentran.

No lo consigo.

Por primera vez siento que no tengo el control de la situación. No me queda más remedio que dejarme llevar. Aunque antes tenía un equipo y un superior, sí que tenía poder de decisión. Aquí estoy a merced de los rebeldes. Y de los sentimientos que no he conseguido apagar y que arden cada vez que pienso en ella.

48



Izz

> En el núcleo la población está formada en su mayoría por trabajadores e individuos de clase baja, sometidos a fuertes restricciones de agua y energía. Los índices de criminalidad superan la media de la ciudad, con presencia de pequeños grupos organizados. Se han observado anomalías en personas nacidas en el sector, aún sin clasificación oficial.
>
> Informe interno del Gobierno de Iberion

Los túneles nos reciben con un fuerte olor a tierra y humedad. Salimos del vagón y Ventia nos da las órdenes pertinentes para entrar en la base rebelde.

—¿Cómo habéis conseguido todo esto sin que os detecten? —inquiere Nil mirando a su alrededor con curiosidad.

—Estos túneles ya existían y los hemos aprovechado. Quedaron ocultos tras la caída de la luna. Los descubrimos gracias a mapas antiguos. Muchas de nuestras bases fueron refugios subterráneos al principio. Los hemos acondicionado durante mucho tiempo para convertirlos en lo que son —explica Flavia.

Pasamos a la base rebelde, un edificio que ocupa gran parte del túnel en el que estamos, muy parecido al que acabamos de dejar

atrás. Las instalaciones son más grandes y están mejor equipadas, aunque no me extraña. No debe de ser fácil transportar material al refugio del Desierto Polar. Aun así, imagino que los rebeldes tienen más recursos de lo que parece.

Catarina nos guía a Nil y a mí por un pasillo que desemboca en un salón con sofás, una mesa y dos puertas.

—Bienvenidos al ala este de nuestro pequeño hogar. Las puertas dan a habitaciones, en las que encontraréis uniformes limpios y preparados. Y cuentan con cámaras de higiene que os aconsejo usar, ya que nosotros tenemos algo de trabajo con los preparativos. Os avisaremos cuando esté todo listo. Sobre todo —alza el dedo índice —, no salgáis de aquí y ni se os ocurra ir al ala oeste.

—¿Qué hay en el ala oeste? —inquiere Nil.

—Digamos que mientras no sepamos exactamente de qué lado estáis no tendréis acceso a ella.

—Gracias —me adelanto antes de que el saqueador intervenga de nuevo.

Catarina nos deja y Nil entra en una de las habitaciones sin decir más. A pesar de que parece distante, he oído parte de la discusión entre él y Alveron y no paro de dar vueltas a su voz defendiéndome. Quiero despejar la mente, aunque sea por unos instantes, y entro en la habitación que queda.

Es pequeña, hay una cama, una mesita pequeña y poco mobiliario más. Sobre la cama hay un uniforme de saqueador limpio, como Catarina ha dicho. Me despojo de la ropa sucia y voy a la cámara de higiene. Es más amplia de lo que esperaba, dado el lugar en el que estamos. A decir verdad, nunca he visto muchas cámaras humildes, así que no tengo con qué compararla. Observo su sistema con curiosidad y activo el agua caliente, que está más fría de lo que me gusta y me dejo envolver por las gotas.

Caen sobre mi cuerpo, llevándose algo más que el sudor en el proceso. Siento el agua como un bálsamo relajante, hasta que la temperatura baja de forma abrupta y me doy cuenta de que se han terminado los litros de agua caliente por hoy.

Me envuelvo en una toalla áspera. No hay mucho tiempo, pero necesitaba lavarme, quitarme esta sensación que me oprime el pecho y que apenas me deja respirar.

Parece culpa, pero no estoy segura. No dejo de repetirme que hice lo que tenía que hacer y, al fin y al cabo, Nil está vivo.

«Pero su hermano no».

«Ya no era su hermano», me recuerdo.

Tamborileo con los dedos antes de quitarme la toalla y ponerme una camiseta ajustada de escote cuadrado y la parte de abajo del uniforme que me han dejado los rebeldes. Dejo el pelo suelto sobre mi espalda hasta que se seque por completo.

Iba a quedarme en la habitación, pero dado que no tengo nada más que hacer aquí salgo al salón y la electricidad me recorre el cuerpo. Nil está sentado en el sofá. Tiene el pelo mojado, y algunas gotas resbalan hacia su rostro. Lleva una camiseta interior sin mangas que me permite una visión perfecta de sus brazos fuertes y marcados. Trago saliva. Mantiene la cabeza gacha, está enfrascado en la lectura de uno de sus libros en el UTP. Tiene las piernas separadas y apoya los codos en ellas. Me fijo en el movimiento de los músculos de su antebrazo cuando pasa la página holográfica y respiro hondo. Doy un paso, intentando hacer el menor ruido posible, pero él es un soldado y se percata enseguida de mi presencia.

Alza la mirada para verme y el brillo en sus ojos me llena de esperanza.

Sin embargo, vuelve a bajar la vista a las páginas, que dejan de avanzar. No está leyendo.

El silencio se vuelve tan denso que me da la sensación de que me va a costar caminar, pero cuando doy otro paso hacia Nil nada me detiene. Me sitúo frente a él, aunque a una distancia prudencial. El salón es tan pequeño que la distancia me parece escasa, lo que me pone nerviosa a la par que agradezco.

—Nil... —empiezo.

—Izz —suelta mirándome de arriba abajo—, ¿o debería decir Lizara? ¿Cómo debería llamarte?

—Me gusta Izz.

Y lo digo porque es verdad. Para los demás siempre he sido Lizara Raven. Señorita Raven. Doctora. Pero la forma en la que pronuncia Izz, tan diferente a como lo hacía mi abuelo, hace que me estremezca con un deseo que no puedo frenar.

Me muerdo el labio ante este pensamiento. No debería estar...

—¿Por qué no me dijiste quién eras?

Suelto un gruñido de hastío. Ya sabe cuál es la repuesta. No podía, y tampoco pensaba hacerlo.

—No importa —dice resoplando—. Ya no.

Pero sí que importa. Doy unos pasos inseguros. Quiero aparentar indiferencia, mas mi máscara se rompe antes de intentarlo siquiera. Las cosas entre nosotros han cambiado. No es solo que le haya usado como cebo o que le haya mentido. Es que, sea lo que sea lo que vibra entre nosotros, lo hace ahora con más fuerza.

—Eras un saqueador enviado para atraparme. No podía decírtelo, como comprenderás. —Asiente dándome la razón—. Y después... Tenía miedo, Nil —confieso con un hilo de voz—. Miedo de perder lo único que sentía que me quedaba. Si te contaba quién era, pensé

que te alejarías. Y no podía pensar en ello, no podía arriesgarme a que fueras tú quien decidiera irse. No quería perderte.

Otra verdad. Una que me hace sentir vulnerable. Algo que no me permito. Que Arno jamás ha dejado que suceda. Pero es el mismo hombre que me ha utilizado.

Intento ocultar mi mano gris al pensar en ello. Y niego con la cabeza. Doy un paso atrás. De pronto, siento que toda esta electricidad es cosa mía, que me la estoy imaginando.

—Conmigo no tienes que fingir ser quien no eres.

—Ahora ya lo sé.

—No puedo dejar de preguntarme qué hubiera hecho yo en tu lugar, Izz...

Se pone en pie y acorta la distancia entre nosotros. Le doy la espalda intentando huir, pero me doy de bruces contra la mesa. Él se queda a unos centímetros y siento su respiración cerca de mi cuello.

No quiero girarme y a la vez deseo hacerlo. Perderme en sus ojos azul cobalto. Dejar de pensar o de sentirme así. El miedo me atenaza.

La mano de él recorre la mesa hasta llegar a la mía. Nuestros dedos no se encuentran, pero están muy cerca de hacerlo, a tan solo unos milímetros. Dejo de respirar.

Él se acerca más y el calor de su cuerpo me hace cosquillas en la espalda. No me toca, pero su torso me quema.

—Cuanto más lo pienso más me asusta darme cuenta de que tal vez hubiera hecho lo mismo. Tú y yo no somos tan diferentes —murmura.

Su voz es una caricia. Un bálsamo ardiente que me hace estremecer. La electricidad me recorre desde la parte baja de mi vientre y, por fin, nuestros dedos se encuentran.

—Te utilicé —contesto con un nudo en la garganta.

—Es cierto.

Me acaricia el dorso de la mano con una delicadeza exasperante.

—Nil...

—Izz. Mírame.

Su orden suena como una súplica y me vuelvo despacio hacia él. Alzo el rostro, percatándome de nuestra cercanía.

—Me utilizaste. Sabías quién era el monstruo, quién era yo.

—Sí —asiento, y las lágrimas inundan mis ojos.

—No sé si podré perdonarte eso.

Abro mucho los ojos ante su confesión y endurezco mi expresión, preparándome para defenderme de su ataque. Explicarme.

—Pero, joder, tampoco puedo odiarte.

Veo la sombra del deseo oscureciéndole los ojos azules. El movimiento apenas perceptible de sus labios, entreabriéndose. Y la caricia de su dedo en mi mano asciende por mi brazo, tanteándome. Contengo el aire que pugna por salir de mis labios, que entreabro, expectante.

Le mantengo la mirada con firmeza.

Su mano sigue ascendiendo hasta llegar a mi cuello y se detiene a apartarme un mechón húmedo del rostro. Su otro brazo sube despacio por mi piel gris y me tenso. Intento contenerme, pero él no hace amago de detenerse, sino que sigue subiendo, y en ese momento se detiene.

Se inclina hacia mí y el corazón se me dispara.

Va a besarme.

Estoy segura de que va a besarme y...

Sus labios se detienen a unos milímetros de los míos y se apoya sobre la mesa, encajando su cuerpo con el mío.

—Debería odiarte —musita.

Su aliento me hace cosquillas en la boca y me atrevo al fin a mover la mano. La apoyo en su pecho. Quiero subir a su cuello, atraerle hacia mí.

—Pero la verdad es que lo único que quiero es saborearte de nuevo.

Esto es más de lo que puedo aguantar. Por fortuna, se me acerca y su boca toma la mía entre sus labios. Gime y toma aire con fuerza por la nariz mientras nuestras lenguas se encuentran. Me aprisiona contra la mesa, en un beso tan apasionado que me deja sin aliento. Sus brazos me rodean la cintura y ascienden por mi espalda.

No le detengo, sino que me acomodo en la mesa, mientras él ocupa el espacio que nos separaba. Su cuerpo arde y se endurece con mi contacto.

Sus dedos me recorren el cuello, tantean mis hombros y se unen en mi nuca con unos movimientos delicados. Su boca baja por mi barbilla a mi cuello y gruñe dándome mordisquitos. Me acaricia con vehemencia, y los dedos se graban en mis clavículas, en la curva de mi cintura y también en el pecho.

—Joder, Izz. —Se separa unos instantes.

Me mira y juraría que veo el fuego que arde dentro de él. Desliza el pulgar por mi barbilla y me recoloca la camiseta con una suavidad exasperante, cuando solo quiero que me quite la ropa.

—Sigue —le pido.

Él arquea una ceja y me arrepiento enseguida de mi arrebato. El calor sube a mi rostro —más si cabe, pues no me cabe duda de que estoy azorada por completo— y bajo la mirada. Él se inclina otra vez hacia mí, me toma de las caderas y me arrastra a su cuerpo. Me besa con intensidad mientras sus manos van de mi cintura a mis pechos, donde juguetean despacio con mis pezones a través de la camiseta. Gimo entre sus besos y recorro con la yema de mis dedos

sus pectorales, los recorro hasta llegar a los hombros. Mis caderas se mueven por inercia pidiendo más.

Se separa un instante para observarme unos segundos. Sus ojos me recorren el rostro, el cuello, los pechos y la curva de mi cintura. Se relame y suelta un gemido antes de inclinarse hacia mi cuello. Las manos acuden deprisa al bajo de mi camiseta y la levanta hasta quitármela con la mirada cargada de una lujuria que me enciende por completo. Su lengua envuelve mi pezón izquierdo mientras acaricia el otro con el pulgar. Jadeo y hundo los dedos en su cabello húmedo. Sus movimientos se vuelven más insistentes. Alzo el rostro y un grito pugna por salir de mis labios. Me contengo, tiro de él y le muerdo el labio.

Él sonríe entre beso y beso.

—¿Sigues queriendo más, destructora?

—Sí —jadeo como puedo.

Le empujo contra el sofá. Él se deja hacer con una sonrisita lasciva. Me siento a horcajadas sobre sus muslos. Me muevo rítmicamente mientras tiro de su camiseta hacia arriba. Se incorpora lo justo para que la prenda salga por su cabeza. Los abdominales, el pecho marcado por el tatuaje. Todo en él parece esculpido a la perfección y un gemido surge de mi garganta cuando me lanzo a besarle. Recorro sus hombros y aspiro el aroma de jabón que impregna su piel. Las manos de él no se quedan quietas, sino que me toman de las nalgas empujándome hacia su erección.

Gruñe y sigo el camino hacia su boca. Cuando nuestras lenguas se funden en otro beso apasionado me acaricia la espalda, desliza los dedos por mi cintura y cubre mis pechos con las palmas de sus manos.

—¿Y tú, saqueadorucho? ¿Quieres más? —pregunto contra sus labios.

—Lo quiero todo. Quiero ver hasta dónde podemos llegar tú y yo.

—Nil...

Sin darme tiempo a nada, vuelve a devorar mis labios con una necesidad salvaje. Desliza los dedos por mi vientre hasta llegar al inicio de la parte de abajo de mi uniforme. Siento el tacto de su piel ardiendo más allá de mi bajo vientre hasta llegar a introducir uno de ellos en mi interior. Traza círculos y siento una oleada de placer que aumenta de intensidad mientras intensifica el ritmo de sus caricias.

Cuando estoy a punto de alcanzar el clímax la puerta de la sala se abre de forma abrupta.

—¡Me cago en las auroras! Vaya con el guaperas.

Doy un salto hacia el otro lado del sofá, cubriéndome el torso con una mano. Nil me tiende un cojín tan rápido que apenas me da tiempo de sostenerlo. Umbral nos mira apoyado en el marco de la puerta con una sonrisa burlona.

—Os dejamos diez minutos y hacéis que esto se convierta en una sauna. Vestíos que nos vamos en cinco minutos.

Umbral está a punto de cerrar cuando se oye la voz de Catarina.

—¿Están listos?

—Necesitan algo más de tiempo —replica el rebelde cerrando tras de sí.

Siento el calor en el rostro. Me tapo la cara con el cojín avergonzada y escucho la risa de Nil retumbar en la habitación. Me baja el cojín con delicadeza, dejando mi rostro al descubierto. Me aparta el pelo de la cara y me mira unos segundos, aún entre risas.

—Creo que no hemos elegido el mejor momento —me dice cuando se recupera.

—No es que hubiera muchas opciones.

Nos quedamos callados unos segundos y él se separa un poco y se acaricia el colgante, como tantas veces le he visto hacer, mas esta

vez sus manos van hacia la nuca. Se desabrocha la cadena de la que pende un anillo y se inclina de nuevo hacia mí.

Su rostro vuelve a estar cerca del mío, tanto que siento su aliento en mi piel y el calor se intensifica más si cabe. Me pone el colgante, abrochándolo con delicadeza en mi nuca.

—Quiero que lo tengas tú. Me ha dado suerte hasta ahora, y con lo que viene... —me susurra.

—Nil, no es necesario que...

—No te confundas, no es un regalo —sonríe con picardía—, sino un préstamo. Cuando todo termine podrás devolvérmelo. Me lo regaló mi madre antes de partir. Llévalo siempre por fuera.

—¿Por qué?

—Cuando me lo devuelvas te lo diré.

Y, sin decir más, se inclina una última vez para besarme los labios con una suavidad que contrasta con la pasión que nos invadía hace tan solo unos minutos.

—Y terminaremos lo que has empezado —me dice sin perder la sonrisa.

—¿Yo? Eres tú quien se ha lanzado a devorarme.

—Será mejor que nos vistamos antes de que vuelva Umbral y decida vestirnos él.

—Tienes razón..., tenemos que ponernos en marcha para la misión.

La palabra *misión* se clava entre nosotros como un recordatorio: somos piezas de un plan que no debe fallar.

49



Nil

> El sistema de energía mediante fragmentos es objeto de desvíos ilegales. En el núcleo proliferan bandas criminales que se dedican al contrabando de energía. Por ello suele haber caídas frecuentes en el sistema. El pirateo energético se castiga con el ingreso inmediato en el Complejo Penitenciario Soldrak.
>
> Fragmento del libro *Hespéria, la ciudad del fragmento*

Lizara entra en la habitación y respiro hondo, tomando aire muy despacio por la nariz. Todavía siento el cosquilleo en los dedos y la adrenalina ardiendo en mi pecho. El tacto de su boca en mi torso aún me hace arder. Carraspeo, intentando borrar la imagen de su cuerpo sobre mis caderas, y mientras lo hago me relamo de forma inconsciente, en busca de los restos de su sabor.

Me vuelvo para mirar la puerta y la imagino desnuda esperándome. La garganta se me seca de golpe y tengo que obligarme a pensar en otra cosa que no me llene de ganas de entrar ahí y...

Ajusto mi propio uniforme, centrándome en que esté todo como debe y así quitarme de la mente esa imagen que deseo retener.

—Ha llegado la hora —dice Umbral entrando con cierto cuidado.

Izz sale del dormitorio vestida con el traje, que deja a la vista la mano mutada. Los pantalones, la parte superior entreabierta y el colgante desgastado que me observa desde su pecho, que ahora tiene entre sus dedos. Se ha recogido el pelo en una trenza improvisada que cae sobre su hombro derecho tapándole el pecho, donde hacía nada estaban mis labios.

Carraspeo y cojo mis cosas bajo el escrutinio de los dos. En el rostro de Umbral hay suspicacia, pero en el de Lizara, aunque se esfuerce en parecer neutral, hay deseo y también miedo.

Está aterrada. Se le nota en la tensión de los hombros, y, al no llevar el traje lunar, veo que también se refleja en la sonrisa ladeada que muestra.

Los demás llegan unos minutos después. Ventia, Alveron, Flavia, Octavius, Catarina y dos rebeldes más llamados Jill y Huck. El círculo de más confianza de Ventia, que nos evalúa en silencio. Se detiene a mirar a Izz unos segundos de más, después intercambia una rápida mirada conmigo.

—Nada de esto puede salir mal —decreta la líder.

Izz aprieta los labios con frustración, abre la boca para decir algo, pero la cierra de nuevo cuando Alveron activa el UTP y este despliega la agenda de Arno ante nuestros ojos.

—Según la agenda, el Alto Comisionado tiene asuntos que tratar en su despacho —comenta, señalando la hora exacta—. Y dentro de una hora y cuarenta minutos es el gran Apagón.

—Antes de que ese momento llegue, nosotros tenemos que acceder al despacho de Arno. —Ventia se dirige a Octavius, que asiente.

—Y yo, en cooperación con Flavia, me ocuparé de que el sistema no os detecte. Estaremos en comunicación. No es fácil piratear el sistema del Gobierno, así que para entrar solo contaremos con unos segundos. Una vez dentro... —Alveron guarda silencio.

—Cuando consigáis lo que necesitamos mostraremos al mundo quién es Arno y su imperio caerá —le interrumpe Ventia.

Su piel cobre está más pálida que de costumbre y hasta sus gestos parecen más comedidos. Se muestra segura, pero está nerviosa. Lo suficiente para que yo también sienta la ansiedad en la boca del estómago.

—Si ese plan sale mal... —murmura Catarina.

—Cata. Si el plan A sale mal, Alveron y los demás intervendrán —le dice Flavia, cogiendo de la mano a la otra chica.

—Ahora, repasemos el plan. —Ventia se dirige a mí con decisión—. El saqueador Nil Dilar contactará en el camino de vuelta con su superior para informarle de su llegada con la prisionera rebelde. —Asiento—. Iréis al ayuntamiento con Lizara como prisionera y crearéis una distracción que saque al Alto Comisionado de su despacho. Cata y Umbral estarán con vosotros, vestidos de centinelas. Serán los que os acompañen en nombre del Gobierno. Y, mientras mantenéis a Arno fuera, nosotros entraremos en el despacho con las claves que Alveron y Flavia nos van a conseguir. —Se pasea por el salón mirándonos a todos, comprobando que tenemos claro nuestro cometido—. Y ahí le expondremos, a la vez que vosotros le dejáis fuera de juego con el compuesto de Lizara y nuestra ayuda una vez terminemos en el despacho y finjamos el Apagón. ¿Lo tenéis claro?

Todos asentimos. Izz se limita a apretar los puños. Una respuesta mordaz baila en el gris de sus ojos, pero se contiene. En su lugar alza la barbilla y se muestra orgullosa.

Puede que le funcione ponerse esa capa de frialdad con los demás, pero yo veo que está asustada. Quizá demasiado. No parece que vaya a reunirse con un padre —aunque este sea un tirano—, sino que esté a punto de acudir a la boca del lobo.

En realidad, así es, pues si las sospechas de Izz son ciertas, si Arno consigue su objetivo, la ciudad entera sufrirá mutaciones.

«Yo incluido», me recuerdo con un estremecimiento.

Y Vik regresa a mi memoria. Su rostro desfigurado. La expresión perdida en sus ojos. Cómo alcancé a ver reconocimiento cuando canté su canción.

—Arno no es solo un tirano que vende esperanza, justicia y paz. Es un criminal, un asesino sin escrúpulos que ha enviado inocentes a morir por llevar a cabo un oscuro plan. Bajo buenas palabras y promesas vacías se esconde un auténtico monstruo capaz de cualquier cosa. —La líder hace una breve pausa en la que dirige sus ojos hacia Izz—. Fue capaz de exponer a una niña inocente a los peligros de un laboratorio donde se investigan sustancias desconocidas. —Izz le mantiene la mirada, intrigada, mientras que en Ventia puedo apreciar... ¿cariño?—. Y si ha sido capaz de algo así, ¿qué no hará con quienes no tiene lazos afectivos? Que sepamos, provocar un contagio a gran escala en toda Hespéria con el único propósito de crear un ejército invencible para enfrentarse y someter a Amazora y Nevrast. —Abro mucho los ojos, oírselo decir es impactante—. Pero ¿qué vendrá después? ¿Se detendrá ahí? Nosotros no vamos a esperar para verlo. ¡Hoy se acaba su reinado!

Asentimos, pero me fijo en que los ojos de la líder brillan con una emoción indescifrable. Ya sé quién es Ventia, por qué inició la rebelión y los motivos que la mueven, pero ¿por qué tengo la sensación de que conoce a Izz de antes? Mis sospechas se confirman cuando, en medio de los últimos preparativos y las

últimas palabras antes de separarnos, Izz se dirige a ella con decisión. Estoy tan cerca de ellas que puedo escuchar la conversación:

—Nos conocemos, ¿verdad? —pregunta Izz.

—Sí, Lizara Raven. Te conocí cuando eras todavía una niña, imagino que por eso no te acuerdas de mí. —Ventia frunce los labios y desvía la mirada. Sus dedos recorren la pernera del pantalón como si intentara alejar un pensamiento—. Eres la viva imagen de tu madre.

—¿Conociste a mi madre?

La mujer suspira con resignación. Aprieto los dientes, bien atento. Izz nunca me ha mencionado a su madre y yo no he querido cruzar esa línea. Tal vez no debería estar escuchando, pero no puedo evitarlo.

—Sí, la conocí. Coincidimos en reuniones diplomáticas antes de que Arno Raven llegara al poder. Tu madre y tu abuelo le acompañaban. Arno nunca tuvo un padre, y cuando tu madre se enamoró de él, se convirtió en un hijo para tu abuelo. Se veía en cómo le trataba, en todo lo que trabajó para ponerle donde está. Se lo debe todo. Así fue como empezó. Ellos convertidos en una unidad dispuesta a que Arno alcanzara el puesto de Alto Comisionado a cualquier precio.

»No hubo límite. El amor de tu madre, la estabilidad de Hespéria, el honor de tu abuelo, el verdadero origen de Arno..., todas esas piezas fueron cayendo una tras otra, como en una partida perfectamente calculada, dejando el tablero despejado hasta la reina: Eubea Landina. Y cuando ella también cayó, Arno solo tuvo que mover la última pieza y coronarse.

«¿El verdadero origen de Arno? ¿A qué se refiere?». Hago memoria, pero enseguida me doy cuenta de que el pasado del Alto

Comisionado es desconocido. Tan solo sabemos que fue soldado, que salió a luchar a las zonas extremas por Iberion. ¿Y qué más?

—No me lo puedo creer... ¿No te lo contó? ¿Ni a su propia hija le ha mostrado de dónde viene?

—Fue soldado. —La voz de Izz suena insegura. Sabe lo mismo que sabemos los demás, lo que me deja tan sorprendido como a la líder.

La risa de Ventia no contiene un ápice de humor. Su expresión es tan fría que me hiela la sangre, y cuando retoma la palabra lo hace con una rabia que me recuerda a los motivos por los que creó el grupo rebelde.

—Arno Raven fue un niño abandonado del núcleo. Sin un origen claro, criado en uno de los peores orfanatos, hasta que tuvo edad suficiente como para alistarse en el ejército. Esta parte sí es cierta. Fue el único superviviente de una expedición en el Desierto Ígneo, Eubea Landina le condecoró con la máxima distinción militar por haber salvado Iberion de una gran amenaza. Sin embargo, el Arno que se fue regresó con ideas nuevas y un único objetivo: hacerse con el poder.

Arno perdió a todo su equipo. Me pregunto qué tuvo que vivir además de la muerte de sus compañeros para volver tal y como dice Ventia. ¿Cómo regresaré yo? Tampoco soy el mismo que entró en el Desierto Polar con un objetivo claro: cumplir la misión del Alto Comisionado.

Se hace un silencio entre ellas. No puedo imaginar qué debe estar sintiendo ahora Izz. Me gustaría saberlo, abrazarla y consolarla si fuera necesario. Es ella quien vuelve a hablar.

—¿Y tú qué papel tenías en el Gobierno de mi padre? ¿De qué nos conocemos?

—Era la asistente de Eubea. Más que eso en realidad. Seguí formando parte del consejo de Iberion tras su muerte. De eso me

conoces. Nos veíamos en eventos. Cuando tu madre murió, perdiste la sonrisa. Yo jugaba contigo, trataba de devolvértela, y creo que lo conseguí. Al menos hasta que descubrí la verdad sobre la muerte de Eubea y decidí dejar todo atrás.

—Tú eres esa mujer cálida que recuerdo... —Termina la frase en un susurro que no logro entender—. ¿Por qué no me lo habías dicho?

—Eres la hija de Arno Raven, y te crio como quiso para utilizarte para su beneficio. —Suspira—. No sabía si podía confiar en ti. No sé si todavía puedo hacerlo, hasta qué punto tiene influencia sobre ti.

—No la tiene —afirma Izz con seguridad. Y yo la creo. Pero Ventia no parece tan convencida.

La líder asiente con la cabeza y se separa de ella para dar unas últimas indicaciones. La chica intercambia una mirada conmigo antes de dirigirse a Catarina, a la que lleva aparte y se ponen a hablar en susurros. La rebelde le tiende la inyección que anulará el poder de Arno, pero Izz no se la guarda, sino que le dice algo en tono serio y las dos se pierden durante unos minutos fuera de la salita. Yo termino de ajustarme el uniforme.

—¿Dónde están Catarina y Lizara? —pregunta Ventia mirándonos uno por uno.

Antes de que pueda responder, ambas regresan con un gesto de complicidad que no me pasa desapercibido.

Nos dividimos y ponemos en marcha el plan. Catarina y Umbral se ponen su atuendo de centinelas y los cuatro nos vamos con el deslizador camino del quinto anillo.

Alveron me da un apretón en el hombro antes de dejarme salir.

El deslizador desciende a toda velocidad. Miro al otro lado de la ventana, donde ya clarea la aurora verdosa. Los preparativos han empezado en las calles, que se revisten de colores grises,

rememorando la caída de la luna. En el núcleo, además, se organiza una fiesta en el local en el que solía beber lunís con mis amigos. La nostalgia me golpea en el pecho, pero me obligo a centrarme en lo que estamos haciendo.

Tengo preparadas las esposas iónicas con las que ataré las manos a Izz antes de entrar.

Intento no pensar en ello. En el papel que voy a tener que interpretar ni en las miradas que me dedica.

El deslizador nos deja a unos metros del ayuntamiento. Miro a mi alrededor con curiosidad. Imágenes de la luna relucen en hologramas por toda la ciudad, rememorando cómo era antes de la caída.

Como cada año, se reproducirán la fragmentación de la luna y la posterior caída. El mundo cuando cambió. Después toda la energía caerá, para resurgir con un gran chispazo que puede cambiarlo todo si fallamos.

Siento la mano de Izz en mi antebrazo y le pongo las esposas iónicas sin dejar de mirarla a los ojos. Ahora más que nunca siento que la conozco. Que sí puedo confiar en ella. Que es la chica más increíble que he conocido jamás.

Traga saliva, nerviosa. Yo también lo estoy. Me mira con ojos brillantes y veo sus emociones contenidas. La confianza que deposita en mí... sin saber que ahora, de algún modo, la confianza que me entrega es también la trampa que la rodea.

El Apagón está cerca, y no sé si lo que vibra entre nosotros es deseo... o la primera señal de que me va a destruir.

50



Izz

Partida de nacimiento
Nombre: Arno Raven
Lugar de nacimiento: Barrio del núcleo (Riesgo social elevado)
Fecha: 23 de mayo del año 53
Grupo sanguíneo: SEL

Informe clasificado del Gobierno de Iberion

El deslizador se detiene. Umbral se coloca el casco de centinela y Nil se ajusta su uniforme. Me acerco a Catarina mientras ellos permanecen centrados en lo suyo sin prestarnos atención. Estudio la parte gris de su cara, que ocupa casi la mitad de esta. Ella respira hondo y me mira con seguridad. Ha estado callada todo el trayecto, mirando por la ventanilla del transporte. No hemos tenido tiempo de hablar, por lo que no sé si ya ha empezado a presentar algún síntoma.

Sus ojos... son más claros.

—¿Estás bien? —susurro.

—Sí, no te preocupes.

—Necesito saber qué estás experimentando, Catarina. No podemos permitir...

—Tranquila. —Me sonríe alzando el casco—. Algún olvido esporádico como «¿dónde dejé los guantes?»; cosas sin importancia. Sigo siendo yo misma.

El casco cruje entre sus manos, lo que me hace pensar que también tiene más fuerza que antes. Se lo coloca y asiente con la cabeza.

—En marcha, princesita —ordena Umbral, ya preparado con el arma pegada al pecho, simulando estar listo para disparar en caso de ser necesario.

Catarina le imita y Nil me dedica una mirada de complicidad que le devuelvo. Me coge del brazo y me hace salir con delicadeza del deslizador. Catarina y Umbral van detrás de nosotros.

El viento propio del quinto anillo me revuelve la trenza, buscando deshacerla.

Al avanzar unos pasos nos topamos con el que imagino es el superior de Nil, y el contacto de los rebeldes. Va acompañado de dos centinelas, lo cual complica las cosas.

—Saqueador Dilar.

Percibo un sentimiento de alivio en el hombre, aunque también de pesar, imagino que pensando en el resto del equipo de Nil.

—Teniente Stravic.

Se estrechan la mano en un gesto muy formal. Enseguida los ojos del teniente se posan en mí.

—Has sido difícil de atrapar —comenta. Me mantengo en silencio. Vuelve a dirigirse a Nil—. Es digno de admirar que haya conseguido traerla con vida, saqueador Dilar. Le felicito. El Alto Comisionado le recompensará como merece. Lamento que haya tenido que ser a costa del resto de sus compañeros.

Nil baja la cabeza en una muestra de respeto al equipo Centauri y el teniente le imita.

—Serán honrados como se merecen.

—Gracias, teniente Stravic.

—Y, ahora, vamos. Ya me contará los pormenores de la misión cuando todo haya vuelto a su cauce.

Intercambio una rápida mirada con los rebeldes disfrazados, aunque no puedo verlos por los cascos. Tengo dudas sobre el teniente Stravic. Nil confía en él, y si él lo hace, yo también debería. Percibo lealtad en él..., pero ¿hacia quién? Lleva años trabajando para el Alto Comisionado, por lo que me han contado; ya estaba a su servicio años antes de unirse a la rebelión. Y es el encargado de conducirnos hasta él. Miro de reojo a los dos centinelas. Su presencia me escama.

El ayuntamiento, en el que está mi casa, se alza como una aguja oscura en medio del quinto anillo. Aunque está rodeado de otros rascacielos, ninguno alcanza su altura: parece empeñado en dominar el horizonte, imponiendo su sombra en las calles de Hespéria. Siendo el coloso que puede apreciarse desde toda la ciudad. La fachada, metálica, apenas refleja la luz de la aurora. Transmite frialdad y poder.

Como mi padre.

¿Y yo?

En lo más alto, casi rozando las nubes, está el despacho del Alto Comisionado y también mi hogar, divididos de tal forma que nadie tenga que entrar en casa para ir a tratar asuntos de trabajo con él.

Es como un cubo de cristal ennegrecido, que vigila todo a su alrededor como un ojo distante. Desde allí se contempla la ciudad entera, aunque nadie puede ver lo que acontece entre sus paredes.

Es un lugar aislado e inaccesible, diseñado para recordar a todos que el poder no se comparte, solo puede admirarse desde abajo.

Las puertas de acceso, en la base, son amplias y cuentan con sistemas de vigilancia, además de centinelas, como si entrar fuera un privilegio reservado a unos pocos.

El corazón me martillea en el pecho, fijándome en cada detalle arquitectónico. Las aristas afiladas, los ventanales verticales, la ausencia de ornamentos... Todo ello refuerza la idea de que es más una fortaleza que una institución pública.

Y esa frialdad que antes se traducía en hogar ahora se convierte en prisión. En una cárcel de hierro para mí.

La rabia se funde con las ganas de salir corriendo. Por fortuna o por desgracia, Nil me sostiene por los hombros. Tengo las manos a la espalda, atadas con unas esposas iónicas, y cualquier movimiento en falso haría que me dieran una descarga.

La ansiedad se abre paso, mostrándome los miles de posibilidades.

Nil me traiciona. Me entregan. No me dejan actuar.

Permiten que Arno Raven destruya Hespéria.

«No». Me obligo a repasar el plan.

La mirada melancólica de Ventia se interpone. Es una mujer justa. No me cae bien, a pesar de lo que recuerdo de ella, pero es la realidad. Hará lo que tenga que hacer para poner a salvo a la población. Y luego está él.

Nil.

La sola mención de su nombre me calienta el pecho y calma la ansiedad que me llena. El recuerdo de sus labios sobre los míos. Las manos por mi cuerpo. Quiero acariciarme ahí donde reposaron sus dedos y frunzo el ceño. Siento el colgante que me puso sobre el pecho. Un amuleto que de pronto pesa demasiado.

El teniente Stravic intercambia unas palabras con los centinelas y la puerta del ayuntamiento se abre.

El plan ha empezado.

Y no sé si vamos a terminar de destruir el mundo o a salvarlo.

La entrada está tal y como la recordaba. Impoluta, con el mostrador tras el que está la recepcionista, que se lleva la mano a los labios en cuanto me reconoce y me muerdo el labio. Esta mujer me ha visto crecer, pues además de la recepcionista del edificio, era quien se quedaba muchas veces cuidándome cuando era pequeña y el abuelo no podía porque acompañaba a Arno en sus obligaciones como Alto Comisionado.

Duda un instante que agradezco, pero aprieta los labios, entorna la vista y con una mirada que grita que lo siente, pulsa el botón del móvil que tiene frente a sí.

Los centinelas que venían con el teniente permanecen cerca de nosotros como estatuas y los rebeldes disfrazados los imitan, bien metidos en su papel. Miro alrededor para calmar los nervios. Arno no nos va a recibir en recepción, así que voy conteniendo el aire. Siento el peso del amuleto, pero todavía más el de la inyección que llevo guardada en un lateral. Intercambio una mirada rápida con Nil, que se mantiene impasible, muy lejos de mí.

Es un buen soldado.

Se nota en su porte firme. En sus gestos. En la forma en que me sujeta.

Me concentro en las estatuas que nos rodean. Los cuadros que cuelgan de las paredes. Imágenes de los antiguos comisionados y de Arno, orgulloso, posando el día de su nombramiento.

Me tiemblan las manos y Nil tira de mí hacia él con brusquedad. Pero, en realidad, su mano toma la mía mientras la recepcionista intercambia palabras con el Alto Comisionado. Es un gesto breve,

tanto que me pregunto si ha sucedido o no, y cuando Cayren, la recepcionista, nos vuelve a mirar, seguimos tan distantes como al principio. Saqueador y prisionera.

—Teniente Stravic y ¿saqueador...?

—Dilar —dice con diligencia el hombre.

—Saqueador Dilar, el Alto Comisionado os espera en su despacho. El asistente Hyan os acompañará.

Hyan es un robot que vuela emitiendo chasquidos hacia nosotros. Es pequeño, un dron que nos guía hacia los ascensores.

Antes de que nos vayamos, Cayren parece querer decir algo; finalmente, agacha la cabeza y vuelve a sus papeleos en la pantalla holográfica de recepción.

El último piso. El despacho de Arno. Cerca de casa y a la vez tan lejos, porque ahora, de repente, no la siento mía...

Los centinelas, los rebeldes disfrazados y el teniente Stravic nos acompañan y el robot no dice nada. Ordena nuestro destino en el piso cincuenta y tres con voz monocorde y el ascensor se lanza hacia la cúpula a toda velocidad. Nil se tambalea, pero enseguida recupera el equilibrio.

Las puertas se abren y quedamos ante un pasillo amplio que se bifurca. A la derecha está el que una vez consideré mi hogar. De frente, tras una puerta abierta, el despacho de Arno.

Doy un paso tras otro. Nil endurece su expresión y la mandíbula se le marca todavía más mientras avanzamos detrás del teniente. El temblor de mis manos se extiende al resto de mi cuerpo y el pecho se me agita con violencia. La rabia. El miedo. La incertidumbre. La certeza de que de lo que pase ahora dependen tantas cosas...

Trago saliva con dificultad cuando entran Catarina y Umbral en el despacho tras el teniente Stravic y yo los sigo, empujada por Nil con los otros dos centinelas a nuestra espalda.

El Alto Comisionado no está aquí, así que nos situamos en el centro y esperamos, conteniendo el aliento. Arno y Brais me miran desde la única foto del despacho. Se los ve felices, como deben verse un padre y un hijo. El abrazo afectuoso de Brais es algo que Arno nunca ha hecho conmigo.

Aparto la mirada del cristal enmarcado y trato de concentrarme en la situación. Nil, aunque está nervioso, se mantiene firme. Igual que los rebeldes.

Una vez más me doy cuenta de lo poco preparada que estoy para esto.

Me recuerdo mi misión, el objetivo de estar aquí, y aprieto los dientes, intentando contener la ansiedad que me devora por dentro.

—¿Cómo estás, Nil? —El teniente Stravic rompe el silencio.

Lo hace con un tono paternalista que me impacta. Es como si Nil le importara de verdad. Lo que ha vivido...

Desconecto de la conversación que mantienen, en la que el saqueador le cuenta a grandes rasgos —y omitiendo ciertos detalles por razones obvias— cómo se desarrolló la misión después de que perdieran el contacto.

Miro en derredor. El gran ventanal desde el que se aprecia la ciudad, la aurora propia del último trimestre del año. Verdosa, con matices naranjas y amarillos; como el otoño del antiguo mundo, como un bosque mágico lleno de secretos. Siempre me ha relajado, pero no ahora. La ciudad se extiende hacia abajo, escalonada hasta llegar al núcleo que se ve como un borrón oscuro al fondo. Cada anillo es una gama de gris más claro hasta llegar al último, donde predominan los blancos y los edificios más altos, recordando dónde está el poder y por encima de dónde y quiénes está. De pequeña, observar desde casa cada anillo me inspiraba. Arno me decía que mi trabajo era muy importante para mejorar la ciudad, mantener el

equilibrio y que todos tuvieran los mismos derechos. Ilusa de mí, no creía que se refiriera a la escasa energía a la que tienen acceso en el núcleo y los anillos colindantes. Pensaba que todos la tenían por igual. Pensaba que era algo más a nivel profesional, y que también se podía elegir vivir en el exterior sin problemas de agua o energía.

El despacho está igual que la última vez que estuve aquí, robando a mi propio padre.

Mi padre. Para el que tan solo he sido un instrumento.

El hombre que me crio desde que era una niña. El que me adiestró para ser una científica brillante desde muy pequeña. El que me lo ha enseñado todo.

Mi padre. El hombre al que me dispongo a traicionar.

La culpa me corroe. Tengo que ser fuerte, no tengo que dejarme vencer por estos pensamientos. Me reafirmo en lo que debo hacer.

En este momento escucho sus pasos, porque los reconozco muy bien, y me vuelvo despacio hacia el recién llegado.

Arno Raven entra al despacho y el aire parece volverse más espeso a su alrededor, como si este reconociera su autoridad. No es solo su altura ni la firmeza de sus hombros: es el modo en que cada paso que da marca un compás invisible que obliga a todos a seguirlo. Su rostro, endurecido por arrugas que no restan poder, sino que lo acentúan, transmite la historia de un hombre que se levantó de los cimientos, que se forjó a sí mismo con disciplina y ambición para convertirse en el dueño del mundo.

Su cabello oscuro, peinado hacia atrás con precisión, refuerza la severidad de su porte. Pero son sus ojos dorados, rasgados y brillantes, los que dominan su rostro: miradas que no solo intimidan, sino que seducen, capaces de arrastrar a las multitudes hacia su causa. Hay algo hipnótico en ellos, como si su palabra fuera ley. Y, sin embargo, bajo esa fachada de carisma, late una sombra: la

certeza de que su visión de futuro no admite dudas ni disidencias; de que todo lo que él toca queda marcado por su control.

Lleva un cinturón con un cuchillo lunar a un lado y una pistola lunar que me llaman la atención. Nunca le he visto ir armado.

«En realidad, nunca le has visto en todas sus facetas», me dice una vocecilla en mi interior.

Tras él entra mi abuelo. Brais Narcea, la mano derecha de Arno Raven. Ver sus ojos añil me lleva a la infancia, a los momentos que hemos compartido, y me muerdo el labio para evitar que me tiemble. Le he echado de menos, mas ahora no puedo distraerme. Solo espero que me perdone por lo que estoy a punto de hacer.

—Teniente Stravic —Arno se dirige al hombre con autoridad—, muchas gracias por su labor. Puede retirarse.

—Alto Comisionado, el saqueador Dilar sigue estando bajo mi mando.

—Sin embargo, su misión ya ha terminado, por lo que su presencia ya no es necesaria. —Un brillo amenazador cruza sus ojos —. El saqueador Dilar será recompensando por su labor como merece.

El teniente Stravic se queda unos segundos de más en la sala, dudando si hacer caso al Alto Comisionado o no. Intercambia una rápida mirada con Nil y, tras ello, abandona la estancia con un saludo militar.

—Has vuelto a casa.

Cuando habla, su voz grave no necesita elevarse. Es un barítono que acaricia y aplasta al mismo tiempo, que convence y amenaza. En su presencia, incluso los rebeldes parecen achantarse.

Sus palabras me envuelven como un manto. Podría convencer a cualquiera de que su visión es justicia. Podría convencerme a mí si no recordara lo que me hizo.

51



Nil

> El ayuntamiento de Hespéria se levanta como un rascacielos de cincuenta y tres plantas, en el corazón del quinto anillo, resulta visible desde cualquier punto de la ciudad. En su cúspide se encuentra el despacho del Alto Comisionado y su residencia privada. En los niveles más bajos están las salas de deliberación y las oficinas administrativas. Mientras que las plantas intermedias están reservadas como viviendas de lujo para los magistrados y altos cargos del Gobierno.
>
> Fragmento del libro *Hespéria, la ciudad del fragmento*

Izz se revuelve en el sitio y la sostengo con firmeza, intentando transmitirle que espere unos minutos. Ella parece comprenderlo y cede. La sujeto de los antebrazos, como si estuviera previniendo una posible fuga. Ella gruñe, se queja y aflojo el agarre lo suficiente para no hacerle daño. No me gusta tratarla así, pero tengo que mantener las apariencias.

Su cuerpo se aprieta contra el mío y respiro contra su cuello con fuerza.

—Parece que no ha sido una prisionera fácil, saqueador Dilar —dice Arno, con una sonrisa que no le llega a los ojos.

—Para nada —respondo, diligente—, pero aquí estamos.

—Me gusta tener hombres tan eficientes entre los saqueadores. Sin duda, mereces una buena recompensa por lo que has hecho. —No me muevo ni un ápice. No quiero nada de él. Nada de lo que pueda ofrecerme me interesa—. Es una rebelde peligrosa, como ya sabes.

—Sí, Alto Comisionado.

Su voz es suave, melosa. Quizá demasiado. De repente, me siento como un ratón en una trampa. Izz se tensa cerca de mí e imagino que ella está pensando lo mismo, porque vuelve a forcejear. Esta vez tengo que aprisionarla contra el suelo, a los pies de su padre. A su merced.

Brais desvía la mirada, traga saliva y me fijo en cómo su puño se pone blanco apretando con fuerza el bastón que le sostiene.

Arno se mantiene impasible y se agacha para mirar a Izz con la cabeza ladeada.

—Siempre supe que había una fierecilla en tu interior, mas bajo mi control. Sin embargo, escapaste de mi poder.

Siento cómo el cuerpo de Izz se tensa. Yo debo hacer grandes esfuerzos por no mostrar ningún tipo de reacción ante estas gélidas palabras de un padre a su hija.

«Sin duda, es un monstruo».

Miro de reojo a Umbral, que hace un gesto con la mano, tan sutil que temo haberlo imaginado. Es el momento. Aprovechando mi posición sobre Izz y que el Alto Comisionado no me presta ninguna atención, desconecto las esposas con un movimiento rápido e imperceptible. Le doy un ligero apretón a Izz, avisándola de que el plan está en marcha. Ella enseguida lo entiende, libera las manos y

se zafa de mí con rapidez. Se levanta y otras dos copias de ella aparecen de la nada, lo que desconcierta a los centinelas, que se lanzan a por ellas. La verdadera sale huyendo del despacho.

Arno suelta una carcajada que dejo atrás al salir corriendo tras ella, ya que solo disponemos de unos pocos segundos; lo que tarden en descubrir que son meras copias de la prisionera. Izz ha cogido el ascensor. No me detengo, me lanzo hacia las escaleras y desciendo tres pisos al lugar que ella misma me indicó. El ascensor va más rápido que mis piernas, por lo que al llegar no logro verla, pero sé dónde debo ir. Escucho los pasos apresurados de Catarina y Umbral que me siguen en su papel de centinelas e imagino que los otros dos no andan muy lejos.

Llegamos hasta una amplia sala de reuniones que tiene una mesa redonda, en cuyo centro está representada la luna, que reluce con un brillo fantasmagórico. A unos centímetros, un panel de control y cerca del mismo un mueble con botellas de licores de diferentes tipos y copas relucientes. También veo un escritorio, varias estanterías y un reproductor de discos holográficos. Y en el extremo más alejado un amplio ventanal desde el que se ve toda Hespéria.

—Tranquila, estoy contigo —le susurro.

—No estoy segura de que podamos hacerlo, Nil. Está mi abuelo, si algo sale mal...

Me quedo unos segundos analizando la mención de su abuelo. Se me abren mucho los ojos cuando ato cabos.

—¿Tu abuelo es Brais Narcea? ¿La mano derecha del Alto Comisionado?

Asiente con la cabeza. La información me deja descolocado. Ella siempre ha hablado con cariño de su abuelo. ¿Cómo pueden ser él y Brais Narcea la misma persona?

Escucho que alguien se acerca y me apresuro en regresar a mi papel, atrapándola, reteniéndola con fuerza pegada a mi cuerpo. Izz se resiste.

—¡Suéltame!

Catarina entra a toda prisa, seguida por Umbral. La científica, a la que reconozco a pesar del casco, se queda un momento quieta y mira alrededor, confusa.

—¿Dónde estamos? —pregunta con una voz grave y ronca que me sorprende.

—Donde tenemos que estar según el plan —contesta el rebelde.

Catarina se tambalea e Izz intenta dar un paso hacia ella, pero no la dejo moverse. En ese instante, llegan los otros dos centinelas, seguidos de un tercero. Unos minutos más tarde llega Arno sosteniendo a Brais con cuidado. El anciano parece agotado y se sostiene sobre el bastón con fuerza. El Alto Comisionado se asegura de que su mano derecha esté bien antes de dar unos pasos hacia su hija. Los centinelas cierran la puerta y se sitúan a ambos lados de esta mientras que el último se coloca junto a los rebeldes, como esperando instrucciones.

—Ya veo... —murmura.

Temo que Izz pierda el control y golpee a su padre, así que la retengo. Forcejea y me obligo a reducirla, pegando su cuerpo a la mesa. Su cadera roza la mía, mientras le mantengo el rostro pegado a la superficie de madera.

—Quietecita —digo con firmeza.

Ella gruñe y se revuelve. Intenta golpearme y esquivo el manotazo.

No está fingiendo. De verdad quiere deshacerse de mi agarre.

—¿Necesitas ayuda? —Arno arquea una ceja.

Se aleja, va hacia el mueble bar, toma una copa entre los dedos y se sirve de un líquido burbujeante del dorado de sus ojos. Le ofrece una copa a Brais, pero este la rechaza. El Alto Comisionado se relame y después deja el fino cristal junto al rostro de Izz.

Brais da unos pasos y le pone a Arno una mano en el hombro. No dice nada, pero es suficiente para que el Alto Comisionado rebaje la tensión de sus hombros y vuelva la vista a su consejero.

—¿No deberías recompensar al saqueador y dejarle marchar?

—Cada cosa a su tiempo, Brais.

Permito que Izz se incorpore, pero la retengo contra mi cuerpo, impidiendo que ataque a su padre.

«Todavía no, Izz».

Ella toma aire como si me hubiera escuchado y le devuelve la mirada a su progenitor.

—Suéltala, saqueador, ahora es cosa mía.

El Alto Comisionado hace un gesto y los centinelas de la puerta se acercan a nosotros. Toman a Izz de los brazos, la alejan de mí, y cuando Arno me sonríe, un frío me sube por el estómago.

Las luces parpadean varias veces antes de apagarse por completo. Antes de dejarnos sumidos en la oscuridad intercambio una mirada con Umbral, pero él no me devuelve el gesto, pues tiene los ojos fijos en Catarina. Ambos parecen igual de confundidos que yo, así que deduzco que el plan, por alguna razón, se ha adelantado y Flavia ya ha simulado el Apagón.

A continuación, y para sorpresa de los cuatro, el Alto Comisionado aplaude con lentitud. La risa de Arno me llega como una sacudida eléctrica.

—Qué gran actuación. Debo reconocer que me habéis impresionado. —Hace una pausa, permitiendo que el horror cale en

nosotros—. Detenedlos —añade con tranquilidad, bebiendo otro sorbo largo de su copa.

52



Izz

> Se ha verificado que el chip regulador solo mantiene su funcionalidad en sujetos clasificados como centinelas. En individuos con mutaciones descontroladas no se observa respuesta alguna: el dispositivo no logra sincronización neurológica, por lo que su eficacia queda descartada en fases inestables de la mutación.
>
> Informe clasificado del Proyecto Selene 899231M

Uno de los centinelas me inmoviliza sin que me dé tiempo de reaccionar por lo inesperado de la situación. ¿Cómo podía saber que...?

Las luces regresan aumentando mi confusión. ¿Por qué Flavia ha provocado este apagón? No era el momento, todavía no habíamos reducido a Arno. Y que tan solo haya durado unos escasos minutos me da mala espina.

Arno se me acerca con esa sonrisa altiva tan propia de él cuando quiere demostrarme que es superior a mí. Rebusca en mi uniforme. Trato de evitarlo, pero el agarre del centinela es fuerte. Arno extrae la inyección y la alza ante nuestros ojos.

—Creía haberte enseñado bien, Lizara.

La tira al suelo y la pisa con fiereza. Umbral suelta una palabrota, inmovilizado junto a la ventana por otro de los centinelas. Catarina ha sido noqueada y está tumbada bocabajo en el suelo, inerte. Nil está en pleno duelo con el tercer centinela, pero las cosas no pintan bien para él. Actúo deprisa y lanzo un movimiento certero cargado de energía que impacta en el brazo del centinela y sube hasta su cabeza. Se tambalea, se echa hacia atrás, intentando recuperar el control de su cuerpo. Aprovecho su confusión para golpearle con el brazo mutado. El casco se resquebraja y los pedazos se caen antes de que el centinela se desplome.

Arno se aleja hasta el otro extremo de la mesa redonda, observándome divertido. La aurora verdosa se cuela en todo su esplendor por los grandes ventanales de la sala.

—Nada puede escapar a mi control. —Con un giro de muñeca activa su UTP, el más sofisticado de todo Iberion, y aparece un holograma sobre la mesa en el que vemos a Ventia, Octavius, Jill, Flavia y Huck tumbados en el suelo mientras son apuntados con las armas de otros cuatro centinelas—. ¿Creíais que podíais engañarme tan fácilmente? —Ladea la cabeza y hace desaparecer las imágenes —. Soy el Alto Comisionado de Iberion, tengo ojos y oídos en toda la nación. Y también entre los rebeldes.

Respiro hondo tratando de calmar la ansiedad que pugna por hacerse con el control de mi cuerpo. No aparto la mirada de él, no voy a dejar que piense que le tengo miedo.

—Te crie para ser brillante, pero nunca para ser libre.

—Me criaste como tu instrumento.

—Te hice útil para Selestara.

—Me hiciste un monstruo. Y ahora pretendes que te lo agradezca.

—Un monstruo, sí..., pero mío. —Se acerca rodeando la mesa, con esa calma que me hiela la sangre—. Todo lo que eres, cada célula de

tu cuerpo, me pertenece.

—Sin ti, tal vez hubiera llegado también a ser científica..., mas no tendría las manos manchadas de sangre.

—La inocencia es un espejismo, hija. —Me acaricia la mejilla sin cariño. Tan solo como si fuera su mayor trofeo. Me aparto de él—. Lo único real es el poder. —Ahora soy yo quien suelta una carcajada carente de humor—. Solo quiero justicia en este nuevo mundo, y una paz que solo yo puedo ofrecer.

—Izz, abre los ojos. Arno te educó para que siguieras sus pasos. Para que el mundo fuera un lugar mejor.

—Abuelo...

—¿Paz? ¿Justicia? ¿Llamas justicia a convertir a toda la ciudad en tu ejército mutado? ¿A robarles su humanidad para que te sirvan? —Nil señala a los centinelas presentes que no se inmutan con sus palabras.

—Humanidad... —El Alto Comisionado ríe con desprecio y regresa a su lugar para dar el último sorbo al contenido de la copa—. La humanidad es débil, corruptible, desigual. Yo les ofrezco equilibrio. Un ejército unido, sin clases, sin anillos. Todos iguales bajo mi diseño.

—Iguales en la esclavitud. Eso no es justicia —sigue el saqueador.

El abuelo rodea la mesa y se acerca a mí, ignorando la mirada de advertencia de Arno, y me acaricia la cara con cariño.

—Izz, por favor, estás a tiempo de volver a casa.

—Nunca ha sido mi casa, sino una prisión.

—No lo entiendes. —Vuelve a hablar Arno—. Demostraré que el equilibrio es posible. Que todos pueden ser elevados, transformados, liberados de su miseria.

—¡Los estás condenando! —Doy un golpe en la mesa—. Les robas lo que son para convertirlos en armas.

—¿Y acaso no es mejor ser arma que ser víctima? ¿No es mejor servir a un propósito mayor? Tú eres mi obra maestra.

No puedo creer lo que estoy escuchando. Puede que él me criara justo para eso, para hacer de Selestara un mundo mejor. Para traer la igualdad, el equilibrio, una nueva forma de vida. Pero dentro de mí sé que esto no está bien. Que no debe hacerse así. Que lo que él propone crearía un mundo sin emociones, meros robots. Eliminaría la inocencia de los niños, la compasión, el miedo, las risas, el amor... Mi mente viaja a hace menos de dos horas y se me escapa una mirada de reojo hacia Nil, recuerdo sus labios sobre los míos, su sabor. Todo ello se perdería.

Retrocedo hasta apoyarme en la pared, mareada por las náuseas.

—Mírame, hija. Mírame y dime que no sigues siendo parte de mí.

Me miro las manos. Una normal, la otra gris plata, como si formara parte de la mismísima luna.

«Su obra maestra».

—Dime que no es verdad —pido, alternando mi mirada entre la de mi abuelo y la de Arno.

Las luces del laboratorio fallaron en el accidente que me convirtió en esto. Recuerdo a Catarina en la sala de bioamenaza de alto nivel. No se percibía nada en el aire, pero se contagió con las esporas lumínicas, igual que yo. Con las que el Alto Comisionado pretende contagiar a toda la ciudad. Con las que, ahora lo veo claro, me infectó a mí primero. Se derramó sobre mi brazo el suero lunar..., no hubo contagio con mi sangre a través de ninguna herida y, sin embargo...

Vuelvo la vista hacia Catarina, sigue en el suelo, pero mueve de forma espasmódica una pierna. Imagino su rostro, marcado por la mutación. Igual que la piel de mi brazo.

Alzo la mano gris frente a Arno con la respiración entrecortada.

—Dime que no fuiste tú —insisto.

Brais se gira de forma abrupta hacia Arno, contempla mi brazo, frunce el ceño y niega con la cabeza despacio. Tras el accidente, tuve que ocultarlo, tratando de evitar por todos los medios que mi padre y él se enteraran de lo que había pasado.

—¿Ella es el sujeto SXPS 252? —Brais lo dice casi sin aliento.

—¿Con quién si no iba a experimentar primero? Ella fue creada con mi sangre. Era la prueba de cómo me afectaría a mí. Y también una forma de protegerla de lo que hay allá fuera.

Esto no está pasando. No puede estar pasando. Él...

—No lo disfraces de amor, Arno.

Me sorprende que esa sea la voz de mi abuelo. Siempre le ha hablado de un modo respetuoso, casi con reverencia, pero ahora se muestra frío, lleno de una rabia que me hace comprender que él tampoco estaba al corriente.

—Sabes lo que hay ahí fuera —replica el Alto Comisionado.

—Claro que lo sé y por eso siempre te he apoyado. Pero estamos hablando de experimentar con tu propia hija.

—A veces hay que hacer sacrificios. Lo sabes tan bien como yo.

—No me vengas con eso, chico.

—¿Tengo que recordarte que tú mataste a Eubea Landina?

Los ojos se me desorbitan. Me dejo caer al suelo, ya que mis piernas de repente parecen incapaces de sostenerme. Nil trata de escapar del agarre que le aprisiona, cerca de mí, con los ojos preocupados. Ahora mismo no puedo mirarle siquiera.

Que Arno sea el monstruo que esperaba no es una sorpresa, aunque sí lo sea que fui solo un experimento, pero que mi abuelo sea un asesino...

—Lo hice por ti. Porque ella nunca hubiera entendido los riesgos. No habría sido capaz de atravesar los límites para protegernos de...

Un gruñido hace que me ponga en alerta. Mis sentidos ven, antes de que yo lo haga, a Catarina fuera de sí a punto de atacar. No me da tiempo a incorporarme cuando la científica se abalanza sobre mi abuelo con una fuerza inesperada.

El Alto Comisionado lanza un grito de dolor, como si él mismo fuera la víctima, y empuja con fuerza a Catarina. Mi abuelo está en el suelo, con un corte que le atraviesa el rostro, y aunque sangra con profusión no parece grave.

Me arrastro hasta llegar a Brais mientras el Alto Comisionado se enfrenta a Catarina.

—¿Qué cojones haces, Cata? —pregunta Umbral, forcejeando con el centinela que le retiene.

El impacto del puño de Arno llega al casco de la rebelde, destruyéndolo de un golpe. Boqueo intentando que el aire llegue a mis pulmones al ver el rostro que hay al otro lado.

—Joder —musita Nil.

La cara, con una gran parte gris, no es lo más impactante, sino sus ojos enajenados. Los bultos en la cabeza y el pelo que ha empezado a caerse. Retrae los labios mostrando los dientes y gruñe lanzando espumarajos por la boca, lanzándose otra vez sobre el Alto Comisionado.

—¡Catarina!

Ella reacciona. Se queda estática un instante y vuelve la cabeza hacia Umbral, cuyo rostro se descompone al ver en qué se ha convertido.

Arno aprovecha la distracción de la mutada para avanzar hacia ella, tirarla al suelo y darle un pisotón en el cráneo con tanta fuerza que este estalla con un crujido y el rostro de la científica se convierte en un amasijo de sangre y sesos.

Y lo único que puedo escuchar, además del crujido una y otra vez, es el grito desgarrado de Umbral.

53



Nil

> Se confirma la continuidad del Protocolo de Cooperación con Iberion. Amazora ha cumplido con el envío programado de sujetos para el Proyecto Selene, así como con la transferencia de datos biológicos y patrones de respuesta obtenidos en nuestras instalaciones. A cambio, Iberion garantiza acceso prioritario a los avances del proyecto, suministro estable de tecnología de última generación y apoyo logístico en nuestras operaciones fronterizas contra Nevrast.
>
> Informe clasificado del Gobierno de Amazora

Veo a cámara lenta cómo Umbral se deshace del agarre del centinela y corre hacia el Alto Comisionado. Tengo que hacer algo. El brazo del centinela me oprime las costillas con fuerza, como una viga de hierro que me aprieta los pulmones y hace que cada bocanada de aire no los llene del todo. Forcejeo, pero en cada intento la presión sobre mi caja torácica es más fuerte y jadeo por el esfuerzo. El sudor resbala por mis sienes y mi rostro.

Pienso en el traje de los centinelas como una coraza impenetrable. Pero tiene que haber algo que pueda hacer para liberarme. A mi

alrededor la situación se ha convertido en una pesadilla. El cadáver de Catarina destruido por Arno, Izz pálida, como si estuviera a punto de vomitar, Brais cubriéndose la herida del rostro y Umbral a punto de lanzarse a una muerte segura. Esto ha sido una trampa desde el principio. Los rebeldes deben de tener un infiltrado entre sus filas.

Me quedo quieto, intentando recobrar el aliento, esperando que mi quietud haga que el centinela afloje su agarre, pero eso no sucede.

Entonces lo veo. Una pequeña hendidura en el codo de los centinelas. Una suave fisura para permitir el movimiento de la articulación y también un punto débil que pienso aprovechar.

Tomo aire con fuerza y, en un movimiento desesperado, golpeo con fuerza la junta del antebrazo con el brazo. El centinela se sacude, apenas un segundo de respiro, suficiente para que me impulse contra la pared y gire con violencia hacia él. El dolor me atraviesa el pecho.

Me he liberado de su agarre, sin embargo, me tambaleo, consciente de que tengo apenas unos segundos para ayudar al rebelde o correrá la misma suerte que su compañera. Logro recuperar una de mis pistolas lunares.

A Arno no le cuesta demasiado quitarse de encima a Umbral. Su fuerza es descomunal y lo lanza al otro lado de la habitación, donde acuden los dos centinelas para retenerle. Umbral está tan fuera de sí que parece ser capaz de zafarse de los soldados, pero consiguen retenerle.

Apunto al Alto Comisionado con mi arma.

La máscara de líder carismático se rompe en un abrir y cerrar de ojos cuando Arno se lanza hacia mí. Una sacudida eléctrica me tensa y me hace caer a unos metros antes de que me dé tiempo de reaccionar.

—Tú, maldita rata —dice con rabia, avanzando hacia mí—. Ron me habló mucho de ti.

¿Ron? ¿Quién cojones es Ron?

—Con tus aptitudes deberías haber sido un fiel siervo al Gobierno y no un obstáculo en mi camino.

—¿Quién es Ron? —pregunto incorporándome, arma en mano.

—Ha jugado muy bien su papel entre los rebeldes desde que se fundó la organización hace doce años. Y ahora me ayudará a llevar a cabo la Fase Final del Proyecto Selene.

«Tienes mucho que contarle a Nil, Ron».

«Ron».

«... desde que mi mujer fundó la organización hace doce años».

«Lo lamento, Ronan».

«Ronan Stravic».

La verdad me golpea con tanta fuerza que me tambaleo. Por un momento, me olvido de respirar.

Arno ladea la cabeza, disfrutando del espectáculo.

—Siempre confiáis en las personas equivocadas —dice con una calma venenosa.

¿Y si es una trampa? ¿Y si pretende que desconfiemos entre nosotros? ¿Sembrar el caos? Imposible. Conocía el plan demasiado bien como para que sea un farol. Detalles que solo alguien de la confianza de Ventia podría haber filtrado. ¿Y quién de mayor confianza que su marido?

Un silencio opresivo cae sobre nosotros.

—Todavía no es tarde. Puedes unirte a mí, saqueador Dilar.

—Jamás —escupo con rabia.

—Tú también morirás por el bien de Selestara.

Arno alza la mano dispuesto a acabar conmigo. La electricidad se arremolina en torno a sus dedos y me preparo para el ataque.

—¡No! —Izz se interpone entre nosotros recibiendo el impacto en su brazo mutado, que la hace retroceder unos centímetros.

Doy un paso. Aprieto la pistola y me coloco al lado de Izz. No voy a permitir que se enfrente sola al monstruo que es su padre.

—Al parecer tu captor no es solo tu captor, Lizara —dice Arno con voz suave. Tan calmado que hace que se activen todas mis alarmas.

Me acerco más a ella con intención de protegerla. No voy a dejar que le haga más daño.

—Quédate atrás, Nil —ordena Izz—. Esto es cosa mía.

No me importa que crea que puede defenderse sola. No pienso abandonarla. Levanto mi pistola lunar encañonando a Arno.

—He menospreciado tus dotes, Lizara —se burla el Alto Comisionado—. Si hasta tienes un soldadito dispuesto a morir por ti.

—Dispuesto a matar por ella —amenazo apretando los dientes.

Arno suelta una carcajada estruendosa y me dedica una mirada cargada de lástima.

—¿Matar, dices? Pues veamos de qué eres capaz.

Y a un gesto de su mano, un haz de energía me golpea en el pecho. El chisporroteo rebota y golpea los focos que alumbran la sala y las luces parpadean antes de apagarse. El mundo queda bajo la luz fantasmal de la aurora, que entra con sus colores cálidos a través del ventanal.

Lizara se lanza sobre él a toda prisa y yo me tambaleo. Estoy mareado, las náuseas me sacuden y respiro hondo. Doy un paso hacia atrás, apunto con el arma, pero es demasiado arriesgado pues Arno y su hija están enzarzados.

54



Izz

> Durante el Apagón de Hespéria, las cárceles y hospitales permanecen activos gracias a un sistema de energía de emergencia. Este circuito paralelo garantiza el funcionamiento de instalaciones críticas, evitando fugas y colapsos sanitarios.
>
> Fragmento del libro *Hespéria, la ciudad del fragmento*

Las luces de la sala están apagadas, y la aurora otoñal crea sombras a nuestro alrededor. Este despacho es luminoso, pero no lo suficiente para que la aurora llegue a los rincones más oscuros de la sala. Nil está a unos metros, de rodillas en el suelo. No tiene heridas visibles, pero la energía ha impactado de lleno en su pecho. Tengo mis dudas de si podría aguantar otra sacudida. No quiero que se lance a una muerte segura. Y no lo hará si mantengo a Arno distraído, lo suficiente como para que yo pueda cumplir nuestro objetivo.

El centinela que estaba tendido en el suelo se levanta y ayuda al abuelo, llevándolo hasta una silla donde le deja con cuidado. Me sorprende la delicadeza de sus movimientos.

—Tanto esfuerzo en moldearte, Lizara Raven —pronuncia el apellido que compartimos con una mueca de desagrado—, y al final no ha servido de nada. Mi mayor logro desperdiciado. Años tirados a la basura.

—Arno... —musita el abuelo con debilidad.

—Te di una infancia que otros habrían suplicado tener: propósito, utilidad. Gracias a mí llegaste a ser directora del Departamento de Selenoingería. Por ser quien eras. Y ahora lo estás desperdiciando.

Tiene razón. La idea me atraviesa antes de que pueda detenerla como una orden que llevo años obedeciendo sin cuestionar. ¿Habría llegado hasta aquí si no fuera «la hija del Alto Comisionado»? ¿Si no hubiera sido moldeada, vigilada, corregida, calibrada como un instrumento?

La duda se me clava entre las costillas.

Doy un paso atrás sin pensarlo. El suelo parece inclinarse bajo mis pies, igual que cuando era pequeña y él me llamaba por mi nombre completo, con esa voz que no admitía réplica. Siento el mismo nudo en la garganta, la misma presión en el pecho, la misma certeza de que cualquier cosa que haga será insuficiente.

Inútil. Defectuosa.

La sala desaparece por un instante. Solo queda su sombra, su decepción.

Y yo, reducida otra vez a esa niña que intentaba no temblar.

Me arde la cara. Por la sospecha de que tal vez siempre tuvo razón. De que sin él, sin su apellido, sin sus experimentos, yo no sería nada. De que todo lo que he logrado no es mío, sino suyo.

Y esa idea..., esa idea me rompe más que cualquier golpe.

—Mírate, ni siquiera eres capaz de cumplir con aquello para lo que fuiste diseñada.

—Arno, ya basta. —El abuelo insiste, pero él le ignora.

A mi pesar siento las lágrimas rodando por mis mejillas. Me limpio de un manotazo las primeras, sin embargo, no puedo contener el temblor de mi cuerpo. Verme así provoca una sonrisa malévola en él.

—Izz —jadea Nil a mi espalda—, no le escuches. Recuerda quién eres. No eres suya. No lo has sido nunca. Eres tuya. Y eso es lo que más le duele.

Miente. No me conoce... No...

—Te conozco, Izz. No sé quién es Lizara Raven, pero sí quién es Izz. La que supo ver el mundo como es y no como le enseñaron. La que se enfrenta a sus pesadillas a pesar del miedo. La que aprendió a luchar sin la ayuda de nadie.

—¡Cállate, gusano inútil! —exclama Arno dando una zancada hacia el saqueador.

Mi percepción me avisa del siguiente movimiento de Arno, que alza la mano apuntando a Nil al mismo tiempo que yo interpongo mi brazo. La corriente de energía me hace tambalear, pero aguanto el impacto y le devuelvo el haz de luz con rabia. Este surca el aire y abre una pequeña herida que le atraviesa una ceja en diagonal. El Alto Comisionado se lleva los dedos al corte y observa la sangre estupefacto. Jadeo. El miedo se transforma en una sensación liberadora. La rabia en euforia. Y me preparo para su furia.

—Parece que no aprendiste los buenos valores que te enseñé. A papá no se le ataca. —Arno alza ambas manos y la luz arremete como una lluvia torrencial, me cubro con las manos y siento el aguijonazo atravesando mi piel una y otra vez—. A papá no se le traiciona. —Su voz se vuelve más fuerte a medida que se acerca a mí—. A papá se le obedece.

Me coge del cuello de forma inesperada. Me revuelvo tratando de escapar de su furia. El pecho me arde mientras intento en vano tomar el aire que necesito. Muevo las manos frente a mí, intentando

aflojar la presión sobre mi cuello. Si no lo consigo... Se me nubla la vista y un gemido ronco escapa de mi garganta dolorida. Va a matarme.

—¡Arno, detente! —El abuelo se levanta con dificultad, apoyándose como puede en el bastón—. ¡Tú no eres así! Recuerda por qué empezaste todo esto. No fue por ambición, ni por poder. Fue por responsabilidad. Por la convicción de que alguien tenía que cargar con ese peso. Lo hiciste por proteger a Selestara del horror que nos acecha. —Hace una pausa, mas Arno no parece escucharle. Sus ojos dorados están fijos en mí—. ¡Por todas las auroras, es tu hija!

—No es mi hija. Nunca lo fue. —Primero se dirige al abuelo. A continuación, me habla a mí—. Eres un proyecto. Un experimento. Una herramienta. —Su rostro se emborrona entre luces y sombras mientras me esfuerzo en respirar—. Y las herramientas que no funcionan... se descartan.

El abuelo agarra a Arno del brazo, provocando que me suelte y caiga a sus pies. El aire entra a borbotones y mis pulmones emiten silbidos por el esfuerzo. Todavía tengo la vista nublada y trato de recuperarme, me siento y alzo la mirada hacia ellos.

—Escúchame de una maldita vez, chico. —El abuelo sostiene a Arno por los hombros—. ¿Qué te está pasando? Siempre he creído en ti. Te he apoyado. He movido todos los hilos necesarios para darte los medios para hacerles frente a monstruos innombrables. Mas esto es demasiado. No permitiré que trates así a nuestra pequeña.

—Brais, lo siento, pero haré lo necesario para cumplir precisamente lo que dices. Ella formaba parte del plan, si elige ir contra mí, elige que Selestara se condene.

Brais jadea, se tambalea y estoy a punto de ayudarle cuando Arno le sostiene con delicadeza y le ayuda a sentarse en una silla.

—No te preocupes, Brais. Todo saldrá bien y seguiremos con lo que empezamos.

Respiro hondo con fuerza, todavía sintiendo los pitidos en lo más hondo de mi caja torácica. Cerca de mí, Nil jadea, atrapado de nuevo por un centinela, pero le siento muy cerca. Umbral está en el otro extremo, con unas esposas iónicas que le han dejado semiinconsciente, ya que ha estado forcejeando. Mis ojos van al cuerpo de Catarina y trago saliva.

Todo el plan ha salido mal.

Me incorporo. El dolor que siento en el cuerpo no es comparable al que me inunda por dentro. Arno me mira con desprecio. Me mantengo quieta, a la espera de que él se aleje lo suficiente del abuelo. Pasea hasta la cristalera y se queda mirando Hespéria. Se lleva un dedo a la barbilla y se vuelve para mirarme a los ojos.

—Si hubiera sabido que acabarías así, Lizara..., jamás te habría creado.

Caigo sobre él, sorprendiéndole, y chocamos contra el cristal reforzado que nos separa de la ciudad. Le aprisiono entre la superficie pulida y yo y golpeo con toda la fuerza de la que soy capaz el cristal. Ni una grieta. Suelto un grito desesperado y repito el movimiento.

En este momento escucho un estruendo en mi oído que me hace estremecer. Una fuerza me sostiene el puño haciendo crujir mis dedos. Me percato de que el sonido es la risa de mi padre. Hueca. Cruel. Inhumana. Y la fuerza que me aplasta el puño es su mano. Cerrándose en torno a la mía y fracturando los huesos.

Los ojos se le han oscurecido, un velo gris cubre el dorado de sus ojos y jadeo, dolorida. Aprieta con más fuerza e intento retirar la

mano. No quiero llorar, pero el dolor me atraviesa en oleadas que me sacuden con violencia.

—¿Qué pretendías, Lizara? ¿Lanzarnos al vacío?

Sí. Es lo que pretendía. Matarle. Acabar con esto. Evitar la tragedia.

—Acabaré con esto. Y ni tú ni tu saqueadorcito ni esos pobres desgraciados que has traído vais a impedírmelo.

Me golpea en el costado con algo punzante y me lanza a unos metros. El gemido que se me escapa de la garganta se junta con la corriente eléctrica con la que ha acompañado el golpe.

Si no hago algo ya, nos destruirá a nosotros y después a toda Hespéria.

55



Nil

> Eubea Landina llegó al poder con cuarenta años, tras una larga trayectoria política. Su sistema se presenta como meritocrático y justo: cargos asignados según méritos y servicio público. La transparencia oficial aumenta su presencia equitativa, aunque se cuestiona su poder real.
>
> Fragmento del libro *Hespéria, la ciudad del fragmento*

–¡Izz! —grito al verla caer a los pies de Brais.

Los dedos de su mano mutada están en posiciones imposibles y el costado le sangra. Arno ha atacado a su propia hija hasta casi matarla. Mi furia se desboca.

Ella no alza la cabeza, pero la veo moverse y el aire entra mejor en mis pulmones al comprobar que sigue consciente.

—No te molestes, saqueador —dice Arno—. Está viva. Todavía.

Brais gruñe, pero el centinela que está con él coloca una mano en su hombro, como reteniéndole. Es entonces cuando me doy cuenta. Ese centinela tiene el casco roto, su cara está a la vista. Esos ojos que me devuelven la mirada vacíos...

—¿Drevan? —Escapa de mi boca.

Sé que no es él. Que el Alto Comisionado le controla mediante un chip que le han implantado. Sin embargo, ahora que lo sé, y que sé que lo que le hicieron es reversible gracias al suero de Izz, me invade la esperanza.

—Drevan, te salvaré. Te lo prometo.

Arno ríe y nos mira a ambos, divertido. Drevan no ha reaccionado, no me ha mirado siquiera, y eso parece encantar a este jodido monstruo.

—Menos mal que no es consciente de lo que estás diciendo, porque es muy cruel dar a alguien esperanzas vacías.

—¿Cruel? No soy yo el que quiere destruir la ciudad —escupo con desprecio.

—¿Destruirla? —Mira a Izz, quien se ha arrodillado y se sujeta el brazo gris con expresión dolorida. Su abuelo se ha inclinado hacia delante con la mano en el antebrazo de ella, acariciándoselo en un gesto paternal—. ¿Es eso lo que les has dicho? Lizara, Lizara... —Con un gesto imperativo ordena que el centinela que me tiene atrapado me libere. Luego extiende un brazo, invitándome a acercarme a él. Estoy desarmado, no tiene nada que temer de mí. No me muevo—. Ven, saqueador Dilar. Quiero mostrarte algo.

Como sigo sin moverme, el centinela me da un fuerte empujón que me hace trastabillar, aunque logro mantener el equilibrio. Arno me rodea los hombros con una fuerza inusual y me arrastra con él al amplio ventanal, desde donde podemos ver la ciudad entera preparándose para el Apagón.

—Hespéria todavía no es perfecta. Lo he intentado, llevé la energía a los más pobres, pero eso lo único que logró fue desequilibrar más la ciudad, cuando lo que yo buscaba era instaurar un equilibrio. No importa lo que haga. Las clases sociales siempre

existirán; los delitos, las injusticias... —Se queda callado unos instantes, no sé si esperando a que yo responda o a que su discurso cale en mí—. Lo que pretendo hacer nos ayudará a enfrentarnos a lo que se esconde ahí fuera. Y después, todos podremos ser iguales.

Señala los límites de la ciudad, hacia el horizonte, en dirección al Desierto Ígneo. No alcanzo a entender qué quiere decir. No visualizo sus palabras.

—Vas a matar a muchos —me atrevo a decir a pesar de estar tan cerca de él. Sé que podría destruirme con un rápido movimiento, como ha hecho con Catarina—. Algunos de los que sobrevivan se convertirán en monstruos. Y los que tengan suerte estarán a tu merced, sin voluntad, sin conciencia, controlados por ese chip de mierda.

—Nadie va a morir, saqueador Dilar. —Me aprieta hasta hacerme daño, lo que quiere decir que esa negación no nos incluye a los que estamos aquí—. Y ese «chip de mierda» como le llamas inhibe el miedo, inhibe los sentimientos, permitiendo al individuo centrarse en lo que es importante.

—No puedes controlar tanto poder —le contradice Izz a nuestra espalda.

Arno hace que nos giremos.

—He aprendido a controlarlo, Lizara, a diferencia de ti. Liberaré las esporas lumínicas, como bien sabéis. Es cierto que no puedo evitar que haya quienes muten en criaturas indeseables, mas eso lo veo como una limpieza. Solo sobreviven los mejores, los que bajo mi mando harán de Selestara un lugar mejor. Esto es tan necesario como vuestro sacrificio. —Me mira directamente y sé que está hablando de Vik.

—Tú eres el único que pone en peligro al mundo —dice Umbral cerca de nosotros con voz ronca.

—Ventia os ha lavado el cerebro y os ha llevado a una guerra que no podéis ganar.

—A mí nadie me ha lavado el cerebro. Los rebeldes somos una unidad.

—Una unidad... —suelta una risotada— que controla Ventia.

Umbral no contesta. Arno se aparta de mí y se acerca a él dándonos la espalda a los demás. Izz por fin logra ponerse en pie con la ayuda de su abuelo. Da un paso. Luego otro. Yo me alejo de las ventanas y del Alto Comisionado para ir junto a ella, pero el centinela que me retenía antes se interpone entre nosotros y vuelve a atraparme, echándome hacia atrás, dejando a padre e hija enfrentados con varios metros de distancia entre ellos.

—No soportó que me hiciera con el poder. No quiso entender por qué hice lo que hice —explica Arno arrastrando las palabras—. Y la Alta Comisionada Eubea Landina no podía entender lo mismo que yo porque no había visto lo que yo.

—No todo fin justifica los medios —digo, manteniéndole la mirada al líder.

Este clava sus ojos dorados en mí unos segundos. Sus ojos son magnéticos y no me extraña que haya conquistado Iberion. Tiene un aura de poder que va más allá de sus mutaciones.

—Ya lo creo que sí —contesta con seriedad—. Y tú, saqueador Dilar, deberías comprenderlo mejor que nadie. Pero no importa. Los genios siempre somos unos incomprendidos. Por fortuna, tengo el poder de cambiar el mundo. De protegernos ante lo que viene.

—Estás loco —murmura Izz negando con la cabeza.

—¿Loco? —Arno chasquea la lengua y suspira—. No espero que lo comprendas, Lizara. Eres un genio, mas solo dentro de un laboratorio; fuera de él estás tan ciega como los demás. Cuando empezaste con el programa de la reacción de los organismos vivos a

los fragmentos lunares, fuiste pionera. Creaste lo que era necesario para mis propósitos, sin embargo, sabía bien que tu cerebro no serviría para mis grandes planes. Por eso tuve que experimentar por mi cuenta con lo que podía. Saqueadores perdidos. Informes inconclusos. Fue un trabajo muy duro.

Aprieto los dientes. Vik. Un eslabón más en su plan macabro de dominación.

—Mas, al final, tuve que pasar al siguiente nivel. Necesitaba comprobar que las esporas lumínicas podían servir de vector útil. Que la mutación que transmitían era plausible y no dañina o excesiva como en algunos experimentos fallidos. Y tú fuiste el espécimen perfecto, deberías sentirte orgullosa, Lizara Raven: fuiste la primera. La que me dio las respuestas que necesitaba.

No sé a dónde quiere ir a parar. Le escuchamos en silencio, y veo las dudas de Izz desde aquí. ¿Atacar? ¿No atacar? Porque Arno ha demostrado tener mucho más poder que ella.

—Todo para llegar a este día. A este momento en el que absorberé toda la energía de la ciudad para luego expulsarla en una onda expansiva de esporas lumínicas.

Se me hiela la sangre. Lo dice con un convencimiento que casi me hace dudar de si de verdad lo tiene todo controlado. Parece tenerlo. O, al menos, cree tenerlo.

—No permitiré que lo hagas, *padre*. —Izz da dos pasos y el centinela no la detiene como a mí.

Es la primera vez que le llama padre y no me pasa desapercibido el tono que usa. A pesar de la debilidad, de la sangre que le empapa el costado o la posición de sus dedos, ella avanza. Los mechones grises relucen en su cabellera, o tal vez es un efecto óptico propiciado por el color de la aurora que llena la sala.

Aparecen dos copias de sí misma repartidas por la estancia; se lanzan a atacar al Alto Comisionado, pero este las esquiva sin apenas inmutarse. Golpea a la única copia que queda y busca a la auténtica. Ni yo mismo me he dado cuenta de sus rápidos movimientos. Está agachada junto al cuerpo de la rebelde y se incorpora rápida. Lanza un ataque lumínico que provoca que cierre los ojos y, para cuando puedo abrirlos y enfocar, la última Izz se sienta sobre su espalda y le inmoviliza. Alza el brazo no mutado y percibo un leve brillo en algo que sostiene: una jeringuilla.

«El antídoto», pienso.

Pero no es posible. Arno lo ha destruido delante de todos nosotros. ¿De dónde lo ha sacado? Mi mirada va a Catarina.

—No permitiré que condenes a todo el mundo, *padre*.

—No, Lizara, soy yo el que no va a permitir que tú nos condenes. Centinela ALFA033, ejecuta al saqueador Nil Dilar.

Los ojos de Izz vuelan hacia mí. Yo los he llevado de Catarina a Drevan, quien ha sacado su pistola lunar y me apunta a la cabeza con precisión y sin un ápice de duda ni de humanidad en su rostro.

56



Izz

> La investigación de la muerte de Eubea Landina en condiciones particulares tras el ataque de Nevrast sigue su curso, pero el relevo ya está asegurado: Arno Raven será el nuevo responsable, garantizando la continuidad del Gobierno.
>
> Informe interno del Gobierno de Iberion

–¡No! —La voz se me rompe.

—Lanza la jeringuilla lejos y puede que tu saqueadorcito viva —dice Arno con seguridad.

—¡Izz, no lo hagas! —exclama Nil, desesperado—. ¡Acaba con él!

Debería hacerlo. Ese fue el plan desde el principio, desde que descubrí las atrocidades de este monstruo. Utilicé a Nil como cebo con el mismo propósito. Mas no puedo dejarle morir. La dejo en el suelo y la lanzo lejos, haciéndola rodar al otro extremo de la habitación. Ese movimiento me duele, después de todo el esfuerzo. Del engaño que conseguimos llevar a cabo Catarina y yo. La científica incluso ha muerto por ello y yo lo he echado a perder.

—Dispara, centinela ALFA033.

Con estas palabras enciende de nuevo mi ira y el poder incontrolable se extiende por mi cuerpo. Respiro hondo y encauzo esa luz que me sacude al pecho del centinela. Interrumpo el curso del poder con un jadeo de dolor y este me arde con tanta fuerza en el interior que por un momento temo entrar en combustión. Me fijo en que el brazo que ha recorrido la corriente se queda ennegrecido. No me detengo demasiado tiempo a pensar en ello, porque Arno aprovecha la distracción para zafarse de mí y tirarme al suelo.

—Has desperdiciado tu oportunidad, Lizara. ¿Y por qué? Para salvar a tu saqueadorcito. Los sentimientos te hacen débil. Te lo he dicho muchas veces, y no aprendes. Un líder que se deja arrastrar por el corazón no gobierna, se hunde. Para ser un buen líder hay que dejarlos de lado, porque la compasión no va a salvar a nadie. Son los sacrificios los que marcan la diferencia. La frialdad asegura la supervivencia. Por eso el primer paso era arrancárselos de raíz a los centinelas. Obedecen y no pierden de vista el objetivo por banalidades.

—¡Te equivocas! —jadeo desde el suelo, con los ojos anegados en lágrimas—. Los sentimientos no son una carga, sino la fuerza que te mantiene en pie cuando todo se desmorona. Nos dan fuerza, propósito, nos recuerdan quiénes somos y por qué luchamos. Sin ellos no queda más que vacío... y no pienso vivir vacía nunca más.

Las últimas frases las digo mirando a los ojos a Nil y el corazón se me parte en dos.

—Izz —susurra con dulzura—, tú nunca más estarás sola.

—Qué conmovedor... —La voz de Arno se desliza como un cuchillo entre nosotros—. Yo también creía que el amor te hacía fuerte. Me sentía capaz de todo a su lado. Juntos podíamos con todo. Éramos como dos piezas destinadas a encajar para siempre. Así fue durante un tiempo, hasta que salí ahí fuera. Vi lo que nos esperaba a todos y

tuve que poner la razón por encima del corazón. No lo entendió. Y ahí comprendí que no todos estamos preparados para los sacrificios necesarios para la supervivencia de Selestara. Zeltia Narcea fue mi precio. Mi condena.

—Mamá...

«¿Ordenaría que la quitaran de en medio como a Eubea Landina?».

Miro en la dirección del abuelo, pero la silla está vacía. Me alarmo y le busco con la mirada. En ese momento aparece tras Arno. Le sostiene con una fuerza inesperada y con un jadeo de esfuerzo le clava la inyección en el cuello.

La sorpresa que se refleja en la mirada de mi padre se transforma rápidamente en decepción. En un dolor que le atraviesa la expresión al darse cuenta de que ha sido el abuelo el que le ha clavado el antídoto.

—Lo siento, chico, pero hay límites que no deben cruzarse jamás.

—¿Qué has hecho? —La voz de Arno suena hueca y el tono es tan bajo que me hace estremecer.

No le grita, no le golpea. Solo le mira con ese dolor que le sigue contrayendo el rostro. El abuelo da unos pasos tambaleantes hacia atrás, aún con la jeringuilla en la mano, y cae al suelo con estrépito. Corro hacia él, sosteniéndole con cuidado.

—Abuelo...

—Es inútil, no podréis detenerme. Ahora todo acabará. Apenas lo sentiréis —dice Arno a mi espalda, aunque lo escucho como un ruido de fondo.

—¡No! —grita Nil cuando las luces se funden por completo a nuestro alrededor dejándonos a merced de la aurora otoñal.

—El Día del Apagón rememoramos la caída de la luna. A partir de hoy también será un símbolo de cambio. El inicio de una nueva

Selestara.

La onda que sale de Arno es como un latido. Un pulso breve y concentrado que se expande erizándome la piel. El aire se comprime y da la sensación de que va a aplastarnos. Por un instante, creo que el oxígeno abandona mis pulmones. Arno extiende las manos y la energía comienza a vibrar, primero como un murmullo eléctrico, luego como un rugido invisible que sacude las paredes. La luz de la aurora se distorsiona en torno a su figura. El poder se condensa en su cuerpo, envolviéndolo en un halo que no es humano, sino algo temible. No parece un hombre, sino el epicentro de una fuerza destinada a arrasar con todo.

La energía se propaga y quema lo que toca. Una presión leve en los oídos, como antes de una tormenta. La piel me avisa antes que la mente: Arno ha liberado las esporas y ahora todos están sentenciados.

No ha funcionado. A pesar de todos nuestros esfuerzos, Arno no ha perdido sus poderes. Seguí los pasos. Realicé el antídoto y... ¿para qué? Para nada. Catarina ha muerto en vano. He condenado a Selestara.



Quinta parte

Quinta norma del Reglamento
de los Saqueadores Lunares:
No hables de lo que has visto.

Lo que no está en el informe no existe.

57



Nil

> Solo una vez al año, cuando las auroras se oscurecen y la ciudad conoce la penumbra, surge la Noche Iridiscente. En el núcleo, durante el Apagón, las familias encienden unos farolillos de cristalitos ensamblados a mano que reflejan las pocas luces en el cielo.
> En medio de la penumbra, los colores se convierten en deseos: un nuevo inicio, un recuerdo que no se pierde, un sueño compartido, la unión de los que amamos.
>
> Fragmento del libro *Hespéria, la ciudad del fragmento*

La iluminación se va apagando desde el núcleo hasta este anillo, donde las luces parpadean, regresando solo un segundo para desaparecer por completo. Como cada año. Recuerdo los preparativos e intento pensar cuánto suele durar. Lo suficiente para que detecten anomalías, para que el mundo rememore la luna y, por un momento, vivamos solo bajo la tenue aurora.

El centinela que me sostenía me libera y no entiendo por qué hasta que me vuelvo hacia él y cae de rodillas en el suelo. Se lleva las manos al casco, se lo retira y, aunque no le reconozco, sí veo la

confusión en sus ojos. Vuelvo la cabeza de inmediato hacia Drevan, que tiene la misma expresión.

Izz está arrodillada en el suelo, todavía sosteniendo a Brais. Lo zarandea con suavidad y me doy cuenta de que un brazo le cae inerte a un lado. Ella repite el movimiento y susurra unas palabras que no alcanzo a escuchar. El surco de sangre de su costado se ha detenido. Cicatrización rápida, otro de los efectos de sus poderes.

—¿Abuelo? —pregunta con voz estrangulada.

Para mi sorpresa, Arno se gira como un resorte y avanza deprisa hacia Izz y Brais. Se le desencaja la mandíbula y se inclina, apartando a su hija de un manotazo. Se inclina ante su mano derecha y le toma el pulso.

—¿Qué has hecho? —sisea con rabia dirigiendo todo su dolor hacia Izz.

—¿Yo? Has sido tú, Arno. Le has matado. Te lo advertí —escupe ella con la voz tomada por el llanto inminente—. No quisiste escucharme. Este poder no se puede controlar.

Umbral golpea al centinela que todavía le sostenía confuso y se libera en un abrir y cerrar de ojos. Luego corre hacia el Alto Comisionado, que se ha dejado caer al lado del cuerpo de Brais y lo sostiene. No dice nada, pero sus sollozos roncos inundan la habitación. Arno, el monstruo que ha experimentado incluso con su propia hija, está llorando. Destruido.

Sin embargo, cuando Umbral está a punto de golpearle, mueve un brazo y un rayo de energía atraviesa el aire en dirección al rebelde, que cae con un ruido sordo sobre los restos de la mesa. No parece que haya muerto, pero no se mueve.

Cojo la pistola lunar del centinela que me sostenía y alejándome de él a toda prisa apunto a Arno.

—¿Nil?

Aparto la mirada de esas tres personas que nunca llegaron a ser una familia para fijarla en el centinela que ha pronunciado mi nombre.

—Drevan.

Sus ojos me reconocen. Se incorpora mirando a su alrededor, frunciendo el ceño, desorientado.

—Nil, ¿dónde estamos? —Se lleva la mano a la nuca y se la frota.

No entiendo qué está pasando. Mantengo el arma en alto apuntando al Alto Comisionado, aunque sigo mirando al que fue el novio de Vik. ¿Un nuevo truco de Arno? ¿Cómo puede haberme reconocido de repente? Sin embargo, la confusión de Drevan parece real. Y si es real... ¿cómo es posible?

—En el ayuntamiento —respondo.

¿Qué más puedo decirle? ¿Cómo explicarle todo en este momento?

Observa la sala y su expresión muestra signos de reconocimiento en cuanto se detiene en el Alto Comisionado. Entonces me mira de nuevo. A la pistola lunar que apunta al líder de Iberion.

—Vas a saber lo que es vivir con dolor, Lizara. Vas a experimentar lo que yo he experimentado. El dolor que me has provocado.

Arno se ha levantado y tiene un brazo extendido en mi dirección.

Izz se incorpora rauda, aparentemente recuperada de sus heridas, y pone su brazo por delante para defenderme del poder de destrucción de su padre.

58



Izz

> Las observaciones confirman que la mutación inducida por los fragmentos no se manifiesta de manera uniforme. Cada individuo desarrolla alteraciones distintas: desde variaciones físicas hasta capacidades anómalas, con grados de intensidad muy dispares.
> La diversidad de resultados depende de múltiples factores —biológicos, genéticos y ambientales— que condicionan la reacción. La mutación, por tanto, es inevitable, pero siempre singular e imprevisible.
>
> Informe clasificado del Proyecto Selene 89654J

Arno es poderoso. Se nota que ha estado entrenando, a diferencia de mí, que utilizo las habilidades guiada por mero instinto. Los centinelas a nuestro alrededor están desorientados, por lo que no son de ayuda; tampoco ya para él.

La luz regresa, y con ella se inicia un holograma sobre la mitad de la mesa que todavía queda en pie. No muestra el despacho de Arno como antes, con nuestros compañeros cautivos.

Veo a un Arno con los ojos desorbitados. El cabello revuelto. El aspecto de un desquiciado, que grita al verse reflejado en la imagen. Me muevo un poco y esta lo hace conmigo, como si...

Me llevo las manos al colgante y recorro los eslabones hasta llegar al anillo que pende sobre mi escote. Cuando llego a él, la imagen se oscurece un instante y me doy cuenta de que he sido yo.

Miro a Nil y este asiente de forma imperceptible.

Era una cámara... Miro al otro lado de la ventana. Hay hologramas por todas partes que recorren la ciudad mostrando la verdadera cara de Arno a toda Hespéria.

59



Nil

> La operación requirió avanzar más allá del límite autorizado de exploración, en un sector no cartografiado del Desierto Ígneo. El equipo destinado a esta misión no regresó. A las 06:13, el especialista médico Arno Raven retornó al puesto avanzado como único superviviente, sin equipo operativo y en estado de agotamiento extremo. No hizo ninguna declaración sobre lo sucedido al resto del equipo, a excepción de: «No estábamos preparados». Desde su retorno, ha solicitado la ampliación inmediata de protocolos defensivos y la creación de unidades especializadas.
>
> Se realizará una evaluación psicológica y se someterá a un protocolo de seguimiento en los próximos meses, hasta asegurarnos de que no hay riesgo de que provoque el pánico colectivo.
>
> Informe clasificado del Gobierno de Iberion

Aprovecho la distracción para correr junto a Izz. Está herida y con contusiones. La abrazo, pegándola a mi cuerpo para protegerla. No permitiré que ese monstruo le haga más daño.

Desde aquí veo los hologramas que se proyectan en esta sala y en toda Hespéria. No solo son las imágenes en tiempo real de lo que

está sucediendo aquí, sino de todo lo anterior. Grabaciones de Arno reconociendo sus crímenes, amenazando a inocentes, mostrando su faceta más despiadada, exponiéndole ante el mundo.

Y él lo sabe.

El Alto Comisionado se agacha para coger el cuchillo, pero Drevan avanza, da una patada al arma; a él se une el centinela que sostenía a Umbral. Del tercero no hay ni rastro, ha dejado la puerta abierta tras de sí. Umbral avanza tambaleante, con el arma en alto, con la que apunta a Arno.

Este los mira con desprecio, con la rabia en cada uno de sus gestos.

Ventia llega corriendo seguida de un grupo de rebeldes.

—Esto ha terminado, Arno, todo el mundo ha visto quién eres en realidad —dice la líder con voz serena.

—Ventia. Ya tardabas en unirte a esta fiesta —contesta Arno mirándola a los ojos—. No te equivoques, esto solo acaba de empezar. Y muy pronto todos vosotros estaréis a mi servicio.

Habla como un auténtico perturbado. Camina dejando un reguero de sangre a su paso. Coge la pistola con la mano que le queda y apunta a Jill, que está detrás de Ventia. Él saca a su vez el arma. Sin embargo, en lo que todos nos fijamos es en la energía que se arremolina perezosamente alrededor de la otra mano del líder, y asciende por su antebrazo. Mantiene la expresión firme, marcada por el esfuerzo.

—Puedo matar a todos tus lacayos en un abrir y cerrar de ojos, Ventia. Quédate quietecita —sonríe con malicia— como hiciste en el pasado.

La rebelde aprieta los puños con frustración, pero no hace amago de moverse.

—Ordenaste matar a Eubea Landina, que era mucho mejor Alta Comisionada que tú —suelta a bocajarro la mujer.

—No tienes pruebas de eso.

—Te equivocas. Y muy pronto todos lo sabrán. Verán a quién han estado...

—¡Cállate!

La energía se libera e impacta de lleno en Octavius, que se desploma sobre el suelo. Ventia lanza un grito desgarrado y después abre y cierra la boca, buscando el aire. Arno se dispone a lanzar más energía, pero esta no acude, y aunque muestra sorpresa, vemos la amenaza en sus ojos dorados.

Camino hacia él con el arma en alto apuntándole. Me mira con ojos crueles y sonríe con suficiencia.

Hace el mismo gesto que hizo con Octavius, pero no sucede nada. Se mira el brazo, frustrado, y opta por amartillar el arma con la mano sana. Está a punto de disparar cuando Izz se interpone. Actúo rápido, la sujeto por la cintura, la tiro al suelo y la cubro con mi cuerpo, librándonos a ambos de la muerte. La mantengo protegida, esperando a que lleguen más disparos. Aprieto los dientes preparándome para el dolor, pero Arno ahora apunta a Ventia, que avanza hacia él.

—Llegas tarde, Ventia. Tú y tus soldaditos no habéis podido impedir la Fase Final del Proyecto Selene.

Abro la boca emitiendo un grito que no llega a salir de mi garganta. Izz se revuelve entre mis brazos. El resto, rostros lívidos y expresiones de terror.

Izz y yo nos incorporamos. Comprendemos con horror que hemos fracasado. Que no importa que le derrotemos.

Arno alza la cabeza con expresión triunfante.

Mis ojos se clavan en la ciudad de Hespéria, allí donde mis padres estarán celebrando el Apagón sin mayor preocupación que la de dedicar un pensamiento a su hijo ausente. Casi puedo verlos. Casi puedo ver la pesadilla cerniéndose sobre ellos.

La máscara de poder de Arno se resquebraja cuando intenta invocar su poder y este no acude de inmediato, sino que la energía avanza muy despacio hacia él. Pequeños remanentes que no llegan a nada. Aprieta los labios, frustrado, mira al otro lado de la ventana, adonde la luz ha regresado hace varios minutos, mezclándose con los tonos de las auroras, que ahora, aunque aún oscuras, se perciben entre el verde de la aurora otoñal, formando casi lo que antiguamente denominaban «arcoíris».

—Tú. —Señala a Izz con todo el peso de su ira—. Tú lo has echado todo a perder.

Izz alza la barbilla orgullosa, pero traga saliva y su mirada se desvía un segundo hacia el cuerpo de su abuelo.

No hemos impedido que Arno lleve a cabo la Fase Final del Proyecto Selene, sin embargo, no quiero pensar que todos los que han muerto lo han hecho en vano. Recorro la estancia con la mirada. Catarina muerta. Octavius probablemente también. Los que quedan están marcados por la mutación. Compruebo con horror que Umbral tiene ambas manos grises, Ventia tiene toda la cara marcada por la mutación y Flavia ha perdido el color naranja de su cabello. El resto de los rebeldes también tienen marcas visibles. Todos ellos, y toda Hespéria si no conseguimos detener esto, van a acabar convertidos en monstruosidades tarde o temprano.

¿También yo estaré infectado? Me da un vuelco el corazón al recordar a Vik. En lo que acabó convertido.

—Vas a pagarlo muy caro, Lizara Raven —dice Arno muy despacio, evaluando a su hija con dureza—. Vas a saber lo que es vivir con la

culpa. Vas a cargar sobre tus hombros con más muertes de las que vas a poder soportar.

Apunta con el arma lunar y esta libera su energía hasta impactar de lleno en el pecho de un rebelde. Este se desploma con un ruido sordo que me hace contener un jadeo. El disparo se repite, y esta vez en dirección a Flavia, pero el centinela al que le rompí el casco tira de ella a tiempo para que solo le roce el brazo.

—Parece que vamos a tener que pasar al plato fuerte.

Sé lo que viene a continuación. Me apunta y dispara. Esquivo el primer proyectil y disparo la pistola lunar. El tiro no da en el objetivo y Arno sonríe con maldad. Sigue disparando una y otra vez, esquivo la mayoría, pero el dolor me sacude cuando una bala me atraviesa el hombro y aprieto los dientes. Pierdo la concentración y el Alto Comisionado aprovecha mi distracción para apuntar de nuevo.

Izz se sitúa delante de mí interponiendo su brazo mutado como si hubiera escuchado el disparo antes de que se produjera. El impulso la echa hacia atrás y la sujeto antes de que se desplome. Me arrodillo con ella en brazos.

—Vuestro amor ha condenado a Selestara. Y ahora será el arma que os destruya.

Arno suelta espuma por la boca y nos mira con los ojos inyectados en sangre. La pistola lunar apunta directamente a mi pecho. Izz tose e inhala con fuerza, y el esfuerzo que hace por respirar me resulta doloroso. El brazo mutado sangra y permanece inerte a un lado de su cuerpo. Parpadea varias veces intentando enfocar la mirada y trata de incorporarse, pero la detengo con fuerza. La aprieto contra mí a la vez que la protejo de su padre, a punto de disparar. Cierro los ojos y me centro en su contacto, en su respiración, en nuestro final... juntos.

Sin embargo, este disparo no llega nunca y me atrevo a abrir los ojos. Flavia y Umbral han desarmado a Arno y le sujetan con fuerza mientras él los maldice.

—Izz, sigue conmigo —le suplico, ignorando el caos a nuestro alrededor.

—Creéis que me habéis detenido. Solo habéis acelerado lo que viene. —Las amenazas del Alto Comisionado se diluyen también entre todas las voces que hay a mi alrededor.

—Izz, por favor... Estoy aquí, contigo.

Su mirada se pierde bajo los párpados y deslizo los dedos a través de su mentón, de la curva de su rostro hasta llegar a los labios. Las lágrimas me queman en la garganta, pero me obligo a permanecer firme.

—Te vas a poner bien —le digo con voz temblorosa.

¿Y si no se recupera? ¿Y si este es el final?

—No, Nil... —susurra, como si me hubiera leído la mente.

—Izz..., no te vayas. No cuando por fin sé que quiero una vida escrita por nosotros. No te pido que luches por Selestara; te pido que luches por lo que ya hemos empezado a escribir. No dejes que otros decidan dónde termina nuestra historia.

No se puede empezar de cero cuando lo que has vivido es tan intenso. Sin embargo, ese pensamiento se me escurre como agua entre los dedos. Como la vida que siento que abandona su cuerpo. Como la luz de esos ojos plateados que se desvanece cuando los cierra.

—Deberíamos habernos quedado allí...

Son esas palabras las que me llevan con ella de vuelta al Desierto Polar, bajo un mar de estrellas infinito.

60



Nil

> Se acuerda entre Iberion, Amazora y Nevrast la creación simultánea de unidades operativas especializadas, denominadas Cuerpos Lunares. Su establecimiento responde a la necesidad de intervenir en las zonas extremas, gestionar los fragmentos lunares y garantizar la seguridad fronteriza ante fenómenos no catalogados. Aunque cada nación desarrollará su propio enfoque operativo, la activación de los Cuerpos Lunares se realizará de manera coordinada para asegurar paridad estratégica y evitar desequilibrios regionales. La cooperación inicial se limita al intercambio de protocolos básicos y a la delimitación de zonas de actuación.
>
> Informe internacional de Selestara

Los ojos se le cierran, pero todavía respira. Su pecho se mueve con suavidad, de forma irregular, y miro a mi alrededor, desesperado. Arno está entre dos rebeldes, esposado, pero sus ojos están clavados en mí y me mira con una satisfacción tan cruel que me dan ganas de ponerme en pie y borrarle esa maldita expresión del rostro.

Sin embargo, aún sostengo a Lizara y mi corazón se agita con violencia.

La observo y el miedo me atenaza. Miedo a no volver a ver su sonrisa. A escuchar su voz. A continuar lo que hay entre nosotros.

Acaricio su piel gris y un frío perturbador me enfría las yemas de los dedos. Sigo subiendo hacia la herida sangrante. No pierdo el tiempo recordando el manual de emergencias. Arranco un trozo de mi propia ropa para hacer un torniquete rápido con manos temblorosas. La herida deja de sangrar y deslizo el dedo por su rostro con desesperación. Ni siquiera me importa que estemos rodeados de gente que nos está mirando.

—Izz, despierta, por favor.

—Los sanitarios ya están de camino —me dice Ventia, que se ha acercado a nosotros.

Me aferro a Izz sosteniéndola cerca de mí. Escuchando su respiración entrecortada. Sus ojos se entreabren y parece que enfocan en mi dirección. Por un instante siento que nuestras miradas se cruzan y la esperanza me sacude el estómago.

Ella gime muy bajito y sus dedos rozan mi brazo. Le tomo la mano y me la llevo a los labios, sin dejar de sostenerla.

—No me dejes ahora, Izz. No con lo que nos queda por vivir.

Se me hace un nudo en la garganta cuando su mano se afloja en la mía y sus ojos se cierran otra vez.

El sonido de unas pisadas metálicas interrumpe mis pensamientos y los sanitarios y los cuerpos de seguridad entran a la sala. Arno les da órdenes, pero no le hacen caso. Ahora todo el mundo ha visto su cara y a quien escuchan es a Ventia, que, por el momento, ha tomado el mando.

Me mira con una disculpa silenciosa cuando los sanitarios me quitan a Izz de los brazos y se la llevan. Me levanto para ir tras ella,

pero uno de los médicos me detiene.

—Tengo que examinarte.

—Estoy perfectamente.

—Nil, por favor —me pide Ventia con la súplica pintada en su rostro gris, y me dejo hacer.

El sanitario me pide que me desnude de cintura para arriba y empieza a examinarme y curarme. Casi me había olvidado del dolor del hombro, pero cuando el médico empieza a revisar la herida y a darme puntos de sutura, el dolor se despierta y me hace apretar los dientes con fuerza. Cierro los ojos, dejando que el profesional haga su trabajo.

—¿Cómo puede haber pasado?

Umbral, Flavia —quien ha hecho la pregunta— y Ventia se han apartado y susurran junto al cuerpo de Catarina, cerca de nosotros. Aunque mi intención no es escucharlos, sus voces llegan hasta mí.

—Tal vez hayamos sufrido un *hackeo* —propone el cazador.

—Imposible —rebate la *hacker*—. Alveron y yo lo teníamos todo bajo control. Juntos hemos creado un cortafuegos imposible de atravesar.

—¿Entonces cómo explicas que ese desgraciado supiera todo?

Por el rabillo del ojo veo cómo a Umbral se le tensa la mandíbula contemplando el cadáver de la que fue su compañera.

—Alguien nos ha traicionado —media Ventia con seriedad—. Alguien en quien confiamos... —Su voz se apaga y noto la culpabilidad en ella.

—Esto no es culpa tuya. —Flavia le pasa el brazo por los hombros.

Entiendo a Ventia. No sabe cuánto. Se siente culpable por todas las personas a las que han perdido hoy. Por el plan fallido. Igual que yo me siento responsable por haber perdido al equipo Centauri.

—Ya puedes marcharte. Intenta evitar hacer esfuerzos estos días —me indica el sanitario.

Mis pies me guían hacia el grupo de rebeldes que siguen debatiendo ajenos a mi cercanía. No entiendo por qué Umbral no habla. Arno mencionó a Ron. ¿Debería decírselo yo a Ventia? Es su marido. ¿Me creerá? ¿O debo mantenerme al margen? Por culpa del traidor ha muerto mucha gente inocente. Izz podría no salir de esta.

Ron.

Intento pensar quién más puede ser.

No se me ocurre nadie y empieza a dolerme la cabeza.

La líder dirige la vista hacia mí y las palabras no alcanzan a mis labios.

¿Cómo decírselo?

«Ventia, Arno mencionó a Ron, creo que es tu marido».

Quizá ese no sea el mejor modo.

—Ventia —digo armándome de un valor que me infunde el recuerdo de Izz entre la vida o la muerte—. Arno mencionó algo cuando nos reveló que conocía el plan. Dijo que el traidor se llamaba Ron y... —Me humedezco los labios, de repente, me doy cuenta de lo seca que tengo la boca—. Dijo que estaba con los rebeldes desde el principio.

Ella me evalúa en silencio. Coge aire con fuerza y mira a los otros rebeldes, que no pronuncian palabra, sino que se quedan pensativos. Umbral detiene sus ojos en los míos y atisbo un brillo de comprensión, sin embargo, aprieta los labios y guarda silencio.

—Es imposible —responde ella tajante—. Será mejor que descanses, Nil.

—Piénsalo, ¿quién más conocía el plan? ¿Quién, además, tenía contacto directo con Arno? Solo...

—He dicho que es imposible.

—¿Y quién está con nosotros desde el principio? —interviene Umbral dando un paso hacia delante.

—Investigaremos quién nos ha traicionado, pero no toleraré que se señale a nadie sin pruebas. En *mi* organización no toleraré esas acusaciones.

Tras echar un último vistazo a los rebeldes, me marcho de aquí. Quiero estar con Izz, necesito saber que se va a poner bien, que después de todo lo que hemos vivido...

El ascensor baja demasiado lento para mi gusto. Una vez en la planta baja, veo con horror lo que Arno ha provocado. Heridos siendo ayudados por centinelas, gente vomitando sangre, personas marcadas por el gris y confusión por haberse descubierto la auténtica cara del Alto Comisionado de Iberion.

Al salir a la calle suelto una maldición. El deslizador de los sanitarios que imagino que lleva a Izz se ha ido. Tendré que coger uno por mi cuenta.

—Nil, espera.

Drevan. Con el caos reinante casi me había olvidado de él.

—¿Cómo estás? —le pregunto.

Su uniforme blanco está manchado, pero no parece herido. Aunque mi pregunta no va tanto a lo físico.

—No soy yo quien ha recibido una paliza. —Me mira de arriba abajo. No debo de tener muy buena pinta—. Estoy bien, Nil. Algo confundido —recorre los alrededores con los ojos—, dada la situación. Es como si llevara semanas dormido. Lo último que recuerdo es regresar de la misión y que nos pusieron a todos en una especie de cuarentena... —Se frota la nuca—. Y ahora esto.

—Y, a pesar de ello, has reaccionado con gran rapidez. Es digno de admirar —le alabo, porque así es.

—Soy un soldado. Estoy entrenado para actuar. —Se encoge de hombros y se fija en mi uniforme—. Y, por lo que veo, tú también. Tenemos mucho de lo que hablar, Nil. Tengo algo que contarte.

El corazón me da un vuelco al pensar en mi hermano. ¿Tendrá que ver con él? Un regusto amargo me recuerda lo que le sucedió, y que Drevan no lo sabe. ¿Cómo reaccionará cuando se lo diga?

—Imagino que quieres ir con esa chica que se han llevado. —Señala la dirección por la que ha debido de marcharse el deslizador sanitario—. Ahora no podrás hacer nada por ella, salvo esperar en una sala fría durante mucho tiempo. —Hago un gesto de negación indicándole que no me importa, pero continúa—: Hazme caso, Nil. Lo mejor que puedes hacer es irte a casa, comer, ducharte, reponer fuerzas y que cuando ella despierte te encuentre al cien por cien.

Tiene razón. Por mucho que quiera estar en el hospital con ella, soy consciente de que no puedo hacer nada. Asiento y me dispongo a irme, pero le echo una última mirada.

—Ya hablaremos más tranquilamente —se despide y se marcha para seguir ayudando a quien lo necesite.

El trayecto hasta casa se me hace largo. Miro la ciudad. Por aquí no parece haber estragos de las esporas lumínicas que Arno ha lanzado contra Hespéria, sin embargo, no todas las consecuencias son visibles. Espero que no haga falta esperar para verlas y algunas puedan solucionarse lo antes posible.

Entrar en casa, a pesar de que en realidad solo han pasado un par de semanas, me resulta extraño. Como si hiciera mucho más que me he ido. El aire huele a la sopa que hace mi madre. A hogar. Escucho la voz de mis padres en la cocina y camino despacio hacia allí, sin querer interrumpirlos. Los observo desde el umbral de la puerta. Y el corazón se me calienta. Pero también siento miedo. Uno que me atenaza la garganta y que me recuerda lo que he tenido que hacer

ahí fuera. El recuerdo de Vik se me clava como una esquirla de hielo y me obligo a tragar saliva antes de dar otro paso y entrar en la cocina.

—¿Nil? —Mamá deja caer la cuchara con la que removía el caldo y se lanza a abrazarme.

Me dejo envolver entre sus brazos como cuando era pequeño y papá se une al abrazo pocos segundos después. Como cuando me fui, pero este abrazo está teñido de unas emociones muy diferentes. Mamá se separa un instante, me sostiene el rostro y me palpa, como queriendo asegurarse de que no soy un holograma. Que de verdad he regresado.

Ninguno de los dos tiene ningún tipo de marca gris, lo que me hace preguntarme si la tendrán en otro lado o... «Tal vez las esporas no siempre dejen una marca», me digo. Aunque prefiero decantarme por otra opción; que quizás se han librado del contagio.

—¿Estás bien? Te hemos visto en esas imágenes... —La voz de mamá se quiebra mientras me mira de arriba abajo, deteniéndose en mi rostro—. Tu cara, el brazo...

Respiro hondo. Las esporas lumínicas habrán dejado mi rostro marcado, pero ahora no me preocupa. Al menos, no por ahora.

—Es reversible —respondo, aunque no estoy muy seguro de cuándo se podrá elaborar el antídoto—. Estoy bien, de verdad.

Vuelve a abrazarme antes de acabar sus propias preguntas y yo no digo nada, porque de pronto me falla la voz. Los tres lloramos en un abrazo que dura menos de lo que quisiera.

Me siento a la mesa con ellos y papá sirve los platos de sopa. La mirada de mamá vuelve a recorrerme y se detiene en mi cuello, donde no ve su colgante. No dice nada, pero ladea un poco la cabeza.

—No te he traído el colgante como prometí —le digo.

—Lo importante es que estás aquí.

—Se lo di a alguien importante, lo necesitaba más que yo.

—¿Y funcionó?

—Todavía no lo sé —respondo con sinceridad.

A pesar de la confianza que siempre he tenido con mis padres, hay tanto por contar, tantas cosas difíciles de asimilar que no sé por dónde empezar. ¿Debo contarles lo de Vik? No solo lo que tuve que hacer, sino en qué se había convertido. ¿Qué puedo decirles de Izz ?

—¿Es una chica? —Papá sube y baja las cejas.

—O un chico —se apresura a añadir mamá.

—Es Lizara Raven.

Nunca me ha gustado dar rodeos cuando tengo que decir algo, así que... Lo suelto sin más. Al principio se hace un silencio que vibra entre nosotros con una tensión inusual. Después mamá asiente, como si no le sorprendiera demasiado y estira la mano para tomármela entre las suyas.

—¿Cómo está? Hemos visto lo que pasó...

—No lo sé. —Me encojo de hombros, abatido.

Es la verdad. Ni siquiera sé si saldrá de esta. Puede que lo consiga o tal vez no. Gastó mucha energía en el enfrentamiento con su padre y está grave.

—Ya verás como todo sale bien —promete mi padre.

Les explico lo que ha pasado ahí fuera, la persecución, lo de Arno —aunque esta parte la saben bien pues apareció en todas las pantallas de la ciudad—, lo de los rebeldes, les hablo de Izz y, al final, me quedo en silencio. Bajo la mirada y dejo la sopa a un lado, porque se me ha cerrado el estómago.

—Cariño, hayas visto lo que hayas visto ahí fuera... —empieza mi madre.

—Es que...

Y no soy capaz. No puedo decirles que el hijo que perdieron en el Desierto Polar mutó hasta convertirse en una monstruosidad al servicio de Arno. No puedo confesarles que yo le maté. Para salvar a Izz.

«Y para dejarle ir al fin», me recuerdo.

«Para salvar a la humanidad».

Pero decirme estas cosas no me quita el peso del corazón, ni cierra la herida. Imagino que nunca se cerrará del todo. Todavía puedo ver sus ojos azul oscuro. La canción que le canté en sus últimos minutos de vida y, en su mirada, un agradecimiento silencioso que me rompió por dentro.

Las lágrimas se me desbordan y los sollozos me sacuden entero. Me tapo el rostro con las manos y los jadeos llenan la estancia de pesar. De un dolor que me pesa demasiado en el cuerpo y que no sé si debo sacar de dentro de mí.

—Todos murieron —digo entre hipidos.

Porque mis lágrimas no son solo por Vik, sino por mis compañeros. Oryonse, Coral, Mia, Kadeth, Lorién... Muertos.

—Nil...

No sé en qué momento mi madre se ha levantado, pero su mano me acaricia la espalda despacio, con cariño.

—Y Vik...

La mano se detiene de pronto, pero después sigue el recorrido. Sin embargo, la tensión que la recorre ahora se siente en su caricia y eso me da el valor que necesito para seguir hablando. Porque si mantiene una mínima esperanza, la incertidumbre del paradero de su hijo mayor es peor que... ¿saber que ha muerto?

—¿Vik? —pregunta mamá confusa.

—Vik ya no era Vik.

La caricia se detiene y tiembla. Percibo el leve movimiento que se extiende de su mano al resto de su cuerpo y, aunque intenta contener las emociones, el labio inferior empieza a temblarle. Después de todo lo que han visto de Arno, imagino que ya sabe lo que voy a decirle.

—¿Le viste? ¿Vik está vivo? ¿Dónde...? —pregunta mamá, y el anhelo en su voz me da las fuerzas para continuar.

—Era un monstruo. No se parecía en nada a mi hermano. Pero sé que estaba ahí dentro. Sin embargo... —La voz se me rompe.

Y, con ella, vuelvo a sentir el dolor atravesarme el pecho.

—Tuve que...

—Nil, no pasa nada. Está bien, está bien. —Papá acerca su silla a nosotros y me toma del antebrazo, prestándome su apoyo.

—Sí que pasa. Tuve que... que matarle.

Mis palabras suenan como veneno en mis labios y un regusto ácido me sube por la garganta. El estómago se me pone del revés y me aparto del contacto de mis padres. Me echo hacia atrás. Esperando su rechazo, sus reproches, palabras hirientes.

—Si no era él —empieza mi padre esforzándose—, solo podías defenderte. Salvarle librándole de esa maldición.

—Si alguien es culpable de esto es Arno.

—¿Podréis perdonarme? —Mi voz suena estrangulada y la respiración se me entrecorta.

El aire apenas entra en mis pulmones y me esfuerzo en respirar con normalidad. Mamá se pone de pie, se arrodilla delante de mí y me obliga a mirarla a los ojos. Me toma el rostro entre las manos, se lleva lágrimas con los pulgares y, aunque ella misma está llorando, el cariño con el que me mira me hace calmarme. Lo suficiente para poder respirar.

—¿Perdonarte? —Sonríe con tristeza—. Nil, has tenido que sobrevivir ahí fuera. Has regresado con vida. Y nos has traído la verdad. Que estés aquí es el mayor regalo. Te queremos muchísimo y si Vik... murió, si ya no era él, fuiste tú quién le arrancó de esa condena. Estoy segura de que fuiste su última luz. Estoy segura de que le liberaste cuando nadie más podía hacerlo. No cargues con una culpa que no es la tuya.

—Hijo, le diste paz. Y no hay acto más valiente que ese. Vik estaría orgulloso —añade mi padre con la voz ahogada por las lágrimas.

No me merezco estas palabras, pero las acepto. Seguimos juntos algunos minutos más, compartiendo el silencio; después el cansancio me vence y me voy a mi habitación a descansar.

No sé si podré dormir, pero necesito tumbarme. En una cama de verdad.

Para cuando despierto, volvemos a estar en la primera franja de trabajo del día y mis padres se han ido. Me han dejado una nota. No han querido despertarme. Me como unos pastelitos que ha preparado mamá y consulto mi ordenador de muñeca. Intento contactar con Alveron.

Nada de nada.

Tampoco hay noticias del hospital.

Salgo de casa, decidido a ir directo al cuarto anillo a ver a Izz. Necesito verla. Quizá después intente hablar con los rebeldes, saber qué va a pasar.

Encuentro a Ventia cuando estoy recorriendo el pasillo camino de la habitación de Izz.

Me detiene a unos metros de la puerta, desde donde me llegan los pitidos y los sonidos propios de la máquina que se ocupa de mantener a la chica con vida.

—Nil. Tengo que hablar contigo.

—¿Ventia? ¿Qué haces aquí?

—Flavia está en una de esas habitaciones. No creo que tarden mucho en darle el alta. Sabía que vendrías. Verás...

Se asoma a mi espalda, donde Izz reposa en la cama. Me aparta de la sala hasta un pasillo anexo, donde solo hay una máquina de agua, sillas de plástico vacías y una máquina de barritas de proteínas parecidas a las que nos llevamos a las misiones.

—He intentado contactar con Alveron —suelta tamborileando con los dedos sobre la pernera de su pantalón.

—Yo también.

Un brillo de esperanza brilla en la mirada de Ventia, pero solo dura unos segundos, hasta que se da cuenta de que ha sido sin éxito.

—Tú... eres su amigo. ¿Crees que podrías ver si está en su casa o...?

Asiento. Asimilando sus palabras. ¿Dónde está Alveron? ¿Le habrá pasado algo? ¿Y si de verdad fue un *hackeo* y le tienen preso? O peor... ¿Puede estar muerto? Se me revuelve el estómago.

Ventia me lo agradece y me pide que la mantenga informada de todo. Después me acompaña a la puerta de la habitación de Izz y me deja solo tras darme una palmada reconfortante en la espalda.

Izz está tendida en la cama de sábanas blancas, luchando por su vida. La rabia me hierve en las venas. Siento tal impotencia que empiezo a temblar sin control.

Arno le hizo esto. Su propio padre.

Su pecho se sacude una. Dos. Tres veces. Y después vuelve a normalizar su respiración. Me siento a su lado, la tomo de la mano y así paso las siguientes horas.

Esperando. Hablándole. Suplicándole que despierte.

No lo hace.

Y cuando empieza la segunda franja de trabajo, me voy del hospital. Directo al núcleo. Tengo que encontrar a mi amigo.

Recorro los lugares habituales de Alveron. Su casa está cerrada, sin acceso. El reconocimiento facial no me permite la entrada. Voy a los locales a los que le gusta ir. Nada de nada.

El miedo crece en mi interior y la idea de que alguien le haya matado cobra más fuerza.

Él tuvo que ser el que difundió las imágenes del anillo.

Si le descubrieron, como sospecho, sería motivo más que suficiente para acabar con su vida.

La ciudad me envuelve en su silencio, y cada paso retumba como un eco de lo perdido. Los nombres me persiguen, uno tras otro, como un rezo maldito que no me concede paz. No quiero que Alveron sea otro fantasma. Y, sin embargo, si ha caído, será culpa mía.

61



Izz

> Los saqueadores lunares se establecen como unidad de extracción y recuperación en las zonas extremas. Su función principal consiste en localizar, identificar y recolectar materiales derivados de los fragmentos lunares, operando en entornos de alta inestabilidad térmica y geológica. Su entrenamiento prioriza la movilidad, la resistencia y la capacidad de operar con recursos mínimos. No poseen mandato ofensivo ni defensivo más allá de la autoprotección operativa.
>
> Informe público del Gobierno de Iberion

Oscuridad. Un frío que me envuelve el corazón, mas empieza a desaparecer gracias al cálido contacto que cubre mi mano.

¿Dónde estoy? Lo primero que escucho son los pitidos rítmicos de una máquina. Lo segundo, la respiración acompasada de quien está sentado junto a mi cama. Abro los ojos con dificultad. Necesito saber qué es real y qué no. Si estoy en casa con el abuelo o...

No.

El abuelo está muerto. Arno lo mató.

Alguien tiene la mano sobre la mía, pero su cabeza está apoyada muy cerca de mi almohada. El corazón se me llena de mariposas al

reconocer el cabello oscuro de Nil, las callosidades de sus manos, los brazos fuertes...

Me duele el brazo, sin embargo, es algo que siento lejano. Latente. Cuando intento moverme otros dolores acuden. La cadera. La espalda. De pronto, me siento como si llevara demasiado tiempo en la misma postura.

—¿Cuánto...? —Apenas me sale la voz. Tengo la garganta tan seca que también me duele.

Nil levanta la mirada hacia mí. Tiene los ojos rojos, y me pregunto si es por mí. Se apresura en acercarme a los labios un vaso de agua. Lo hace con tanta delicadeza que por un momento nadie diría que es un saqueador temible. Y entonces el terror se abre paso: la marca gris en su rostro.

—Ha pasado una semana. ¿Cómo estás?

«¿¡Una semana!?».

Me incorporo ignorando el dolor que me recorre el cuerpo. ¿Cómo puede haber pasado tanto tiempo?

—No..., no...

—Tranquila, Izz. Estás bien. Estamos bien.

—No, Nil. La mutación..., tengo que...

Él se lleva la mano a la zona gris y niega con la cabeza.

—Estoy bien.

Mas eso no me tranquiliza. Tengo que levantarme. Tengo que crear más antídoto.

Él adivina mis intenciones, deja el vaso sobre una mesa y se apresura en ayudarme. Por un momento he pensado que iba a detenerme, y sonrío para mis adentros al pensar que me conoce bien y que no iba a ser capaz de convencerme de que me quedara quieta.

Al ir a apoyarme en el brazo izquierdo, pierdo el equilibrio y acabo entre los brazos de Nil.

Me miro el cuerpo. Intento mover el brazo mutado, que me duele, y...

No está.

Abro la boca por un grito que asciende por mi garganta, pero se queda atascado en ella y lo único que emito es una especie de gruñido. El saqueador sigue la dirección de mis ojos, me ayuda a sentarme bien y se aparta un poco para mirarme, aunque sin soltarme, temiendo que pueda caerme.

—Tu brazo sufrió demasiado. A pesar de la mutación... —Traga saliva, valorando cómo seguir—. Intentaron salvártelo, pero dada su naturaleza, no contamos con medios para curar algo así.

Continúo mirando ese lugar que ahora está vacío. Y que me duele. Mas no es solo un dolor físico, es algo visceral. Suspiro con pesar, incapaz de acostumbrarme a esa ausencia. Me cuesta reconocerme sin mi brazo. Como si hubiera perdido algo más que un miembro. Como si hubiera perdido una parte de mi historia.

—¿Qué ha pasado con él? —le pregunto eludiendo el tema.

Es algo en lo que no quiero pensar... por el momento.

—Me llamaron a testificar. —Se rasca el pecho evaluando por dónde empezar—. Arno ha sido juzgado y condenado a cadena perpetua en Soldrak. Se ha celebrado el juicio de forma pública, toda Selestara ha sido testigo de sus crímenes. Aparte de revelarse que estaba aliado con Dariena Ayarza, la Alta Comisionada de Amazora, y ambos ocultaban los experimentos con humanos. Por supuesto, al salir todo a la luz, ella también ha dimitido. Pero no se quedará sin recibir también su merecido. Joder, espero que también la condenen a cadena perpetua.

Me muerdo el labio. Sabíamos que Amazora estaba aliada con Iberion gracias a los rebeldes, aunque imagino el impacto que habrá tenido eso en el resto de la sociedad.

Le aparto de mí con suavidad, para que me deje levantarme de la camilla por mí misma. Mis piernas me sostienen a duras penas, pero me alivia poder hacerlo sola. Algunas zonas me responden con un quejido doloroso, pero las ignoro. Necesito moverme.

Mientras doy un paso tras otro de forma lenta, manteniendo el equilibrio y poniéndome a prueba a mí misma, pienso en todo esto. Y, sobre todo, en cómo es posible que, habiendo sido criada tal y como Arno hizo conmigo, no tengo su mentalidad aberrante.

«Porque tú no estás perturbada», me dice una voz en mi interior, que se parece mucho a la de Nil.

Me apoyo en la ventana y observo Hespéria. No son las vistas de «mi casa» —no sé si considerarla mi casa—, ya que estoy en un piso no muy alto del cuarto anillo. La ciudad parece tranquila, a salvo bajo la aurora verdosa, ocupada en sus quehaceres diarios, sin saber lo cerca que están de perderlo todo. Al menos hemos conseguido desenmascarar a Arno, a pesar de que ha completado la Fase Final del Proyecto Selene.

Llevo la mano a mi pecho donde todavía reposa el colgante que Nil me regaló. Pero falta algo.

—El anillo —musito. Me giro hacia él, que se mantiene a unos pasos de mí, aunque leo en sus ojos las ganas que tiene de acercarse, y yo de que lo haga, pero todavía me falta entender algo, que es lo que ahora mismo pone distancia entre nosotros—. ¿Tenía una cámara...? ¿Por eso me lo diste?

—Sí, pero no fue solo por eso. Alveron me lo dio y yo quise dártelo a ti por si algo salía mal, para que quedara grabado. Para

exponer a Arno al mundo. No sé qué plan B tenían los rebeldes, pero el mío fue este. Y no me arrepiento.

Bajo la cabeza y me llevo la mano a la nuca dispuesta a devolverle lo que le pertenece. Nil se acerca y coloca una de las suyas sobre la mía. La otra coge mi barbilla, que alza con suavidad para que nuestros ojos se encuentren. Me muerdo el labio de nuevo, a punto de derretirme ante la intensidad con la que me mira. Él desvía un momento la vista hacia mis labios para luego volver a mis ojos.

—Pero el colgante de mi madre te lo di porque tuve la necesidad de hacerlo. Sentía que me protegía, y quería que te protegiera a ti. Que, aunque yo estuviera a tu lado a la hora de enfrentarte a tu padre, lo tuvieras, recordándote que estaba contigo. —Libera mi mano para descender hasta mi escote, donde me acaricia a la vez que el collar—. Y quiero que siga siendo así.

La mano que todavía sujeta mi barbilla hace una leve presión para acercarme a sus labios y yo no me resisto. Necesito saborearle de nuevo, liberar el fuego que arde en mi interior cada vez que le tengo cerca.

Con mucho cuidado, me acerca más a él y me rodea la cintura para cogerme con firmeza, pues mis piernas parecen haber olvidado su misión de sostenerme. Me agarro a su nuca y me dejo llevar a un mundo donde queda esperanza para la científica que propició los planes de Arno. Para la hija del Alto Comisionado que a punto estuvo de arrasar Hespéria con su poder.

Un carraspeo nos hace separarnos de repente. Ventia ha entrado en la sala y Nil me ayuda a sentarme de nuevo en la cama, a pesar de que puedo hacerlo sola.

—Qué alegría verte despierta, Lizara —dice la líder con una sonrisa.

Nil se separa para mirar por la ventana, dejándonos cierto espacio. Ventia está nerviosa y traza círculos sobre la sábana. Todo su rostro está teñido de gris y trago saliva. Si llevo una semana en la cama...

—Sé que no es el mejor momento, pero necesitamos tu ayuda para el antídoto.

—Claro, puedo... —intento ponerme en pie, pero ella me detiene.

—Tranquila. Contamos con algo de tiempo, espero.

—Ha pasado una semana, Ventia. Tiempo es lo que no tenemos. No sabemos el nivel de contagio que ha provocado la onda expansiva en Hespéria. —Se me atropellan las palabras.

La líder niega con la cabeza despacio y me hace sentar con firmeza.

—La onda expansiva de Arno no llegó mucho más allá del ayuntamiento —explica con ese tono suave que no admite réplicas que tanto la caracteriza—. El antídoto funcionó. Solo que no fue inmediato. Igual que las mutaciones no son inmediatas. Por suerte, han sido pocos los casos que ya han iniciado la fase de mutación, sin embargo, el antídoto los ayudará. Sé que quieres salir ya de aquí, pero no serás de ayuda si no estás del todo recuperada. Esperaremos a ver qué dice el médico.

Quiero replicar, pero sé que tiene razón. Sin embargo, poco me va a importar lo que diga el sanitario. Tengo las fuerzas suficientes para elaborar el antídoto, y si Ventia me proporciona un equipo científico bien preparado, ni siquiera me supondrá un gran esfuerzo.

Se me encoge el corazón al pensar en Catarina. No pude salvarla...

—¿Cómo ha terminado todo? —interviene Nil con la impaciencia brillando en sus ojos.

La mujer nos mira a ambos.

—Han sido tres días de juicio seguido por las tres naciones. —Nil lo sabe, pero yo no. Imagino que por eso empieza por el principio, algo que le agradezco en silencio—. El veredicto ha sido claro: Arno Raven será recluido en la Institución Penitenciaria de máxima seguridad Soldrak. La sentencia recoge crímenes muy graves contra la humanidad, intento de homicidio y un delito inédito que los magistrados han denominado «experimentación degradante», consistente en someter a la población a una mutación forzada con fines militares. A ello se suman acusaciones de calumnias sistemáticas, utilizadas para desacreditar a sus opositores y conseguir sus fines.

Hace una pausa y arruga el entrecejo. Está tratando de ordenar los acontecimientos. Reconozco la desorientación propia de las primeras fases de la mutación, sin embargo, me mantengo en silencio.

—Además, tanto Arno Raven como Dariena Ayarza ocultaron la existencia de un sistema capaz de generar energía casi infinita mediante la unión de fragmentos lunares. —Nil y yo intercambiamos una mirada de estupefacción. ¿Habían logrado algo así y habían permitido que la gente siguiera sufriendo las desigualdades energéticas?—. Fuentes diplomáticas han asegurado que el Alto Comisionado de Nevrast, Tolvanich Morozov, permanecía ajeno a esta información, lo que abre un nuevo frente de tensiones entre las tres naciones.

—¿Qué va a pasar con Dariena Ayarza? —pregunta Nil.

—Correrá la misma suerte que Arno.

Unos toques en la puerta nos advierten de la llegada del médico. El doctor entra en la sala y saluda a Nil y a Ventia, mientras que a mí me hace una leve inclinación de cabeza antes de empezar a hablar.

—Buenos días, Lizara. Soy el doctor Malne y he estado tratando tu caso desde que llegaste al hospital. Lamento lo de tu brazo, pero no había otra opción. No disponíamos de los conocimientos necesarios para intentar cualquier otra cosa. Sin embargo, sí tenemos los medios para proporcionarte un brazo biónico cuando estés más recuperada.

Asiento con impaciencia, porque este no es el tema del que quiero hablar.

—¿Cuándo podré irme?

El doctor Malne arquea mucho las cejas ante la pregunta y teclea en su UTP para examinar mi historial.

—Tienes que hacer reposo y...

—Eso puedo hacerlo fuera de aquí.

—... y tenemos que hacerte un seguimiento.

—Puedo venir todas las veces que consideréis necesarias. Mientras tanto, necesito...

—Izz, no es muy sensato que hagas esfuerzos. Lo mejor es que te quedes aquí hasta que te recuperes.

—Os digo que estoy bien. No voy a excederme, sé hasta dónde puedo llegar, mas hay cosas que debo hacer fuera de aquí.

—Esas cosas pueden esperar.

—¡No pueden esperar, joder!

Nil me mira asombrado con una sonrisa pícara.

—Está bien. Haremos una cosa. Hoy vas a quedarte en observación y mañana si todo sigue en orden programaremos tus revisiones y te dejaremos ir a casa —afirma el doctor Malne cerrando el holograma del UTP.

Estoy a punto de responder cuando Ventia interviene:

—Gracias, doctor.

Con otra inclinación de cabeza el médico abandona la estancia y yo aprieto los labios, frustrada. Vuelvo la mirada hacia Nil, a su mancha gris, y el nerviosismo me corroe.

—Necesitaré un equipo científico y mi laboratorio. Necesito nexenol, voltraxita y quelante de ferrioxina.

—Lizara, ya me he encargado de eso.

Me relajo, lo único que puedo hacer en esta situación, y me tumbo en la cama. Ventia se despide y Nil vuelve a ocupar el sitio en el sillón junto a mi cabecera.

Siento el contacto de su mano sobre la mía mientras dejo que el sueño me venza. Lo último que veo antes de caer en un profundo sueño son los ojos azul cobalto del saqueador, que me acaricia el dorso de la mano con cariño.

62



Nil

> Los defensores lunares han sido creados para asegurar perímetros, proteger asentamientos y mantener la integridad de las rutas de tránsito cercanas a zonas extremas. Su doctrina se basa en la contención, la vigilancia y la respuesta rápida ante amenazas externas o anomalías derivadas de los fragmentos. Operan en formaciones estructuradas y con equipamiento de refuerzo. No realizan incursiones profundas en los desiertos, sino que sus misiones de extracción se limitan a un perímetro asegurado previamente.
>
> Informe público del Gobierno de Amazora

Tras haber acompañado a Izz al laboratorio en cuanto ha salido del hospital, me he dirigido al núcleo a seguir indagando sobre Alveron. El piso sigue sin dar señales de que nadie haya acudido. Tampoco lo han visto por los lugares que él frecuentaba y cada vez estoy más seguro de que le ha pasado algo. Sigo dando vueltas por la ciudad hasta que me llega un aviso en el ordenador de muñeca. Es el teniente Stravic, que me convoca a la Academia de Saqueadores. Me pregunto qué razones tendrá para llamarme, pero me relaja que sea

en su despacho. No se arriesgará a hacerme nada, si es el traidor, en un lugar público como ese. Cojo un deslizador que me lleve directo al quinto anillo.

Durante el trayecto me llevo la mano a la mejilla. Aparte del frío no siento nada especial. No he experimentado la desorientación que mencionó Izz, ni ningún otro síntoma. Me pregunto si acabaría convertido en una monstruosidad como Vik o si, por el contrario, conseguiría algún don.

El transporte se detiene interrumpiendo el curso de mis pensamientos y me bajo frente a la Academia. El aire del quinto anillo me golpea con fuerza y doy unos pasos hacia el edificio en el que he pasado tantas horas durante los últimos años. Atravieso sus puertas y me dirijo al ascensor, presentando primero mis credenciales con el ordenador de muñeca.

Empiezo el ascenso a una de las plantas superiores, donde está el despacho de mi teniente. Tiene la puerta entreabierta, señal de que me está esperando, y cuando la atravieso los recuerdos me sacuden.

Me llevan al momento en que me ordenaron la misión que cambiaría por completo mi vida. El teniente Stravic está tras la mesa con unas ojeras marcadas y el semblante serio. Hay papeles desperdigados por su mesa y a su espalda veo las pantallas holográficas que muestran diferentes partes de Hespéria y que ya me sorprendieron la primera vez. No las apaga, sino que las mira unos instantes antes de volver a mis ojos.

—Bienvenido, Nil.

No me llama saqueador Dilar. Y su tono tampoco es tan firme como el que solía usar. De hecho, incluso ha aparecido una sonrisa cálida en su cara. Puede que sea solo una máscara.

—Teniente Stravic —respondo de forma automática, haciendo el gesto militar.

—Puedes llamarme Ronan.

—Está bien, te... Ronan.

«Ron me lo dijo». La voz de Arno resuena en mi memoria y tengo que obligarme a mantenerme neutral y seguir respirando con normalidad.

—Te he llamado primero para preguntarte cómo estás.

—Bien, mejor. Gracias. —Siento como si mi propia voz pudiera traicionarme y reflejar mi desconfianza.

—¿Seguro? Perder a todo tu equipo tiene que haber sido muy duro. Sé por experiencia que uno cambia cuando regresa de las zonas extremas.

—No ha sido fácil —reconozco—, pero intento llevarlo lo mejor que puedo.

—Me alegro de escuchar eso. Si necesitas cualquier cosa en cualquier momento solo tienes que pedírmelo.

Se queda unos instantes en silencio y me siento en la silla que hay frente a él, intuyendo que no solo me ha convocado para preguntarme por mi estado. Repasa los papeles que tiene desperdigados por la mesa y vuelve a dirigir la mirada hacia mí. Con el ojo con el que puede ver me evalúa antes de tomar aire.

—Ventia ha propuesto un programa nuevo para los saqueadores. Tú sales entre las propuestas para iniciarlo y quería comentarlo contigo antes de que ella lo haga.

¿Un programa nuevo?

Ronan se echa hacia atrás en su silla con los dedos entrelazados, evaluando mi silencio. En realidad, no sé qué decir. Más allá de preocuparme por Izz, de pasar tiempo con mis padres y del antídoto, no me he planteado mi nuevo futuro.

—No es necesario que digas que sí, Nil. No estás obligado, no le debes nada a Iberion. Más te debe él a ti. —Hace una breve pausa

sin apartar la vista de mí—. Ventia puede ser muy persuasiva, pero quiero que tengas presente que tienes opción. El poder hace que la gente crea que puede controlar a los demás a su antojo. Sea con palabras bonitas, con órdenes irrefutables o jugando con las emociones de los otros.

¿Realmente está hablando así de su mujer? ¿La misma que cree que es imposible que la haya traicionado? Me muerdo la lengua para no formular estas preguntas en voz alta.

—Gracias, Ronan —digo en su lugar, y esta vez no consigo ocultar la frialdad en mi voz.

¿Está hablando de Arno en realidad y de que él no pudo elegir? ¿Por qué se quedó él al servicio del Alto Comisionado y no Ventia?

Mi mente se pierde y mis ojos van a las pantallas que hay tras Ronan. Las recorro una a una de forma distraída. Una parte del núcleo. Lugares que desconozco. Despachos. Una parte del cinturón. Una sala del ayuntamiento donde reconozco a Flavia, Umbral y a otros que no sé quiénes son.

—Un momento. —Señalo esa pantalla.

Stravic se vuelve un instante a ver lo que estoy apuntando.

—¿Estás espiando a Ventia?

—En realidad no.

¿Cómo que no?

—Me llegó una señal no autorizada tras el primer apagón. Te vi a ti. A Lizara. A Arno mostrando su verdadera cara al fin. Y yo la mostré al resto de Selestara —dice Ronan con dureza.

—¿Fuiste tú?

No puedo ocultar mi sorpresa ante esta revelación. ¿Por qué difundiría las imágenes él si es el traidor? No tiene ningún sentido. ¿No fue Alveron? A él debía llegarle la señal. Si esta se desvió hasta

Stravic fue porque falló la comunicación con el *hacker*. Y eso solo puede confirmar mis sospechas de que le ha pasado algo.

Pero esto también demuestra que la líder rebelde tiene razón: el teniente Stravic no es el traidor.

—Sí. Después la cámara se la quedó Ventia. Y todo apunta a que se convertirá en la nueva Alta Comisionada.

—Entonces sí la espías.

—¿Importa? —pregunta humedeciéndose los labios—. Es ella la que ha dejado una cámara en su nuevo despacho. Si no se ha preocupado por apagarla, no es mi problema. Y, como he dicho, el poder conlleva riesgos. No todo el mundo está preparado para cargarlo sobre sus hombros. No dejaré que a mi mujer le pase lo que le pasó a Eubea Landina.

No estoy muy de acuerdo con sus métodos, pero gracias a ellos se destapó a Arno. Y, aunque no lo reconoceré en voz alta, le entiendo. Protegería a Izz con mi propia vida si hiciera falta.

Stravic apaga las cámaras y entrelaza los dedos frente a sí con la misma sonrisa cálida con la que me ha recibido.

—Eso es todo por ahora, Nil. Recuerda lo que te he dicho. Tu destino solo está en tus manos. Puedes retirarte.

Asiento, le doy las gracias y salgo del despacho y de la Academia con Alveron rondando mi mente.

Voy hacia mi casa dando un paseo, intentando ordenar todo en mi cabeza, cuando mi ordenador de muñeca emite una vibración. Por un momento creo que es Ronan, pero al consultar el mensaje me fijo en que se trata de un comunicado especial del Gobierno.

«Se solicita a todas las personas infectadas que acudan de inmediato al Laboratorio 13, en el sexto anillo, para su inspección obligatoria. El antídoto ha sido aprobado y está listo para su administración».

Han pasado unas horas desde que Izz ha empezado a trabajar, pero no esperaba que fuera tan rápido. Siento la sonrisa de orgullo estirar mis comisuras y cambio el rumbo de mis pasos. El sexto anillo no está lejos, sin embargo, cojo un deslizador y llego a la zona de los laboratorios en unos diez minutos.

Todavía no ha llegado mucha gente y puedo entrar sin problemas. Me hacen pasar a una sala de espera en la que hay unos pocos infectados, entre los que reconozco a Drevan. Él levanta la cabeza y, al reconocerme, se incorpora y los dos nos sentamos en una zona apartada de la sala.

—Vik siempre estuvo muy orgulloso de ti. —Un calor me recorre el pecho, donde me llevo la mano, ante sus palabras—. Si te viera ahora, el hombre en el que te has convertido, lo estaría aún más.

—Gracias —respondo con un nudo en la garganta—. Tengo que contarte algo. Espero que no me odies por ello, pero si me odias lo entenderé.

—Nunca podría odiarte, Nil. Igual que nunca podré dejar de querer a tu hermano.

Cojo aire, armándome del valor que necesito para contarlo una última vez.

—Le vi. Allá fuera. Convertido en un monstruo y tuve que...

A pesar de todas las veces que he revivido ese momento, de que todo el mundo me ha dicho que le liberé y yo mismo sé que esa no era vida, que Vik hubiera querido que acabara con ese monstruo, me sigue costando verbalizar lo que tuve que hacer.

—Cuando volvimos del Desierto Polar nos pusieron en cuarentena —empieza Drevan sin dejarme terminar la frase—, nos aplicaron un suero preventivo, según nos dijeron. Después de eso... algunos de nosotros tuvimos diferentes tipos de reacciones, pero Vik... Vik empezó a cambiar y lo derivaron a otro laboratorio. Entonces no lo

entendí bien. Quizá porque fue en esa época cuando nos implantaron el chip, pero ahora sé lo que le hicieron. En qué le convirtieron. —Baja la mirada vidriosa al suelo y respira con fuerza —. Le quitaron todo. Nos arrebataron la oportunidad de vivir. Y si tú acabaste con esa pesadilla, le hiciste libre.

Le abrazo con fuerza uniéndome a su llanto. A un dolor que los dos compartimos y comprendemos por igual. Nos quedamos así unos segundos, ignorando lo que sucede a nuestro alrededor.

—¿Qué vas a hacer ahora? —pregunto cuando nos recuperamos lo suficiente como para retomar la conversación.

—No voy a ponerme el antídoto.

Frunzo el ceño sin comprender.

—A los centinelas nos dejan elegir. Sin el chip tengo plena conciencia de mis capacidades. Ahora soy... diferente. Mis dones pueden servir de verdad para proteger a los iberios.

Asiento y me llevo la mano a la marca gris. ¿Qué decisión tomaré si resulta que en lugar de ir a convertirme en un monstruo...?

—Lo entiendo. Vas a hacer un gran trabajo hagas lo que hagas.

Me parece una gran idea, ya que siempre ha habido problemas con las mutaciones que entraban de los desiertos y los centinelas son la mejor arma con la que contamos para defendernos de lo que hay ahí fuera. Arno les implantó un chip negándoles la oportunidad de elegir que Ventia les ha dado.

63



Izz

> Los cazadores lunares constituyen una unidad de carácter ofensivo destinada a neutralizar amenazas detectadas en las zonas extremas y territorios limítrofes. Su entrenamiento enfatiza la persecución, la eliminación de riesgos y la intervención directa en escenarios hostiles. A diferencia de los cuerpos equivalentes de Iberion y Amazora, los cazadores operan con autonomía táctica y con autorización para actuar más allá de los límites cartografiados.
>
> Informe público del Gobierno de Nevrast

Los efectos del antídoto no son inmediatos, y aunque soy consciente de ello, no puedo evitar ponerme nerviosa. Tras comprobar los resultados del análisis de la sangre de Nil y ver que no tenía el grupo SEL... el corazón se me congeló.

Ventia ha permitido que entierre al abuelo con su familia, con mi madre. Nunca he estado aquí. Arno no me permitió asistir al entierro de ella cuando era pequeña, tampoco cuando crecí lo suficiente como para entender lo que era la muerte. Y después...

Me muerdo el labio.

Me encerré en un laboratorio. Me olvidé del mundo.

El viento es tan fuerte en el sexto anillo que las rachas silban en mis oídos mientras nos detenemos ante el arco custodiado por estatuas. Amplio, construido en piedra, como las edificaciones del antiguo mundo. Me fijo en las fases lunares representadas en la parte superior. Nil me da la mano, infundiéndome fuerzas, y damos un paso hasta situarnos entre las dos grandes estatuas que nos miran desde su altura. Una de ellas representa a un fénix de fuego con las alas abiertas que emiten un fulgor incandescente. Frente a él, un fénix de escarcha emite brillos iridiscentes que recuerdan al hielo. Ambos parecen estudiarnos mientras las puertas se abren frente a nosotros revelando unas escaleras que se adentran en lo más profundo de la tierra.

Cuando las puertas se cierran a nuestra espalda seguimos oyendo el viento, mas este ya no nos golpea. El lugar está alumbrado con luces cálidas que emulan antorchas. Dejamos atrás la escalera hasta llegar a una sala amplia que se bifurca en pasillos repletos de nombres.

Nuestro destino está al final, donde se sitúan los panteones privados. Donde reposará mi abuelo para siempre junto a su hija. Mi madre.

A medida que avanzamos me fijo en los nichos de las clases más bajas. Las dejamos atrás y llegamos a una zona con lápidas y estatuas modestas. Sin embargo, al final, el paisaje cambia para dar paso a una zona salpicada de panteones amplios, que hacen que este lugar parezca una pequeña ciudad.

El de mi familia, uno de los más grandes, está casi al final y se alza como un coloso entre el resto de edificaciones. La estatua de un ángel custodia la puerta. Nil se aleja unos pasos para dejarme intimidad y yo atravieso la entrada.

Escucho el sonido de mis propios pasos que retumban contra el suelo de mármol. Mis antepasados están convertidos en piedra y me observan mientras camino hacia la última estatua que representa a Brais.

Está tan bien hecha que se me escapan las lágrimas al verle. Incluso tiene sus ojos. Aunque no es posible, me parece distinguir el tono añil que tanto los caracterizaba. En esa mirada de infinito cariño con la que solía mirarme y que ahora ya jamás volveré a ver.

Trago saliva y desvío la mirada a la estatua que hay junto a él. Una mujer de facciones hermosas, cabello largo que cae en cascada a ambos lados de su rostro y cubre su pecho. Leo el nombre bajo la estatua.

Zeltia Narcea.

Mamá. Y los pocos recuerdos que tengo de ella acuden a mi memoria. No recuerdo su voz. Tampoco su rostro, que me resulta ajeno mientras lo observo. Acaricio la superficie pulida de la piedra y me pregunto cómo será tener una familia como la que Nil ha tenido.

Doy un paso atrás.

Toco la mano de piedra de mi abuelo, queriendo sentir el tacto de su piel, pero solo siento el frío de la muerte.

—Abuelo..., no sé cómo se supone que se hace esto. No sé cómo despedirme de la persona que me enseñó lo que él jamás se preocupó de enseñarme. No hablo solo del ajedrez, aunque sé que para ti nunca fue solo un juego. Me enseñaste a pensar antes de mover, a no rendirme cuando perdía piezas, a entender que incluso cuando el tablero parecía perdido siempre quedaba una jugada que podía cambiarlo todo. Y ahora que no estás... me doy cuenta de que también me estabas enseñando a vivir.

»Tú fuiste quien me mostró que sentir no era una debilidad, que uno puede ser fuerte sin dejar de ser humano. Que se puede tener

miedo y aun así avanzar. Que se puede querer y aun así seguir en pie. Todo eso lo aprendí contigo, en tus silencios, en tus historias, en la forma en que me mirabas cuando creías que no me daba cuenta.

Hago una pausa en la que vuelvo a mirar la estatua de mi madre unos instantes antes de volver a centrarme en él.

—Ojalá hubiera tenido más tiempo para decírtelo. Para decirte que cada vez que muevo una pieza en el tablero te escucho. Que cada vez que siento algo que me desborda pienso en cómo me habrías dicho que respirara hondo y siguiera adelante. Me enseñaste a no temblar..., pero hoy tiemblo igual. Y aun así voy a seguir. Porque tú me enseñaste cómo. No sé si voy a hacerlo bien, pero voy a intentarlo. Por ti. —Suspiro despacio—. Bajo la última luna, sigue adelante.

Lanzo un beso al aire antes de darle la espalda y caminar de nuevo hacia la salida del panteón. Nil está fuera, examinando lo que tiene alrededor, y una oleada de cariño me recorre el vientre. El calor acude a mis mejillas. Sigue de espaldas, ajeno a mi escrutinio. No parece un soldado. Se detiene frente a una estatua y doy un par de pasos. Se gira hacia mí en cuanto me escucha y su mirada cobalto se clava en la mía.

Y el afecto se convierte en deseo.

Camina hacia mí con esa sonrisa que me deja sin palabras y cuando llega a mi altura me estrecha entre sus brazos. Me apoyo en su pecho y le rodeo con el brazo. Me besa en la cabeza antes de separarse un poco de mí.

—¿Cómo estás? —pregunta con suavidad.

—Ahora mejor.

Es cierto. Rodeada por sus brazos, aspirando su aroma, que me embriaga y me hace querer hundir la cabeza en su pecho. El corazón se me desboca y él me aparta un mechón del rostro. El tacto de sus

dedos en mi mejilla me hace estremecer y cerrar los ojos unos instantes.

—Eres preciosa.

Abro los ojos, completamente ruborizada, esperando encontrarme algún gesto burlón en su expresión, pero solo veo admiración, deseo y un fuego en el que quiero arder.

—Nil, yo...

Su mirada se enfoca en mis ojos y se inclina para darme un beso suave en los labios. Se separa, ahora sí con una sonrisa.

—Cuando dijiste que matarías por mí, ¿era cierto?

La sonrisa se esfuma de su expresión y me aprieta más fuerte contra él. El azul de sus ojos se vuelve más oscuro y recorre con la otra mano el contorno de mi rostro. Su voz parece más grave incluso cuando responde:

—Izz..., hemos sobrevivido al hielo y al infierno, ¿crees que me temblaría la mano por ti? Si alguien te toca, le destruyo.

64



Nil

> Durante la patrulla de perímetro en el sector CV-8 del Desierto Ígneo, la unidad de defensores lunares detectó actividad térmica irregular en un corredor previamente estable. Se procedió a asegurar la zona y reforzar los puntos de vigilancia sin necesidad de intervención ofensiva. No se registraron incidentes adicionales.
>
> Informe clasificado del Gobierno de Amazora

Ventia me ha llamado como saqueador lunar al despacho de reuniones del ayuntamiento, desde donde está volviendo a dirigir Iberion con la aprobación popular. Desde que hablé con Stravic he esperado su llamada con intriga. ¿Qué será lo que tiene en mente?

Recorro el camino hacia el ayuntamiento y lo miro con aprensión. Los recuerdos acuden a mí y me ajusto el uniforme de saqueador antes de atravesar las puertas.

Nada ha cambiado y a la vez la recepción parece distinta a la última vez que pisé este lugar. Recuerdo estar asustado, poniendo en marcha un plan que creía bajo control. Me llevo la mano al pecho cuando sale a recibirme un recepcionista joven que me indica con

exactitud la planta y la localización de la sala de reuniones a la que debo acudir.

Voy solo sin dejar de preguntarme qué tendré que decidir a continuación. Tampoco se me olvida que el despacho de Ventia está vigilado por el teniente Stravic, pero la reunión no es allí, sino en otra sala. No he podido dar con Alveron y, aunque no he tenido tiempo de hablarlo con Ventia, es algo que quiero comentarle, pues nos preocupa a los dos.

Las puertas del ascensor se abren y veo la puerta al final del pasillo. Me recibe una sala de reuniones espaciosa, con luces cálidas y un ventanal que da a la parte norte del ayuntamiento, al resto del quinto anillo, y donde se percibe el inicio del Cinturón al fondo, bajo la aurora invernal, con sus tonos azul oscuro y celeste. Es la más oscura de las cuatro auroras, pero también la más bonita.

La sala tiene plantas bien cuidadas y las paredes están limpias, sin cuadros de comisionados ni antiguos líderes. Solo la blanca superficie pulida y las luces que nos rodean. En el centro de la estancia hay una mesa amplia, en semicírculo, desde donde Ventia me observa como un halcón. A un lado de ella está Umbral, con su nuevo brazo biónico y una expresión aburrida muy característica de él. No imaginaba al rebelde ocupando un puesto en el Gobierno y él tampoco parece muy satisfecho con ello. No le conozco demasiado, pero no tengo dudas de que querría ocupar otro cargo menos... institucional.

Al otro lado están Flavia, el teniente Stravic, tres tenientes y algunos instructores. El resto de la mesa está ocupado por saqueadores. Unos son conocidos, otros han estudiado conmigo, pero muchos otros no me resultan familiares. Me fijo en que la estancia está también salpicada de defensores y cazadores lunares que debían estar destinados en esta zona.

Contengo el aire, sin saber bien por qué estoy aquí. Me mantengo firme, a la espera de que Ventia se dirija a mí.

—Nil Dilar, saqueador de Iberion —dice al cabo de unos segundos, y su sonrisa se ensancha.

—Aquí estoy, Alta Comisionada.

Ella me invita con la mano a tomar asiento y lo hago, en el mismo lado en que están los otros saqueadores. Me miran con curiosidad, y al verlos con más detenimiento reconozco entre ellos a Karen, de mi promoción, y a Linus y Maeren, compañeros graduados unos años antes. También hay otros que me suenan de promociones anteriores.

Esperamos unos minutos más en los que llegan más cuerpos lunares y, al fin, Ventia ordena que cierren la sala y activa un holograma que se alza en el centro de la misma, en el hueco que deja la mesa en forma de semicírculo.

Ante nosotros aparece otra mesa idéntica, pero formada por miembros de Amazora y otra más de Nevrast.

—Ya estamos todos —anuncia Ventia.

Tolvanich Morozov, Alto Comisionado de Nevrast, hace un saludo militar. En la mesa contigua, gracias a los hologramas, está la nueva Comisionada de Amazora, Larissa Ribeiro.

—Hemos convocado esta reunión para comentaros vuestras nuevas funciones como cuerpos lunares —comenta la anterior líder de los rebeldes.

Respiro hondo. ¿Nuevas funciones? ¿Qué se traerán entre manos?

—Tras los recientes hallazgos sabemos que es necesaria la unión de ciertos tipos de fragmentos para crear una red eléctrica estable, duradera y sin restricciones —prosigue la Alta Comisionada de Iberion— y, por vez primera, esta energía va a ser controlada por las tres naciones. Vamos a trabajar juntas para que esto funcione. Para

ello es necesario seguir explorando las zonas extremas en busca de fragmentos y vosotros sois los que sabéis más de esto. Saqueadores, cazadores y defensores, unidos en un solo cuerpo lunar.

Me tenso. Por ahora nadie me ha preguntado si quiero seguir siendo un saqueador lunar. Recuerdo las palabras del teniente Stravic y mis ojos se dirigen a los de él, que asiente de forma imperceptible.

«Es lo que eres», me recuerdo.

«Solo si así lo decido».

—Con vuestra colaboración podemos crear un mundo mejor, con una energía más limpia —dice Larissa, con el acento marcado de su nación, que me recuerda a Flavia.

—Se terminaron los secretos entre naciones —apunta Tolvanich, el Alto Comisionado de Nevrast, provocando que alce una ceja.

Algunos se remueven en su asiento, por lo que no soy el único al que le ha sorprendido su comentario. Nevrast siempre ha ido por libre, colaborando solo cuando le interesaba —como imagino que es el caso— y ocultando información al resto de naciones si le convenía.

—Hemos traído a los que consideramos los mejores de los cuerpos lunares para ofreceros un puesto de comandante. Os asignaremos grupos para las expediciones. Contaréis con más seguridad, rescates y todos los recursos que veáis necesarios —dice Ventia.

—¿Tenemos opción? —pregunta uno de los cazadores lunares desde el holograma.

Me sorprende su pregunta, pero Ventia parecía contar con ella, pues una sonrisa tensa estira sus labios.

—No estáis obligados a aceptar el cargo, si esa es la pregunta. Pero es una gran oportunidad. Selestara os necesita. Mas no obligaré a nadie. Sois libres de dejar los cuerpos. No tenéis que

darme una respuesta ahora, pero sí en las próximas horas. Si elegís seguir este camino, se os convocará a otra reunión mañana. Si no, tendréis que buscar otra ocupación.

La reunión sigue, explicando con brevedad los nuevos conceptos que plantean las tres naciones y que me parecen interesantes. Admiro el temple de Ventia, su fuerza de voluntad, y aunque intento pensar en las palabras de Stravic, no puedo evitar pensar que ella puede que sea la clave para el bien de Iberion.

Las expediciones suponen días fuera, incluso semanas, pero nos ofrece una buena paga, descansos y condiciones que distan mucho de las que teníamos antes. Sigue siendo un cuerpo peligroso, sin embargo, ahora no seríamos solo saqueadores, los equipos estarían compuestos también de cazadores y defensores. Como en esas historias donde el lobo acechaba entre las sombras del bosque, los monstruos nos seguirán acechando, pero esta vez, cuando la luna revele lo que la noche oculta, seremos nosotros quienes sepan verlo.

Recuerdo mi sueño. La biblioteca. Ese trabajo perdido al que me gustaría volver a dar vida. Historias, palabras... Una vida tranquila y, quizá, en el futuro...

Pero, para bien o para mal, ya no soy ese Nil. Lo que he visto ahí fuera. Lo que siento por Izz. La muerte de todo el equipo Centauri. La muerte de Vik. La crueldad de Arno. A todos los que hemos perdido. La posible muerte de Alveron. Todo ello me ha hecho diferente, y también mis sueños han cambiado.

Ahora puedo cambiar las cosas. Un mundo mejor para todos nosotros y para los que vendrán. Uno que Vik jamás conocerá, pero con el que sé que soñaba.

Y, antes de que acabe la reunión, ya tengo clara la respuesta que le voy a dar a la Alta Comisionada de Iberion. Y, esta vez, soy yo quien decide.

Soy saqueador. Y es lo que voy a seguir siendo.

65



Izz

> Se envió a una unidad de cazadores lunares al Desierto Polar tras registrarse actividad no catalogada en un corredor glaciar ya investigado. La operación consistió en avanzar por una zona de baja visibilidad y temperaturas extremas para verificar la presencia de amenazas. El equipo recorrió el sector asignado y neutralizó un punto de inestabilidad sin necesidad de apoyo externo. No se reportaron bajas ni incidencias adicionales.
>
> Informe clasificado del Gobierno de Nevrast

El laboratorio se extiende a mi alrededor. Toda mi vida está frente a mí. La fórmula que me costó años crear. Lo que pensaba que era para el bien de la humanidad y en realidad fue un engaño de mi padre para condenar a toda Hespéria.

Ventia, a mi espalda, me cede mi espacio mientras repaso las fórmulas desperdigadas frente a nosotras. Flavia, en una mesa a nuestro lado, sigue dentro del sistema destruyendo todo rastro de la información que me permitió crear el suero lunar.

Uno a uno los archivos, hasta las copias de seguridad, se van eliminando bajo la mano implacable de la *hacker*. Sin dudas. Sin pausa.

Yo no debería sentirme así. Como si destruir esto fuera un ataque físico. Me duele de un modo inexplicable y me siento culpable. Pero eso no elimina el frío que se extiende de mi pecho al resto de mi cuerpo.

Al fin, reacciono. Tomo cada uno de los documentos entre mis manos. La mano biónica responde mandando señales a mi cerebro como si de verdad fuera un miembro que lleva conmigo toda la vida. Mas no es así, pues solo hace unas horas que lo llevo y todavía intento adaptarme a él.

Rompo el primer documento. El primer ensayo que realicé. Luego el segundo. Los experimentos con animales. Al principio despacio, como si al rasgar el papel rasgara parte de mí. Cuando llego al tercero lo rompo con rabia. El primer análisis a los saqueadores de los desiertos. El dolor. La rabia. Los años bajo el mandato de mi padre. Sus mentiras. Sus desprecios. La forma en que me veía. La muerte del abuelo. La desaparición de mi madre.

El mundo se vuelve borroso mientras elimino papeles.

Ventia me detiene cuando voy hacia los cuadernos, poniéndome una mano en el hombro. Solo entonces me doy cuenta de que estoy temblando y de que una fina capa de sudor me cubre la piel.

—Espera, Lizara.

Trago saliva. Me vuelvo hacia la líder de los rebeldes y una llamada en su UTP interrumpe el curso de mis pensamientos.

Umbral aparece entre nosotras. El Desierto Polar se extiende a su alrededor. Reconozco el cementerio y la estructura del laboratorio polar. A punto de ser destruido. Imagino el líquido abrasivo descendiendo planta por planta y arrasando con todo. Y eso sí me da cierto placer.

Me regocijo al pensar en Arno. En lo que representa esta destrucción.

Sonrío.

—Estoy en la posición, jefa —dice Umbral.

—Adelante. Ya sabéis lo que tenéis que hacer.

La llamada se corta, dejando a los rebeldes que hagan su trabajo. La mirada de la líder repasa mi rostro, en busca de grietas en mi expresión. No las encuentra.

—¿Estás bien? —pregunta Ventia.

—Sí, sí. Es solo...

—Lo entiendo. De verdad. Pero esto no termina aquí.

Claro que no. Hay mucho que hacer.

—Tengo una propuesta para ti, Lizara. Y es posible que para ello necesites lo que hay en esos cuadernos.

La miro con interés, esperando a que continúe. Ya he creado el antídoto. Hemos eliminado la fórmula. Y los que han elegido quedarse con los poderes ya no están controlados por un chip. Lo que contienen estas libretas es peligroso. Si llegara a las manos equivocadas sería el fin.

—¿Crees que serías capaz de crear una vacuna?

Sopeso sus palabras. Una vacuna protegería a la población de más contagios por la sustancia lunar. Sería útil para los cuerpos lunares, pues evitaría que se convirtieran en monstruos. Pero no es algo sencillo de fabricar. Requerirá tiempo. Estudio.

—Pondré a tu disposición lo que necesites. Un equipo experto, laboratorios...

Y por alguna extraña razón pienso en Catarina. A pesar de que no la conocía mucho, sé que hubiera sido una gran compañera. Lo que Ventia me propone es el paso más lógico a seguir.

Tiene razón: no podemos eliminar del todo la fórmula. En ella quizá esté la clave para preparar la vacuna.

—Solo que... esto —señala los cuadernos frente a nosotras— es altamente confidencial. No puedes decirle a nadie que siguen existiendo. Solo lo sabremos nosotras tres. Imagino que entiendes el peligro que supondría...

—Sí, lo entiendo.

—Siento tener que pedirte esto a ti, pero eres la única capaz de ayudarme. De proteger a Hespéria. Y a toda Selestara.

Mi mirada se pierde entre los instrumentos que una vez fueron mi hogar. ¿Sería capaz de volver aquí? Ahora todo es diferente. Sin embargo, siento un nudo en el estómago solo de imaginarme en este laboratorio trabajando de nuevo.

—Piénsatelo. Y dame una respuesta cuando estés lista.

66



Izz

> Durante la exploración del corredor sin cartografiar en el Desierto Ígneo, la unidad accedió a una cavidad térmica no registrada. Los sensores observaron un descenso abrupto de actividad geotérmica seguido de un patrón lumínico no identificado.
> «No sé cómo describir lo que salió de la arena. No tenía forma, mas ocupaba espacio. No tenía rostro, pero me estaba mirando. Vi extremidades que no eran extremidades, movimientos que no seguían ninguna lógica, y un cuerpo que cambiaba cada vez que intentaba fijarlo con la vista. Acabó con todo mi equipo. Y desde ese día, sigo viéndolo cada vez que cierro los ojos», declaró Arno Raven.
> El Comité determinó que el informe carece de fundamento verificable y lo desestimó. Se ordenó la clasificación de nivel alto de todos los datos asociados.
> *Nota final (censurada):* Arno Raven insistió en que «si esto despierta, Selestara no tendrá defensa posible».
>
> Informe desestimado de Arno Raven

Tras dar unos pasos por el salón me estremezco. Las lágrimas se agolpan en mis ojos y miro a través de la ventana que domina el piso de lujo en el que viví con mi padre. Hespéria es hermosa;

siempre me lo ha parecido, lo que más me gustaba de vivir aquí eran las vistas.

Pero ya ni siquiera por eso quiero quedarme aquí. Le he ofrecido la vivienda a Ventia, le vendrá bien estar cerca del puesto de mando ahora que es la Alta Comisionada, aunque la antigua rebelde dice que pretende convertir esto en una oficina. La entiendo, mirando a mi alrededor solo veo ambición ciega, control y... una infancia que no puede denominarse así.

Me limpio una lágrima rebelde cuando escucho la puerta del baño a un lado. Nil sale con la camisa a medio abrochar y el pelo húmedo. A punto estoy de dejar caer el marco con la foto de mi abuelo y yo que sostengo entre las manos y que estaba a punto de guardar en una caja para la mudanza. Contengo a tiempo mis emociones mientras avanza hacia mí con una sonrisa provocativa. De nada sirve que intente esconderme, pues las mejillas me arden y apostaría lo que fuera a que me he sonrojado. También a que eso le encanta.

Llega hasta mí, me quita la foto de la mano biónica con delicadeza. Aparta la caja con un movimiento del pie, cerca del sofá en forma de media luna en el que hace tan solo unas horas me ha llevado a las estrellas bajo la luz de las auroras.

—¿No has quedado con tus padres? —le pregunto, pero me ignora.

Él me besa otra vez, y lo hace con una suavidad exasperante. Se aparta de mí y sus ojos azul cobalto van desde mis clavículas desnudas, que quedan a la vista con el jersey de hombros descubiertos color cereza que he elegido, hasta mis vaqueros ajustados bajo las botas con tacón.

—Tengo tiempo de sobra para dedicarme a ti.

Otra vez el calor en las mejillas. Él acaricia mis pecas con el pulgar y le saco la lengua, apartándole la mano en lo que intenta ser un

movimiento firme, pero no lo es.

—Ventia me ha ofrecido un puesto en uno de los laboratorios.

—¿Y qué quieres hacer?

—Todavía no lo sé. Necesito un tiempo alejada de todo eso. Tengo mucho en que pensar.

Me dirijo a la ventana que me ofrece la visión de Hespéria. Estoy tratando de encontrar un lugar en el mundo. Voy a empezar una nueva vida fuera de este edificio en el que he estado siempre. Aunque el laboratorio ha sido mi lugar seguro, tras lo que ha sucedido me gustaría encontrar otros. Soy científica y siempre he amado la paz que me daba mi trabajo, pero ahora... Me vendrá bien un tiempo separada de ello. Para valorar qué es lo que realmente quiero hacer.

Me concentro en la ciudad y en los movimientos del quinto anillo. Acaricio el cristal que me separa del mundo. Puede que esto sea lo único que eche de menos de esta casa.

Nil me rodea por la espalda, me besa la coronilla y se queda unos instantes aspirando el aroma de mi cabello. Me vuelvo hacia él y le rodeo el cuello.

—¿Has sabido algo de Alveron?

—Flavia no encuentra rastro de él. Es como si se lo hubiera tragado la tierra. Umbral ha estado interrogando a Arno, pero no ha conseguido sacarle nada, ni siquiera quién fue el que traicionó a los rebeldes. Ventia sospechaba de Octavius, pero como Arno lo mató...

Me quedo en silencio y deslizo la mano de su cuello al mentón, me aprieto contra su cuerpo y él baja las manos hacia mis caderas.

—No sé si eres lo mejor que me ha pasado..., pero eres lo único que no quiero perder —afirmo, sin dejar de mirarle a los ojos.

—¿No te estarás precipitando, destructora de colosos? —dice sonriendo con picardía.

Me río un poco, aunque sé que habla en serio. Su humor siempre contiene un doble filo extraño: parece broma, pero guarda verdad.

—Tú matarías por mí. Yo volvería a hacer caer la luna por ti.

Su expresión cambia. Los ojos le brillan con una emoción nueva y sus brazos suben por mis costados hasta mi cuello. Sus manos me envuelven el rostro con una suavidad que contrasta con la intensidad de su mirada.

—Entonces, no me queda otro remedio que estar a la altura —susurra.

Por un instante el mundo parece reducido a este gesto. A nosotros. Al latido de nuestros corazones.

Sus labios buscan los míos y el beso es lento, profundo. Intenso y largo. De esos que no quieres que terminen jamás. El calor de su cuerpo y el mío se funden en uno.

—He caído por abismos que volverían loco a cualquiera... —jadea contra mi boca—, pero contigo es la primera vez que no quiero encontrar la salida.

Su boca regresa a la mía, con más firmeza; urgente, como si necesitara sellar con fuego lo que acaba de decir.

—Todo lo que soy, todo lo que seré... será tuyo —musita, y en sus ojos brilla una devoción que me desarma por completo.

Aunque el mundo se derrumbara ahora mismo, este instante sería eterno. El mundo puede congelarse, estallar en mil pedazos, que a su lado me siento invencible.

Y, con este pensamiento, dejo que su beso se convierta en promesa. En eternidad. En un amor que arde más allá de toda destrucción.

Epílogo

La cárcel es una fortaleza de apariencia insignificante, pero en realidad se hunde en la tierra como un monstruo que ha sido cavado para resguardar a los criminales más peligrosos de Selestara, aquellos que el sistema necesita bien controlados. Además, su ubicación, en pleno Desierto Ígneo, disuade de cualquier huida. Está dominada por códigos y una burocracia informática difícil de burlar. Lo suficiente como para que nadie consiga tener acceso a ella. Las celdas se abren y cierran mediante códigos que se renuevan día a día.

Infringir alguna de las normas tiene un coste elevado. He podido comprobar de buena tinta que aquellos que se han ido de la lengua... han perdido la lengua, en el mejor de los casos.

Me revuelvo el pelo de forma inconsciente. Quería hacer esto desde fuera, sin poner un pie en la cárcel, pero, por desgracia, mis dotes informáticas no llegan a tanto. Así que tengo que hacer algo más si quiero entrar ahí y acceder, nada más y nada menos, que a las celdas más protegidas del Complejo Penitenciario Soldrak.

El plan es sencillo, aunque la práctica..., eso ya es más complicado.

Me estremezco al sentir el contacto fresco del uniforme. No son centinelas como los de antes los que guardan la prisión, sino trabajadores designados por los Altos Comisionados. Antiguos centinelas, soldados y algún cazador lunar. Me pongo el uniforme y el casco que cubre mi rostro, pero que no puede ocultarlo del

escrutinio del reconocimiento facial, mi UTP y mi ingenio tendrán que bastar para que no me reconozcan.

Miro una vez más las plantas que sobresalen de la prisión y trago saliva, pensando en la trampa mortal que se oculta bajo mis pies. El bloque de hormigón, acero y cristal ennegrecido refleja un sol implacable, devolviendo un resplandor mortecino a su alrededor, aumentando la sensación de aislamiento. Da la sensación de ser algo más que una cárcel, de que se hubiera erigido como un monumento para recordar a la población lo fácil que es privarlos de libertad.

Es una amenaza, una sombra en el lugar más luminoso de Selestara.

Me obligo a avanzar, como si fuera un trabajador más. Ajusto el visor del casco y me dirijo a una de las entradas donde el reconocimiento facial se activa antes incluso de que esté cerca. Vibra, emite un sonido metálico y vuelve a intentarlo.

No consigue dar con mi rostro hasta que estoy a unos centímetros. Tengo tan solo unos segundos. Los códigos eléctricos laten frente a mí como un muro infranqueable.

—Vamos, chiqui, no me falles ahora —le susurro a mi UTP conteniendo el aliento.

Escucho con atención el pulso de la red, las pausas mínimas entre las descargas, y mis dedos se mueven con precisión sobre el terminal. No derribo el sistema, pues sería demasiado sospechoso; tan solo lo desvío. La cerradura digital respira distinto, un mínimo instante de debilidad que aprovecho para entrar.

La puerta se cierra a mi espalda y recorro los pasillos manteniendo la calma. Mi objetivo es el panel de control que está en una de las salas de máquinas. Muestro mis credenciales a un soldado que me

obliga a quitarme el casco. Asiente y me señala las escaleras metálicas que bajan a las plantas inferiores.

La culpa me muerde mientras desciendo, como si cada escalón removiera algo que llevo años intentando enterrar. Pero el recuerdo de aquella bestia imposible vuelve a abrirse paso, nítido, abrasador.

Resuenan en mí las palabras de Arno cuando me encontró y me pidió ayuda. Encontrar unas grabaciones perdidas en la nube. Archivos codificados que nadie había logrado descifrar. Nadie... excepto el *hacker* que estaba poniendo en jaque a los sistemas del Gobierno. De *su* Gobierno. Eso dijo él. Y yo, con catorce años y un ego del tamaño de Selestara, le creí.

Trabajamos juntos. Conseguí lo que quería. Y lo que vi... Lo que vi cambió por completo lo que creía hasta ese momento. No sé cómo describir lo que apareció en la grabación. La cámara no debería haber podido captarlo, pero ahí estaba: algo sin forma definida, y aun así ocupando un espacio que parecía empujar la realidad a su alrededor.

En ciertos fotogramas, cuando la imagen se distorsionaba, sentí que algo rozaba mis pensamientos. Como si la criatura no estuviera solo en el vídeo, sino también en el espacio entre mis ideas. Como si cada parpadeo de estática fuera un intento de atravesar mi mente.

Y tengo la certeza de que sigue intentando cruzar.

El archivo explotó poco después. No encuentro otra palabra. Una descarga que quemó la placa base y borró cualquier rastro de la grabación. Como si algo —o alguien— no quisiera que existiera.

Aun así, incluso sin pruebas, quise contarlo. Necesitaba contarlo. ¿Cómo iba a mantener eso en secreto? Tenía que advertir al mundo, a mis amigos...

—Tenemos que contarlo —le dije, presa del miedo y la rabia—. No podemos ocultar esto al mundo.

Arno me sostuvo la mirada, demasiado tranquilo para lo que acabábamos de ver. Para ser él el protagonista de esa pesadilla.

—¿Y qué vas a enseñarles, Ron? —preguntó al fin, con la voz fría como el hielo—. ¿Tus recuerdos? ¿Un monstruo que solo tú y yo hemos visto? Me tomaron por loco cuando volví de la misión y clasificaron el archivo. Y ahora ni siquiera existe.

—Pero es la verdad.

—La verdad no basta —repuso, acercándose, cerniéndose sobre mí, amenazante—. No sin pruebas. No en este mundo. Nos aplastarán antes de escucharnos.

Quise discutir. Gritarle. ¿Es que acaso no era el Alto Comisionado? ¿No debería velar por el pueblo? Puso una mano en mi hombro, firme, casi fraternal.

—Escúchame —susurró—. Si quieres cambiar algo, necesitas avanzar poco a poco. No puedes hacerlo desde fuera. Necesitas que confíen en ti.

No entendí del todo lo que quería decir. No entonces. Solo sabía que tenía razón. O que yo quería creer que la tenía, porque de lo contrario... me hubiera desmoronado.

Y al final cedí. No porque no quisiera revelar la verdad, sino porque entendí —o me hizo entender— que nadie nos creería jamás. Yo mismo no lo habría hecho de no haberlo visto con mis propios ojos.

Y ahora, mientras avanzo por los pasillos de Soldrak, me doy cuenta de que aquel día no solo perdí la grabación. También di el primer paso para convertirme en lo que Arno necesitaba que fuera: un espía. El mejor *hacker* de Selestara.

Por fin doy con la sala. El miedo me paraliza un instante, pero la rabia me empuja de nuevo. Aquí no hay celdas. Por la sala de

máquinas se pasean tres drones de mantenimiento que emiten vibraciones, chasquidos y otros sonidos mecánicos habituales.

Saco de entre mi ropa el emisor de pulsos y lo activo apretando los dientes. Los drones caen. No durará mucho, pero funcionará. Puedo haber engañado al sistema y a los guardias con una falsa avería que requiere atención humana, pero no a los drones.

No a todo un sistema pensado para evitar, precisamente, lo que voy a hacer.

Mis manos tiemblan sobre el panel y un sabor metálico me llena la boca. Cada línea que inserto en la red es un golpe contra la muralla eléctrica de Soldrak. El sudor me nubla la vista y se me acumula en la espalda, las piernas y el pecho. Jadeo. El sistema se resiste, se activan alarmas internas que silencio mientras aprieto los dientes.

Ya está. El siguiente paso está en las plantas superiores.

«Una última cosa», me digo.

Activo una alarma falsa de fuga en la sima Eís, en el sector norte. Y salgo a toda prisa hacia la sima Heptá.

Es más oscura, con códigos que atravieso hasta llegar al pasillo angosto que alberga cinco celdas de máxima seguridad. Me detengo frente a la tercera con ansiedad.

Doy tres golpes seguidos de dos más espaciados. Me contesta con el mismo sonido.

De nuevo, mis dedos se mueven raudos sobre el panel que hay en la puerta. Atravieso una, la antesala, y, ahora sí, me dejo la piel en los últimos códigos.

La celda se abre con un gemido metálico. El preso me mira desde la penumbra y sus ojos dorados se iluminan. Por un instante dudo de si estoy salvando a la humanidad o condenándola por completo.

Me tengo que recordar lo que he visto. Lo que comparto con este hombre es lo único que debe importar. Le guío por pasillos,

pasadizos y túneles mientras la alarma de la fuga sigue sonando en el sector equivocado.

No tenemos mucho tiempo, pero llegamos al exterior y accedemos al deslizador que he dejado preparado.

—Sabía que vendrías a por mí, Ron —dice Arno, mirándome con un brillo especial en los ojos.

—No ha sido fácil.

—¿Cuándo se darán cuenta?

—No puedo darnos más que algunos minutos, pero tendrán que bastar.

Activo los botones pertinentes y pongo las coordenadas del fragmento que muestran los informes del antiguo Alto Comisionado, en pleno corazón del Desierto Ígneo.

Arno observa silencioso, sin pronunciar palabra, y cuando el deslizador se activa y nos lanza a través del cinturón, camino del abrasador día eterno, sonríe.

Y veo al líder que es. Astuto, carismático, pero, sobre todo, un hombre hecho a sí mismo que se preocupa por la humanidad. Aunque tenga que hacer sacrificios. ¿Podré hacerlos yo?

—Juntos, Ron, alcanzaremos lo que otros consideran imposible. Y si hay que sacrificarlo todo, lo haremos sin dudar.

Al alejarnos de la prisión y dejar atrás al antiguo Alveron, sé que he elegido mi bando. Ojalá el mundo sobreviva para ver si ha sido el correcto.

«Bajo la última luna, sigo adelante».

Agradecimientos

La creación de este libro ha sido un sueño para nosotras. Aún recordamos aquel primer correo de Sara, ese pequeño mensaje que hizo girar nuestro mundo y que seguimos asimilando incluso hoy. Gracias, Sara, por confiar en nuestra idea cuando aún era solo una chispa.

A nuestro maravilloso grupo de editoras, que habéis levantado este libro a nuestro lado, sosteniéndonos con vuestro apoyo y vuestro cariño en cada paso. Ana, Isabel y Noe: mil gracias por hacer que todo fuera tan sencillo, tan amable, tan nuestro. Sois un regalo.

Gracias también al equipo de Litgency por acompañarnos en este salto de la autopublicación a la edición tradicional con tanta paciencia y sabiduría. En especial a Patri y Carla, por vivir con nosotras la emoción de la portada, del proceso creativo y de cada pequeño avance.

A Lorena (@Laranna_art), gracias por encontrar siempre la esencia exacta de cada ilustración. No podrías haber captado mejor a Izz y Nil. Gracias por tu talento y por el entusiasmo que contagias.

A Alba (@kalisdice.bookish), por hacernos unos marcapáginas tan bonitos y llenos de magia de Izz y Nil. Muchísimas gracias por la pasión que le has puesto a nuestro pequeño proyecto y el hype por conocer nuestro nuevo mundo.

A Dani (@primm_rosse.design), por dar forma a nuestro mundo a través de sus mapas.

A Manu (@tubooktrailer), por atreverse a crear con nosotras un *booktrailer* que parecía imposible.

A Lau, por estar desde el principio, por luchar contra nuestro síndrome del impostor y por celebrar cada paso como si fuera suyo. Gracias por acompañarnos desde aquel primer correo y seguir aquí, siempre.

(Laura) Gracias a mis padres, por ser impulso y ejemplo, por enseñarme a no rendirme nunca. A mi tía Pilar por estar siempre ahí y apoyarme con mi sueño. A Fran, mi marido, por ocuparte de todo mientras yo me perdía en este proyecto. A Erik, mi pequeñín, por vivir a mi lado mil historias y soñar mil más. A Ana, mi suegra, que no solo se emociona con cada una de mis historias, sino que ha sido un pilar imprescindible en este camino. A Cris, por reírse conmigo de las paredes y emocionarse con cada nuevo proyecto; por leer mis primeros relatos en el instituto y seguir queriéndome incluso después de eso. A Lucy, porque creías en mí antes de que yo lo hiciera. Y a Jennifer por ser siempre mi otra mitad. A Merceditas, que estaba presente cuando llegó aquel correo y ha escuchado cada idea, cada giro, cada locura. Y, por supuesto, a Erya, porque sin ti escribir no tendría la magia que tiene a tu lado.

(Erya) A Marien, por compartir mis mundos desde que empecé a crearlos; por vivirlos aún hoy. A Ignacio y Daniel, por ser esa luna que todavía brilla en las noches más oscuras y ser las fuerzas que necesito para seguir adelante. A Janet, porque un día creíste en mí; sabías antes que yo que llegaría este momento. A mis padres, porque siempre me han apoyado en todos mis proyectos. A Gaby, Gabriel y Noel, a Mireya y Pilar, por no haber dejado que me rinda. A las que os bajáis del coche, vosotras ya sabéis quiénes sois, por esos momentos que compartimos más allá de los libros. Y a Laura, a

quien conocí gracias a nuestros mundos de fantasía, quien me apoyó con su magia y con quien ahora escribir tiene un nuevo significado.

Gracias también a la comunidad de *bookstagram*, por ser un refugio seguro y por acogernos siempre con los brazos abiertos.

Y, por último, el agradecimiento más importante: a vosotros, los lectores. Los que estáis desde el principio, los que acabáis de llegar, los que nos descubrís por casualidad. Gracias por adentraros en nuestros mundos, por dar vida a nuestros personajes y por soñar a nuestro lado. Sois la pieza más valiosa de todo este proceso.

Toda historia, incluso en los mundos más rotos, guarda un destello de magia. Gracias por descubrirlo con nosotras. Gracias por acompañarnos hasta la última página. Ojalá este libro os haya regalado un pedacito de luz, de emoción y de hogar. Nos vemos en la siguiente historia, dondequiera que nos lleve.

La última luna
Erya y Laura Campos

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
Ilustración de la cubierta: © Veronica O'Neill

Ilustraciones de interior: © Shutterstock

© Cristina Guerrero, 2026
© Laura Campos, 2026

© Editorial Planeta, S. A., 2026
MatchStories es una colección de Ediciones Martínez Roca,
sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.edicionesmartinezroca.com
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2026

ISBN: 978-84-270-5539-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

Table of Contents

Portadilla
Dedicatoria
Cita
Primera parte
- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8
- 9
- 10
- 11

Segunda parte
- 12
- 13
- 14
- 15
- 16
- 17
- 18
- 19
- 20
- 21
- 22
- 23
- 24
- 25

Tercera parte
- 26

27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
Cuarte parte
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56
Quinta parte
57
58
59
60

61
62
63
64
65
66
Epílogo
Agradecimientos
Créditos